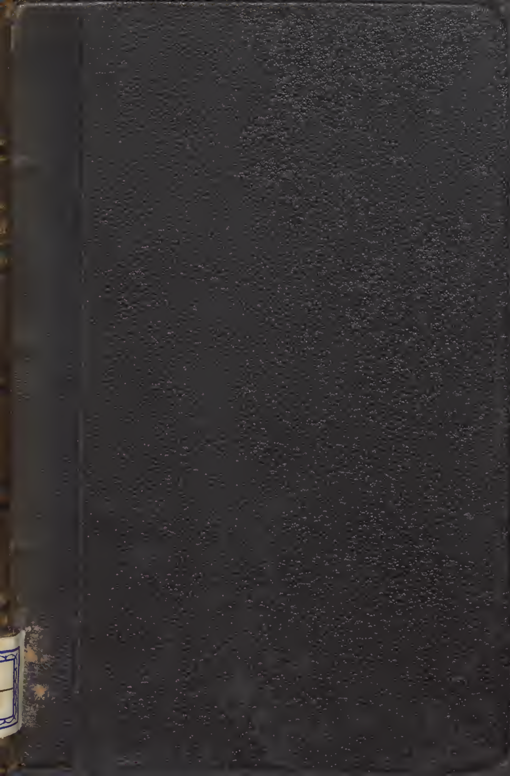
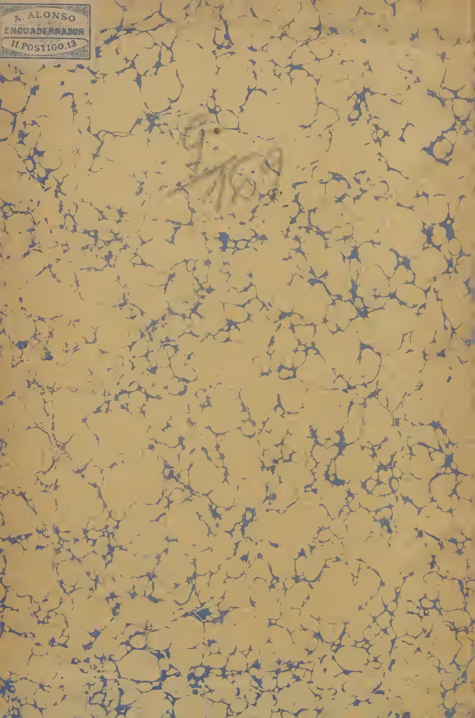
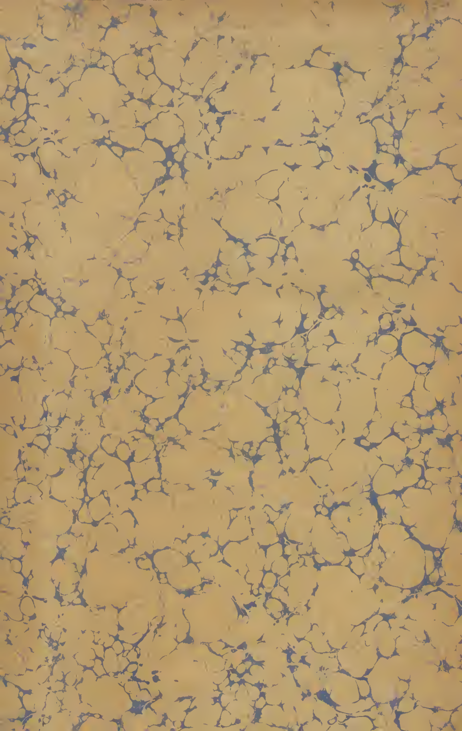
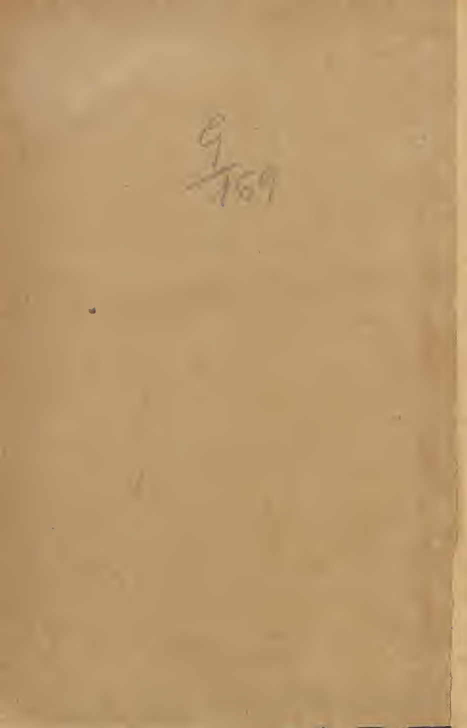



A. ALONSO
ENCUADERNADOR
11 POSTIGO 13





BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA DE **LUMEN**

MAGIA TEÚRGICA

POR

QUINTÍN LÓPEZ GÓMEZ



Ilustrada con profusión de grabados



BARCELONA, SAN MARTÍN

Establecimiento Tipográfico de Juan Torrents y Coral
Calle del Triunfo, n.º 4
1899.

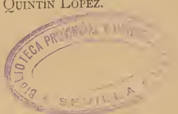
Al Dr. D. Víctor Melcior y Farré

Si nuestras almas están unidas por una franca y sincera amistad, ¿qué mucho tenga interés en que vayan también unidos nuestros nombres en una página de este libro?

Aceptad, pues, la dedicatoria de este esfuerzo de mi pobre inteligencia, en testimonio del cariño que os profesa

Quintín López.

1.º de Diciembre de 1898.



INTRODUCCIÓN

Hablar de Magia al espirar el siglo décimo-nono, es, para la inmensa mayoría, aspirar á una celda de manicomio, ó, por lo menos, hacerce acreedor á la conmiseración pública, por haber pasado el que tal hace á la categoría de cretino. Sabemos esto y no nos arredra; antes por el contrario, nos infunde valor. Escribimos un libro de Magia como lo escribiríamos sobre otra cualquiera materia en la que nos creyéramos capaces, siempre y cuando al mojar la pluma para emborronar las cuartillas, no hubiéramos de dejar en el fondo del tintero nuestras propias convicciones y amoldarnos al pensamiento ó exigencias de un extraño. En este caso no escribiríamos de Magia ni de ninguna otra cosa, y si escribiéramos, no patrocinaríamos con nuestro nombre aquello que brotara de nuestra pluma. Nos debemos á la convicción, y nuestra firma, aunque modesta, jamás ha salido garante de lo que no hayamos pensado, sentido y anhelado.

Queremos significar con esta especie de profesión de fe, que el contenido de este tomo dista

mucho de ser el fárrago de cosas publicadas por otros autores con títulos similares. Magias semejantes son las que han cubierto á la verdadera Magia con sambenito y coroza. Atendiendo los que las han escrito á lo que entra por los ojos y no á lo que se infiere de un concienzudo análisis, han dado como manjares suculentos lo que ni siquiera puede ingerirse como lijero refrijerio. Quizás no pudiera tachársenos de ladinos si agregáramos que las obras de referencia han sido inspiradas solamente por Mercurio, el dios del comercio.

Nuestra *Magia Teúrgica,* por el contrario, preséntase en el mercado desprovista de toda gala fascinadora. Ha sido inspirada por Minerva, la diosa de la razón; y aunque nos consta que nuestra incapacidad perceptiva habrá motivado que las inspiraciones emanadas de la diosa hayan perdido la mejor parte de su esplendor, sin hipócritas alardes de modestia, nos permitimos suplicar que se nos lea.

Fraccionamos en dos partes el trabajo: en la primera, con todo el esmero que nos ha sido posible, procuramos dar cabal idea de la Magia en la antigüedad; en la segunda, excediéndonos á nosotros mismos, presentamos el estado de la Magia en la época presente. Ignoramos si nuestra labor responderá al impulso que nos indujo á emprenderla: sa-

bemos solamente que hemos vinculado en ella el escaso caudal de nuestros conocimientos, y que es legítimo engendro de nuestras sinceras convicciones.

Amamos mucho á la justicia para que imploremos gracia de ningún género. Nos presentamos ante el inapelable tribunal de la opinión, erguida la frente y con la paz del justo en la conciencia. Hemos hecho lo más y mejor que podíamos hacer en el presente momento histórico. Quizás dentro de un año, antes de un mes ó mañana mismo advirtamos nuestro yerro en uno ó más puntos de los tratados, y en ese caso, no necesitaremos excitación de nadie para reconocerlo y divulgarlo. Ya lo hemos dicho: nos debemos sola y exclusivamente á la convicción, que es, en cada ser, la parte de verdad que ha logrado asimilarse.

¡Luz, más luz!, pidió Goethe; ¡luz, más luz!, pedimos nosotros. A disipar en algo las tinieblas que aún se extienden por los campos de la Metafísica, de la Filosofía y de las Ciencias naturales, es á lo que tienden las presentes páginas. Que sirvan, siquiera, para rarificar un poco la bruma, y nos daremos por satisfechos.

El Autor.

PRIMERA PARTE

LA MAGIA EN LA ANTIGÜEDAD



LIBRO PRIMERO
DEFINICIONES

I.

Qué se entiende por Magia.

Las muchedumbres, poco conocedoras del verdadero valor de la palabra *Magia,* ó tiemblan á su sola pronunciación, ó la pronuncian con cierto supersticioso retintín, como si con ella evocaran un algo supernatural ó un algo que en sí lleve aparejado males sin cuento ni medida. Y para ellas, la Magia es una ú otra cosa de las dichas. Acostumbradas de siempre á oir hablar de las artes mágicas como de cosas á todas luces reprobables, como de procedimientos infernales, para conseguir por medios ilegítimos lo que de otro modo no podrían conseguir; hechas á las predicaciones de que los brujos y hechiceros de todos tiempos, hubieron de ser perseguidos, encarcelados y exterminados por el hierro y el fuego, porque sus prácticas llevaban la desunión á las familias, los disturbios á las sociedades, la perdición y

ruína á los pueblos; conocedoras de que allá, en la Edad Media, el Tribunal de la Fe llevó á la pira á muchos sortílegos, convictos y confesos de sostener pactos demoníacos, de fabricar filtros ponzoñosos y de asistir á los *sabbats;* atiborradas, en fin, de cuantas patrañas inventaron la superstición, el fanatismo ó la idiocia, nada más natural que el pánico se apodere de su ánimo cuando oyen hablar de lo que les han pintado con tan siniestros colores, ó que el misterio de lo desconocido les atraiga cuando, para la consecución de particulares fines, sienten la necesidad de un auxiliar mucho más potente que sus fuerzas y las que consideran gozan sus coetáneos, por la sencilla razón de que miden las de éstos con la propia medida con que á las suyas miden.

Nada de eso es la Magia. El Diccionario dice de ella que es la «ciencia ó arte que enseña á hacer cosas extraordinarias y admirables:» extraordinarias por no estar al alcance del común de las gentes; admirables porque siempre causa admiración la presencia de un hecho cuyo génesis se desconoce. El *misterio,* ese desconocido que en la Magia tanto fascina, tanto subyuga ó tanto repele, según se halle predispuesto el ánimo para una ú otra cosa, es lo que más de cerca envuelve á la humanidad entera. Misterioso es para ella el hecho de vivir: nadie se ha dado cuenta exacta hasta el presente de lo que es la vida, nadie ha podido aprisionarla, nadie ha podido decir *esto es.* Misterios semejantes son la luz, el calor, la electricidad, la isomeria, la polimeria, etc.; pero todos estos misterios son tan absolutos, tan universales, que su misma universalidad y magni-

tud los hacen inapreciables. Nadie se preocupa de sus *extraordinarios* y *admirables, admirabilísimos* fenómenos, por lo mismo que son comunes y corrientes; nadie se para á reflexionar acerca del por qué de ellos, porque la continuidad no interrumpida de los mismos no deja lugar á comparaciones.

En cambio preocupa y fascina á todos el hecho insólito, aislado, desconocido para la generalidad en su génesis y consecuencias; y esa preocupación y fascinación, son las que tejen en todo tiempo las coronas de espinas y de abrojos con que se engalanan las sienes de los genios. ¿Qué fué lo que condujo al tormento á los Giordano Bruno, á los Galileo, á los Servet, á los Palissy, sino el hecho insólito, prodigioso, de sus inventos ó descubrimientos, que llenando de estupor á sus coetáneos—y más á los que se consideraban poseedores de la humana sabiduría—acabó por obsesarles con la idea supersticiosa de lo sobrenatural y por arrastrarles á la feroz intransigencia, que borraba de su corazón toda piedad y los henchía de los instintos de la bestia?

Tenemos, pues, que la Magia, en la verdadera acepción de la palabra, es *sabiduría;* y la sabiduría —ello lo dice—enseña el modo de hacer «cosas extraordinarias y admirables» para el vulgo, siquiera esas cosas nada tengan de supernatural ni de sobrehumano. Nada más corriente en química orgánica, por ejemplo, que producir ácido fórmico (HCO-OH). Llevad, empero, á un ignorante á un laboratorio, y decidle que destilando almidón, bióxido de manganeso, agua y ácido sulfúrico, obtendreis aquél producto; se os quedará mirando estupefacto. Ha-

ced más: machacad en su presencia hormigas rojas, ponedlas en maceración con dos veces su peso de agua, y destilad el compuesto, diciéndole de paso que con aquellas hormigas y estas manipulaciones, vais á obtener también el mismo producto; y ya no os mirará estupefacto, ya os mirará con terror, con soberano terror, y estará á dos dedos de admitir que sois el diablo en persona, y que todo cuanto haceis es arte de brujería. Pero explicadle á ese ignaro la composición química de cada uno de los elementos que habeis colocado en vuestro alambique, dadle alguna idea de lo que son y cómo se operan las transformaciones, hacedle asistir á vuestro lado á ese sublime *fiat* que se opera al influjo del calor, y rasgando el velo que obscurece la luz de su inteligencia, cambiareis radicalmente su modo de pensar, y le hareis mago, tan mago como vosotros.

II.

En qué se diferencia la Magia Blanca de la Negra.

Hay, no obstante, dos clases de Magia, como hay dos clases de aspiraciones, como hay dos clases de tendencias. Una de ellas es la Magia Blanca, ó *Teurgia*, otra es la Magia Negra, ó *Goecia*. La Magia Blanca es la ciencia del bien; la Magia Negra es la ciencia del mal. Ambas son fuerzas poderosas, incontrastables, punto menos que absolutas conociéndolas á fondo; pero ambas tienen su particular modo

de obrar, y ambas rinden también sus particulares resultados.

El esoterismo sacerdotal de las pasadas épocas conocía á fondo la ley de los principios antagónicos, y lo representaba admirablemente con el símbolo de la reprobación. Consistía éste, como puede notarse en la siguiente figura, en extender los dedos índice y del corazón, plegar los anular y meñique, y hacer que el pulgar sobresaliera en posición horizontal entre los dedos extendidos y los plegados. Este símbolo, que es el de la divinidad, proyecta con su sombra la figura del diablo, y con ello queda tácitamente dicho que la misma fuerza, según el uso á que se la aplique, produce frutos dignos de aprobación ó de reprobación.



No es para el vulgo, ciertamente, interpretar el signo del esoterismo sacerdotal en la forma que exponemos, ni es extraño que las muchedumbres, al ver el aspecto que la figura presenta, deduzca de ella ciertas misteriosas relaciones con lo que la tenebrosa superstición ha inculcado en su cerebro. Es el diablo, sólo el diablo, el que hiere su imaginación; y su intelecto no está apto para deducir que aquella creación fantástica, es engendro abortado de su propia é imperfecta obra.

El contraste de las antítesis existe en todas partes. La luz engendra la sombra, el calor el frío, el bien el mal, la belleza la deformidad, y así sucesivamente; pero parémonos un poco á reflexionar, y observaremos que no existe en modo absoluto ni la deformidad, ni el mal, ni el frío, ni la sombra; sino que son todo ello aspectos del bien y de la belleza, gradaciones de la realidad única, siempre armónica é inalterable, en que todo se calca. Ni siquiera la ley de gravedad es antitética á la de repulsión, ni la fuerza centrípeta antítesis de la centrífuga: Newtón lo demostró palmariamente cuando formuló sus leyes.

Pero sobre las sutilezas de la metafísica y sobre las inducciones de la filosofía, está el hecho escueto, palmario, demostrable y demostrado en todo momento, que es el que inmediatamente impresiona á las muchedumbres y el que las arrastra fascinadas á conclusiones, ilógicas, ciertamente, si se refieren á lo *esotérico* ú oculto, pero ciertísimas y palmarias si se atienen á lo *exotérico* ó que se ve. Quien tome en sus manos un pedazo de hielo, difícilmente podrá persuadirse de que la impresión que siente no es de frío, sino de calor; quien se vea proyectar en la sombra, no es fácil que llegue á creer que aquello es luz como la que directamente recibe del sol. Para comprender estas dos cosas y todas sus similares, es preciso matricularse en la *Teurgia*.

La *Goecia*, como ciencia que atiende más á lo objetivo que á lo subjetivo, á lo material que á lo transcendental, ni requiere de sus iniciados tantas pruebas, ni impone para su realización tantos sacrificios.

La fuerza operante es la misma, absolutamente la misma; sólo la aplicación y resultados son diferentes. Es, para valernos de un ejemplo, lo que el agua de un barranco, que lo mismo puede servir para fertilizar una campiña y ser motor de potentes máquinas industriales, que para arrasar una comarca y reducir á la miseria á numerosas familias. Y el ejemplo es cabal en todas sus partes, puesto que si en el primer caso representa á la *Teurgia*, por que la chispa divina de la razón se ve reflejada en las canalizaciones y en los saltos, en el segundo está de manifiesto la *Goecia*, en la imprevisión con que se dejan á las fuerzas naturales obrando ciegamente.

Hay, pues, entre la Magia Blanca y la Negra, la diferenciación que entre la chispa eléctrica que se objetiva en un arco voltaico y la que derriba un edificio: aquélla es luz y vida, ésta confusión y muerte.

III.

Uso que hacían en la antigüedad de las Magias Blanca y Negra.

Reservado el uso de la Magia Blanca á los iniciados, y entregada la Magia Negra á los ignorantes y poco escrupulosos de conciencia, inútil es decir los frutos que de una y otra habían de obtenerse.

Los iniciados, amantes de la verdad y el bien, consagraban su obra al estudio y á la práctica de las virtudes. La Alquimia, la Astrología, la Botáni-

ca, la Historia Natural y las Matemáticas, eran el objeto constante de su predilección. En el frontispicio de uno de sus templos fué donde apareció el imborrable *Nosce te ipsum* (conócete á tí mismo) y otro de sus preclaros maestros fué el que sostuvo que *el principio de toda sabiduría consiste en saber dudar*. Mancomunando éticamente ambas máximas producen los conocimientos positivos.

Que la Astrología, la Alquimia y la Botánica fueron las cunas de nuestras Astronomía, Física y Química y Medicina; que su Fisiognomía dió de sí nuestra Historia Natural; y que sus Tablas eguarítmicas, han servido de base á nuestras ciencias matemáticas, no cabe la menor duda. Hay, sí, notoria diferencia entre unas y otras, como la hay entre la bellota y la encina, entre el huevo y el polluelo; pero así como en el huevo está virtualmente contenido el polluelo y en la bellota la encina, así en la Astrología, la Alquimia, &, están la Astronomía, la Química y todas las demás ciencias de nuestro siglo. Esto no quiere decir que los conocimientos de los magos de aquellas épocas fueran absolutos é incontrovertibles: tampoco lo son los conocimientos de los magos de la época actual, ni lo serán los de los magos de los siglos venideros. El progreso es ley, y por serlo, tiene desenvolvimientos infinitos, que nadie, absolutamente nadie podrá abarcar ni aún en lo eterno, porque siempre le harán falta dos factores: lo infinito intenso perceptivo y lo infinito extenso manifestativo. Resulta, por consiguiente, que aunque la verdad sea una é inmutable, en cada época colectivamente y en cada individuo de modo par-

ticular, las manifestaciones de esa verdad han sido, son y serán siempre múltiples y gradativas.

Hablar hoy de los *cuatro elementos* en que los alquimistas dividían la naturaleza, y hablar de los *tres, siete* ó *veintiún* mundos que constituían la Cosmogonía de los astrólogos, sería hablar de cosas infantiles, sería hablar de lo que hasta los niños desechan por erróneo; pero remontémonos con el pensamiento á la época en que tales doctrinas eran corrientes, sorprendamos al vulgo ignorando en absoluto todo lo que concierne á mecánica celeste y á físico-química, y comprenderemos la importancia, la transcendencia capitalísima de tales doctrinas, y lo que serían y representarían aquellos contados hombres que en medio de la universal ceguera, veían, al menos, que la tierra era distinta del aire, del agua y del fuego; que el mundo moral era distinto del físico y del intelectual, y que por propio esfuerzo, mediante transmutaciones materiales y morales, podía convertirse el lodo en oro, el diablo en ángel. Que nuestro pensamiento haga este viaje y este análisis retrospectivo, y en verdad aquellos hombres nos parecerán gigantes, inconmensurables genios.

No nos parecerán lo mismo los que se dedicaban á la Magia Negra, á la Goecia, porque nunca producen el mismo efecto el rayo aprisionado irradiando luz, que el rayo suelto originando escombros. Entre ambos se interpone el sentido moral, ese sentido que inquiere siempre los medios para juzgar los fines. Nunca puede ser bueno el fin cuando los medios son protervos, mal que pese á cuantos opinan que éstos quedan justificados por aquél.

La Goecia--ya lo hemos dicho—es la sombra de la Teurgia, y si ésta se empleaba en buscar la verdad y el bien, aquélla dirigía sus afanes en extender el mal y el error. Ambas bebían en la misma fuente, en la Magia; pero acto contínuo bifurcaban, y no tenían de común otra cosa que el origen, lo que tienen de común el acero de un puñal y la pluma de un vate. La vida y la muerte son siempre el anverso y el reverso de una misma medalla. Y esto, como se comprende, se refiere no más que á los iniciados, á los que verdaderamente sabían lo que hacían y cómo lo hacían; pero, aparte de ellos, estaban los legos, los ignorantes, los verdaderos anónimos del *Sabat*, que obrando inconscientemente sobre las fuerzas que se les venían á las manos, producían hecatombes inesperadas por la fuerza misma de las consecuencias inevitables.

Aparentemente implica contradicción que la Goecia, siendo un aspecto de la Magia, pueda ser patrimonio de las gentes ignorantes. Sin embargo no es así. La ciencia es producto de la experiencia, y esta experiencia puede adquirirla, lo mismo el que se embebe en la lectura de muchas obras, que el que por casualidad ó por espíritu observador, logra sorprender alguna ó algunas de las leyes de la naturaleza. Por ejemplo: el erudito podrá, mediante ciertas operaciones algebraicas, precisar el momento en que tal ó cual constelación, cometa ó astro, aparecerá en el horizonte, darse cuenta del por qué y predecir fijamente el instante en que desaparecerá por el ocaso; pero el ignaro, si es observador, puede saber también eso mismo sin más esfuerzo que la

retentiva, habida cuenta de que idéntico fenómeno tiene lugar todas las noches, ó con intervalos de tantos meses ó años, puesto que se observó en tal fecha, en tal otra y en la de más allá. Si de la Astronomía pasamos á la Botánica, el hombre erudito puede saber las propiedades de las plantas *a*, *b* y *c*, por haber hecho un análisis de sus componentes químicos; pero el gañán puede conocer esas mismas propiedades sin haber hecho análisis ninguno, sólo habiendo observado multiplicadamente sus efectos sobre otras plantas ó sobre distintos animales, incluso el hombre. Y aun queda otro factor importantísimo en todo lo que con las ciencias se relaciona: este factor es *lo imprevisto*. Nadie ignora que el vapor, la electricidad, el magnetismo, y en nuestros días el fonógrafo y los rayos X, entre otros mil inventos y descubrimientos, se deben á *la casualidad*, á esa Hada misteriosa que se complace de vez en cuando en conjuntar los elementos indispensables y precisos para producir un efecto nuevo, inesperado, sorprendente, que luego de conocido es lo más sencillo del mundo, pero que antes de conocerse hace exclamar á quien oye al que lo presupone un enfático *imposible*. Prueba de ello los dos últimos inventos que acabamos de citar.

Si, pues, la observación atenta de un fenómeno puede dar por resultado el conocimiento mejor ó peor de su *modus operandi*, y si por otra parte *la casualidad* llena á veces el vacío que en vano el estudio ha perseguido tenazmente, se comprenderá que no sea patrimonio exclusivo de los sabios el conocimiento de determinados hechos, y que aun

entre las gentes más indoctas, se opere por empirismo lo que la más alta Magia estudia con gran cuidado.

IV.

El velo del misterio.

Felizmente — digámoslo en buena hora—comprendieron desde el primer momento, así los iniciados en la Teurgia como los iniciados en la Goecia, que convenía á sus particulares intereses, como á los intereses de la humanidad, ocultar bajo el velo del misterio sus tendencias y sus procedimientos. De aquí el cúmulo de símbolos empleados por unos y otros; de aquí las sombras con que siempre se rodeaban. Y—¡cosa digna de notarse!—jamás los iniciados en uno ú otro aspecto de la Magia confundieron sus fórmulas ni sus figuras simbólicas, jamás el círculo goético tuvo semejanza con el de las transmutaciones ni con el doble triángulo de Salomón.

Hemos dicho que felizmente los magos ocultaron sus tendencias y procedimientos, y vamos á decir por qué calificamos de feliz su determinación. Los teúrgicos, estudiando las fuerzas ocultas y aplicando sus estudios á los mundos físico, moral y suprafísico, tenían forzosamente que chocar con las ideas corrientes y ser víctimas de la ignorancia supersticiosa. Por lo pronto conocían en parte el poder de su voluntad reaccionando sobre otra voluntad y sobre algunos agentes físicos, y esto bastaba para despertar contra ellos cierto preventivo recelo, que al menor

motivo podía convertirse en implacable odio. De otra parte, la obra de la transmutación exigía se rodearan de retortas, filtros, alambiques, redomas, hornillos, etc., chirombolos todos ellos fuera de uso para la generalidad, y cuya sola figura—hemos de convenir en ello,—basta y sobra para sobresaltar á la imaginación supersticiosa. Y, por último, ¿no dijo Jesús que no debía darse á los puercos lo sagrado?

Usaron, pues, del símbolo, primero, para preservar de las miradas profanas lo esotérico de sus estudios y de sus prácticas, y segundo, para prevenirse contra cualquier atentado de las turbas ignorantes y mal aconsejadas. Igual han hecho y hacen aún en nuestros días todas las sociedades secretas—ejemplo la fragmasonería,—aun cuando sus tendencias y aspiraciones sean, como las de la institución ya dicha, tendencias y aspiraciones de paz, de fraternidad y de progreso.

A la superstición sólo puede servirle de dique la propia superstición, como á la fuerza ciega sólo puede contenerla otra fuerza de idéntica naturaleza. De aquí el que todos los símbolos de los magos, como el de las sociedades secretas á que antes aludíamos, tengan un marcado tinte supersticioso. El *macho cabrío del sabbat*, por ejemplo, es una figura, como se verá, capaz de enjendrar el terror en cualquiera que no tenga bien sentados los mamelones. El diablo está en ella de cuerpo presente; los signos que hace con sus manos parecen la amenaza de un algo siniestro; su cabeza, su pecho, su vientre, todo en él presagia no se sabe qué, pero indudablemente algo fatídico; causa horror: con esto se dice todo.

Y, sin embargo, ¡cuán diferente es la expresión esotérica de este símbolo! Representa la Magia, la sabiduría de lo absoluto. La llama colocada entre sus dos cuernos, es el reflejo de la inteligencia equilibrante del ternario; su cabeza—cabeza sintética que tiene algo de la del perro, de la del toro y de la del asno—representa la responsabilidad de la materia y la expiación de las faltas corporales; sus manos humanas recuerdan la santidad del trabajo, y haciendo el signo del esoterismo en alto y en bajo, recomiendan el misterio á los iniciados y les señalan dos cuartos lunares, uno blanco y otro negro, para indicarles las relaciones del bien y el mal, de la misericordia y la justicia; tiene el bajo vientre velado, imagen de los misterios de la generación universal, expresada solamente por el símbolo del caduceo; su vientre escamoso refleja los apetitos desordenados de la carne; el semicírculo que le separa del pecho es el emblema de diferenciación entre el mundo físico y el moral é intelectual, entre el mundo de los hechos, y el de las leyes y de los principios; las plumas que le cubren desde los pechos á la región umbilical, que han de ser de diversos colores, expresan místicamente los diferentes sentimientos; los pechos de mujer que exhibe son los signos de la maternidad, y éstos,



con los del trabajo, los de la única redención posible; y finalmente, el pentaclo que lleva en la frente, emblema de la voluntad consciente dirigiendo las cuatro fuerzas elementales, revela á la par la inteligencia humana por la punta que tiene en alto, y la inspiración divina por estar perpendicularmente por bajo de la llama que le sirve de corona. Este, y no otro, es el sentido mítico y cabalístico del *macho cabrío del sabbat:* véase si existe notoria diferencia entre él y lo que en su presencia interpretaría cualquiera no iniciado en los misterios.

Cuando los adeptos querían referirse á ideas puramente abstractas, puramente metafísicas, usaban también otros geroglíficos más abstrusos, por ejemplo, los *Sephirots* ó los *Siete sellos de San Juan;* pero tanto éstos símbolos, como el que anteriormente hemos descrito y como los que aplicaban á cosas concretas, estaban basados en la idea que referían á las figuras geométricas ó astrológicas y á los números, y que constituían un lenguaje completo y perfecto para sus particulares fines. Así el punto (.) ó el uno (1) representaba analógicamente á la *unidad* y al principio; el dos (2) ó la línea (—) al *antagonismo;* el tres (3) ó el triángulo (△) á *la idea;* el cuatro (4) ó el cuadilátero (□), formado con dos líneas verticales representantes de *lo activo* y otras dos horihontales representantes de lo pasivo, á *la forma,* á *la adaptación;* el cinco (5) ó la estrella de cinco puntas (★), á *la inteligencia humana dirigiendo las cuatro fuerzas elementales;* el seis (6) ó los dos ternarios (△▽=✡) al *equilibrio de las ideas* ó del ma-

crocosmos y microcosmos; el siete (7) ó el cuadilátero y el triángulo (□△ = △/□), á *la realización*, ó sea *la alianza de la idea y de la forma;* el ocho (8), ó los dos cuadiláteros (□□ = ✻), *al equilibrio de las formas;* el nueve (9) ó los tres triángulos (△▽△ = ✡), á la *perfección de las ideas;* y el diez (10) ó el círculo (○) á *la eternidad*, ó *á lo absoluto* si ese círculo tenía un punto en el centro (⊙). Las ideas que expresaban con los signos de los planetas, eran: con *Saturno* (♄), el color negro, el sábado, y el plomo, según á lo que se refirieran; con *Júpiter* (♃), el color azul, el jueves y el estaño; con *Marte* (♂), el color encarnado, el martes y el hierro; con el *Sol* (☉), el color amarillo, el domingo y el oro; con *Venus* (♀), el color verde, el viernes y el cobre; con *Mercurio* (☿), lo multicolor, el miércoles y el mercurio; y con la *Luna* (☾), el color blanco, el lunes y la plata. Además, Saturno, Júpiter, Marte y el Sol, eran planetas masculinos; Venus y la Luna, femeninos, y Mercurio neutro; y Júpiter, Venus y el Sol, eran planetas benéficos; Saturno y Marte, maléficos, y Mercurio y la Luna, indiferentes. Finalmente, para poder comprender todo el alcance que á tales símbolos se podía dar, es preciso que advirtamos que entre los magos era dogma la idea del ternario, y que esta idea podía multiplicarse á lo infinito, lo mismo en el mundo físico que en el moral y en el intelectual. Esta es la razón por la que dividían los números, las figuras geométricas y los signos de los planetas, en activos, pasivos y neutros; activos, pa-

sivos y neutros *de lo activo;* activos, pasivos y neutros *de lo pasivo;* activos, pasivos y neutros *de lo neutro,* etc., etc.; afirmando que todo lo que está en lo superior está en lo inferior (△▽), no siendo preciso más que la fusión de ambos (✡) para producir el milagro, ya que todo fué, es y será en lo absoluto y por lo absoluto (⊙), diferenciándose sólo mediante la oportuna adaptación (+).

Si alguien creyera que la antedicha asimilación de los planetas á los metales era pueril y caprichosa, le diremos que se equivoca grandemente. Véase la prueba:

Mercurio, planeta (☿), dista del sol 14.300,000 leguas, y el peso específico del mercurio, metal, comparado con el del agua, es 14'3; el diámetro de Mercurio, comparado con el de la Tierra, es 0'38, y el punto de congelación del metal es—38; la masa del primero, comparada con la de la Tierra, es 0'06966, y el peso del segundo, comparado con el aire, es 6'966; la densidad del planeta, finalmente, es 1'37, y la densidad fluida del metal 13'7.

La distancia que separa al Sol de Marte (♂) es 28 millones de millas, y el peso equivalente del hierro, es 28; la masa del planeta es 0'109, y el calor específico del metal 0'109; la distancia entre el Sol y el primero, reducida á kilómetros, es de 55 á 56 millones, y el peso atómico del segundo es de 55 á 56.

Venus (♀) tiene un diámetro de 3135 leguas, y el equivalente del cobre es 31'3; el diámetro aparente del planeta es 63", y el peso atómico del

metal, 63; y el diámetro del primero comparado con el de la Tierra, finalmente, es de 0'954, igual en un todo (0'954) al calor específico del segundo.

La densidad de Júpiter (♃) es 0'236, y el peso molecular del estaño 236; la oblicuidad del eje del planeta, es de 1°18', y el peso atómico del metal 118; el tiempo que invierte el primero en su revolución es 11'8, y el peso del segundo 118.

Saturno (♄) dista del Sol, como máximum, 207 radios, y atómicamente el plomo pesa 207; el peso sobre la superficie del planeta es de 1'1, y el peso específico del metal es 11; la rotación del primero se efectúa en 10 h. 3', y el equivalente del plomo es 103.

Hasta nuestro satélite (☾) tiene relaciones numéricas con el metal á que se le asimila. La intensidad de la gravedad en la superficie de la Luna es de 1'08, y el peso atómico de la plata es de 108; la órbita de aquélla es, en su apogeo, de más de 400.000 kilómetros, y 4'025 gramos es el peso desprendido de la plata en un ampere-hora.

Hay más todavía. La distancia que separa al Sol (☉) de la Tierra es 148.670,000 kilómetros, y fraccionando los cuatro números dígitos de la derecha de esta cifra tendremos el peso del agua (14 °/o de hidrógeno y 86 °/o de oxígeno). La inclinación del eje terrestre es entre los 23 y 67°, y el aire, según su peso, se compone de 23 °/o de oxígeno y 76 °/o [1] de ázoe. La longitud del péndulo en la

[1] Advertimos que en ocultismo es muy corriente la *inversión*, la *conmutación*, el *cambio*, la *partición* y la *evolución* de los signos. De ello hablaremos oportunamente.

Europa central es de 99 centímetros, y la suma de los componentes del aire (23 + 76) nos dan también 99. Finalmente, los números cardinales del agua son 11 °/₀ de hidrógeno y 88 °/₀ de oxígeno, y Júpiter tarda 11'88 veces más que la Tierra en hacer su revolución.

Se ve, pues, que los antiguos magos no obraban tan á ciegas al buscar sus analogías; sino que lo hacían de una manera concienzuda y previo un pacientísimo estudio, que, á la altura á que nos hallamos, no nos es posible valorar. No tardaremos mucho en volver sobre este tema.

Todo esto, como se comprende, se refiere á la Teúrgica, á la Magia Blanca, bien que analógicamente pueda referirse también á la Goecia, á la Magia Negra, aunque sus signos, como ya se ha consignado, fueran otros bastante diferentes. De esta manera quedaba más plenamente evidenciado que el error es una sombra de la verdad, el mal una sombra del bien, el diablo una sombra de Dios.

V.

La Magia ceremoniosa y sus efectos.

El templo, el laboratorio, el taller del verdadero mago, debe ser, según Kunrath, tal como refleja el siguiente grabado.

En él hay muchos libros, muchos aparatos de física y química, muchas fornituras, un altar, un pebetero, un tabernáculo, una lámpara, diversas colum-

nas, diversas inscripciones, y otra porción de objetos de enumeración prolija. De todos ellos debe hacer uso el iniciado con verdadero discernimiento; todos ellos le son precisos para realizar su obra. Ya hemos dichoque la palabra *magia* era equivalente á la de *sabiduría*, y por lo mismo, el que aspire al título de *mago* debe procurarse todo lo preciso para merecer el adjetivo de *sabio*. ¿Cómo se consigue esto? Estudiando, analizando, deduciendo, en una palabra, trabajando. Para ello le son indispensables útiles, y tales útiles son los que se ven en el grabado del templo. Pero, además de ellos, existen otras varias cosas: el altar, el pebetero, el tabernáculo, la lámpara, las columnas... ¿Para qué son? ¿De qué sirven? Vamos á verlo muy pronto.



Ante todo digamos que las columnas representan otras tantas virtudes y potencias que en sí debe desarrollar el iniciado, para apoyar y sostener con ellas toda su labor intelectual, moral y física. Ya trataremos de esto en otro lugar. Las inscripciones son recordatorios de lo que siempre debe tener presente el teúrgico si no quiere torcer su derrotero y convertirse, de agente de luz, en agente de tinieblas.

El altar, el pebetero, el tabernáculo, la lámpara,

los ornamentos, etc., etc., son otros tantos enseres indispensables á la magia ceremoniosa, y llenan un cometido que difícilmente puede apreciarse al primer golpe de vista.

Ha dicho un sabio contemporáneo que *el equilibrio es la idiocia*. Esta sentencia es perfectamente justa. Así debieron entenderlo también los antiguos magos, cuando, para salir de él, y no para otra cosa, apelaron á la magia ceremoniosa. «Todas sus figuras—dice un autor—todos sus actos análogos á las figuras, la manera de colocar los números y las letras y el modo de consagrarlos, no son, después de todo, sino instrumentos de educación para la voluntad. Tienen, además, otra importancia: la de reunir en una acción común todas las potencias del alma, y aumentar la fuerza creadora de la imaginación. Es la gimnasia del pensamiento que se ejercita en la obra, y por lo mismo, el efecto de este ejercicio es tan infalible como el de la naturaleza, sobre todo cuando se practica con confianza absoluta y con perseverancia inquebrantable.» Probaremos en el libro cuarto de la segunda parte, que las afirmaciones que acabamos de transcribir son una verdad absoluta que á cualquiera le es dado comprobar. Entre tanto, bástenos saber que la magia ceremoniosa no tenía más objeto que provocar el desequilibrio, educar la voluntad y reunir en una acción común todas las potencias del alma

Los ritos, los ornamentos, las fórmulas de la consagración, todo cuanto se empleaba en la magia ceremoniosa, era místico y sugestivo y se refería exclusivamente á la obra particular á que lo aplica-

ban. Tratábase, por ejemplo, de iniciar en los grandes misterios á un neófito. Cubríase el templo, en su techumbre, con un manto azul salpicado de estrellas, á las que velaba en parte una gasa blanca; las paredes, con lienzos blancos festoneados de azul; y el altar, con lienzos blancos, á los que velaban algunos tules negros de más en menos espesos. En el centro de pavimiento del templo se trazaba el gran pentaclo, símbolo místico que se compone de un gran círculo circunscrito por dos triángulos equilaterales, cuyas puntas tocan en la circunferencia, otro círculo concéntrico tangente á los dos triángulos ya dichos, y circunscrito también por otros dos triángulos equilaterales, y en el centro de todo, un punto ó un ojo irradiando luz. No había velas, ni lámparas, ni pebeteros que disipasen las sombras. Todos los iniciados, vestidos de blanco con banda azul, colocábanse de pié sobre las líneas místicas del pentaclo, tal como señalan los puntos de esta figura,



dándose las manos y mirando al centro, donde se colocaba el neófito vestido de igual manera. Entonces el Maestro conjuraba á los reunidos á elevar una plegaria silenciosa al Padre Infinito, pidiéndole extendiera sobre el candidato, en la medida conveniente, el aura divina; hecho lo cual, empezaban las invocaciones entonadas con ritmo cadencioso especialísimo. Estas invocaciones llevaban aparejada de iluminación del templo con la luz ódica: ya diremos en su lugar qué es esta luz y cómo y por qué se produce. Volvía á usar de la palabra el Maestro, y

dirigiéndose al neófito le decía: «Sabeis ya que todo en el Universo es movimiento, y que el movimiento es el resultado de las vibraciones; sabeis también que toda materia posee su aura, lo que no es otro que su propio estado radiante, que es parte del Akasa que llena los espacios interplanetarios é interatómicos; no ignorais que el movimiento, ó la fuerza aplicada al Akasa, puede condensar sus elementos y producir la materia sólida; pues bien: sabeis ya cuanto constituye la base de todos los conocimientos en el mundo físico. Vais á iniciaros ahora en los conocimientos del mundo moral. El hábito blanco que se os ha dado y vestís, significa la pureza, pureza de vida, pureza de acción, pureza de sentimiento; la banda azul, significa la aspiración á lo celeste que siempre debeis tener, que debe sosteneros siempre, y además os recordará que aun os faltan méritos que contraer para alcanzar el hábito blanco sin ninguna otra tinta. Esta cruz de oro que os entrego es emblema del hombre físico: su barra vertical representa el eje polar del hombre, á lo largo del cual actúan las fuerzas vitales; la barra horizontal indica la dirección del diamagnetismo, y en la intersección de ambos planos, en el hombre, es donde reside el alma; las cuatro puntas de la cruz representan los sentidos, y su centro, la región de donde nacen todas las fuerzas sensuales. Os entrego la cruz como una advertencia contra la dominación de los sentidos: llevadla siempre con vos. Va colocada como remate de una caña, porque debeis siempre apoyaros en ella durante vuestra peregrinación por el mundo, y así no olvidareis que es preciso

combatais sin descanso contra las asechanzas de los sentidos. Hacedlo así, y os hallareis en condiciones de poder estudiar y utilizar el gran pentaclo que entre todos trazamos, y que no es otro que el símbolo geométrico de la acción de las fuerzas ódicas y morales. Hermanos, ¡hágase la luz!» —A estas palabras del Maestro se descorrían los velos del altar y de la techumbre, pasaba el iniciado al pie del ara y se entonaba otro segundo canto iniciático en acción de gracias.

Hemos hablado de evocaciones, y es conveniente que digamos algo acerca de ellas. Entre los antiguos era general la creencia de que los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego, estaban repletos de almas ó espíritus elementales, que eran quienes producían todos los fenómenos. De aquí se sigue la razón por la cual evocaban ó exorcisaban á los *silfos* ó espíritus del aire, á las *ondinas* ó espíritus del agua, a los *gnomos* ó espíritus de la tierra, y á las *salamandras* ó espíritus del fuego, según fuera su obra en pró ó en contra de los susodichos espíritus, y según tuvieran ó no que impetrar para ella el auxilio de los mismos. Por esto se decía que todo el poder del mago estribaba en saber sojuzgar á los elementarios.

Para las deprecaciones ó conjuros á cualquiera de estas clases de espíritus, empezaba por trazarse en el gran círculo de las evocaciones el pentaclo que ya conocemos; pero cuidando mucho de colocarse el evocador ó conjurador en la base ó en la cúspide del mismo. Así, si se evocaba á los *gnomos*, por ejemplo, para que auxiliaran en una obra de trans-

mutación, se colocaba el operador en la cúspide del pentaclo (* en la figura), y ponía el altar de las fumigaciones en la base (** en la figura); y por el contrario, si se conjuraba á los mismos elementarios por una mala cosecha, v. y gr., se colocaba el operador en la base y el altar en la cúspide. Hay que advertir que servían siempre para determinar el lugar de la cúspide y de la base los cuatro puntos cardinales, y que se creía que del Norte venían los espíritus celestes y del Sur los espíritus infernales.



Quien haya visto exorcisar ó bendecir y evocar á un sacerdote de la religión católica, sabe ya cómo exorcisaban, bendecían y evocaban los antiguos magos: todo es igual, incluso los hábitos, las oraciones y ceremonias; porque la iglesia católica, en su esoterismo, no es más que la magia de las pasadas edades. ¡Y sin embargo, la iglesia persiguió á los magos y los condenó á la pira! Fué en esto como las víboras, que devoran á su madre.

Si el lector ha asistido con algún recogimiento á una función religiosa; si se ha empapado del misticismo que flota en el ambiente, provocado por las melodías del órgano, el humo del incienso, el rielar de las luces, las fantasías de los ornamentos y la monotonía y gravedad de los cánticos sagrados; si ha visto penetrar á través de los cristales de venta-

na ojiva un rayo de luz convertida en cascada de oro ó en matizado arco iris; y si, elevando su corazón, ha querido remontarse hasta donde su fantasía le condujera, sabe ya lo que todo ello es capaz de producir, sabe ya cuánto fascina, sabe ya, en una palabra, cuánto contribuye á unificar las fuerzas del espíritu y á consagrarlas á un objeto único. Pues estos mismos eran los efectos que buscaban y conseguían los antiguos magos con sus operaciones ceremoniosas.

VI.

Efectos de la magia natural.

Se da el nombre de magia natural á esos presentimientos, á esas intuiciones, algunas veces sublimes, muchas veces sorprendentes, que no son patrimonio de los eruditos ni de los buenos, sino que son patrimonio de gentes sin instrucción y de una moralidad frecuentemente dudosa. La razón del por qué de la magia natural, como de cuanto positivo hemos expuesto y expongamos en esta primera parte, la hallará cumplidamente el lector en la segunda, donde, como significa su título, *rasgamos el velo* de lo oculto. Lo que importa, lo que nos proponemos en el momento presente, es sólo presentar hechos que corroboren los títulos de los respectivos capítulos.

Decimos que la magia natural la constituyen los presentimientos de las multitudes; esos presentimientos que pueden presentarse más ó menos difuminados, más ó menos confusos, pero que al fin y al ca-

bo tienen en su fondo un algo de verdad inalterable.

Como la idea necesita siempre de un ropaje para poderse manifestar y de un objeto en que quedar reflejada, la idea que es el alma de los presentimientos, de la magia natural, se ha revestido siempre de formas más ó menos pintorescas y fantásticas y se ha referido á objetos más ó menos reales y cóngruos. «Me lo dicta el corazón», se dice frecuentemente cuando se intuye algún daño ó algún beneficio; «lo siento en mí», se repite cuando se presiente algo que hondamente nos afecta; «me sentía impelido ó rechazado por una fuerza extraña», se agrega cuando se trata de justificar determinado proceder contrario á las convicciones propias. Otras veces, y esto es lo más difuminado de la intuición, se refiere ésta á la circunstancia de haber visto á un corcobado ó á un gato negro, de haber oído el canto de un buho ó de un canario, de haber presenciado la aparición de un cometa ó el eclipse de una estrella. Esto es lo que constituye el exoterismo de las artes adivinatorias de que luego nos ocuparemos.

Y este exoterismo, hermano gemelo, aunque deforme, del presentimiento puro, no es patrimonio exclusivo de las gentes timoratas y sencillas: participan de él también los genios más celebrados. Voltaire volvía apesadumbrado á su domicilio, cuando en sus paseos oía graznar á los cuervos á su izquierda: sabía bien que esto era un augurio fatídico para él. Federico de Prusia quedaba aterrado cuando veía desprenderse del árbol una manzana. Rousseau consideraba cierta é inmediata su prisión, cuando,

arrojando una piedra sobre un árbol, hacía blanco en el sitio que tomaba por objetivo. Diderot, estando encerrado en Vicennes, pretendía descubrir el día que sería puesto en libertad por el modo cómo quedaba la página del libro que abría al azar. Napoleón, el gran Napoleón, era supersticioso hasta el exceso, y casi siempre acertaba. «*La Italia* está perdida para la Francia; me lo dicen mis presentimientos»,—dijo en cierta ocasión á su secretario Bourrienne, y, en efecto, aquel mismo día quedó apresada y fué echada á pique por los turcos la pequeña embarcación de la flotilla del Nilo que llevaba aquél nombre. «Jamás acometo ninguna empresa en viernes sin sobrecogerme de terror—solía decir:—siempre me salen mal. Recuerdo que la noche que partí de Saint-Cloud para la campaña de Rusia, era un v nes, viernes bien funesto por desgracia.» Tambi pertenece á él esta confesión: «Los que me conocen, saben lo poco que me cuido del peligro. Acostumbrado desde la edad de dieciocho años á las balas de los combates, sé lo inútil que es querer precaverse de ellas: me abandono á *mi destino*, y *mi estrella* es la que se encarga de sacarme á flote.»

De idéntica manera pensaron otros muchos hombres, en quienes, de no faltar á la verdad, no puede dejar de reconocerse gran ilustración, gran valor ó presencia de ánimo para afrontar los peligros, y gran tacto y prudencia para salir airosos de sus cometidos. Esto preconiza, por consiguiente, que en el fondo de sus recelos ó supersticiones, hay algo digno de tenerse en cuenta. ¿Qué puede ser este algo? Una cosa muy sencilla. Cuando el augurio

no es efecto de una observación paciente, aunque mal referida al objeto que se utiliza como punto de mira, es efecto de la imaginación, que así como puede hacer germinar rosas en medio del desierto, así puede hacer retumbar el trueno y surgir el rayo de la atmósfera más diáfana. Este es el secreto de la magia. La esperanza, la cólera, la desesperación, el amor, el terror, todos los sentimientos del alma, en fin, se transforman en fuerzas físicas y producen los consiguientes resultados. La voluntad es el eterno fautor del universo sensible.

VII.

Efectos de la magia matemática.

No vamos á tratar aquí de las matemáticas propiamente dichas, ni siquiera de las ideas ni de los oróscopos que de los números deducían los antiguos. Cuanto á lo primero, á las matemáticas, hacemos justicia al lector suponiéndole conocedor de cuanto por nuestra parte pudiéramos decirle de esa ciencia positiva, la más positiva entre todas; respecto á lo segundo, á las ideas que con los números reflejaban los antiguos magos, hemos dicho lo suficiente en nuestro capítulo IV; y en lo relativo á los oróscopos en que servían de base los guarismos, esperamos desenvolver nuestro plan en el capítulo IV del libro segundo de esta parte.

Empero, si nada tenemos que decir de las matemáticas propiamente dichas, ni de las ideas referidas á los números, ni de la onomancia, tenemos, en

cambio, que ocuparnos de las *reducciones* y *adiciones* cabalísticas por la parte que en sí entrañan de ciencia y de filosofía oculta, ciencia y filosofía que bien merecen ser expuestas, siquiera sea á la lijera.

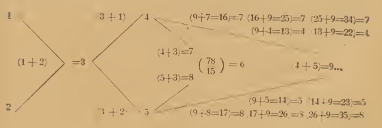
Ya digimos que en ocultismo la idea del ternario lo llena todo. El 1 representa lo activo—el padre El 2 representa lo pasivo—la madre. El 3 representa lo neutro, ó sea la acción recíproca de lo activo y lo pasivo—el hijo. Estos tres factores enjendran otra unidad activa, la familia, á la que representa el 4, que á su vez es el principio activo de otro ternario, como el 5 es el principio pasivo y el 6 el neutro, etc.; de lo que se sigue que el 1, el 4, el 7 y el 10, son principios activos; el 2, el 5, el 8 y el 11, principios pasivos; y el 3, el 6, el 9 y el 12, principios neutros. Estas cifras pueden extenderse á lo infinito para representar con ellas los infinitos ternarios en que la creación se realiza, desde lo infinito absoluto substancial á lo infinito relativo accidental ó de las formas; pero todas las cifras, cualquiera que ellas sean, la reducción cabalística las expresa con un solo guarismo, puesto que uno solo es el principio ó unidad activa, pasiva ó neutra á que pueden referirse. Así, pues, trátase de reducir, por ejemplo, el número 554, para saber si es activo, pasivo ó neutro y el mundo á que pertenece, y se hace diciendo: $554 = 5 + 5 + 4 = 14 = 1 + 4 = 5$; y como el número 5 es el pasivo del segundo ternario, ó sea del mundo de las leyes, resulta que con el número 554 representamos la ley de repulsión, pasivo de la de atracción, y todos los derivados de ella. Otro ejemplo. Sea el número

3828, y diremos: $3828 = 3 + 8 + 2 + 8 = 21 = 3$; y como el 3 es el neutro del primer ternario, ó sea el mundo de los principios, resulta que con el número 3828 representamos el equilibrio inestable de los principios.

La *adición* cabalística es la inversa de lo precedente, y sirve para referir el orden del respectivo ternario dentro del árbol genealógico. Por ejemplo: Sea el número 7 el que se adiciona, y diremos: $7 = 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28 = 2 + 8 = 10 = 1 + 0 = 1$; lo que presupone que aquello de que tratemos, pertenece en orden activo al mundo de los principios dentro del 7.º grado de su árbol genealógico.

El signo de la adición es el *mayor que* ($>$) y el de la concreción el *menor que* ($<$).

Estas adiciones y reducciones cabalísticas tienen transcendental importancia, no sólo para conocer el sentido mítico de las tablas pitagóricas, homéricas y neoplatónicas, que resultan para la mayoría un verdadero grimorio, si que también para darnos cuenta de la generación de los números. El célebre matemático Vronski la presentó ante el Instituto de la siguiente manera, que no es otra que la de las adiciones y reducciones dichas. Véase:



Como se ve por esta tabla, la ley de la generación numérica queda manifiesta: el 1 engendra el 2, el 1 y el 2 el 3, y de estos tres números surgen todos los demás hasta el 9; á partir de esta cifra, todas las cantidades, cualquiera que ellas sean, la reducción teosófica las concreta á un número solo.

El número *nueve* ofrece particularidades muy notables, como se ve por la siguiente tabla Pitagórica:

9 × 1 = 09	:	90 = 10 × 9
9 × 2 = 18	:	81 = 9 × 9
9 × 3 = 27	:	72 = 8 × 9
9 × 4 = 36	:	63 = 7 × 9
9 × 5 = 45	:	54 = 6 × 9

De manera que los múltiplos del *nueve* desde el *uno* al *cinco*, son los mismos, invirtiendo los guarismos, que los del *seis* al *diez*, y por ende, suman do los dígitos con que se forma cada múltiplo, se obtiene siempre la cifra *nueve*. Véase:

09 = 0 + 9 = 9	99 = 9 + 9 = 18 = 1 + 8 = 9
18 = 1 + 8 = 9	108 = 1 + 0 + 8 = 9
27 = 2 + 7 = 9	117 = 1 + 1 + 7 = 9
36 = 3 + 6 = 9	126 = 1 + 2 + 6 = 9
45 = 4 + 5 = 9	135 = 1 + 3 + 5 = 9
54 = 5 + 4 = 9	144 = 1 + 4 + 4 = 9
63 = 6 + 3 = 9	153 = 1 + 5 + 3 = 9
72 = 7 + 2 = 9	162 = 1 + 6 + 2 = 9
81 = 8 + 1 = 9	171 = 1 + 7 + 1 = 9
90 = 9 + 0 = 9	180 = 1 + 8 + 0 = 9, etc., etc.

Y no terminan aquí las particularidades del *nue-*

ve, sino que, si permitimos que entren en conmutación [1] los múltiplos pares con sus homogéneos invertidos los impares de la primera decena, esto es, el 2×9, el 4×9, el 7×9 y el 9×9, nos darán los números cardinales del agua y del aire, como se ve en estas fórmulas:

$$\left.\begin{array}{l} 2 \times 9 = 18 = 18 = 11 = 11\ \%\ \text{hidrógeno} \\ \qquad\qquad\quad \times \\ 9 \times 9 = 81 = 81 = 88 = 88\ \%\ \text{oxígeno.}\ . \end{array}\right\}\text{Agua}$$

$$\left.\begin{array}{l} 4 \times 9 = 36 = 36 = 33 = 33\ \%\ \text{oxígeno.}\ . \\ \qquad\qquad\quad \times \\ 7 \times 9 = 63 = 63 = 66 = 66\ \%\ \text{ázoe.}\ .\ . \end{array}\right\}\text{Aire}$$

Todavía podríamos agregar que la adición de las cifras de cada uno de los productos agua ($11 + 88$) y aire ($33 + 66$) dan 99, y que á los 99° entra el agua en ebullición, que el mercurio gasificado es 99 veces más denso que el hidrógeno, que en la Europa central los cuerpos caen con una velocidad de 99 decímetros en el primer segundo de tiempo, que la columna de agua en el tubo de Torricelli es también de 99 decímetros, y que, finalmente, el 99 no pasa de ser el 9, que á su vez es raíz cuadrada del 3, por aquello de que $9 + 9 = 18 = 1 + 8 = 9$. Todo esto demuestra la importancia que el susodicho número tiene en la creación.

Tenemos, pues, que los números *activos*, representados por el signo $+$, son: $1 \ ^{+3}\ 4 \ ^{+3}\ 7 \ ^{+3}\ 10\ (= 1) \ ^{(+3)}\ 13\ (= 4) \ ^{(+3)}\ 16\ (= 7) \ ^{+3}\ 19\ (= 10 = 1)$...

(1) Se da el nombre de *conmutación* á la inversión de las letras, de los números, de los signos, &., pasando los que ocupen los lugares extremos al centro, y viceversa.

Los números *pasivos*, representados por el signo —, son: $2^{(+3)}\ 5^{(+3)}\ 8^{(+3)}\ 11\ (=2)^{(+3)}\ 14\ (=5)^{(+3)}\ 17\ (=8)^{(+3)}\ 20\ (=2)$...

Y los números *neutros*, representados por el signo ∞, son: $3^{(+3)}\ 6^{(+3)}\ 9^{(+3)}\ 12\ (=3)^{(+3)}\ 15\ (=6)^{(+3)}\ 18\ (=9)^{(+3)}\ 21\ (=3)$..., etc., etc.

Insiguiendo esta teoría es como Barlet pudo establecer la clave definitiva del sistema numeral, que es la siguiente:



Y con esta clave, que, como se ve, no es más que el ternario multiplicado por sí mismo y por sus

factores á lo infinito—en lo cual juega el número *nueve* el principal papel, casi pudiéramos decir el único papel—quedan resueltas, si se estudian bien, todas las tablas cabalísticas, se conoce la generación de los números en su sentido místico y positivo, y se puede hacer la oportuna aplicación de ellos al orden de ideas que convenga.

VIII.

La Goecia.

Poco, casi nada expondremos de esta parte de la Magia. Las generalidades que de ella pueden decirse en un libro de Teurgia como el presente, las hemos referido ya en los capítulos precedentes, especialmente en los II y III; por manera que de extendernos mucho más, penetraríamos en un terreno que nos está vedado: penetraríamos en el terreno de la Magia Negra.

Sin embargo, y no con el propósito de que el lector se valga de ello, sino al objeto de que esté prevenido contra ello, daremos aún algunas ligeras pinceladas sobre el mismo tema.

Que las prácticas de la Goecia, ó sea de la Magia Negra, son algo que no debe mirarse pasivamente, nos lo revela, por un lado, el poder de la Magia Blanca de que ya hemos hecho mérito, y la consideración de que la Magia Negra, como también hemos dicho, no es sino la sombra sarcástica, la sombra dejenerada de la primera: ó más claro,

una malvada aplicación de la Magia única; y nos lo revela también, por otro lado, ese malestar que á cada cual le proporciona su conciencia, cuando, separándose de la ley, sabe bien que ha faltado á sus deberes de padre, de esposo, de hijo, de amigo ó de ciudadano simplemente, *aun cuando esa falta haya sido sólo de pensamiento.* Aparentemente nada más zafio que desear el mal ajeno sin poner en práctica medio alguno ostensible, directo ni indirecto, para producirlo; pero en realidad, nada más terrible que esa idea fija de nuestra mente y de nuestro corazón, que, cual puñal de doble filo, hiere impío al sujeto á quien queremos herir, y nos hiere al propio tiempo á nosotros mismos. Y aquí, como en ocasiones precedentes, hacemos punto final respecto á las consideraciones que se nos vienen á la punta de la pluma, remitiendo al lector que quiera enterarse de ellas y del por qué de las afirmaciones que llevamos hechas, al libro IV de nuestra segunda parte.

No sería la Goecia la sombra dejenerada de la Teurgia, si no tuviera, como ésta, sus ritos y ceremonias.



Se recordará que al tratar de la magia ceremoniosa y sus efectos, hablamos del círculo de las evocaciones. Pues bien: la Goecia también tiene el suyo, que es éste, como tiene sus evocaciones, sus instrumentos mágicos, sus vestiduras, sus conjuros. ¿A

qué genios se evoca? ¡Ah! esto se sobreentiende: una obra de destrucción, de tinieblas y de engaños, no puede tener por mentores á genios de verdad, de luz ni de fecundidad. ¿Qué ceremonias emplea, con qué ropajes se cubre, en qué ejercicios se practica? Tampoco es necesario manifestarlo: ¿habrá alguien tan insensato que busque pudor en casas de lenocinio, respetos y cortesanía entre tahures?

No, la Goecia no tiene, no puede tener las mismas evocaciones, las mismas prácticas, los mismos ritos que la Teurgia; y no los tiene ni puede tenerlos, porque los teúrgicos pretendían y pretenden hacer las obras del Cristo, para lo cual han de ser puros y sabios como el Cristo, mientras que los goéticos pretendían y pretenden hacer las obras del diablo, esto es, de la perversidad, y para ello han de ser perversos. Por esto se les dice que es condición precisa, para ser goético, tener una obstinación invencible, una conciencia endurecida en el crimen y muy poco accesible á los remordimientos y al miedo, ignorancia afectada ó natural, fe ciega en todo lo increíble y bautizarse con sangre humana

. . . .

. . . .

Corramos un velo, y demos por terminado nuestro cometido en lo que se relaciona con nuestro libro primero, esto es, con las definiciones de la Magia.

LIBRO SEGUNDO

ARTES ADIVINATORIAS

Dice un celebrado autor contemporáneo, maestro en ciencias ocultas, que las reglas que se dan para todas y cada una de las artes adivinatorias, son nulas ó casi nulas cuando el agorero carece de inspiración ó no tiene la suficiente fijeza para interpretar su don profético; pero que son de mucha importancia y proporcionan grandes recursos al inspirado, cuando éste, poseído de su papel, se vale de ellas para coordinar sus pensamientos.

Opinamos de igual modo que el aludido cabalista; y como nuestra persuasión es la de que ningún fruto puede sacarse de un arte, aunque se conozca teóricamente, si no se tienen predisposición y aptitudes para la práctica del mismo; y como tenemos el decidido propósito de hacer de nuestro libro un algo útil y práctico para todos sin excepción; y como nos duele en el alma perder tiempo, ocupar espacio y consumir la paciencia de quien nos lea en lo que después de todo apenas si servirá para satisfacer su curiosidad frívola, estimamos conveniente pasar por alto todas aquellas artes adivinatorias

que no ofrecen en la práctica, no ya un éxito completo, si que ni siquiera un éxito remoto, ni una idea que pueda servir de verdadera base á más ó menos ingeniosas conjeturas.

De este trasiego haremos excepción en favor de la Astrología, la Quiromancia, la Cartomancia y alguna otra, no porque sinceramente creamos que los vaticinios que con ellas puedan deducirse hayan de ser una verdad reconocida, sino porque al menos se basan en un cálculo de probabilidades y revelan perspicacia.

Nuestra opinión es que el verdadero porvenir del ser, por lo que respecta á sus particularidades, lo constituye un encerado en blanco, donde cada cual y sólo cada cual ha de ir escribiendo su propia historia. Pensar de otro modo equivale á reconocer la fatalidad, y quien reconoce la fatalidad le niega al individuo lo que tiene de más noble y elevado: su albedrío. «El ser que no es libre, no es.» Así dijo Víctor Hugo y así repetimos nosotros. Y como no podemos negarle ser á la entidad que piensa, siente y quiere, no podemos negarle tampoco el albedrío, y no negando éste, no podemos admitir la fatalidad.

Conste, pues, que descartamos de nuestra Magia todas las artes adivinatorias en las que no hemos visto ningún viso de fundamento, que damos á conocer algunas que se basan solamente en un cálculo de probabilidades, y que describimos otras que son hijas de la observación; pero conste también que tanto de unas como de otras opinamos no debe hacerse ninguna clase de ilusiones el lector por lo que se refiere á su porvenir, hijo exclusivo de su pasa-

do y de su presente, y que sólo las damos á título de curiosidad y para que se vea y admire la perspicacia ó potencia inductiva y deductiva de nuestros antepasados. Esto nos dicta nuestra conciencia que debemos hacer y esto hacemos: el lector no podrá decir jamás que le hemos engañado.

Una palabra todavía antes de cerrar el preámbulo de este libro. Estudiando detenidamente las bases de las artes adivinatorias que más abajo se exponen, hemos visto en ellas una transcendencia filosófica, y en cierto modo científica, que no se ve ni remotamente en la *aereomancia,* en la *astragalomancia,* en la *botanomancia,* etc., etc. ¿No serán estas últimas artes un burdo aditamento que la ignorancia ó el comercio hayan hecho, y en este caso desde muy antiguo, á la ciencia y filosofía de los verdaderos magos? Nosotros nos inclinamos á creerlo.

Y ahora, ya podemos entrar en materia.

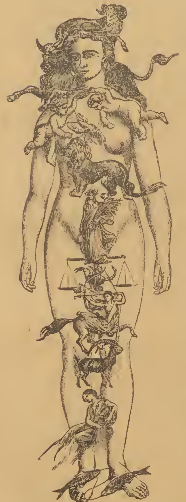
I.

Astrología.

Este arte se basa en un cálculo de probabilidades. Reconoce como fundamento la influencia que ejercen los astros sobre la vida de los seres, y deduce sus augurios de las relaciones que ofrecen unas épocas con otras. Ya se comprenderá que hablamos de la Astrología judiciaria; no de la natural que en nuestros días se denomina Astronomía.

Constituyen los elementos de la adivinación los

siete planetas conocidos de los antiguos y los doce signos del zodíaco. El Sol gobierna la cabeza, la Luna el brazo derecho, Venus el brazo izquierdo, Júpiter el estómago, Marte las partes sexuales, Mercurio el pié derecho y Saturno el pie izquierdo. Entre las constelaciones, Aries domina la cabeza, Tauro el cuello, Géminis los hombros y las espaldas, Cáncer el pecho, Leo el estómago; Virgo el vientre; Libra los riñones y las nalgas, Escorpión las partes sexuales, Sagitario los muslos, Capricornio las rodillas, Acuario las piernas y Piscis los pies.



Los siete planetas, como ya hemos dicho en otro lugar (véase nuestro libro I, cap. IV), gobiernan los siete días de la semana, son de augurio feliz ó desdichado é influyen directamente sobre siete metales; y las constelaciones representan los cuatro elementos, son,

como los planetas, felices ó desdichados, é influyen directamente sobre el individuo en la parte que más arriba queda referido. Así. Leo, Aries y Sagitario simbolizan ó pertenecen al fuego; Tauro, Virgo y Capricornio, á la tierra; Géminis, Libra y Acuario, al aire; y Cáncer, Escorpión y Piscis, al agua, siendo de augurio feliz Leo y Sagitario en los que simbolizan el fuego, Tauro y Virgo en los que simbolizan la tierra y Cáncer y Piscis en los que simbolizan el agua: el aire no tiene ninguna constelación de buen presagio, y en los otros tres elementos, el mal está representado por Aries, Capricornio y Escorpión, esto es, por los que influyen directamente en lo que simbolizan lo mental, lo moral y lo pasional.

La Astrología judiciaria, por lo tanto, estriba en saber coordinar é interpretar las combinaciones múltiples que resultan de la posición relativa de los astros entre sí, y de la significación que cada uno aporta á la oración conjunta.

Pero esto es lo exterior, la cáscara de la Astrología, sólo útil á los inspirados para el objeto y en las condiciones que ya tenemos dichas. Lo interior, el meollo, lo que nos ha movido á ser tan extensos en su exposición, es lo que vamos á decir.

Según Jerónimo Cardan, el mártir de su fe en la Astrología, existe un cálculo preciso, matemático, por medio del cual todos podemos prever nuestra buena ó mala fortuna dentro del año en que hagamos el estudio. Consiste en resumir y examinar atentamente lo que nos ha sucedido en el último año, en el que haga cuatro en el orden de precesión

de los anteriores, en el que haga ocho, en el que haga doce, en el que haga diecinueve y en el que haga treinta, porque el número 1 es el de la gestación ó de las causas inmediatas, el número 4 es el de la realización, el 8 el de Venus ó de las cosas naturales, el 12 el del ciclo de Júpiter ó de los triunfos, el 19 el de los ciclos de la Luna y Marte, ó sea de las luchas, y el 30 el de Saturno ó de la fatalidad; y de lo que nos resulte de este examen, podemos inferir lo que nos sucederá en lo venidero casi de un modo infalible. Por ejemplo: Al presente, 1899, me hallo enemistado con algunos poderosos; en 1895 gocé de mediana posición; en 1891 fuí violentamente separado de mi hogar; en 1887 hice un viaje de propaganda cosechando aplausos y escuchando reprobaciones; en 1880 tuve desgracias de familia, y en 1869, en fin, empecé á saborear lo que es la vida: luego, como el número 1 es el de *gestación* y el 4 el de *realización*, deduzco que dentro de 4 años las enemistades con los poderosos que hoy cultivo me habrán reducido á un mediano pasar, que dentro de ocho seré arrebatado nuevamente de mis lares, que dentro de 12 haré otro viaje propagandista con encontrados vaivenes, que dentro de 19 me amenazará algún grave mal y que dentro de 30 llegaré á lo más amargo de mi existencia. Todo esto, por supuesto, si no varío en parte mi conducta, *si no sojuzgo á los espíritus*, como se dice en lenguaje cabalístico.

Fúndase el precedente cálculo en los *años climatéricos* ó de realización del verbo, que Juan Trithéme expresa en la siguiente forma:

«El reino de cada ángel es de 354 años y 4 meses. El primero es Orifiel, el ángel de Saturno, que principió su reinado el 13 de Marzo del primer año del mundo, su reinado fué, y será cuando vuelva á reinar, el del salvagismo y de la noche primitiva. Siguió el imperio de Amaël, el espíritu de Venus, que principió el 24 de Junio del año del mundo 354: con él principió el amor á ser el preceptor de los hombres, creó la familia y la familia condujo á la sociedad. Los primeros civilizadores fueron los poetas inspirados por el amor; luego la exaltación de la poesía produjo la religión y el fanatismo, que fueron más tarde causa del diluvio. El 25 de Octubre del 708 principió el reinado de Zachariel, el ángel de Júpiter, y bajo su dominio empezó á conocerse y disputarse sobre lo tuyo y lo mío de los campos y viviendas. Esto originó la guerra y la división de reinos, que originó consecuentemente la civilización y la necesidad del comercio. El 24 de Febrero de 1063 dio principio el reinado de Rafael, el ángel de Mercurio, de la ciencia y del verbo, de la inteligencia y de la industria. Fueron inventadas las letras y las artes, se ensayó por primera vez la navegación, las relaciones comerciales se extendieron y las necesidades se multiplicaron. Llegó el 26 de Junio del año del mundo 1417, y con él, el reinado de Samaël, el ángel de Marte, época de la corrupción de todos los hombres y del diluvio universal. Tras largo desfallecimiento el mundo se esforzó por renacer bajo el imperio de Gabriel, el ángel de la Luna, que comenzó su reinado el 28 de Marzo de 1771: entonces la familia de Noé se mul-

tiplicó y repobló la tierra, hasta el 24 de Febrero del 2126 en que entró á reinar Michaël, el ángel del Sol, en cuya época dieron principio las dominaciones.»

Trithéme prosigue su estudio á través de las edades, demostrando la periodicidad de las mismas ruínas, de las mismas civilizaciones, de los mismos progresos, &, bajo el imperio de los mismos ángeles y planetas; y termina subdividiendo los períodos por reflejos de 4, 8, 12, 19 y 30 años, que es lo que dió base á los cálculos de Cardán.

Nosotros creemos en la probabilidad de esos cálculos, no por su carácter de periodicidad y progresión aritmética, sino por estar basados en el estudio que cada cual ha de hacer de sí mismo, de sus gustos, de sus inclinaciones, de sus tendencias, y del resultado que en la vida social le han dado. El mejor horóscopo que cada cual puede consultar, es el conocimiento de si mismo.

II.

Cartomancia.

También se basa este arte en otro cálculo de probabilidades.

Antes de entrar de lleno en la cuestión, séanos lícito decir alguna cosa respecto al juego del Tarot.

Ya sabemos que para los antiguos, la idea del ternario lo llenaba todo; y siendo el *Tarot de los bohemios* el libro más antiguo que se conoce, á na-

die puede estrañarle que la idea del ternario se halle también reflejada en él; más aún, que constituya su base.

Así es en efecto, y de aquí se deriva toda su relativa importancia. Cualquiera consulta que se haga al hado por medio de la cartomancia, de la verdadera cartomancia, tiene una probabilidad de acierto contra otra de engaño y una tercera indiferente; de manera que el azar queda reducido á un + (positivo), un — (negativo) y un ∞ (neutro). Con esto queda dicho si su cálculo de probabilidades debe ó no inspirarnos más confianza que cualquiera otro, aunque, desde luego, no debe merecernos de ningún modo una confianza absoluta. Recuérdese lo que estampamos al principio de este libro, y con ello no habrá lugar á ser esclavos de la credulidad ciega.

Dicho esto, expongamos lo que és el juego del Tarot.

El juego del Tarot se compone de 78 cartas, 22 que llevan los nombres simbólicos y 56 que están representadas por los bastos, las copas, las espadas y los oros. Cada una de estas series se divide á su vez en 14 figuras, que son rey, reina, caballo, sota, as, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, y 10.

Las 22 cartas simbólicas son los arcanos mayores, los grandes arcanos; los 56 restantes son los arcanos menores, los arcanos físicos.

En los arcanos menores representan:

Los *bastos*, las empresas, las glorias, la creación, la agricultura.

Las *copas*, el amor, la dicha, la conservación, la enseñanza.

Las *espadas*, el odio, la desgracia, la transformación, la guerra.



Los *oros*, el dinero, el interés, la transacción, el comercio.

Las cuatro figuras típicas de cada uno de estos palos equivalen:

El *rey*, al hombre, al creador, al emperador.

La *reina*, á la mujer, á la tierna, á la amorosa.

El *caballo*, á los jóvenes, á los combates, los odios, las rivalidades en la familia.

La *sota*, al neutro, al principio de transición.

Es decir que todo ello representa

Caballo

—

(oposición)

Rey	Reina
+	—
(positivo)	(negativo)

Sota

∞

(neutro)

Además, los *bastos* y las *copas* representan á *los buenos*, y los *oros* y las *espadas* á *los malos;* así como los *bastos* y las *espadas* representan á *los morenos* y los *oros* y las *copas* á *los blancos.*

Tenemos, pues, que las cuatro figuras típicas simbolizan:

		Bastos moreno	Copas blanco	Espadas moreno	Oros blanco
Rey. . .	hombre. .	bueno.	bueno.	malo.	malo.
Reina. .	mujer. . .	íd.	íd.	íd.	íd.
Caballo.	joven. . .	íd.	íd.	íd.	íd.
Sota. . .	neutro. . .	íd.	íd.	íd.	íd.

Las diez cartas restantes de cada uno de los palos, se leen:

As. . .	Principio		*Cuatro.*	Principio	
Dos . .	Oposición	del principio	*Cinco.* .	Oposición	de la oposición
Tres. .	Equilibrio		*Seis.* . .	Equilibrio	
Siete. .	Principio		*Diez*,	Indeterminado, que solo los paquetes siguientes pueden darle significación.	
Ocho. .	Oposición	del equilibrio			
Nueve. .	Equilibrio				

Así, por ejemplo, el *as* de *bastos* significa el principio de una *buena empresa;* el *dos*, la oposición á ella en su principio; el *tres*, el equilibrio, ó mejor, el arreglo por el cual el principio de la empresa se lleva á término, después de vencidos los obstáculos; el *cuatro*, oposición al *as*, ó sea oposición á la empresa; el *cinco*, oposición á la oposición; el *seis*, equilibrio de las oposiciones, con ventaja de la que se opone á la empresa; el *siete*, suceso que asegura la empresa; el *ocho*, oposición á ese suceso. la empresa sólo va bien en parte; el *nueve*, realización del suceso; y el *diez*, perplegidad, incertidumbre en lo relativo á la empresa.

Estas mismas gradaciones simbólicas aplicadas á las *copas* y á las *espadas* nos dan su completo significado, con sólo mudar las *empresas*, *gloria*, *creación* y *agricultura* que representan los *bastos*, por el *amor*, la *dicha*, la *conservación* y la *enseñanza* representados por las copas, ó el *odio*, las *desgracias*, la *transformación* y la *guerra* de las espadas. Los *oros* se separan algo del sentido general, porque todo el palo es transitivo. Así, las cuatro figuras típicas deben leerse.

Rey de oros. Hombre rubio, enemigo ó indiferente de quien consulta.

Reina. . . . Mujer rubia, enemiga ó indiferente de quien consulta.

Caballo. . . . Joven rubio, enemigo ó indiferente de quien consulta.

Sota. . . . . Niño rubio; mensajero; carta.

Y las diez cartas restantes significan:

As de oros. . *Principio de fortuna*. Herencia, donaciones, economías, negocios bien fundamentados.

Dos de oros. *Oposición al principio*. Dificultades para establecer los primeros jalones de la fortuna.

Tres de oros. *Realización del principio*. Adquisición de una pequeña suma.

Cuatro.. . . *Oposición al as*. Pérdida de dinero.

Cinco . . . . *Oposición á la oposición*. Ganancias que equilibran las pérdidas.

Seis . . . . . *Realización de la oposición*. Ruína.

Siete. . . . . *Exito seguro*. Gran fortuna.

Ocho. . . . . *Exito parcial*. Grandes pérdidas de dinero en el momento de ir á realizar definitivamente la fortuna.

Nueve. . . . *Equilibrio del equilibrio*. Fortuna duradera.

Diez. . . . . *Incertidumbre respecto á la fortuna*. Grandes ganancias y grandes reveses que hacen oscilar contínuamente la posición del consultante.

Además de todo lo dicho, las cuatro figuras típicas de *oros* indican que aquello á que se refieran proviene del exterior, de la guerra ó de los extraños; las de *espadas*, que provienen de un convecino;

y el as de *bastos* y de *copas*, que provienen de la familia.

ARCANOS MAYORES



Constitúyenlos estas veintidós láminas típicas. Las siete primeras hacen relación á la vida intelectual del consultante, las siete segundas á la vida moral, y las siete terceras á la vida material. La vigésima segunda lámina es transitiva. Por lo tanto,

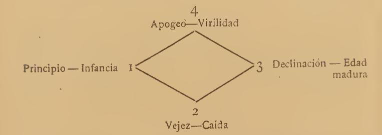
El Jugador de manos. . .	(lám. 1)	significa...	El consultante.
La Papisa.	(» 2)	significa...	La consultante.
La Emperatriz.	(» 3)	significa...	Acción, iniciativa.
El Emperador.	(» 4)	significa...	Voluntad.
El Papa.	(» 5)	significa...	Inspiración.
El Amoroso.	(» 6)	significa...	Amor.
El Carro.	(» 7)	significa...	Triunfo, protección providencial.
La Justicia.	(» 8)	significa..	Justicia.
El Eremita.	(» 9)	significa...	Prudencia.
La Rueda de la fortuna.	(» 10)	significa...	Fortuna, destino.
La Fuerza.	(» 11)	significa...	Fuerza.
El Ahorcado.	(» 12)	significa...	Pruebas, sacrificios.
La Muerte.	(» 13)	significa...	Muerte.
La Atemperancia.. . . .	(» 14)	significa...	Atemperancia, economía
El Diablo..	(» 15)	significa. .	Fuerza mayor, enfermedad.
La Iglesia.	(» 16)	significa...	Ruina, decepción.
Las Estrellas.	(» 17)	significa. .	Esperanza.
La Luna.	(» 18)	significa...	Enemigos ocultos, peligros.
El Sol.	(» 19)	significa...	Bienhechor material, fecundidad
El Juicio.	(» 20)	significa...	Cambio de posición.
El Loco.	(» 21)	significa...	Lesión en la cabeza, locura, desvarío.
El Mundo.	(» 22)	significa...	Exito asegurado.

Conocido el valor de las láminas, hay que tener en cuenta las fases porque pasa todo, y que son:

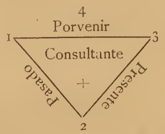
En el hombre	Infancia Virilidad Edad madura Vejez	En las casas	Principio Apogeo Declinación Caída ó ruína

lo cual presupone que las cartas han de ocupar y representar, por consecuencia, cuatro puntos, opuestos dos á dos, sobre los que colocaremos las lámi-

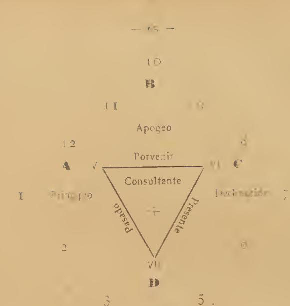
nas que luego nos revelarán lo desconocido. Dichos puntos de oposición son estos:



También hay que tener en cuenta que todo historial se reduce á lo presente, lo pasado y lo porvenir, y que esto ha de representarse en el juego adivinatorio, lo que se consigue por medio de la siguiente figura:



Y, finalmente, no debe olvidarse tampoco que el año tiene cuatro estaciones, cada una de tres meses, que reclaman su lugar en el juego adivinatorio. Las colocaremos, pues, en la parte exterior de la primera figura, y obtendremos con todas ellas la que en último término ha de servirnos de libro de lectura del horóscopo. Véase:



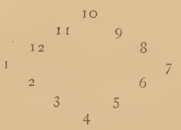
Como se ve, esta figura se construye con dos círculos y un triangulo. El círculo exterior, compuesto de doce *casas*, se formará con los *arcanos menores* (es el que señalamos con numeros arábigos); el segundo círculo, compuesto de cuatro *casas*, se formará con *arcanos mayores* (es el que señalamos con las cuatro letras A, B, C, D); y el triángulo, en fin, que señalamos con numeros romanos, se constituirá también con los *grandes arcanos*. En el centro, como se indica, queda el consultante.

MODO DE ECHAR LAS CARTAS

1.° Se toman los naipes, ó sean los *arcanos me-*

nores, y se barajan bien, dándoselos á cortar al consultante.

2.° Se toman las doce primeras cartas, y se forma con ellas el círculo exterior antes descrito, ó sea éste:



3.° Se barajan los *arcanos mayores*, se le dan á cortar al consultante, y separándolos en tres partes iguales, cada una de siete arcanos, se le dice al que interroga que elija el montón que quiera.

4.° Del montón elegido se toman las cuatro primeras láminas, y se colocan entre las cartas 2 y 12, 11 y 9, 8 y 6 y 3 y 5 respectivamente, en esta forma:

10
11 B 9
12 8
1 A C 7
2 6
3 D 5
4

Los arcanos á que acabamos de referirnos están representados en la figura por las letras A, B, C, D.

5.° Finalmente, con los tres arcanos que restan

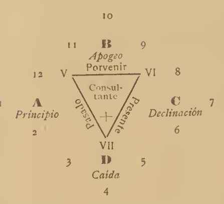
de los siete del montón elegido, se forma el triángulo interior, en esta forma



y queda, por consiguiente, constituída la figura general cuyo esquema hemos dado anteriormente.

Desde este instante puede empezarse á leer el horóscopo.

Ya hemos dicho que el consultante ó la consultante, *el primero ó el segundo arcano mayor*, según sea varón ó hembra el sujeto de referencia, debe colocarse en el centro del triángulo; por lo tanto, si por casualidad saliera en el montón de láminas elegido, debe reemplazarse por otro tomado al azar, y si no saliera entre ellas, debe buscarse donde esté.



Dicho esto, sólo resta hacerse cargo de la figura y recordar lo que los *arcanos mayores* y *menores* representan.

Los doce *arcanos menores* indican las diferentes fases porque pasa la vida del individuo durante los cuatro grandes períodos: *Principio*, indica-

do por el *arcano mayor* A; *Apogeo*, indicado por el *arcano mayor* B; *Declinación*, indicado por el *arcano mayor* C; y *Caída*, indicado por el *arcano mayor* D. Los tres *arcanos mayores* del triángulo (V), (VI) y (VII) revelan el carácter especial del horóscopo en el *pasado*, en el *presente* y en el *porvenir* respectivamente. Y, finalmente, los *arcanos menores* del 7 al 12, revelan el *porvenir;* los del 4 al 7, el *presente* y los del 1 al 4 el *pasado*.

Hacemos justicia á nuestros lectores reconociendo que no necesitan les digamos que los números arábigos y romanos y las letras que empleamos en los esquemas, no tienen otro objeto que el de darles una idea clara y precisa del lugar que debe ocupar cada naipe y cada lámina de los arcanos mayores; así como reconocemos también que teniendo presente la idea del ternario y el valor simbólico de cada figura, no ha de ofrecerles ninguna dificultad interpretar los vaticinios.

De todos modos es preciso convenir que en ésto, como en todo, la práctica es el mejor maestro de los detalles.

III.

Necromancia.

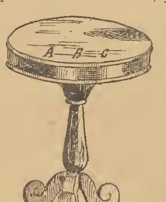
Es la evocación de los muertos y se basa en la experiencia.

Los antiguos creían que las almas de los que la muerte arrebataba de este mundo, no abandonaban

nunca á sus deudos, á no ser para volver á la tierra revistiendo otra forma corporal. En nuestros días esa creencia no ha mermado en nada sus prestigios, antes por el contrario, son miles los que le rinden vasallaje, y la ciencia le ha dirigido su escalpelo. La Necromancia, pues, es el psiquismo contemporáneo; y si en la antigüedad tenía por exclusivo objeto evocar á los muertos para que les sirvieran de oráculo, hoy se utiliza para estudiar á fondo la psicología. De todos modos, está probado hasta la saciedad que los muertos hablan, y hablando, sea mediante el trípode como en los antiguos templos de Delfos ó de Apolo, sea por boca de los parlantes ó sonámbulos como en las sesiones llamadas *espiritistas*, pueden, en cierto modo, ser augures para los que, no teniendo las percepciones que ellos tienen, tampoco pueden alcanzar donde ellos alcanzan.

La fórmula de la evocación no está determinada: sirve cualquiera que brote del alma, y será la mejor aquella que sea la más sentida. Cuanto al procedimiento del trípode, que es el más en uso y el que está más al alcance de cualquiera, consiste en colocar sobre él todos los reunidos las manos extendidas, formular las preguntas que se estime por conveniente y esperar á que la pata tal ó cual dé uno, dos ó tres golpes, según se haya previamente convenido para decir *sí*, *no* ó *no lo sé*. Otro procedimiento más complicado, pero mucho más perfecto, consiste en escribir en tres tiritas de papel las 24 letras del alfabeto y colocarlas sobre el trípode conforme indica la figura, que, como se ve, es correspondiendo cada tira á una pata particular; hecha la evo-

cación y las preguntas según se ha dicho para el procedimiento anterior, y colocando las manos en



los bordes de la mesa que deja libres el triángulo formado con las tiritas de papel, se espera á que el mueble se mueva, teniendo buen cuidado en anotar los golpes que dé cada pata y ver la letra á que corresponda, pues de este modo se van formando las sílabas y palabras de las contestaciones. Finalmente, para ahorrar tiempo y facilitar la interpretación de las contestaciones, las tiritas á que hemos aludido deben hacerse en esta forma *A*

1	2	3	4	5	6	7	8	9
a	e	i	b	c	ch	d	f	g

B

1	2	3	4	5	6	7	8	9
si	o	u	h	i	j	l	m	n

C

1	2	3	4	5	6	7	8	9
no	p	q	r	s	t	v	y	z

y colocarlas indistintamente, ó bien como queda señalado en el grabado.

Los otros procedimientos, ó sea el *parlante* y el *sonambúlico*, presuponen facultades superiores que no están al alcance de cualquiera, y por lo mismo, inútil es que las apuntemos aquí. En la segunda parte, volveremos sobre este tema y seremos más explícitos.

IV.

Onomancia.

Consiste este arte adivinatorio en deducir los vaticinios por el valor numérico y anagramático de las letras que entran en el nombre propio de cada cual. «Hay determinados números, dijo Agripa, que Dios ha querido colocarlos simpre bajo nuestros ojos para que nos demos cuenta constantemente de su importancia: tales son el 1, el 3, el 7 y el 9; es decir, la unidad, el ternario, el septenario y el triple-ternario, ó sea la realización del verbo.» Con efecto, esos números son los que más intervienen en toda clase de combinaciones aritméticas, como puede observarse á nada que uno se entretenga haciendo pruebas.

Se sabe que cada letra griega tenía, y tiene, un valor propio, que se representa así:

Unidades	Decenas	Centenas	Millares
α (a) . . 1	ι (i) . . 10	ρ (r) . . 100	Α (A) . . 1.000
β (b) . . 2	κ (c) . . 20	σ (ts'). . 200	Β (B) . . 2.000
γ (g) . . 3	λ (l) . . 30	τ (t). . . 300	Γ (G) . . 3.000
δ (d) . . 4	μ (m). . 40	υ (u) . . 400	Δ (D) . . 4.000
ε (e) . . 5	ν (n) . . 50	φ (f). . . 500	Ε (E) . . 5.000
ϛ (s). . . 6	ξ (x) . . 60	χ (ch). . 600	Σ (S). . . 6.000
ζ (z). . . 7	ο (o) . . 70	ψ (ps). . 700	Ζ (Z). . . 7.000
ή (he). . 8	π (p) . . 80	ω (ó).. . 800	Η (He). . 8.000
θ (th). . 9	ϙ 90	ϡ . . . 900	Θ (T) . . 9.000

y así sucesivamente. Los millones se escribían como

los millares, con solo agregar un apóstrofe invertido á la izquierda de la inicial; ͵A (1.000,000) ͵B (2.000,000) ͵Γ (3.000,000) etc.

Ahora bien: trátase de deducir la suerte de un *Anselmo*, que está en pugna con un *Benito* sobre un asunto cualquiera, y se escribe:

A. . . .	1	B. . . .	2
n.. . . .	50	e. . .	5
s.. . . .	0	n.. . . .	50
e.. . . .	5	i.	10
l.	30	t.	300
m. . . .	40	o.. . . .	70
o.. . . .	70		437
	202		

pues los números acusan que *Benito* triunfará de *Anselmo*, porque las letras de su nombre dan una suma mayor que las de su adversario.

No se trata ya de un caso dado, sino de conocer el horóscopo de un *Valentín*, que nació en 1876; y se escribe:

V. . .	0
a. . .	1
l.. . .	30
e. . .	5
n. . .	50
t.. . .	300
í.. . .	10
n. . .	50
	446 = 14 = 5, número pasivo del segundo ternario, del ternario moral, que es equivalente

á decir que será irresoluto, nada elevado de sentimientos. poco celoso de su honra, en una palabra: completamente pasivo en todo cuanto con su dignidad se relacione. Nació, hemos dicho, en 1876. y adicionando estas cifras, tendremos: 1876

+ 1
+ 8
+ 7
+ 6

= 1898 = 26 = 8 pasivo del tercer ternario, del ternario material, que nos revela que si moralmente considerado *Valentín* no promete nada bueno, tampoco lo promete en el orden material, puesto que al llegar á la edad viril, á los 26 años, será, según los números, pasta dispuesta á todo lo que se quiera, sin iniciativas propias, sin nada, en una palabra, que le revele digno. Más tarde todavía, en el 1924, cuando cumpla 42 años, *Valentín*, según los números, despertará algo de su letargo en lo material, pues las operaciones: 1898

+ 1
+ 8
+ 9
+ 8

1924 = 16 = 7 nos indican que después de 16 años de pasividad acéfala, inaugurará una época de actividad (así lo manifiesta el número 7, *activo* del tercer ternario); pero pronto se pre-

sentará de nuevo la decadencia, ya que: 1924
+ 1
+ 9
+ 2
+ 4

1940 = 14
= 5 ó sea catorce años más tarde, al frisar él en los 56, caerá de nuevo en el *pasivo* moral, que dada la edad, será la idiocia.

Esto en cuanto á la *onomancia aritmética.*

La *onomancia anagramática* consiste en deducir del nombre del individuo otro ú otros nombres cuyo significado indique alguna prenda ó cualidad, por ejemplo: Anselmo=*Moles—Lomas—Salmón—Malesno*, etc.; todo lo cual revelaría que el tal *Anselmo*, sería fornido, pendenciero y apreciado, y que no se vería expuesto á males.

Frecuentemente, con el propósito de completar el vaticinio lo más y mejor posible, se entrelazaban las dos *onomancias*, deduciendo anagramáticamente el valor de cada operación aritmética y formando la síntesis después de la quinta operación. No negaremos que estas combinaciones resultan á veces muy felices, como por ejemplo: El año en que terminó el terror en Francia, fué el 1794; añadiendo á este año el valor de sus cifras 1 + 7 + 9 + 4, da el año 1815, que es el de la caída del imperio; si á este último le agregamos también el valor de sus cifras 1 + 8 + 1 + 5, nos dará el del advenimiento de los Orleans en 1830; nueva adición de las cifras 1 + 8 + 3 + 0, y tendremos el

año de la muerte del duque de Orleans (1842) y de la decadencia de la nueva dinastía; otra adición, y alcanzaremos el año en que nació el príncipe imperial (1857); otra, y nos señalará la fecha del ensayo de restauración del 16 de Mayo (1878), otra, en fin, y se nos presentará el 1902, fecha en la cual ignoramos que podrá acontecer, pero que insiguiendo la cábala de los números (1+9+0+2=12=3), se nos presenta como *neütro* del primer ternario, del ternario intelectual, lo que no puede ser muy halagüeño para nuestros vecinos traspirenaicos, que en este caso dejarían de ser *el cerebro del mundo* para ser *los pies*, ó si se quiere, una de tantas naciones del montón semi anónimo. Apresurémonos á decir, sin embargo, que contra estas felices coincidencias, puede ofrecernos la historia mil millones de fracasos.

V.

Quiromancia.

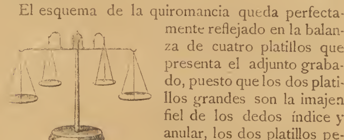
La *quiromancia* es lo que vulgarmente se llama *buenaventura*, y se contrae á deducir de los signos de la mano el horóscopo del individuo. Su parte positivamente técnica, como la de todas las artes adivinatorias de algún viso de verosimilitud, se calca en la idea del ternario, y se divide en quiromancia astrológica y quiromancia física. No diremos que las deducciones que se sacan de una y otra sean

completamente exactas; pero tampoco negaremos que tienen un algo de fundamento. Un autor se atreve á decir que son muchísimo más positivas que las que ofrece la *fisionomía*, no obstante haberse afirmado que *el rostro es el espejo del alma*. Se funda en que los rasgos fisiognómicos puede modificarlos cualquier truhán hipócrita, mientras que los signos de la mano no puede modificarlos sino una evolución lenta.

El mérito de este arte, como de otros muchos, estriba en *saber ver*, y esto no es posible, ni explicarlo en letras de molde, ni aprenderlo mediante teorías: hacen falta las lecciones del maestro entre los maestros, las lecciones de la experiencia.

Dicho esto á título de preámbulo, entremos en materia.

El esquema de la quiromancia queda perfectamente reflejado en la balanza de cuatro platillos que presenta el adjunto grabado, puesto que los dos platillos grandes son la imajen fiel de los dedos índice y anular, los dos platillos pequeños de los dedos pulgar y meñique, y el dedo medio, de la columna; y lo presenta tanto más y mejor, cuanto que, así como no puede ascender un platillo de la balanza sin que descienda el otro, así tampoco un dedo de la mano puede alargarse ni engordarse sin que el otro, quirománticamente, sufra detrimento.



La mano en general nos presenta las líneas de

estudio que señala el adjunto grabado, y que se denominan:

(1) Línea *Saturniana*, ó de la *fatalidad*.

(2) Línea *Apoloniana*, ó de la *idealidad*.

(3) Línea *Mercuriana*, ó de la *intuición*.

(4) Línea *Jupiteriana*, ó del *corazón*.

(5) Línea *Marciana*, ó de la *voluntad*.

(6) Línea *de la vida*; y

(8) Líneas *Lunares*, ó de *la imaginación* y *la generación*.

Además debe trazarse mentalmente una línea horizontal por la extremidad superior del dedo *del corazon*, y si el *anular* se aproxima más á ella que no el *índice*, es prueba de que el examinado ama más á la *gloria* que al *dinero*, y á inversa, amará más al *dinero* que á la gloria el que aparezca tener más largo el *índice* que el *anular*.

El valor de las líneas lo determina su profundidad y nitidez; y los cortes de las mismas y el mayor ó menor número de rayitas junto á las determinantes, indican la más ó menos transcendencia de éstas últimas.

La línea de Saturno (1) y la línea Marciana (5), representan, como hemos dicho, la *fatalidad* y la *voluntad;* su acción recíproca nos produce una cruz, y en esta cruz hemos de ver, en el lado derecho, el

ideal teórico, y en el izquierdo, el ideal práctico. La profundidad de ambos brazos y las pequeñas líneas conjuntas que les acompañen, nos indicarán la preponderancia de uno ú otro ideal.

La línea saturniana indica también la época exacta de los acontecimientos pasados, presentes y futuros del individuo. Todo lo que modifica en algo el modo de existencia del ser, queda indeleblemente grabado en dicha línea por cortes ó por interposiciones de otras líneas; la dirección de esos cortes é interposiciones revelan si las modificaciones han influído en sus ocupaciones intelectuales ó en su posición y positivismo.

Una línea rec[illegible] cortes acusa una vida uniforme tanto en las ideas como en las obras; pero si está cortada por la línea marciana, es prueba que á los 20 años modificó su modo de vivir en el sentido que el corte indique; si por la línea jupiteriana, la modificación fué á los 40, si por la mercuriana, á los diez ó doce años. Dividiendo por mitad esas líneas se obtienen las edades intermedias.

La suerte se revela por el número de líneas paralelamente conjuntas á la saturniana. Conociendo el modo de determinar las edades, se puede determinar también los períodos de bienandanza y de adversidad.

Las enfermedades se adivinan por la línea de la vida (6), que aparece tanto más borrada y cortada cuanto mayores y más graves sean las enfermedades porque se haya pasado ó tengan que sobrevenir. Las parálisis se indican generalmente por islas, y las enfermedades crónicas por la desaparición

casi por entero de la línea. Para determinar las edades es necesario valerse de la regla ya dada.

El carácter del individuo se conoce por el dedo pulgar en su falange superior. Si es cuadrada y echada hacia afuera, indica un espíritu generoso; si es larga y gruesa en relación con el resto del dedo, indica un carácter temible, capaz de llegar hasta el asesinato.

El amor se revela por la línea jupiteriana ó del corazón (6). Si es venal, presenta leves líneas en la parte superior del monte de Venus (luego indicaremos qué es dicho monte); si es serio y único, una línea profunda cruza horizontalmente y por mitad dicho monte; y si es lujurioso, en la parte inferior del mismo se presenta una red de rayitas apenas perceptibles.

El matrimonio lo descubre una cruz comprendida entre las líneas saturniana (1) y marciana (5). Si no está bien formada, indica que el matrimonio está en vías de hecho ó que no es feliz, según la edad de aquel á quien se examina; si una línea accesoria atraviesa á la cruz en su parte inferior, es que se presentan obstáculos para el casamiento, ó que los casados viven mal. Una cruz bien hecha y nítida da testimonio de un matrimonio venturoso.

La voluntad se revela por la profundidad y nitidez de la línea marciana (5); la debilidad del carácter y sus consecuencias, por las interrupciones que sufra y su conjunción con otras líneas. Esta conjunción indica también la fecha de los acontecimientos y su condición. Si es con la línea saturniana (1) y prepondera ésta, á los 20 años su debilidad le fué

fatal; si es con la línea apoloniana (2), y prepondera la última, á los 40 años quedó dominando su voluntad sobre su debilidad; si es con la línea mercuriana (3) y en iguales condiciones, á los 60 años tuvo intuiciones felices de las que se dejó guiar. Sí, por el contrario, es la línea marciana la que domina en todas las conjunciones, debe darse á los acontecimientos la interpretación inversa de la que hemos expuesto. Las edades intermedias 25, 50 y 75 años las indican unas rayitas perpendiculares que parten de las raíces de los dedos medio, anular y meñique respectivamente.

La audacia y el éxito lo revelan las líneas marciana (5) y de la vida (6). Cuando están totalmente separadas, es indicio de que el individuo tiene confianza inquebrantable en sí y en su fortuna, y por lo mismo, que alcanzará el éxito en cuantas empresas acometa; cuando están unidas por pequeñas líneas intermedias, acusan que el individuo tiene confianza en su estrella, pero no en sí; y cuando están íntimamente unidas, el individuo es débil, no acomete nada con confianza ni entusiasmo, y todas sus empresas le salen fallidas.

Revela la vida moral la línea jupiteriana (4). Al igual que sus compañeras, denota tanta más generosidad, tanto más altruísmo y nobleza, cuanto más marcada esté; y acusa las grandes crisis morales porque el individuo haya pasado y su desfallecimiento ó su elevación moral, al preponderar ó no en sus cruces con las otras líneas. Así, si se cruza con la línea mercuriana (3), puede decirse que entre 10 y 12 años tuvo una gran crisis, de la que la parte

moral salió vencedora ó vencida de la intuición, según prepondere, como hemos dicho, una ú otra línea; si se cruza con la apoloniana (2), la crisis con lo ideal fue á los 20 años; si con la saturniana (1), chocó con la fatalidad á los 40 años. Las edades intermedias, como en el vaticinio de la *audacia*, las revelan las líneas perpendiculares que parten de las raíces de los dedos.

El arte y la fortuna, los revela la línea apoloniana (2). Si ésta es larga, y á la raíz del dedo anular, por la parte inferior de la línea, va acompañada de otras muchas pequeñas, el individuo tiene tendencias artísticas muy desarrolladas; si forma horquilla á la raíz del mismo dedo anular y en el brazo superior de ella se conglomeran otras líneas, indican que el individuo es afortunado.

La ciencia indícala la línea mercuriana (3). Si á la raíz del dedo meñique hay una conglomeración de rayitas, es prueba inconcusa de capacidad mental para acometer cualquier estudio, y de espíritu sutilísimo de observación.

El amor al dinero y al ideal lo descubren, como ya indicamos, la longitud de los dedos índice y anular; pero el amor al comercio está revelado por una sola línea que tiene que presentarse por bajo de la mercuriana (3).

Todo esto en cuanto á la *quiromancia física*.

La *quiromancia astrológica* deduce sus augurios de la importancia de los *montes*, que refiere á los siete planetas. En ella, como en la astrología, se estiman planetas benéficos á Júpiter, Venus y el Sol; maléficos á Saturno y Marte; é indiferentes á la Lu-

na y Mercurio; y se consideran masculinos Saturno, Júpiter, Marte y el Sol; femeninos Venus y la Luna, y neutro Mercurio. Teniendo esto en cuenta y sabiendo el monte dedicado á cada planeta, puede colegirse lo restante del horóscopo sin gran dificultad.

Queremos, sin embargo, ilustrar al lector en cuanto sea posible, y para ello nos valdremos de la siguiente figura:



El *monte de Júpiter* es el que se ve en la raíz del dedo índice.

El *monte de Saturno* está en la base ó raíz del dedo del corazón.

El *monte* del Sol está en la raíz del dedo anular.

El *monte de Mercurio* ocupa la base del dedo meñique.

El *monte de Marte* está en el pulpejo, por bajo del *monte de Mercurio.*

El *monte de la Luna* radica por bajo del de *Mercurio*, junto á la muñeca.

Y el *monte de Venus*, finalmente, está en la raíz del pulgar.

El monte de Venus se contrae á cuanto se relaciona con el amor á la familia y á los niños.

El de Júpiter hace referencia á todo lo que implica ambición ó cariño.

El de Saturno es el mensajero de la fatalidad y la tristeza.

El del Sol descubre la gloria, la fortuna y las tendencias artísticas.

El de Mercurio refleja las aptitudes comerciales y para las ciencias, en especial la medicina.

El de la Luna hace notoria la potencia imaginativa.

Y el de Marte, finalmente, pone de relieve el valor y la penetración.

La mayor ó menor importancia de estos montes se conoce por lo abultados que sean y por la nitidez del tegido de rayas que les cubre; y para sacar las deducciones con algún fruto, deben tenerse en cuenta las oposiciones en general, así de los planetas como de los afectos.

Hay, además, una *quirognomia*, que se refiere á la figura de la mano en general y de los dedos en particular; pero como no nos inspira la más leve confianza, no nos ocupamos de ella.

*
* *

Al terminar el libro repetimos lo que queda consignado en su principio: *Las reglas de las artes adivinatorias son nulas ó casi nulas cuando el agorero carece de inspiración, ó no tiene la suficiente fijeza en la interpretación de su don profético.*

De éste don y de sus positivas aplicaciones nos ocuparemos en la segunda parte.

LIBRO TERCERO

Grimorios, Amuletos y Pentaclos

I.

La Clavícula de Salomón.

Se habla mucho de este grimorio atribuyéndole grandes poderes, y sin embargo, sin la idea, sin lo esotérico que le vitaliza, es una oración, un cúmulo de palabras, nada estéticamente hilvanadas por cierto, que ni estimulan la inteligencia, ni mueven al corazón.

Ya hemos hablado de las evocaciones en el capítulo tercero del libro primero y en el capítulo octavo del mismo libro; pues bien: la *Clavícula de Salomón* es el conjuro que al trazarse el pentaclo se pronunciaba en las evocaciones—en las de la *Goecia* especialmente—y que copiado á la letra es como sigue:

«Yo, F. de T., te conjuro, espíritu de... *(el que sea)* en nombre del gran Dios vivo que ha hecho el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene, y en virtud del santo nombre de Jesucristo, su muy querido hijo, que sufrió por nosotros muerte y pasión en el árbol de la cruz, y por el precioso amor del Espíritu Santo, trinidad perfecta, que tu tengas que aparecérteme bajo una humana y hermosa forma, sin darme miedo, ni producir ruido ni extremecimiento alguno. Te conjuro en nombre del gran Dios vivo, Adonay, Tetragrammaton, Jehová, Tetragrammaton, Jehová, Tetragrammaton, Adonay, Jehová, Otheos, Athanatos, Adonay, Jehová, Otheos, Athanatos, Ischyros, Athanatos, Adonay, Jehová, Otheos, Saday, Saday, Saday, Jehová, Otheos, Athanatos, Tetragrammaton, Luceat, Adonay, Ischyros, Athanatos, Athanatos, Ischyros, Athanatos, Saday, Saday, Saday, Adonay, Saday, Tetragrammaton, Saday, Jehová, Adonay, Ely, Aglá, Aglá, Aglá, Adonay, Adonay, Adonay. Ven *(se nombra al espíritu)*, ven *(íd. íd.)*, ven *(íd. íd.)* Te conjuro y requiero que te me aparezcas, como te llevo dicho, en virtud de los poderes y sagrados nombres de Dios que acabo de recitar presentemente, para cumplir mis deseos y voluntad, sin resquemor ni engaño; si no, San Miguel, Arcángel invisible, te precipitará en lo más profundo de los infiernos. Ven, pues, para que cumplas mi voluntad.»

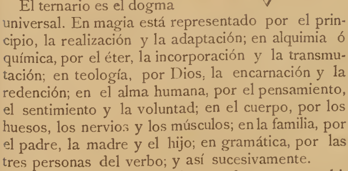
Como se ve, la oración no es ni muy sentida ni muy estética; su poder, como tal oración, no vacilamos en sospechar que correría parejas con su elevación de estilo y con su moción deprecatoria.

II.

El Sello de Salomón.

Es el mismo pentaclo, es la misma estrella de seis puntas que hemos visto ya al hablar de las evocaciones.

La grande importancia que el vulgo le atribuye, no estriba, como se cree, en su figura ni el poder sobrenatural de que este dotado; estriba en su esoterismo, en el geroglífico que entraña, en la idea á que se refiere, pues, como ya digimos, es la expresión objetiva y subjetiva de la ciencia de todas las cosas, de la ciencia del ternario.



El ternario es el dogma universal. En magia está representado por el principio, la realización y la adaptación; en alquimia ó química, por el éter, la incorporación y la transmutación; en teología, por Dios, la encarnación y la redención; en el alma humana, por el pensamiento, el sentimiento y la voluntad; en el cuerpo, por los huesos, los nervios y los músculos; en la familia, por el padre, la madre y el hijo; en gramática, por las tres personas del verbo; y así sucesivamente.

La unidad, para ser activa, es forzoso se multi-

plique. Un principio indivisible, inmóvil é infecundo, sería la incomprensible unidad muerta.

De este aforismo, que pudiéramos elevar á la categoría de postulado, dedujeron los antiguos esa serie de ternarios que ya hemos visto expresada lo mismo por las letras que por los números y por las figuras geométricas; y como eran tan sintéticos en todo, bien por la necesidad de sustraerse á la malquerencia de la ignorancia, bien por deficiencias ó pobreza del lenguaje, ó bien por considerar que con ello daban testimonio de su alta sabiduría, reducían sus elucubraciones á la más mínima expresión, lo concretaban todo á un pentaclo.

Este, pues, es el único mérito del *Sello de Salomón;* fuera de él, sólo la imaginación fascinada puede ver algo de notable, de sobrehumano.

III.

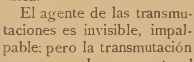
El Anillo de Gyges.

Al Anillo de Gyges le atribuye el vulgo la virtud de hacer invisibles los objetos y las personas, y por eso se cuentan de él, en muchos libros llamados mágicos por antonomasia, un sin fin de prodigios y portentos á cual más miraculoso.

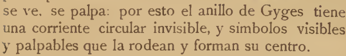
No seguiremos por ese camino á los autores de referencia. Nos proponemos, según repetidamente hemos manifestado, decirle al lector la verdad escueta, presentarle las cosas tal como son; y si, llevados de la fantasía, quisiéramos ver y hacer ver

algo más de lo real en todos los grimorios de los antiguos magos, pronto el descarnado hecho acudiría á desmentirnos.

El Anillo de Gyges es simplemente el símbolo de las transmutaciones, de las metamórfosis que constantemente se opera en todo lo que pertenece á la naturaleza intelectual, á la naturaleza moral y á la naturaleza física.



El agente de las transmutaciones es invisible, impalpable: pero la transmutación se ve, se palpa: por esto el anillo de Gyges tiene una corriente circular invisible, y símbolos visibles y palpables que la rodean y forman su centro.



Los magos estudiaron bastante bien cuanto se relaciona con lo objetivo y subjetivo del hombre. «Las cosas son para nosotros,—decían—lo que nuestro verbo interior quiere que sean. Creerse feliz, es ser feliz; creerse desdichado, es ser desdichado. Todos podemos metamorfosear el medio que nos rodee; para ello nos basta querer.» Así resulta en efecto; por eso se ha dicho con verdad absoluta, que la felicidad no estriba en gozar de todos los bienes, sino en conformarse con los bienes que se posean.

Uno de los medios, quizá el más poderoso de los medios de transformación, es el amor. Los antiguos nos hablan de los grandes prodigios que operaba la varilla de Circe, y dicha varilla no es otro que la alegoría de los encantos que el amor tiene.

Esto es inconcuso. Las fascinaciones del amor, efectos de la magia universal de la naturaleza, convierten lo más deforme y hediondo en lo mas bello y placentero. El amor es una cadena de encantadores ensueños, que transfigura el mundo y nos aprisiona á todos con sus mallas. El ser amado es bueno, bello, resplandeciente, sublime, infalible... á su lado se respira salud y ambrosía, felicidad y calma... todo en él es dulce, armonioso, célico... hasta sus desdenes son gracias que nos cautivan. ¿Se quiere mayor testimonio de su poder? ¿Y se quiere, por otra parte, prueba más palmaria de su influencia en el mundo intelectual, moral y físico? Si el hombre no amara sería la cosa, pero la cosa monstruosa, informe; sería algo peor que un nido de víboras; sería algo peor que una covacha de chacales. Pero el amor, que es ciego, le domina y le ilumina: dominándole, le hace hincar la rodilla y levantar los ojos suplicantes preñados de lágrimas; iluminándole, le hace aguzar su ingenio para conseguir primero y para perfilar después su objeto amado. Trasmuta la cosa en hombre, el chacal en manso corderito, la víbora en juguetona mariposa. De aquí al sacrificio, al heroísmo, no hay más que un paso, y el enamorado lo da con suma facilidad y con entusiasmo de apóstol. ¿Qué más precisa para transformar un mundo?

Otro elemento de transmutación es la voluntad. Querer: he ahí la gran fuerza que todos tenemos á nuestro alcance y que muy pocos aprovechan. Saber querer es lo mismo que saber crear, porque el que quiere, crea. Las transmutaciones del amor pueden

tener, tienen casi siempre, un tinte falaz, convencional, pasajero; las transmutaciones de la voluntad carecen de todo tinte y son perdurables. Crear algo no es lo mismo que soñarlo, no es lo mismo que poetizarlo: lo primero es obra propia, de la que conocemos todos sus defectos y todas sus bellezas, y sin embargo, la queremos; lo segundo es sentirnos fascinados por más ó menos tiempo, es amar lo que nos hiere, lo que nos impresiona, lo que nos subyuga, en tanto no se descorre el velo que nubla nuestros ojos ó nuestro intelecto; pero si llega este instante, el desengaño borra con su esponja lo que la fantasía trazó con su greda.

Pero la voluntad no es tan poderosa como el amor en la obra de las transmutaciones, y no lo es, porque el amor es algo comunicativo, general, sutil, mientras que la voluntad es algo concentrativo, individual, escueto. Claramente está reflejado en el Anillo de Gyges. La voluntad es el machete, la lanza, la luz, el *schin*, en una palabra, que equivale á decir *ser siempre dueño de sí mismo;* mientras que el amor es la borrachera, el equilibrio de las formas, la fascinación de los prismas. Por esto el amor está dentro de la corriente invisible de la ROTA; por esto la voluntad está fuera de esa corriente.

IV.

El Athanor de los hermetistas.

Podríamos prescindir de este capítulo puesto que ya nos hemos ocupado de lo que es y significa en

magia la estrella de cinco puntas; pero como el vulgo atribuye también grande importancia extrahumana al Athanor de los Hermetistas, que se dice fué grabado en una mesa de esmeraldas, vamos á copiar el símbolo y decir su significado.

La estrella de cinco puntas, tal como se ve en el grabado, significa el poder de la inteligencia dominando sobre los cuatro elementos. Por eso dijo Hermes en su dogma: Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, lo líquido de lo aéreo; pero lo harás dulcemente, con gran cuidado é industria.—Todo ello sube de la tierra al cielo, y de rechazo desciende á la tierra, y recibe la fuerza de las cosas superiores é inferiores.—Tu obtendrás por este medio la gloria de todo el mundo, y por ello toda obscuridad huirá de tí.—Esta es la fuerza fuerte de toda fuerza, porque ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida.

Claro es que para dominar la inteligencia á los cuatro elementos, es preciso que los conozca y que sepa sustraerse á sus influencias. Para conseguirlo, el símbolo le señala una espada, con la que debe castigar sus pasiones; un bastón, en el que debe apoyarse cuando esté á punto de desfallecer, y una copa, con la que ha de apagar su sed de goces. En sentido mítico, la copa es la medida de los placeres

que no pueden perjudicar: por eso está junto á la A, que significa *adaptación.* Contiene el símbolo, además, el signo de los siete planetas y la imagen del caduceo, símbolos é imagen que á la par que le revelan los misterios de la generación universal, le dicen debe guardar el misterio en todas sus operaciones.

«El iniciado que practique en su plenitud el dogma del Athanor—dice un kabalista—será un Prometeo de la ciencia, un hombre vivo que no tocará en la tierra sino por el pensamiento y que tendrá su base en el cielo.»

Este, y no otro, es el significado del Athanor de los Hermetistas.

V.

El Tridente de Paracelso.

También este pentaclo ha impresionado y fascinado á las muchedumbres. Nada tiene de extraño: su figura es lo más á propósito para inspirar terror, sobre todo si se pone el tridente en manos del demonio ó de un anciano de luenga barba, avellanada musculatura y mirada torva, como lo hemos visto en algunos grabados.

Una explicación clara y categórica de lo que simboliza el tridente, y un llamamiento al recuerdo de lo que hemos dicho en los primeros capítulos de esta obra, borrarán de la mente del lector toda idea supersticiosa, si por acaso la tuviere, y le pondrán en condiciones de apreciar toda la transcendencia de sus enseñanzas.

El tridente, como se ve, está formado con tres dientes piramidales superpuestos á una *t* griega ó latina. En el diente de la derecha está grabado un *iod*, atravesado por el signo zodiacal de Cáncer; en el diente de la izquierda hay un signo mixto, que recuerda el de los gemelos, y el signo de Leo; en el diente del medio está trazada la serpiente celeste, teniendo por cabeza el signo de Júpiter. Entre los tentáculos de Cáncer está el Sol astronómico y sobre él la palabra *obito*, que quiere decir *retrocede;* cerca del Leo está la cruz astronómica y la palabra *imo*, que equivale á *persiste;* y en el centro, al lado de la serpiente simbólica se lee *ap do sel*, palabra compuesta con las abreviaturas de una frase cabalística, que debe leerse: *ap* ó *ar*, *do* ú *od* y *sel*, las tres substancias primeras de que se compone todo, ó sea el *od*, el *azufre* y el *mercurio* de los filósofos. Sobre el mango hay primeramente tres PPP, geroglífico del *falo* y del *lingam;* luego las sílabas *V-li-dox-fato*, que deben interpretarse, la *V*, como cifra romana, por *pentagramática*, la sílaba *li*, por *libertate*, la *dox* por *doxa* y las *fato* por lo que en sí dicen; inscripción equivalente á la de Cagliosto que representaba con las letras L. P. D., que querían decir *libertad*, *poder*, *deber;* el *poder* manteniendo el equilibrio entre la *libertad* y el *deber*.



Es, pues, el tridente de Paracelso, un pentaclo

del ternario en la unidad, que completa el cuaternario sagrado; es el extracto, la esencia de la doctrina que necesitaría muchos libros para exponerse. Paracelso representa al activo por Leo, al pasivo por Cáncer y á la inteligencia ó razón equilibrante por Júpiter ó el hombre rey dominando á la serpiente; luego al equilibrio de las fuerzas dando al pasivo la fecundación del activo figurado por el Sol, y al activo el tiempo y el espacio, simbolizados en la cruz, para realizar su obra, y les dice: Pasivo, obedece á la impulsión de lo activo, y ve con él por el equilibrio de la resistencia; Activo, resiste á la inmovilidad del obstácúlo, persiste y avanza; Razón, sirve de equilibrio, de contrapeso á los ímpetus irreflexivos de lo activo y á las resistencias y oposiciones infundadas de lo pasivo; id los tres de común acuerdo y realizad la obra.

Y esta obra se realiza, así en el mundo de las ideas, como en el mundo moral y en el mundo físico, por el equilibrio inestable de las fuerzas, de los sentimientos y de las inspiraciones; por esa triple manifestación de la unidad subjetiva ú objetiva que el Tridente de Paracelso representa.

VI.

El Pentaclo de San Juan.

Entre los libros sagrados, ninguno ha sido objeto de tantos comentarios ni de tantas interpretaciones como el Apocalipsis de San Juan. Hay quien ve

en él un cúmulo de disparates sin ilación ni con-



cierto; otros le atribuyen la suma sabiduría y pre

ciencia, y los de más allá le consideran como una profecía de los tiempos venideros.

Para nosotros no es ni lo uno ni lo otro: es simplemente un pentaclo, una exposición geroglífica y cabalística de la teología, la filosofía y la ciencia, tal como se conocían estas ramas del saber en los tiempos en que S. Juan escribió su Apocalipsis. Fijémonos en sus *siete sellos*, y veremos reproducido el Tridente de Paracelso, el Athanor de los hermetistas, el Anillo de Gyges, etc., etc., y por lò mismo, su explicacion cabalística será idéntica á la de los pentaclos ya citados.

El vulgo, empero, le atribuye grandes poderes. Los tiene, sin disputa, para el que sepa interpretarlo debidamente y obrar en consonancia con la interpretación, y los tiene también en sus consecuencias sujestiva y fascinadora, de las que nos ocuparemos en nuestra segunda parte. Fuera de ello, es lo que puede ser otro grimorio cualquiera.

VII.

Espejos mágicos.

Los espejos mágicos son una creación digna de tenerse en cuenta, y por lo mismo, vamos á dedicarle algunas líneas.

Empecemos por decir que la forma del espejo se requiere que sea cóncava, que las materias de que se construya han de ser malas conductoras de la electricidad, y que los dibujos que contenga, si contiene alguno, debe procurarse sean raros y brillan-

tes. Los antiguos iniciados, como es fácil comprender, los llenaban de pentaclos y de frases cabalísticas; los iniciados de nuestros tiempos, conocedores de la acción del verbo, prefieren dejarlos lisos, ó bien marcar en su fondo un sólo punto. La materia generalmente empleada en su confección, aparte, como es consiguiente, el cristal, que debe ser la base de todo espejo, es la paranaftalina recubierta con un barniz ó una goma; de este modo queda aislado aquel carburo de hidrógeno entre el cristal y el barniz, materias ambas repulsivas á toda clase de magnetismos, y que por ende anulan en el espejo la acción refleja.

Por lo pintoresca y lo fascinadora, merece consignarse la manera como nuestros antepasados construían los espejos mágicos.

Conocedores de una mina de hulla ó carbón de piedra, acudían á ella con músicas y cánticos sagrados; hacían que niños que no pasaran de ocho años recogieran el carbón y lo depositaran en vasijas de tierra que no hubieran servido para ninguna otra cosa; regresaban con el botín al son del *tam-tam* y de los cánticos litúrgicos hasta el lugar del templo donde ardía el fuego sagrado; una vez allí, el sacerdote tomaba una nueva vasija de tierra, la colocaba por medio de trébedes sobre la llama sagrada, y hacía la señal para que el *tam-tam* tocase un ritmo más lento y más solemne. Dos jóvenes, uno de cada sexo, y á ser posible en vísperas de matrimonio, ó cuando menos teniendo relaciones amorosas, se acercaban al fuego sagrado, tomaba él el carbón y ella una vasija de agua, y derramaban á la par

ambas cosas sobre la marmita puesta al fuego, siguiendo el ritmo del *tam-tam*. Empezaba á desprenderse el humo de la vasija, el *tam-tam* seguía en lo posible el ímpetu y violencia de los torbellinos, y los jóvenes amantes danzaban á compás del *tam-tam*. Por fin iba decreciendo el humo y decrecía con él la música: la danza tomaba entonces un carácter fascinador, y cuando llegaba al paroxismo, el sacerdote, que en todo este tiempo no había cesado de hacer sus evocaciones y conjuros, tomaba los espejos y los embadurnaba en la brea, dejándolos á secar cerca de la llama del fuego sacro.

Creían los que de tal modo procedían para confeccionar sus espejos mágicos, que la danza de los enamorados daba al asfalto propiedades sensitivas de gran consideración, primero, porque todo acontecimiento que se relacione con el amor sincero y verdadero, no puede menos de adquirir una parte de su propia pureza; y segundo, porque dos enamorados, y más en la situación y actitud de los danzantes, no pueden emitir otros efluvios que los atractivos y amorosos, y éstos son los que convienen al *espejo mágico* verdadero.

En nuestros días nada de esto se realiza, y aun los espejos mágicos apenas si tienen aplicación. Se conoce mejor que antes el objetivo que llenaban; se han encontrado otros procedimientos tan útiles y concluyentes como aquél y mucho menos engorrosos, y se ha alcanzado la meta de la auto-sujestión por medios facilísimos: ¿á qué, pues, persistir en prácticas que son al objeto lo que en locomoción son las carretas comparadas con un tren rápido?

El espejo mágico se utilizaba exclusivamente para ver en él la persona ó el lugar que se apetecía, á cuyo fin era preciso que se pensase firmemente en ello. No se daban cuenta nuestros antepasados, sobre todo las muchedumbres, que con esa concentración del pensamiento provocaban la auto-sugestión y la auto-fascinación, y que en cualquiera de ambos casos no era en el espejo donde veían, sino en su propia consciencia, en su sensorio común. Hoy se sabe todo esto, hoy se conoce la ley á que el fenómeno obedece, y por lo mismo, si se conserva el espejo mágico, no es porque sea ni se considere indispensable, sino porque sirve en algunos casos de medio auxiliar, y en todos de recuerdo de lo que fué. Un objeto brillante cualquiera, una luz, un punto negro, ó ninguna de estas cosas cuando la voluntad está educada, dan los mismos resultados. Ya trataremos del asunto en el lugar correspondiente.

VIII.

Los talismanes.

Los talismanes eran instrumentos de que se valían los magos para fijar su voluntad y cumplir las obras que se proponían. Los consagraban al Sol, á la Luna, á Mercurio, á Marte, á Venus, á Júpiter ó á Saturno, según las obras se refirieran á la luz ó la riqueza; á la adivinación ó los misterios, á la habilidad, la ciencia ó la elocuencia, á la cólera ó el castigo, al amor, á la ambición política, y á la maldición

ó la muerte respectivamente, y se construían en oro, plata, esmeraldas, mandrágoras, rubíes, coral ó topacios.

Los talismanes variaban á lo infinito en su forma y en las inscripciones que contenían. Uno de los más conocidos es el *Abadacabra*, que estaba grabado en forma de triángulo de la manera siguiente:

A
A B
A B A D
A B A D A C
A B A D A C A B
A B A D A C A B R A

No menos conocidos que el anterior son los *Agla* y *Schiariri* dispuestos ambos en forma de ángulo recto del siguiente modo:

S	
S C	
S C H	A
S C H I	A G
S C H I A	A G L
S C H I A R	A G L A
S C H I A R I	
S C H I A R I R	
S C H I A R I R I	

Otros talismanes, en fin, ostentaban inscripciones hebreas, tales como יתות, אנלא, אתית, אמך, etc.; pero, ya lo hemos dicho: todas estas inscripciones, lo mismo que los talismanes en general, no tenían otra influencia sobre los fenómenos naturales,

que la de fijar la atención del mago, y por lo mismo, disponerle para concentrar en una sola dirección todas las fuerzas de su espíritu.

No pecaremos tampoco de tan radical excepticismo que neguemos á los metales, lo mismo que á las piedras preciosas, su natural influencia: la metaloterapia y la mineralogía lo han revelado, y nosotros nos inclinamos ante la evidencia de sus revelaciones.

Pero no es á esta influencia á la que se referían Plinio, Alberto el Grande y otros al decir que la mandrágora es la gran inspiradora del amor, el topacio el disipador de las ideas negras, el rubí un invitante á la continencia, el coral un aliado de Morfeo, etcétera, etc.; ellos les atribuían tales virtudes fundándose en concomitancias astrológicas, y nosotros no podemos asentir en semejantes concomitancias.

IX.

Los Amuletos.

Si los talismanes servían á los magos para realizar sus obras, los amuletos tenían la virtud contraria, esto es, la de malograr las obras de los magos. Colgarse del cuello un amuleto, equivalía á tener un salvo conducto contra tal ó cual acción maléfica; y así se concibe que hubiera amuletos contra todas las enfermedades conocidas y contra los azares de la fortuna, las aberraciones de la inteligencia y los extravíos del corazón. Por desdicha ó por fortuna,

esta superstición prosigue aún en nuestros tiempos: ejemplo de ello las medallas, los escapularios y las crucecitas que la mayoría de las gentes llevan. Podrá decírsenos, con apariencias de razón, que los amuletos de antaño estaban consagrados á las divinidades paganas, mientras que los de ogaño, lo están á Cristo, á la Virgen y á los Santos. Esto no destruye en nada lo que hemos dicho. La medalla de santa Quiteria, por ejemplo, tiene la virtud, en concepto del vulgo, de preservar contra la rabia; la de San Roque, de librarnos de la peste; el Corazón de Jesús, de ponernos al abrigo de las balas, etc. Esas mismas virtudes atribuían nuestros antepasados á determinados amuletos. Y de otra parte, si ellos no conocían otros dioses que los paganos, ¿qué mucho que á ellos les consagrasen sus medallas y escapularios?

Esto dicho, debemos reconocer, y reconocemos, que los amuletos tienen su influencia, como la tienen los talismanes, en manos de quienes sepan aprovecharlos: la influencia de la auto-sugestión, la influencia de poder concentrar en una acción común todas las fuerzas del espíritu. Y claro está que si una voluntad firme y pertinaz ó sostenida puede vencer los mayores obstáculos, esa misma voluntad puede oponerlos y dar por resultado anular, ó equilibrar al menos, la fuerza contraria, por el conocido apotegma de que dos fuerzas opuestas, siendo iguales, se equilibran ó se destruyen.

Y con esto consideramos haber expuesto cuanto prudentemente debemos exponer en este lugar.

LIBRO CUARTO

MAGIA PRÁCTICA

I.

Preparación personal del operador.

La divisa del iniciado según se vé en el presente pentaclo, era *saber*, *osar*, *querer* y *callar;* sin estas cuatro cualidades no se admitía á nadie á las operaciones de la Teurgia; y para las operaciones de la Goecia, se requerían, por lo menos, las tres últimas.



El *saber* lo conseguía el iniciado mediante el estudio perseverante de las ciencias físicas, metafísi-

cas y morales, contenidas por entero en los grimorios y pentaclos. De estas ciencias hemos dado ya testimonio en los precedentes libros.

Quien *sabe*, puede ser *osado;* no con esa osadía de la ignorancia estulta, que desconociendo el terreno que pisa y los peligros que corre, nada ni nadie le hace frente; sino con la osadía del hombre concienzudo, del filósofo, del moralista; con la osadía de Sócrates bebiendo la cicuta, con la osadía de Colón atravesando mares ignorados, con la osadía de Galileo exclamando *¡e pur si muove!*

Pero la *osadía* no puede ser completa ni válida cuando le falta la voluntad, cuando le falta el *querer*. Querer una cosa, sea ella la que fuere, es lo más fácil del mundo; saber quererla, es lo más difícil. Entre las facultades del hombre, ninguna requiere una educación tan asídua ni tan minuciosa como la voluntad. Se puede ser sabio y débil, se puede ser amante y timorato: no se puede ser libre, no se puede ser verdaderamente volitivo, sin ser al propio tiempo fuerte, justo y sabio. Todo el poder, toda la grandeza del hombre, reside en su voluntad: por esto los magos atendían á ella con preferencia á cualquier otra cosa.

«Al buen *callar* llaman Sancho», dijo el príncipe de nuestros ingenios, y al decirlo, seguramente tuvo en cuenta los grandes males, los irremediables pesares y trastornos que le produjo su locuacidad intempestiva. ¡Oh! nos parece estar viendo al inmortal manco de Lepanto componiendo su *Quijote*, y riendo y llorando al mismo tiempo. La experiencia, la dolorosa experiencia le había enseñado que

no se puede hablar lenguas divinas á quienes desconocen por completo las lenguas humanas; y al trazar sobre el papel su incomparable poema, su poema crítico-filosófico, le dejó medio borrado con sus lágrimas y sus risas. Generaciones vendrán, dijo, que me sabrán comprender; y generaciones han llegado que han comprendido su esoterismo, que han visto que supo hacer una obra cabalística verdaderamente monumental, que supo *callarse* con oportunidad, diciéndolo, empero, todo (1). Este es el sello de grandeza característico en los genios.

Los iniciados sabían que la vida entera se compone de una aspiración y una espiración, de una sombra para limitar la luz, de un vacío para servir de espacio á la plenitud del ser, de un pasivo fecundado para apoyar y realizar la potencia de un principio activo generador, etc.; y para dominar sobre la aspiración, sobre la sombra, sobre el vacío y sobre el pasivo, conocieron que no había otro medio que el de desenvolver sus poderes internos, sus poderes psíquicos, y entre ellos, como ya dijimos, la voluntad principalmente. De aquí sus afanes por lograr en sí la realización del verbo.

Para ser, es necesario hacer. No se pueden realizar prodigios sin salirse de las condiciones comunes de la humanidad. Los prodigios se le reservan á los concentrados en su sabiduría ó á los exaltados en su locura, á los que han dominado todas las pasiones ó á los que están fuera del radio de las mismas por el éxtasis del frenesí. La potencia del mago

(1) Véase la obra *Interpretación del Quijote,* por *Polinous.*

está simpre en razón inversa de su egoísmo, del interés personal que le guíe al realizar sus obras. Un corazón sin pasiones dispone igualmente del amor que de la cólera de aquellos á quienes quiere convertir en sus instrumentos.

Yerra, pues, el que busque en la Magia el medio de satisfacer sus concupiscencias: podrá alguno conseguirlo á medias; pero ¡ay! ¡cuántas lágrimas de sangre habrá de costarle su osadía! Al árbol de la ciencia sólo pueden aproximarse los hombres que no emponzoñen sus frutos con su hálito.

El mago debe ser impasible, sobrio, casto, desinteresado, impenetrable é inaccesible á todo terror y á todo prejuicio; debe carecer de defectos físicos y estar á prueba de toda clase de contradicciones y fatigas; y debe, en fin, saber querer.

¿Cómo se aprende á querer? Este es el primer arcano de la iniciación mágica. Los guardadores del templo, los depositarios de la ciencia oculta, rodeaban al santuario de terrores y prestigios para probar á los neófitos, y no consentían que nadie penetrara en él sino después de haber vencido en aquellas pruebas. Entonces creían en su fe porque tenían las pruebas de su voluntad perseverante.

Los mayores enemigos de la voluntad son la pereza y el olvido. Una práctica cualquiera, por insignificante que parezca, conduce indefectiblemente á la educación de aquella potencia, siempre que en tal práctica se ponga todo el cuidado y diligencia posibles. Un autor dice á este propósito: «El que, durante cinco años se levantara todos los días á la misma hora de la madrugada, á las dos, hiciera tres

horas de camino, cogiera una brizna de hierba de la misma mata, regresara con ella á su casa y la almacenase siempre en un mismo sitio, podría, al cabo de los cinco años, hacer prodigios con aquella hierba, porque sería el símbolo de su inquebrantable voluntad.» Con efecto: cinco años de perseverancia no interrumpida, 1825 veces continuadas de hacer una misma cosa, á la misma hora y en el mismo lugar, afrontando toda clase de adversidades y peligros, recusando el propio reposo y hasta la salud y perjudicándose acaso en sus intereses, dan testimonio inconcuso de una voluntad á toda prueba, dan fe palpable de que el que tal haga, es apto para acometer las más transcendentales empresas.

Pero no basta tener voluntad: es preciso saber tenerla. El mago debe ser dueño absoluto de sí mismo; debe saber sustraerse á las solicitaciones del placer, de la gula y de la molicie; y debe, en fin, ser igualmente insensible á la adulación que á la detractación. Su vida entera ha de constituirla una voluntad activa dirigida por un pensamiento justo y servida por una naturaleza casta. Ninguna facultad, ningún sentido, ni ninguna potencia del mago debe quedar ociosa: la mente para inquirir, los sentidos para proporcionarle experiencias, el corazón para amar, sus fuerzas todas para obrar lo justo.

Sólo á este precio se es mago; sólo así se pone uno en relación simpática con las fuerzas de la naturaleza, y logra servirse de ellas como de un simple instrumento. Labor semejante impone sacrificios incruentos: quien no esté dispuesto á arrostrarlos, que desista en su empeño de ser mago. Para

poder gozar de tanto bien, es preciso haber matado la personalidad, es preciso haber sufrido lo indecible. Entonces es cuando llega el momento en que se goza sufriendo, y se sufre gozando.

II.

La paleta y el machete del obrero.

El capítulo precedente lo hemos consagrado por entero al esoterismo, al fondo, á la esencia misma de la iniciación en el magisterio de Hermes; el capítulo presente y los que le siguen hasta terminar la parte, tratarán exclusivamente de lo exotérico, del ropaje, del arte con que se llevaban á cabo las iniciaciones. No desconocemos ni recusamos la importancia de esta parte de la magia, porque tanto valdría desconocer y recusar el poder de la sugestión y de la fascinación; pero sí decimos, y lo decimos con la mano puesta en el pecho, que lo importante, lo transcendental, lo verdaderamente digno de atención y estudio en todas las cosas, y en la Magia por consecuencia, es lo subjetivo, lo ético, lo metafísico; aquello que con brocados ó con guiñapos, en la cabaña ó en el alcázar, ante el rey ó ante el mendigo, se presenta siempre irradiando luz, irradiando amor, irradiando poesía: *la esencia de la cosa*, en una palabra, porque toda esencia es real y toda realidad esencial es bondad, verdad y belleza.

Hecha esta declaración en satisfacción de nuestra propia conciencia, entramos en materia.

Se da el nombre de *paleta del obrero* á todo útil ó idea empleada por el mago para edificar, y se da el nombre de *machete*, á las ideas ó útiles que emplee para derruir.

En esto, como en todo, debe imitar el mago á la madre naturaleza. Toda la obra de ésta no es otro que una contínua demolición y reedificación. Derruye las formas viejas para constituir las formas nuevas; derruye lo que ha cumplido su misión, lo que ha llenado su papel, lo que ha terminado su ciclo de existencia. para reedificar con los propios materiales lo que llenará un vacío, lo que nacerá á la vida. Así el mago, atento á la misión que llenan en la historia, en la ciencia y en la filosofía las ideas y los procedimientos, debe atender siempre á derruir lo añejo y caduco y á favorecer y resguardar la germinación de lo nuevo y exuberante; debe estar machete en mano para defenderse de sus enemigos internos y externos. para derruir sus baluartes y para aniquilar sus asechanzas, y debe tener á su alcance la paleta para edificar sobre las mismas ruínas y con los mismos materiales lo que ha de proporcionarle amigos. lo que ha de servirle de salvaguardia y lo que ha de prepararle el camino para sucesivos desenvolvimientos.

Toda idea, como toda acción, tiene su idea y su acción contraria. La contraria del saber es la ignorancia, la del amor el odio, la de la virtud el vicio, la del placer el dolor, la del trabajo la holganza, la de la fuerza la inercia, y así sucesivamente; pero, mírese como se quiera, las ideas y acciones negativas no son sino sombras dejeneradas y sarcásticas

de las ideas y acciones positivas. Por lo mismo, ocúpese en lo que se ocupe, el mago se ocupa siempre en lo activo. El machete y la paleta son instrumentos idénticos en sus manos. Destruyendo el error, el odio, el vicio, el dolor, la vagancia ó la inercia, edifica la verdad, el amor, la virtud, el placer, el trabajo ó la fuerza. Es la obra de la trasmutación operada al mágico impulso de la voluntad; es el lodo convertido en oro por el fuego sagrado de la idea alimentado con el trabajo y la virtud.

Aparte el sentido mítico que acabamos de exponer, los magos usaban en sus operaciones, no de una paleta y un machete, sino de dos paletas, dos machetes, dos copas, dos varillas, dos pentaclos, dos lámparas, dos vestidos, en una palabra, dos piezas iguales de cada una de las que tenían que emplear. Esto obedecía, en primer término, á la idea del binario que se imponía tuvieran siempre presente, y en segundo lugar, á que, al hacer la consagración de los instrumentos, dejaban uno de ellos sobre el altar y se quedaba con el otro el operante.

En realidad de verdad no nos explicamos el fin práctico de la duplicidad de referencia, á no ser que con ella simbolizasen que no es bueno entrar en palestra con un solo objetivo, con una mira exclusiva y con un procedimiento único. Cierto autor dice á este propósito, que «tal observancia no era vana, porque en la obra mágica, todos los instrumentos eran magnetizados, el aire se cargaba de perfumes, el fuego se sometía á la voluntad del operador y todas las fuerzas de la naturaleza parecían entenderle y responderle.» Aceptamos que la fascinación

y la auto-sugestión á que indefectiblemente debía conducir la magia ceremoniosa, diera por resultado todo cuanto este autor pretende, y aun cosas mucho más transcendentales y subjetivas; pero, con todo y aceptar lo dicho, no nos explicamos, repetimos, el fin práctico de la duplicidad de instrumentos que el mago usaba en sus operaciones teúrgicas y goéticas.

III.

Conjuraciones y sacrificios mágicos.

Trithéme explica en su *Steganografía* el secreto de las evocaciones y de las conjuraciones, de la manera que sigue:

«Evocar á un espíritu, es entrar en el pensamiento dominante de ese espíritu, y, si nos elevamos moralmente á más altura que él en la misma línea, le arrastraremos con nosotros y nos servirá; de otro modo él nos arrastrará á su círculo y tendremos que servirle.

«Conjurar es oponer á un espíritu aislado la resistencia de una corriente y de una cadena: *cum jurare*, jurar en masa, es decir, hacer un acto de fe común. Cuanto más entusiasmo y potencia tenga esta fe, más eficaz será la conjuración.»

Se puede, pues, según esta explicación, evocar á un espíritu estando solo; pero para conjurar, es preciso estar muchos ó hablar en nombre de muchos. Esto es lo que representa el círculo geroglífico tra-

zado por el mago en su derredor cuando opera: habla, conjura en nombre de muchos, de todos los que vibran á su unísono en pensamientos, sentimientos y deseos; de todos los que se dedican á la misma obra que él se dedica. Por eso ocupa el centro del círculo y de él no se sale hasta terminada la conjuración.

¿Cabe evocar á un espíritu? ¿Es posible la conjuración? En el orden abstracto de las ideas, la posibilidad de una y otra cosa no deja lugar á dudas: basta para demostrarlo el apotegma de que el *posse* se sustrae á toda negación. Cuanto á la realidad fenomenal del resultado de las operaciones mágicas conscientemente cumplidas, es una cuestión de experiencia que no necesita de otra demostración que la de abrir los ojos para ver.

Nada se pierde en la naturaleza: todo lo que vivió, continúa viviendo y vivirá eternamente bajo formas nuevas; y aun las formas antiguas tampoco se pierden, puesto que las hallamos en nosotros mismos por el recuerdo. ¿No vemos en nuestra imaginación al niño A, que hoy es ya un hombre? ¿No vemos al amigo B, que desapareció del mundo hace tanto ó cuanto tiempo? ¿No vemos aquellas flores, aquella enramada, aquellas noches de clara luna y plácida calma que en nuestra juventud tanto nos embriagaron, por haber gozado en ellas de las delicias de un idilio? Hasta el recuerdo de algo que nos parece haberse borrado por completo de nuestra memoria, ¿no resurge de improviso evocado por cualquier circunstancia fortuíta? Luego, ¿qué duda cabe de que nada perece en la naturaleza?

Por otra parte, todas las formas son proporcionales y analógicas á la idea que las ha determinado; son el carácter natural, el *trazo* de la idea; y desde el momento en que se evoca activamente una idea, se proyecta su trazo y se realiza su forma. Solo así pueden explicarse las sugestiones y fascinaciones de que trataremos más adelante.

En posesión de esta verdad, entremos en lo exotérico, en la cáscara de las conjuraciones y sacrificios mágicos.

La Magia ceremoniosa y sus efectos intitulamos al capítulo V de nuestro libro primero, y en él dimos ya idea general de lo que era el gran círculo de las evocaciones. No tenemos, pues, por qué reproducir aquí nada de lo que con él se relaciona, y sólo diremos que el mismo pentaclo, el mismo *Sello de Salomón* que se trazaba dentro del círculo, lo llevaba también el oficiante sobre la frente, sobre el pecho y en la mano derecha. Algunas veces iba acompañada de estas otras dos figuras



extraídas del triángulo mágico de los teósofos paganos y que representan la unidad del primer prin-

cipio ó el agente intelectual activo, la fecundación del binario por la unidad, el ternario ó efusión que resulta de la unión de los dos principios, y la multiplicación analógica del ternario en los mundos moral y físico.

Así dispuesto el operador, empezaba los exorcismos y conjuros.

Como elementos indispensables á estas operaciones están el agua lustral (agua bendita), el incensario, el hisopo y la cruz ansata. Del agua lustral nos ocuparemos separadamente. El incensario era exactamente igual al que se usa en los templos católicos. El hisopo se hacía con ramas de verbena, hierba doncella, sauco, menta, valeriana, fresno y basilisco, sujetas con una cuerda de lino hilada por una virgen; el mango había de ser de nogal que no hubiera dado fruto, y sobre el se grababan con el punzón mágico los caracteres de los siete espíritus. Y la cruz ansata, finalmente, era la *tau* griega y latina, la T de nuestro abecedario.

Para obtener el agua lustral procedían en un todo como se procede en las iglesias. Primeramente bendecían y consagraban la sal, luego la ceniza del incensario, y por fin mezclaban la sal y la ceniza con el agua, pronunciando en cada una de estas operaciones su oración particular.

Vamos á reproducir dichas oraciones, aunque solo sea á título de curiosidad. Son las siguientes:

Para la sal.—In isto sale sit sapientia, et ab omne corruptione sevet mentes nostras et corpora nostra, per Hochmaël et in virtute Ruach-Hochmaël, recedant ab isto fantasmata hylœ ut sit sal cœlestis,

sal terrœ et terra salis, ut nutrietur bos triturans et addat spei nostrœ cornua tauris volantis. Amen.

Para la ceniza. — Revertatus cinis ad fontem aquarum viventium, et fiat terra fructificans et germinet arborem vitœ per trianomina quœ sunt Netsah, Hod et Jesod, in principio et in fine, per Alpha et Omega qui sunt in spíritu AZOTH. Amen.

Al mezclar el agua, la sal y la ceniza.—In sale sapientiæ æternæ, et in aqua regenerationis, et in cinere germinante terran novam, omnia fiant per Eloïm Gabriel, Raphael et Uriel, in sœcula et œonas. Amen.

Exorcismo del agua.—Fiat firmamentum in medio aquarum et separet aquas ab aquis, quæ superius sicut quæ inferius, et quæ inferius sicut quœ superius, ad perpetranda miracula rei unius. Sol ejus pater est, luna mater et ventus hanc gestavit in utero suo, ascendit á terra ad cœlum et rursus a cœlo in terram descendit. Exorciso te, creatura aquæ, ut sis mihi especulum Dei vivi in operibus ejus, et fons vitæ, et ablutio peccatorum. Amen.

Lo primero que el mago tenía que hacer al empezar sus operaciones, era imponer á los elementos el verbo de su voluntad por las consagraciones especiales á cada uno. Al aire lo exorcisaba soplando á los cuatro puntos cardinales, y diciendo:

Spíritus Dei ferebatur super aquas, et inspiravit in faciem hominis spiraculum vitæ, Sit Michaël dux meus, et Sabtabiel servus meus, in luce et per lucem.

Fiat verbum halitus meus; et imperabo spiritibus æris hujus, et ræfrenabo equos solis voluntate cor-

dis meí, et cogitatione mentis meæ et nutu oculi dextri.

Exorciso igitur te, creatura æris, per Pentagrammaton et in nomini Tetragrammaton, in quibus sunt voluntas firma et fides recta. Amen. Sela, fiat.

Trazaba entonces en el aire, con una pluma de águila, el signo de los silfos, aspergeaba é incenseaba á los cuatro puntos cardinales, y proseguía.

Espíritu de luz, espíritu de sabiduría, cuyo soplo da y arrebata la forma á toda cosa; tú, ante quien la vida de los seres es una sombra que cambia y un vapor que pasa; tú, que formas las nubes y caminas sobre el ala de los vientos; tú, que respiras, y pueblas los ilimitados espacios; tú, que aspiras, y vuelve á tí cuanto de tí ha salido; movimiento sin fin en la estabilidad eterna, sé eternamente bendito. Nosotros te loamos y bendecimos en el imperio transformable de la luz creada, de las sombras, de los reflejos y de las imágenes, y aspiramos sin cesar á tu inmutable é imperecedora claridad. Deja que penetre hasta nosotros el rayo de tu inteligencia y el calor de tu amor: entonces se fijará lo que ahora es móvil, la sombra será un cuerpo, el espíritu del aire será un alma, el sueño será un pensamiento, y nosotros dejaremos de ser llevados por la tempestad; antes al contrario, tendremos la brida de los caballos alados de la mañana y dirigiremos el curso de los vientos de la noche para volar ante tí. ¡Oh espíritu de los espíritus! ¡Oh alma eterna de las almas! ¡Oh soplo imperecedero de la vida! ¡Oh suspiro creador! ¡Oh boca que aspiras y respiras la existencia de todos los seres en el flujo y reflujo de

tu eterna palabra, que es el océano divino del movimiento y de la verdad. Amén.

Al agua se la exorcisa por la imposición de manos, el soplo y la palabra, pronunciando la siguiente oración de las ondinas:

Rey terrible de la mar, tu que tienes las llaves de las cataratas de los cielos y que encierras las aguas subterráneas en las cavernas de la tierra; rey del diluvio y de las lluvias de la primavera; tu que abres las fuentes de los arroyos y de los riachuelos; tu que dispones de la humedad, que es como la sangre de la tierra que ha de convertirse en savia de las plantas, óyenos: nosotros te adoramos é invocamos. Nosotros, tus volubles criaturas, estamos aquí: háblanos en las grandes conmociones de la mar, y temblaremos ante tí; háblanos también en el murmurio de las aguas límpidas, y te agradeceremos tu amor. ¡Oh inmensidad en la que van á perderse todas las apiraciones del ser, que renacen siempre en tí! ¡Oh océano de perfecciones infinitas, altura que miras en la profundidad, profundidad que exhalas en la altura, condúcenos á la verdadera vida por la inteligencia y por el amor! Condúcenos á la inmortalidad por el sacrificio, á fin de que seamos dignos de ofrecerte un día el agua, la sangre y las lágrimas por la remisión de los errores. Amén.

Al fuego se le exorcisa echando en él sal, incienso, resina blanca, alcánfor y azufre; pronunciando tres veces los tres nombres de los genios del fuego, que son *Michael*, rey del sol y del rayo, *Samael*, rey de los volcanes, y *Anael*, príncipe de la luz ódica; y rezando la siguiente oración de las salamandras:

Inmortal, eterno, inefable é increado, padre de todas las cosas, que eres llevado sobre el carro de los mundos que bogan sin cesar; dominador de las inmensidades etéreas, donde tienes elevado el trono de tu potencia, desde cuya altura tus ojos lo ven todo y tus bellos y santos oídos todo lo oyen, atiende á tus hijos, á los hijos que amaste desde el albor de los siglos; porque tu dorada y grande y eterna magestad resplandece por encima del mundo y del cielo de las estrellas; tú estás elevado sobre ellas; desde allí tu te iluminas y conservas por tu propio esplendor, y salen de tu esencia raudales de luz que nutren tu espíritu infinito. Ese espíritu infinito alimenta todas las cosas y produce ese tesoro inagotable de substancia siempre dispuesto á la generación que la trabaja y que se apropia las formas que tu has impregnado desde el principio. De este espíritu toman origen los muy santos reyes que están en torno de tu trono y que constituyen tu cohorte, ¡oh padre universal, oh único, oh padre de los bienhechores mortales é inmortales! Tu has creado en particular potencias que son maravillosamente semejantes á tu eterno pensamiento y á tu esencia adorable; tu los has establecido sobre los ángeles que anuncian al mundo tus voluntades; en fin, tu nos has creado en el tercer rango de nuestro empíreo elemental. Allí, nuestro contínuo ejercicio es el de loarte y adorar tus deseos, allí nos abrasamos sin cesar en deseos de poseerte. ¡Oh padre, oh madre la más tierna de las madres! ¡Oh arquetipo admirable de la maternidad y del puro amor! ¡Oh hijo, la flor de los hijos! ¡Oh forma de todas las formas,

alma, espíritu, armonía y ser de todas las cosas! Amén.

A la tierra, en fin, se la exorcisa por la aspersión, por el soplo y por los perfumes propios de cada día, y rezando la oración de los gnomos, que es como sigue:

Rey invisible, que habeis tomado la tierra por apoyo y que habeis cruzado los abismos para henchirlos con vuestra omnipotencia; vos, cuyo nombre hace temblar las bóvedas del mundo; vos, que haceis colar los siete metales en las venas de la piedra; monarca de las siete luces, remunerador de los obreros subterráneos, conducidnos al reino de la claridad. Nosotros velamos y trabajamos sin descanso, buscamos y esperamos, por las doce piedras de la ciudad santa, por los talismanes perdidos, por el clavo de imán que atraviesa el mundo. Señor, Señor, Señor, tened piedad de los que sufren, ensanchad nuestros pechos, libertad y erguid nuestras cabezas, engrandecednos. ¡Oh estabilidad y movimiento, oh día envuelto de noche, oh obscuridad velada de luz! ¡Oh señor, que no reteneis jamás el salario de vuestros trabajadores! ¡Oh blancura argentina, oh esplendor dorado, oh corona de diamantes vivos y melodiosos! Vos que sosteneis el cielo con vuestro dedo como un anillo de zafiro, vos que ocultais bajo tierra en el reino de los pedernales la simiente maravillosa de las estrellas, vivid, reinad y sed el eterno dispensador de las riquezas de que nos habeis hecho guardianes. Amén.

Hechas estas evocaciones y exorcismos, procedía el mago á la conjuración de los cuatro elementos.

Para ello sostenía en alto con su mano siniestra el pentaclo ó Sello de Salomón, y con la diestra, iba cogiendo y dejando sucesivamente la espada, la varilla y la copa, mientras en voz alta pronunciaba lo que sigue:

Caput mortuum, imperet tibi Dóminus per vivum et devotum serpentem.

Cherub, imperet tibi Dóminus per Adam Jotchavah! Aquila errans, imperet tibi Dóminus per alas Tauri. Serpens, imperet tibi Dóminus Tetragrammatum, per angelum et leonem.

Michael, Gabriel, Raphael, Anael!

Fluat udor per spiritum Eloim.

Maneat Terra, per Adam Jot-Chavah.

Fiat Firmamentum, per Iauvehu Zebaoth.

Fiat Judicium, per ignem in virtute Michael.

Angel de los ojos apagados, obedece, ó disípate con esta agua santa.

Toro alado, trabaja, ó vuelve á la tierra si no quieres que te aguijone con esta espada.

Aguila encadenada, obedece á este signo, ó retírate ante este soplo.

Serpiente movediza, rastréate á mis pies, ó sé atormentada por el fuego sagrado y evaporada como los perfumes que quemo.

Que el agua vuelva al agua; que el fuego queme; que el aire circule; que la tierra caiga sobre la tierra por la virtud del pentágrama que está escrito en la cruz de luz. Amen.

Inútil parece advertir que el operador, al pronunciar los versos precedentes, iba haciendo lo que en cada uno de ellos se indica.

Tal era el exoterismo de las conjuraciones y sacrificios mágicos.

IV.

Uso y consagración del pentágrama.

Ya dijimos en su lugar que el pentágrama, ó sea la estrella flamígera de cinco puntas, representa la omnipotencia y la autocracia intelectual. Huelga, por tanto, añadir, que representa lo que puede ser, ó venero de riquezas y bienandanzas, ó fuente de sinsabores y desdichas.

Nada más temible que un hombre criminal, ó simplemente indiscreto, poseedor de secretos comprometedores, aunque sólo comprometan en cosas baladíes ó de poca monta: ellos los harán transcendentales, el uno por malicia, le otro por ligereza, y acabarán por arrollar á quien incautemente les fió lo que en sí mismo fuera pecado de poca monta, pero que corregido y aumentado por la astucia ó la chocarrería, acaba por ser pecado mortal. En los procesos célebres se registran á millares las víctimas de pecadillos fútiles convertidos en monstruosos por la avilantez de los conocedores de ellos.

Pues si esto pasa con los secretos de poca monta de la vida ordinaria, ¿qué no pasará con los secretos de la naturaleza puestos en manos de hombres sin conciencia y sin pudor, más dispuestos á la granjería y al crimen que al sacrificio y la virtud? Horroriza sólo el pensarlo.

Así lo entendieron los antiguos magos, cuando á la estrella flamígera, al símbolo del Verbo hecho carne, le consideraron el símbolo del bien ó del mal, del orden ó el desorden, de la luz ó las tinieblas, de Lucifer ó estrella de la mañana, ó de Vesper ó estrella de la noche. Todo estribaba en la posición que ocupase, ó como si dijéramos, en el uso que de él se hiciera; puesto con una punta en alto, era luz, bondad, amor: puesto con dos puntas en alto y una en bajo, era tinieblas, maldad, odios. La ciencia, el pentágrama, era el mismo, como el mismo es el veneno que se le da á un enfermo para restituirle á la salud, que el que se le da á un sano para entregarle en brazos de la muerte.

Esto en cuanto al significado oculto del símbolo. Pasemos á lo externo.

El signo del pentágrama debe componerse de los siete metales, ó por lo menos debe trazarse con oro puro sobre mármol blanco. El mármol tiene que ser vírgen, esto es, no puede haberse empleado en ningún otro uso.

La consagración del pentágrama se efectúa con los cuatro elementos: se sopla cinco veces sobre la figura mágica; se la rocía otras cinco con el agua lustral; se la seca con el humo de los cinco perfumes, que son el incienso, la mirra, los áloes y la flor de alcánfor, pudiéndose agregar un poco de resina blanca y de ámbar gris; se sopla otras cinco veces, pronunciando á cada soplo el nombre de uno de los cinco genios Gabriel, Rafael, Anael, Samuel y Orifiel; se coloca el pentágrama en el suelo con la punta mirando sucesivamente al Norte, al Sur, á

Oriente, á Occidente y á la cruz astronómica, mientras se pronuncian una tras otra las letras del tetragrama sagrado *iod hé vau* y los nombres (en voz baja) *Aleph* y *Tau*, que misteriosamente reunidos dan el de *Azoth;* y, por fin, se coloca el símbolo en el altar de los perfumes sobre el trípode de las evocaciones.

Como es consiguiente, interviniendo en la consagración del pentágrama los cuatro elementos, era de vigor se pronunciaran también las oraciones de los silfos, las ondinas, las salamandras y los gnomos.

El uso del pentágrama,—creemos haberlo dicho, —era según la operación á que el mago tuviera que dedicarse. Si evocaba á un espíritu de luz, colocaba la punta sola de la estrella sobre el trípode de las evocaciones y las dos puntas opuestas sobre el altar; y si evocaba á un espíritu de tinieblas, la posición era á la inversa. En este último caso, el operador cuidaba de afianzar las puntas de su espada y de su cetro sobre la cabeza de la estrella.

También creemos haber dicho que el operador debe llevar sobre la frente, sobre el pecho y en la mano derecha el símbolo del macrocosmos, y debemos agregar aquí que tales signos deben ofrecer, en cuanto á posición, la misma que ofrezca el pentágrama, esto es, con una punta en alto si se evoca á los espíritus de luz, y con dos puntas en alto si se evoca á los espíritus de tinieblas.

La idea que reflejan tales posiciones, es la de que la misma ciencia sirve para el bien que para el mal, para regenerar que para enfangar, para semejarse á Dios que para semejarse al diablo. De cualquier

modo crea. Bien dirigida y aplicada, crea luz; mal dirigida y aplicada, crea sombras. Esto es todo.

V.

Ceremonias, vestidos y perfumes que el mago debe usar en sus operaciones cada día de la semana.

El esoterismo de este capítulo se contrae á la opinión que en la antigüedad tenían de los mundos moral y físico y sus relaciones con los planetas y los dioses que les regían. No tenemos, por lo tanto, por qué discurrir acerca de él, y nos concretaremos á exponerle en su plenitud exotérica.

Los siete dioses, correspondientes á los siete planetas Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, eran, respectivamente, Michaël, Gabriel, Rafael, Anaël, Samael, Zachariel y Orifiel, y presidían, también por el mismo orden, las obras de la luz y de la riqueza, las de la adivinación y los misterios, las de la habilidad, la ciencia y la elocuencia, las de la cólera y el castigo, las de la ambición y la política, y las de la maldición y la muerte. Además, en simbolismo teológico, el Sol representa el Verbo de verdad; la Luna, la religión; Marte, la justicia; Venus, la misericordia y el amor; Júpiter, al Salvador resucitado y glorioso; y Saturno al Padre Eterno. En el cuerpo humano el Sol es análogo al corazón, la Luna al cerebro, Júpiter á la mano de-

recha, Saturno á la mano izquierda, Venus al pie derecho, Marte al izquierdo y Mercurio á los órganos genitales; y en la faz humana, el Sol domina á la frente, Júpiter al ojo derecho, Saturno al ojo izquierdo, la Luna entre ambos ojos, Marte y Venus las dos alas de la nariz y Mercurio la boca y el mentón. Estas últimas analogías, eran, para los antiguos, lo esotérico en el arte fisiognómico.

Cuando el mago quería realizar obras de luz, operaba en domingo, desde media noche á las ocho de la mañana, ó de tres á seis de la tarde; vestía capa pluvial color púrpura, tiara y brazaletes de oro; rodeaba el altar de los perfumes y el trípode del fuego sagrado con guirnaldas de laurel, heliotropo y tornasol; hacía los zahumerios con incienso macho, azafrán y sándalo rojo; el anillo que usaba era de oro con una crisolita ó un rubí; hacía servir de tapices pieles de león y tenía como soplillo uno formado con plumas de milano.

El lunes, que debía consagrar sus operaciones á la adivinación, vestía capa blanca bordada con plata y una triple gargantilla de perlas, cristales y selenitas; cubría su tiara con funda de seda amarilla en la que llevaba bordado con plata el anagrama de Gabriel; efectuaba los perfumes con sándalo blanco, alcánfor, áloes y simiente de cocombro pulverizada; y las guirnaldas con que adornaba el altar y el trípode eran de artemisa,s elenotropo y renúnculas amarillas. En este día evitaba ver tinturas, vestidos ni objetos negros de ninguna clase, así como tocar ningún otro metal que no fuera plata.

El martes, día destinado para las operaciones de

la cólera y el castigo, vestía capa de color rojo encendido ó sanguinolento, y brazaletes y cinturón de acero; la tiara la sustituía por un cerco de hierro; no se servía del cetro sino del estilete mágico y de la espada; formaba las guirnaldas de absenta y ruda; y llevaba sortija de acero con una amatista por piedra preciosa.

El miércoles, día favorable á la alta ciencia, la capa era verde con reflejos multicolores; el collar de perlas ó de gotas de mercurio; los perfumes de benjuí, mácis y estoraque; las guirnaldas de narciso, almoraduj, lirio y melisa, y la piedra preciosa del anillo, la ágata.

El jueves, consagrado á las grandes obras religiosas y políticas, la capa era color verde; sobre la frente se ponía una lámina de estaño donde estaba grabado el símbolo de Júpiter y las tres palabras *Giarar*, *Bethor* y *Samgabiel;* los zahumerios los hacía con incienso, ambar gris, bálsamo, grana de paraíso, mácis y azafrán; llevaba sortija adornada con una esmeralda ó un zafiro; y formaba las guirnaldas y coronas con ramas de encina, de álamo, de granado y de higuera.

El viernes, dedicado á operaciones amorosas, la capa que vestía era azul celeste, las colgaduras verdes y rosáceas y los ornamentos de cobre pulido; formaba las coronas con violetas y las guirnaldas con rosas y ramas de mirto y de olivo; su anillo ostentaba una turquesa y su tiara el lapis-lázuli y el berilo; gastaba abanicos de pluma de cisne; y llevaba en el pecho un talismán de cobre con el símbolo de *Anael* y las palabras *Avceva Vadelilith.*

Y el sábado, finalmente, como día consagrado á pompas y obras fúnebres, vestía capa negra con caracteres bordados en ella con seda color anaranjado; llevaba al cuello una medalla de plomo con el símbolo de Saturno y las palabras *Amalec, Aphiel* y *Zarahiel;* hacía los zahumerios con diagridio, escamonea, alum, azufre y asa fétida; usaba cetro con una piedra de onix; y las guirnaldas eran de fresno y ciprés.

Las ceremonias usadas en las operaciones de cada día no variaban de las que ya hemos expuesto en capítulos precedentes, sino en la invocación á los genios y en el objetivo á que los conjuraban; por manera que repetir aquí su descripción, sería invertir en vano tiempo y espacio.

Y terminaremos este capítulo con una sola advertencia: la de que, si quiere creernos el lector, busque en todo el fruto y deje á un lado la hojarasca.

VI.

Confección y consagración de talismanes y objetos mágicos.

Nuestro libro anterior está consagrado por entero á explicar el sentido místico de los talismanes y otros instrumentos mágicos. Invitamos al lector á que recuerde lo expuesto en el capítulo VIII, por lo que se refiere á los talismanes, y pasamos á ocuparnos de su confección y consagración, así como de la confección y consagración de los demás instrumentos.

Ya sabemos que el talismán es un pedacito de

metal ó una piedra preciosa afectando no importa qué figura, con tal de que en él estén grabados los correspondientes símbolos cabalísticos, haya sido debidamente consagrado y se halle recubierto con tejido de seda del color correspondiente.

Ni es indiferente la clase de metal ó piedra, ni el día de la consagración, ni los símbolos que el talismán ostente en el anverso y reverso; por el contrario, todo ello ha de ser adaptado á la cabalística y al objetivo á que el talismán se destine.

«El diamante, la gema más dura y más rara—dice un autor—simboliza siempre la fuerza. El zafiro, gemma de las gemmas, puro y sombrío como la calma de la noche, es el emblema de la verdad, de la inteligencia absoluta y serena. El rubí y el carbunclo, rojos como la sangre, evocan el valor y el sacrificio. La esmeralda, piedra de las vírgenes y de los magos, centelleando en medio de la corona de verbena con que ceñían sus sienes las pálidas sacerdotisas de los galos, nos recuerdan sus ojos verde-mar clarividentes y proféticos. El oro en fusión de los topacios, calma las tempestades del espíritu y es la expresión completa de aquel versículo del Génesis: «El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.» La amatista, violeta aterciopelada, imagen de la humildad, destruye el orgullo vano y disipa la embriaguez. El ópalo, seductor y cambiante, es nefasto como piedra del destino. La turquesa y el lapislázuli, cuyo hermoso color azul glorifica las lágrimas de la grande Venus, simboliza é inspira el amor. La piedra ónix, con su color de uña, conturba y desagrada, y evoca los fantasmas haciendo presa al que la lleva consigo de los elementales si-

niestros. Y las perlas, finalmente, aunque gemas orgánicas, rivalizan con sus hermanas terrestres; son lágrimas de la mar, secreciones neptunianas que parecen un rayo de la luna aprisionado entre conchas algo abiertas para que pueda contemplar el agua marina, y con sus tintas de rubí su magnificencia de diamante, su esplendor de esmeralda, su pureza angélica de zafiro, sus arreboles de topacio, y sus medias tintas de amatista, cautivan y aprisionan en las redes del amor, é inspiran á los genios los misterios que entraña lo ignorado.»

Los colores alquímicos son tres principales, el *negro*, el *blanco* y el *rojo*, y cuatro secundarios, que provienen, del paso del negro al blanco, el *gris*, y del paso del blanco al rojo, el *verde-azul*, el *amarillo-anaranjado* y el *multiculor*. Esta apreciación de los colores no es caprichosa ni mucho menos: dimana de la experiencia. Si se mezclan á partes iguales, después de bien triturados, cloruro de oro, de plata y de mercurio todo lo más secos posible, y se calienta la mezcla á fuego vivo en un frasco de cristal blanco destapado, se verá que la masa, al principio negra, se vuelve blanca pasando por el color gris; y si se tapa luego el frasco á la lámpara y se le somete á un calor de 40° durante ocho días, aumentando esta temperatura en 5° á medida que vayan apareciendo los colores, se verá que el blanco pasa á ser rojo después de haber marcado los otros tres colores intermedios.

Esto indica que conviene no confundir las especies en todo lo que con la magia antigua se relaciona, y para evitarlo respecto á los talismanes, damos la siguiente tabla:

Objetivo del talismán	Dios á que se consagra	Planeta protector	Día en que debe consagrarse	Metal de que debe hacerse	Piedra preciosa	Color de la seda que le envuelva	SÍMBOLOS	
							Del anverso	Del reverso
Obras de luz.	Michaël .	Sol. . . .	Domingo	Oro. . .	Rubí. . . .	Púrpura. . .	El *sello de Salomón* con el sol en el centro	Un hombre.
Id. de adivinación.	Gabriel. .	Luna. . .	Lunes . .	Plata. .	Selenita. .	Blanco . . .	El mismo sello con la luna en el centro.	Una copa.
Id. de castigo.. . .	Samael. .	Marte. . .	Martes. .	Hierro. .	Amatista.	Rojo.	El mismo sello con un puñal en el centro.	Una cabeza de león.
Id. de alta ciencia.	Rafael . .	Mercurio	Miércoles	Mercurio	Ágata. . .	Multicolor .	El mismo sello con el signo del caduceo.	Una cabeza de perro.
Id. religiosas. . . .	Zachariel	Júpiter. .	Jueves. .	Estaño. .	Esmeralda	Verde. . . .	El mismo sello con una corona de berbena.	Una cabeza de águila.
Id. amorosas	Anaël. . .	Venus . .	Viernes. .	Cobre. . .	Turquesa.	Azul celeste	El mismo sello con una *G* en el centro.	Una paloma.
Id. fúnebres.	Orifiel . .	Saturno .	Sábado. .	Plomo. .	Onix. . . .	Negro. . . .	El mismo sello con una guadaña en el centro.	Una cabeza de toro.

Inútil es agregar que en la consagración debe usar el oficiante los instrumentos, ornamentos y perfumes que quedan expuestos en nuestro capítulo anterior.

Aunque los talismanes pueden grabarse en cualquier día de la semana, debe tenerse en cuenta que hay que preservarlos de miradas y contactos impuros. Los pentaclos y talismanes del Sol no pueden ser vistos ni tocados por personas contrahechas ni por mujeres que no menstrúen; los de la Luna se profanan viéndolos ó tocándolos hombres libertinos ó mujeres en el período menstrual; los de Mercurio pierden su virtud al verles ó tocarles sacerdotes asalariados; los de Marte han de preservarse de la vista y el tacto de los poltrones; los de Venus de la de los depravados ó que hayan hecho voto de castidad; los de Júpiter de la de los impíos; y los de Saturno de los de las vírgenes y los niños.

El grabado de los talismanes debe hacerse siempre con el estilete mágico, porque de este modo se le comunica ya una parte de su virtualidad; y debe hacerse también, si ello es posible, dentro del templo y revestido con los hábitos *ad hoc*.

La fórmula de la cónsagración es la siguiente: Después de haber ahuyentado á los espíritus de tinieblas por la conjuración de los cuatro elementos, se toma el pentaclo con la mano derecha, y rociando al talismán, que estará sobre el altar, con agua lustral, se dice:

In nomini Eloïm et per spiritum aquarum viventium, sis mihi in signum lucis et sacramentum voluntatis.

Incenseando sobre el talismán, se agrega:

Per serpentem æneum sub quo cadunt serpentes ignei, sis mihi, etcétera.

Soplando siete veces sobre el pentaclo y sobre el talismán, prosíguese:

Per firmamentum et espiritum vocis, sis mihi, etc.

Y, por fin, colocando triangularmente algunos granos de tierra purificada, ó de sal, se dirá:

In sale terræ et per virtutem vitæ æternæ, sis mihi, etcétera.

A continuación se hace la conjuración de los siete dioses, para lo cual se tienen á mano los siete perfumes, que se van echando uno á uno en el fuego sagrado al par que se pronuncian los siete conjuros siguientes:

1.° En nombre de Michaël, que Jehová te aleje de aquí, Chavajoth!

2.° En nombre de Gabriel, que Adonaï te aleje de aquí, Belial!

3.° En nombre de Rafael, desaparece de delante de Elchim, Sachabiel!

4.° Por Samael Zabaot y en nombre de Eloïm Gibor, aléjate, Adramélek!

5.° Por Zachariel y Sachiel Mélek, obedece á Elvah, Samgabiel!

6.° En nombre divino y humano de Schaddaï y por el símbolo del pentágrama que tengo en la mano; en nombre del ángel Anaël, por la potencia de Adán y de Eva, que son Jotchavah, retírate, Lilith; déjanos en paz, Nahemah!

7.° Por los santos Eloïm y los nombres de los genios Cashiel, Schaltiel, Aphiel, y Zarahiel bajo

las órdenes de Orifiel, separate de nosotros, Moloch! No esperes que te demos nuestros hijos para que los devores.

Después de esto se formula sobre el talismán el voto para el cual se haya construído, y queda completa la consagración.

Los instrumentos principalmente necesarios para las operaciones mágicas, son: el cetro, la espada, la lámpara, la copa, el altar y el trípode; y estos instrumentos, para poderse usar, han de estar previamente consagrados.

Vamos á describirlos y á decir cómo se consagraban.

El *cetro mágico* debía ser de un sólo trozo de almendro ó avellano perfectamente derecho, cortado de un solo tajo con la espada mágica antes de salir el sol y en el momento en que el árbol estaba á punto de florecer. Debía estar perforado en toda su longitud sin raja ni ruptura, teniendo introducido en el hueco un corazón de hierro imantado. A uno de sus extremos se le adaptaba un prisma poliédrico tallado triangularmente, y en el otro, una figura parecida hecha con resina negra. En medio del cetro ostentaba dos anillos, uno de cobre rojo y otro de zinc, llevando grabada el primero la inscripción ירושלים תקחשת, y el segundo esta otra: תמלדשלמת. Finalmente, desde su promedio al extremo que tenía el prisma de resina, el cetro era plateado, y en la otra mitad, dorado.

La *consagración del cetro* duraba siete días, y debía empezar siempre en luna nueva. Esta obra sólo podía efectuarla un iniciado poseedor de los grandes

arcanos y de otro cetro semejante. La fórmula de la consagración se transmitía de viva voz y se ha perdido en el decurso de los tiempos.

Este instrumento, como todos los otros, debía permanecer oculto á las miradas de los profanos, y ni aun su propio poseedor podía servirse de él sino cuando estaba solo y en casos de absoluta necesidad.

La *espada* no era necesario que se ocultase tanto. Tenía que ser de acero puro con empuñadura de cobre en forma de cruz. En uno de los lados de la empuñadura presentaba grabado el signo del macrocosmos, en otro el del microcosmos, y sobre el pomo, el monograma de Michaël. En uno de los lados de la hoja leíase la inscripción מי כמכה ·חות ·ם ·ל ·כא, y en el otro el monograma del lábaro de Constantino con las frases *Vinci in hoc, Deo duce, ferro comite*.

La consagración debía hacerse en domingo, en las horas de sol y bajo la invocación de Michaël. Se metía la hoja de la espada en un fuego alimentado con ramas de laurel y de ciprés; luego se limpiaba y pulía con las cenizas del fuego sagrado, y hecho esto, se pronunciaba el conjuro *Sis mihi gladius Michælis, in virtute Eloïm Sabaoth fugiant a te spiritus tenebrarum et reptilia terræ*, mientras se la zahumaba con los perfumes del sol. Por fin, se la enfundaba en su baina de seda, atandola con ramas de berbena, que se quemaban el séptimo día.

La *lámpara mágica* se hacía con cuatro metales: oro, plata, cobre y hierro; el pie era de hierro, el cuerpo de cobre, la copa de plata y el triángulo del

centro de oro. Tenía dos brazos compuestos de tres conductos retorcidos juntos, de modo que daban lugar á tres mecheros, y en la cúspide, tenía otros tres mecheros de tres conductos cada uno. Finalmente, en el pie estaba grabado el sello de Hermes, y por encima de él, los dos gemelos; el borde inferior representaba una serpiente mordiéndose la cola.

Sobre la copa ó recipiente del aceite se grababa el sello de Salomón y los símbolos de los siete genios, mientras se practicaban las fórmulas de la consagración, que eran las mismas que se empleaban para consagrar el pentaclo.

La *copa de las libaciones*, el *Altar de los sacrificios* y el *Trípode de las evocaciones*, carecían de forma y composición particular, y esta circunstancia nos imposibilita poder describirlos. Cuanto á las fórmulas de su consagración, diremos que eran las mismas que las requeridas para la estrella flamígera.

VII.

La Triple Cadena.

En Magia práctica, la más grande de las obras, después de la educación de la voluntad, es la de la formación de la cadena con los poderes ocultos.

Formar la cadena es hacer nacer una corriente de ideas que produce la fe y conjunta un gran número de voluntades para un objeto dado. Una cadena bien formada es como un turbillón, una borá-

gine que abarca y absorbe cuanto está á su alcance.

Esta operación la representaban los antiguos magos, bien con dos cadenas de oro que salían de la boca de Hermes, bien con tres cadenas, una de acero, otra de cabezas y la tercera de estrellas con que rodeaban el pentágrama. El exoterismo de esta última es más cumplido que el de la primera, como vamos á ver seguidamente.

La cadena mágica puede formarse de tres maneras: por el signo, como hacen los católicos al santiguarse, por la palabra, como hacen los masones al transmitirse la sagrada, y por el contacto. La primera de estas formas es la que en el simbolismo pentagramático está representada por la cadena de cabezas, y encaja perfectamente, porque el signo es un lenguaje convencional producto de la inteligencia humana; la segunda forma está representada por la cadena de estrellas, y su alegoría es cabal, puesto que la palabra es el verbo y el verbo es luz; y la tercera forma, finalmente, está representada por la cadena de acero, porque la cadena de contacto es también la más material entre las tres.

No se ve claro á simple vista la importancia que en Magia se le dá á la triple cadena, y sin embargo, puede reconocérsela muy pronto á poco que se recapacite. Hemos dicho que el primer lugar de las obras de los magos, lo ocupa el desarrollo y educación de la voluntad, y el segundo, la formación de la cadena. Imaginémonos ahora que nos hallamos en una plaza pública, donde, por cualquier motivo, se ha conglomerado bastante gente. Nosotros somos meros espectadores. De pronto vemos

que se levanta una mano derecha haciendo el signo del esoterismo sacerdotal, y que inmediatamente le responden diez manos, veinte manos, cien manos con el mismo signo. Ya sabemos nosotros que entre aquella multitud, hay cien hombres de firme, enérgica, perseverante y educada voluntad, que piensan y vibran al unísono. El que levantó primeramente la mano comunica al más inmediato de los que le secundaron una voz, una palabra, una orden, que cual chispa eléctrica se transmite inmediatamente de uno en otro hasta los cien; y nosotros nos apercibimos de que aquellos cien hombres de voluntad á toda prueba, tienen un sólo pensamiento, una sola aspiración, un solo móvil. Finalmente vemos que los cien se aislan de la multitud, forman en sitio aparte compacta piña, y se dirigen como un solo racimo á la consecución de su objetivo: no podemos dudar que han hecho de sus respectivas fuerzas un solo núcleo, con idea, voluntad y objetivo determinado. ¿Podrá extrañarnos, si, como conclusión, alcanzan lo que se propongan, aun estando en minoría entre la multitud? No por cierto, en primer término, porque son cien en uno, mientras los demás son nuevecientos en nuevecientos; y en segundo lugar, porque su propia cohesión, su propia fuerza, absorbe y se asimila la fuerza de una parte de los otros, que colocados por afinidad ó inconscientemente en el radio de acción de su vorágine, se sienten atraídos, ó no pueden resistir al empuje. Es axiomático que fuerza mayor absorbe á menor.

Este, pues, es el poder de la triple cadena.

VIII.

El Sabat de los hechiceros.

Se da el nombre de *Sabat* á las asambleas ó aquelarres de los que se consagraban á la Goecia.

Dijimos en su lugar que la Magia Blanca se distinguía de la Negra sola y exclusivamente por el uso que hiciera el mago de sus conocimientos, de los poderes que con los tales adquiría, y de las fórmulas y ceremonias con que revestía sus prácticas; y dijimos también que el mal, la sombra, la falsa ciencia, etc., eran sombras sarcásticas y dejeneradas del bien, la luz y la verdadera sabiduría: como un duro falso es la sombra sarcástica y dejenerada de un duro legítimo, como un producto adulterado es la sombra sarcástica y dejenerada del que imita.

Esta explicación pone al lector en condiciones de poder concebir por sí mismo lo que es la Goecia ó Magia Negra y todo lo que con ella se relaciona, con solo que recuerde lo que hemos dicho de la Magia Blanca y fuerce un poco su imaginación para buscar las antítesis, las sombras sarcásticas y dejeneradas de cada una de las operaciones, fórmulas y ceremonias que llevamos descritas.

Por nuestra parte, aunque tendríamos gran placer en acompañar y servir en cierto modo de mentores del que nos lea en sus pesquisas por este derrotero, siempre que sus intenciones y propósitos no fueran otros que el satisfacer su curiosidad y

conocer los peligros que puedan rodearle, nos vemos imposibilitados para hacerlo desde este lugar, porque, como repetidamente hemos confesado, escribimos una Magia Blanca y no una Magia Negra.

Perdónennos, pues, si no nos extendemos más acerca del particular.

IX.

El Nuctamerón.

La palabra *nuctamerón* quiere decir *la noche iluminada por el día*, y se traduce también por *la luz de lo oculto*. Lo que bajo el epígrafe de *Nuctamerón* expuso Apolonio de Tiana, es un monumento de alta magia que se contrae á los deberes del mago en cada una de las doce horas del día y de la noche. Vamos á traducirlo para satisfacción del lector, agregándole, por nuestra parte, la adaptación ó interpretación.

Hora 1.ª—En la unidad, los demonios cantan alabanzas á Dios y pierden su malicia y su cólera.

Adaptación.—Dominar las malas pasiones, y, según la expresión del hierofante, obligar á los mismos diablos á loar á Dios.

Hora 2.ª—Por el binario, los peces del Zodíaco cantan alabanzas á Dios, las serpientes de fuego se enlazan en torno del caduceo y el trueno se hace armonioso.

Adaptación.—Estudiar las fuerzas equilibradas de la naturaleza hasta sorprender cómo la harmonía

resulta de la analogía de los contrarios. Conocer al gran agente mágico y su doble polarización.

Hora 3.ª—Las serpientes del caduceo se entrelazan tres veces, Cerbere abre su triple boca y el fuego canta alabanzas á Dios por las tres lenguas de la tempestad.

Adaptación.—Iniciarse en el simbolismo del ternario, principio de todas las teogonías y de todos los símbolos religiosos.

Hora 4.ª—En la cuarta hora las almas vuelven á visitar sus tumbas, y es el momento en que se encienden las cuatro lámparas de los cuatro rincones del círculo, es el momento de los encantos y de los prestigios.

Adaptación.—Saber dominar las fantasías de la imaginación y triunfar de todas las supersticiones y prestigios.

Hora 5.ª—La voz de las grandes aguas canta al Dios de las esferas celestes.

Adaptación.—Comprender cómo en el centro de las cuatro fuerzas elementales se produce la armonía universal.

Hora 6.ª—El espíritu se queda inmóvil: ve á los monstruos infernales dirigirse hacia él, y no les teme.

Adaptación.—Hacerse inaccesible á todo terror ó espanto simplemente.

Hora 7.ª—Un fuego que da vida á todos los seres animados, es dirigido por los hombres puros. El iniciado extiende la mano y los sufrimientos se apaciguan.

Adaptación.—Ejercitarse en la luz astral ú ódica.

Hora 8.ª—Las estrellas se comunican; el alma de los soles se corresponde con el suspiro de las flores, las corrientes de armonía hacen que se correspondan todos los seres de la naturaleza.

Adaptación.—Aprender á prever los efectos por los cálculos de ponderación de las causas.

Hora 9.ª—Este número no debe ser revelado.

Adaptación.—Comprender la gerarquía de la enseñanza, respetar el misterio del dogma y callarse ante los profanos.

Hora 10.ª—Es la clave del cielo astronómico y del movimiento circular de la vida de los hombres.

Adaptación.—Estudiar á fondo la astronomía.

Hora 11.ª—Las alas de los genios se agitan con ruido misterioso; los genios vuelan de una en otra esfera llevando de mundo á mundo los mensajes de Dios.

Adaptación.—Iniciarse por la analogía en las leyes de la vida y de la inteligencia universal.

Hora 12.ª—Se cumplen, por el fuego, las obras de la eterna luz.

Adaptación.—Operar las grandes obras de la naturaleza por la dirección de la luz, ó sea de la inteligencia.

Además de esto, el *Nuctamerón* comprende los nombres y atributos de los genios que presiden á cada hora, y que es preciso conocer para la confección y consagración de talismanes y objetos mágicos y para la realización de toda obra mística. A continuación los reproducimos, agregándole también por nuestra parte la explicación de su esoterismo.

GENIOS DE LA PRIMERA HORA: *Papus*, médico;

Sinbuk, juez; *Rasphuia*, nigromántico; *Zahun*, genio del escándalo; *Heiglot*, genio de las nieves; *Mizkun*, genio de los amuletos; y *Haven*, genio de la dignidad.

Explicación: Es preciso convertirnos en médicos y jueces de nosotros mismos para vencer los maleficios del nigromántico; conjurar y despreciar el genio del escándalo; triunfar de la opinión que hiela todos los entusiasmos y confunde todas las cosas en un mismo hielo glacial, y conocer la virtud de los signos y encadenar el genio de los amuletos para alcanzar la dignidad del mago.

Genios de la segunda hora: *Sisera*, genio del deseo; *Torvatus*, genio de la discordia; *Nitibus*, genio de las estrellas; *Hizarbin*, genio de los mares; *Schluph*, genio de las plantas; *Baglis*, genio de la medida y del equilibrio; *Labecerin*, genio del éxito.

Explicación: Hay que aprender y querer transformar en fuerza el genio del deseo y el genio de la discordia, que es el obstáculo de la voluntad, mediante la ciencia de la armonía, que es el genio de las estrellas y de los mares; hay que estudiar la virtud de las plantas y comprender el equilibrio de las leyes para llegar al éxito.

Genios de la tercera hora: *Bahabi*, genio del terror, *Phlogabitus*, genio de los ornamentos; *Eirneus*, genio destructor de los ídolos; *Mascarun*, genio de la muerte; *Zarobi*, genio de los precipicios: *Butatar*, genio de los cálculos; *Cahor*, genio de la decepción.

Explicación: Cuando por la fuerza creciente de tu voluntad hayas vencido al genio del terror, sa-

bras que los dogmas son el ornamento sagrado de la verdad desconocida del vulgo; pero tu derribarás en tu inteligencia todos los ídolos, encadenarás al genio de la muerte, sondearás los precipicios y someterás al mismo infinito á la proporción de tus cálculos, evitándote así para siempre las emboscadas del genio de la decepción.

Genios de la cuarta hora: *Fhalgus*, genio del juicio; *Thagrinus*, genio de la confusión; *Eistibus*, genio de la adivinación; *Pharzuph*, genio de la fornicación; *Sislau*, genio de los tósicos; *Schiekron*, genio del amor de las bestias; *Aclahayr*, genio del juego.

Explicación: La fuerza del mago está en su juicio que le hace evitar la confusión resultante de la antinomia y del antagonismo de los principios; practica la adivinación de los sabios, pero desprecia los prestigios de los encantadores, esclavos de la fornicación, artistas de tósicos, y servidores del amor bestial; y, finalmente, triunfa de la fatalidad, que es el genio del juego.

Genios de la quinta hora: *Zeirnha*, genio de las enfermedades; *Tablibik*, genio de la fascinación; *Tacritau*, genio de la Goecia; *Suplclatus*, genio de la polvareda; *Sair*, genio del antimonio de los sabios; *Barcus*, genio de la quintiesencia; *Camaisar*, genio del enlace de los contrarios.

Explicación: Triunfando de las enfermedades humanas, el mago deja de ser juguete de la fascinación, somete á sus pies las vanas y peligrosas prácticas de la Goecia—cuyo poder sólo estriba en la polvareda que levanta la fama—por el antimonio

de los sabios que posee, y con el cual queda armado con el poder de todas las fuerzas creadoras de la quintiesencia, que le permite producir á su placer la armonía que resulta del enlace de los contrarios.

Genios de la sexta hora: *Tabris*, genio del libre albedrío; *Susabo*, genio de los viajes; *Eirnilus*, genio de los frutos; *Nitika*, genio de las piedras preciosas; *Haatan*, genio que oculta los tesoros; *Hatiphas*, genio de los adornos; *Zaren*, genio vengador.

Explicación: El mago es libre, es el rey oculto de la tierra, y puede recorrerla de una á otra parte, porque está dentro de sus dominios. En sus viajes aprende las virtudes de las plantas, de los frutos y de las piedras preciosas; obliga al genio que oculta los tesoros á descubrirle sus secretos, penetra los misterios de la forma, comprende los adornos del suelo y del lenguaje, y si es desconocido, si los pueblos le son inhospitalarios, si pasa haciendo bienes y cosechando ultrajes, el genio vengador pasa tras él.

Genios de la séptima hora: *Sidul*, genio de la prosperidad; *Sabrus*, genio del sostén; *Librabis*, genio del oro oculto; *Mizgitari*, genio de las águilas; *Cansub*, genio encantador de las serpientes; *Salilus*, genio que abre las puertas; *Jaizer*, genio que hace ser amado.

Explicación: El septenario significa el triunfo del mago, que da la prosperidad á los hombres y á las naciones y las sostiene por sus sublimes enseñanzas. Planeando como el águila, dirige las corrientes de la luz ódica representadas por las ser-

pientes, todas las puertas del santuario se le abren, y cuantas almas aspiran á la verdad le otorgan su confianza.

Genios de la octava hora: *Nantur*, genio de la escritura; *Toglas*, genio de los tesoros; *Zalburis*, genio de la terapéutica; *Alphun*, genio de las palomas; *Tukiphat*, genio del schamir; *Zizuph*, genio de los misterios; *Cuniali*, genio de la asociación.

Explicación: Estos son los genios que obedecen al verdadero mago. Las palomas representan las ideas religiosas; y el schamir un diamante alegórico que en las tradiciones mágicas equivale á la piedra de los sabios, ó sea esa fuerza basada en la verdad, á la que nada resiste. El mago posee el don de interpretar las escrituras, que es un tesoro inapreciable para la salud así del cuerpo como del espíritu; tiene el verdadero concepto de la religión, y como posee la verdad, rásganse para él los velos del misterio y puede asociar en una idea lo oculto y lo que no lo es.

Genios de la novena hora: *Risnuch*, genio de la agricultura; *Suclagus*, genio del fuego; *Kirtabus*, genio de las lenguas; *Sablil*, genio que descubre los ladrones; *Schachlil*, genio de los caballos del sol; *Colopatiron*, genio que abre las prisiones; *Zaffar*, genio de la elección irrevocable.

Explicación: Sostiene Apolonio que el simbolismo de esta hora debe pasarse en silencio, porque encierra los grandes secretos del iniciado, la fuerza que fecundiza la tierra, los misterios del fuego oculto, la clave universal de los idiomas, la segunda vista ante la cual los malhechores no pueden

permanecer ocultos, las grandes leyes del equilibrio y del movimiento luminoso representadas por los cuatro caballos del sol, la clave de la emancipación de los cuerpos y de las almas que abre todas las prisiones y la fuerza de elección que acaba con las existencias del hombre para fijarle en la inmortalidad. Todo esto que Apolonio cree debe pasarse en silencio, nosotros no tendremos inconveniente alguno en manifestarlo en la segunda parte, donde *rasgamos el velo.*

Genios de la décima hora: *Sezarbil,* diablo ó genio enemigo; *Azeuph,* asesino de niños; *Armilus,* genio de la lascivia; *Kataris,* genio de los perros; *Razanil,* genio de la piedra de onix; *Buchaphi,* genio de las estrigias; *Mastho,* genio de las vanas apariencias.

Explicación: No podemos dar ninguna. Los genios de esta hora sólo tienen aplicación en las operaciones de la Goecia, y ya sabe el lector que no nos entrometemos poco ni mucho con este aspecto de la magia.

Genios de la undécima hora: *Æglun,* genio del rayo; *Zuplelas,* genio de las selvas; *Phaldor,* genio de los oráculos; *Rosabis,* genio de los metales; *Adjuchas,* genio de los peñascos; *Zophas,* genio de los pentaclos; *Halacho,* genio de las simpatías.

Explicación: El rayo obedece al hombre, se convierte en vehículo de su voluntad, en instrumento de su fuerza, en llama de sus lámparas; las encinas de los montes sagrados pronuncian oráculos; los metales se transforman en oro ó en talismanes;

los peñascos se desprenden de su base, y atraídos por la lira del gran hierofante y tocados por el misterioso schamir, se trocan en templos y en palacios; los dogmas se formulan, los símbolos representados por los pentaclos se hacen eficaces; los espíritus se encadenan por las corrientes de simpatía, y todo obedece á la ley de justicia, á la ley del progreso y á la ley de amor.

Genios de la duodécima hora: *Tarab*, genio de la concusión; *Misran*, genio de la persecución; *Labus*, genio de la inquisición; *Kalab*, genio de los vasos sagrados; *Hahab*, genio de las mesas reales; *Marnés*, genio del discernimiento intelectual; *Sellen*, genio del favor de los poderosos.

Explicación: En esta hora deben considerar los magos el fin que les está reservado, la manera como se consumará su sacrificio: después de haber conquistado su vida, es preciso que sepan sacrificarse para renacer inmortales. Sufrirán exacciones; se les pedirá oro, placeres, venganzas, y si no satisfacen los caprichos del vulgo, serán objeto de persecuciones, sufrirán los tormentos de la inquisición. Pero no se profanan los vasos sagrados destinados para las mesas de los reyes, esto es, para los banquetes de la inteligencia. Por su discernimiento intelectual, el verdadero mago sabrá librarse de los favores de los poderosos, que casi siempre se convierten en menosprecios y vilipendios, y sabrá permanecer invencible con su fuerza y en su libertad.

Tal es el simbólico *Nuctameron*.

X.

Los exorcismos.

Se sabe que los exorcismos sólo se emplean para echar los demonios de un cuerpo ó de un lugar cualquiera en el que se supone que están; y que para exorcisar, el sacerdote se reviste con roquete y estola, usa el hisopo y el agua bendita y recita determinadas oraciones.

En la Edad Media los casos de demonología fueron muy frecuentes; pero á medida que la cultura se ha ido extendiendo, el demonio ha ido mermando en sus prestigios y hoy apenas si se conoce un caso de demonología en todo el mundo civilizado.

Ya hemos dicho en otro lugar, y no estará demás que lo repitamos aquí, que el demonio es sólo un mito, una creación fantástica de nuestra mente y una resultante ética de nuestras acciones. ¿Obramos con justicia, aspiramos á la ilustración y al bien, confraternizamos con nuestros semejantes? Pues no haya miedo de que el diablo se aparezca entre nosotros, ni por sus obras ni con su fantasmagórica persona; pero obremos injustamente, entreguémonos con desenfreno á las pasiones insanas, odiemos en vez de amar ó considerar á nuestros semejantes, y no tardaremos en tener por compañero al horripilante Belial. ¿Cómo no, si le crearemos con nuestras acciones, si estará ya dentro de nosotros mismos?

Pudiéramos, pues, prescindir de ocuparnos de los

exorcismos, que maldito si tienen razón de ser; pero, fieles á nuestro propósito de exponer lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, y lo que reputamos erróneo á título de curiosidad, terminaremos el capítulo transcribiendo un exorcismo, tal como lo hallamos en el libro titulado *Fustis demonum*. Helo aquí:

«Audi igitur, insensate, false, reprobe et iniquissime spíritus. Inimicus fidei. Adversarius generis humani. Mortis adductor. Insipiens ebriose. Iniquos et iniquorum caput. Prædo infernalis. Serpens iniquissime. Sus macra, famelica, et immondissima. Bestia eruginosa. Bestia scabiosa. Bestia truculentissima. Bestia crudelis. Bestia cruenta. Bestia omnium bestiarum bestialissima... Ad infernum, ad infernum detraheris, ó spíritus ingratissime, in profundum laci; in abyssum scilicet in quo infinitæ miseriæ et calamitates tibi, et omnibus damenatis aderunt. Tibi enim invenitur fletus, et gemitus, ululatus et cruciatus, clamor et tremor, labor et dolor, ardor et fætor, obscuritas et ansietas, acerbitas et asperitas, calamitas et agestas, angustia et tristitia, oblivio et confusio, torriones et punctiones, amaritudines et terrores, fames et sitis, frigus et calor, sulphur et ignis ardens, atque omnia mala quœ excogitare possunt, tibi præparata sunts.»

. . . .

¡Pobre humanidad! ¡De cuántas locuras has sido víctima!

LIBRO PRIMERO

LA MAGIA EN NUESTRO SIGLO

I.

Diferencias de forma y colorido.

La Verdad siempre es una é idéntica á sí misma; podremos mirarla bajo diferentes aspectos, podremos exponerla en distintas formas y hasta tergiversarla; pero la Verdad, como el sol, brilla siempre con su propio esplendor, y en nada queda eclipsada, en nada aminorada porque nosotros no la veamos, ó no queramos verla bien.

Esto explica por qué la Ciencia se ha presentado con tantas y tan antitéticas formas. Muchos confunden la Ciencia con la Verdad, las hacen sinónimas, y están en un error. La Verdad sólo reza con la esencia y naturaleza de todo; la Ciencia se limita al conocimiento más ó menos vasto y exacto de esa misma esencia y naturaleza. Así, por ejemplo, el que diga que una barra de hierro es sólida, compac-

ta, de una pieza, dirá una verdad científica si no ha saludado los conocimientos físicos de nuestro siglo; porque eso es lo que ven sus ojos, palpan sus manos, y testifican sus fuerzas; pero no dirá la verdad, la absoluta verdad, puesto que la barra de hierro es una agrupación de átomos imponderables en perpetuo estado de movimiento. Además, hay verdades físicas, morales y metafísicas, excluyéndose las últimas, por su propia naturaleza, á las investigaciones de la ciencia, que no abarca, que no abarcará nunca al conocimiento positivo de los primeros principios á que aquéllas corresponden. La ciencia nos habla del átomo por mera inducción, no porque le haya visto ni pesado; y el átomo, sin embargo, no es del orden de las verdades metafísicas, sino que se queda un peldaño por bajo: es una verdad moral. También nos habla de las fuerzas y de las leyes, pero nos habla de ellas por sus efectos, por su precisión continuada y matemática, no porque las conozca como al oxígeno ó al hidrógeno, no porque haya podido sorprender su naturaleza: luego en ello nos presenta una verdad moral, no una verdad metafísica. Así sucede con la electricidad, el calor, la luz, el magnetismo, todo lo que se aproxima á los primeros principios, en una palabra; y de aquí se sigue y se comprende perfectamente, que todo lo que en una época sea una verdad inductiva ó deductiva, pueda ser en otra época un error manifiesto y palmario.

Aun las verdades físicas, que por su naturaleza parece debieran ser inconcusas, se prestan muchísimo á yerros. Causa eficiente de ellos son nuestra

escasez é imperfección de medios analíticos, bien orgánicos, bien inorgánicos. Nada más común y corriente que la comprobación de este hecho. Se trata, por ejemplo, de apreciar el colorido de un cuadro, y si veinte personas emiten juicio sobre un color dado, las veinte discrepan en algo en su apreciación: es que no todas tienen el órgano de la percepción visual en el mismo grado de sensibilidad. Ya no es la vista la que tiene que intervenir en la apreciación del fenómeno, ya es otro intrumento tan sensible, tan delicado, que ha merecido con justicia se le calificara de instrumento de precisión: es la balanza. Y bien: pesemos aquí un cuerpo cualquiera, y pesémoslo con la misma balanza en Siam, en Borneo y en Quito; obtendremos cuatro pesos diferentes; y no será que el cuerpo haya dejado de ser el mismo en todas partes ni que la balanza haya perdido su sensibilidad: será que nos hemos ido aproximando al ecuador de la tierra, y allí la atracción, causa eficiente del peso, es menor que en las restantes partes del globo.

Nada digamos, después de lo que precede, de las notorias diferencias de apreciación que sobre un punto cualquiera nos ofrecerían un idiota, un hombre de buen sentido pero sin pulir, un erudito y un sabio de verdad, y vayámonos derechos á considerar la ciencia de los antiguos magos en comparación con la ciencia de nuestros días.

Conocidos son de todos los cuatro elementos Agua, Aire, Tierra y Fuego que admitía y preconizaba la Alquimia, honorable progenitora de nuestras Física y Química. Remontémonos ahora con el

pensamiento á la prehistórica fecha en que la Alquimia sentó el primer sillar de su templo; pensemos en que entonces se desconocían el telescopio, el microscopio, la balanza de precisión, todos los instrumentos de física y química y de óptica que hoy se conocen, y que la filosofía andaba todavía en mantillas; no echemos en olvido que lo primero que debió sorprender al hombre y abrumar su rudimentaria inteligencia, fué, sin duda, los fenómenos de la naturaleza, que llegaban hasta él en forma de *fuego* (sol, luna, estrellas, cometas, satélites, rayos, volcanes, etc.) *agua* (manantiales, ríos, lluvias, nieves, etc.) *tierra* (bólidos, aerolitos, lava, etc.) y *aire* (huracanes, terremotos, tempestades, nubes, etc.), y comprenderemos perfectamente su conformidad con la teoría de los cuatro principios ó elementos, y comprenderemos también que para explicarse de algún modo las fuerzas incoercibles que se revelaban en ellos, apelaran á la religiosidad y les otorgasen un dios. Haremos más todavía: admiraremos la potencia inductiva de los magos, quedaremos absortos ante el cúmulo de propiedades que supieron descubrir en distintos cuerpos así orgánicos como inorgánicos, y llegaremos hasta la veneración por quienes, sin auxiliares de ningún género, supieron remontar el vuelo de su inteligencia hasta los primeros principios, creando una Teodicea y una Pansofía, que si cierto es no carecen de muchos y grandes lunares, cierto es también que son, en relación con su época, la expresión suprema de la verdad física y moral. ¿Y qué son la Física y la Química de nuestros tiempos, sino aspectos más concretos, más

precisos, mucho mejor definidos que no aquellos que presentaba la Alquimia? A los cuatro elementos de antaño han sucedido los setenta y tantos cuerpos simples ó elementos químicos de ogaño; á los dioses y espíritus elementarios, las fuerzas de afinidad y cohesión; á las transmutaciones, las reacciones y combinaciones químicas. Se sabe más, mucho más, ¿quién puede dudarlo?; pero no en vano se han sucedido los siglos, ni en vano el esfuerzo de tantas inteligencias ha ido acumulando al acervo común el caudal de sus particulares luces. Hoy, sí, sustituye con ventaja á la Alquimia la Físico-química, como sustituye á la Teodicea la Filosofía y mejor la Teosofía; pero esto no empece á que por espíritu de justicia nos veamos obligados á reconocer, como dijimos hace poco, que la Pansofía de los magos de las pasadas edades, era, por entonces, la expresión suprema de la verdad física y moral, y hasta cuasi nos atreveríamos á calificarla de superior á la Pansofía de muchas eminencias de nuestro siglo.

Si de la Alquimia nos pasamos á ese otro aspecto de la ciencia física llamada Astronomía hoy, Astrología ayer, tendremos ocasión de comprobar el apotegma de que iguales causas, en identidad de circunstancias, producen siempre los mismos efectos. Hemos dicho anteriormente que lo que primero debió fascinar y subyugar á nuestros primeros padres, tuvo que ser los fenómenos de la naturaleza. El firmamento que en los días tranquilos extendía su manto azul, las luces desconocidas que lo adornaban durante la noche, la luna temblona y

pálida tocando al parecer la cumbre de los montes y retratándose en las fuentes y los lagos, el sol nacienco por Oriente y ocultándose por Poniente y eclipsando á su paso con su regio esplendor á todas las otras luces, el viento soplando desde el mar parduzcos nubarrones, el trueno haciendo extremecer la tierra y los espacios, el rayo surcando lúgubre el cielo tormentoso, el arco iris sirviendo de heraldo á la honanza, la lluvia menuda sazonando la tierra y reverdeciendo la vegetación, todo esto, todo, tenía que herir forzosamente la imaginación de aquellos pueblos primitivos, de aquellas razas recién salidas del regazo de la naturaleza, y tenía que inspirarles amor ó terror, según el fenómeno que en aquel momento histórico contemplasen. De otra parte, contra los rigores del sol, contra los destrozos del rayo, contra los rugidos de la tempestad, contra el ímpetu del aquilón y contra las inclemencias del tiempo, tuvieron que reconocer desde el primer instante su impotencia, y esto les condujo como de la mano á la religiosidad en su fase deprecatoria, mientras que la placidez de una noche estrellada, la serena magestad del astro rey, la lluvia apacible, el arco iris y la brisa perfumada, no pudo por menos que despertar en ellos un grato bienestar y obligarles insensiblemente á juntar las manos y dar gracias á las potestades en señal de reconocimiento. Era otro aspecto, otra fase del terror y del amor; fase mística que se halla en la base de la Pansofía mágica, fase mística que nunca abandonaron los teúrgicos de la antigüedad en todas sus obras. Sucedió á este período el de observación, observación pobre,

mezquina, pero suficiente para determinar la existencia de sus siete planetas, y para atribuirles, fundándose en su brillo, en su posición y en la duración de sus movimientos, las virtudes y potencias que luego le reconocieron. De aquí la idea del pentaclo ó sello de Salomon, síntesis, como sabemos, de toda su ciencia; de aquí la base de su teología, de su cosmogonía, de su alquimia, de su todo, en una palabra. Que la Astronomía de nuestro siglo ha derribado todo el andamiaje de las virtudes é influencias de los planetas, que ha aumentado el número de éstos y explicado sus revoluciones periódicas, que el sol ha dejado de ser un dios para ser una estrella semejante á los muchos millones que pululan por el firmamento, y que, en fin, apenas si subsiste nada de la antigua Astrología, no tenemos por qué negarlo; pero, ¿pierde por esto en nada su valor como cuna de la ciencia de los cielos, la que, en su tiempo, sirvió al hombre para ayudarle á pensar y amar, para estimularle á conocer el punto que ocupaba y el papel que debía llenar en el universo? Consideramos que no.

De idéntica manera habríamos de expresarnos si quisiéramos parangonar las demás ciencias de observación de los antiguos magos y de los modernos sabios. Esencialmente son lo mismo; accidentalmente varían de un modo casi inconmensurable. Son, para valernos de un ejemplo, lo que los primeros pasos que da un niño arrimado á la pared, y la carrera vertiginosa que puede dar ese mismo niño cuando llegue á la adolescencia. El principio de locomoción es el mismo; pero la confianza, la segu-

ridad y la potencia locómovil ha variado. ¿Podemos suponer que nuestras ciencias han llegado ya al *desideratum*? Ni que pensarlo tenemos: los siguientes capítulos ofrecerán un testimonio de ello.

II.

Magia útil y magia recreativa.

La sabiduría no puede tener ni dejar de tener otros aspectos que la *utilidad* y el *recreo*. Por el primero se adapta á la industria, á la agricultura, al comercio, á las artes, á la navegación, á la medicina, á todo aquello que pueda reportar algún provecho á la sociedad ó al individuo; por el segundo se aplica á la física, á la química, á las artes liberales, á cuanto pueda contribuir á levantar el espíritu y hacerle pasar algunos momentos de agradable satisfacción.

No nos ocuparemos, no cabe en este pequeño volumen ocuparnos del aspecto *útil* de la sabiduría, si no es en lo que se relaciona con el hombre en sus facultades y potencias. Para hacerlo bajo los demás conceptos, aun cuando pecáramos de exajeradamente concisos, tendríamos que escribir bastantes volúmenes si nos consideráramos con fuerzas para ello, y atiborrar la inteligencia de nuestros lectores con manjares que ni son fácilmente digeribles, ni fácilmente asimilables en forma sincrética. Valdrá más, por consiguiente, que el que desee poseer conocimientos de física, de química, de astronomía, de

botánica, de zoología, etc., acuda á las respectivas fuentes.

Del aspecto *recreativo* de la sabiduría nos ocuparemos un poco, muy poco, á fin de no robar caudal de tiempo y espacio á lo que consideramos más provechoso y transcendental; y al hacerlo, usaremos la forma de récipe por considerarla la más concisa.

Lo invisible hecho visible.—Póngase sobre un metal frío y pulido, la hoja de una navaja de afeitar, por ejemplo, una oblea ó un pedazo de ella, sóplese sobre el acero y levántese la oblea. Examinada la hoja de la navaja no ofrece señal alguna; pero si se sopla en ella de nuevo, aparecerá la imagen espectral de la oblea, y esta imagen se podrá reproducir tantas cuantas veces se desee, aunque hayan pasado ocho meses desde la experiencia primera. Esto revela que nada se pierde, ni aun la sombra de las cosas.

Oxígeno luminoso.—Si se comprime fuertemente una cantidad de oxígeno en una bomba de vidrio, el gas se calienta y produce luz. El aire y el cloro dan el mismo resultado, pero la luz que producen es menos brillante.

Encender una vela ó un carbón sin fósforos ni fuego.—Una vela recién apagada ó un carbón que no tenga más que un punto en ignición, se vuelven á encender en el momento en que se les sumerje en una atmósfera de oxígeno.

Lámpara filosófica.—Introdúzcanse en un frasco limaduras de hierro y ácido sulfúrico dilatado en agua; tápese la botella con un corcho previamente perforado con un alfiler, y aplíquese un fósforo en-

cendido al agujero. El gas, escapándose por esa única abertura, se inflama y da una llama azul verdaderamente fantástica.

Fuegos artificiales por medio del hidrógeno. —Llénense de hidrógeno no carbonado varias vegigas provistas de espitas, á las que se adaptan tubos llenos de agujeros practicados en diferentes sentidos y que tengan diferentes formas imitando soles, estrellas, fuentes, etc. Cuando se quiere operar, se abren las espitas y se prende fuego al gas que se escapa por los agujeros.

Cascada de luz.—Llénese un vaso de protóxido de ázoe, y échensele unos pocos de polvos de clorhidrato cálcico: al momento se verán caer chorros de luz brillante hacia el fondo del vaso.

Efectos del protóxido de ázoe.—Respirando este gas dos ó tres veces, se provoca una extraordinaria alegría y una risa excesiva. Si la respiración se prolongara, produciría vértigos, embriaguez, síncopes y hasta asfixia.

Luz multicolor.—Introdúzcanse en una atmósfera de cloro limaduras de antimonio, cobre, estaño, zinc, arsénico, potasio y sodio, y al momento se producirá una luz multicolor muy brillante.

Combustiones en el protóxido de cloro.—Si se echa antimonio en polvo en un frasco lleno de cloro, arde con luz amarilla; si se sustituye el polvo de antimonio por limaduras de cobre, la luz es de un rojo hermosísimo. Introduciendo un glóbulo de potasio, colocado en una cuchara de hierro en una campana llena de vapores de yodo, el metal arde con llama de hermoso color violeta.

Burbujas de fuego debajo del agua.—Échense raspaduras de fósforo en un vaso, agréguesele agua hasta más de la mitad, adiciónesele una parte de clorato de potasa en lentejuelas, é introdúzcase en el fondo del líquido por medio de un tubo en forma de cono una cantidad de ácido sulfúrico. En el acto se ven subir á la superficie burbujas de agua inflamadas.

Vasos mágicos.—Llénense un par de vasos de agua, echando en cada uno una ó dos cucharadas de tintura de tornasol, que le darán un color azul muy obscuro; añádase solamente una gota de ácido sulfúrico en uno y de amoniaco líquido en otro, y el primero cambiará su color por un carmesí hermoso y el segundo por un verde brillante; y, finalmente, si en este último vaso se hace deslizar una sola gota de ácido sulfúrico, y en el primero se le echan un par ó tres de amoniaco líquido, se verá en el fondo de aquél un color carmesí, en la parte media un color púrpura y en la parte superior un color verde, y en éste habrá cambiado el color carmesí por un verde obscuro en el fondo y un púrpura en la parte media y superior.

Rosa sensible.—Tómese una rosa roja totalmente abierta y expóngasela al vapor de azufre en combustión: al momento se vuelve blanca. Echándola en el agua, recobra su primitivo color.

Cambio de color en vasos vacíos.—Se toman tres vasos que se hayan enjuagado, el primero, con vinagre, el segundo con una disolución de potasa, y el tercero, con una disolución de alumbre; se tiene preparada una disolución de campeche, y después

de haber exhibido el color que presenta el líquido, se agita el vaso y el color dasaparece; échese entonces el agua, al parecer clara, en el segundo vaso, y el color vuelve á presentarse, aunque mucho más vivo que antes; por fin, se escancia la infusión en el tercer vaso, y el líquido se vuelve negro. Este es uno de los juegos más usados por los prestidigitadores.

Tintas simpáticas.—Escribiendo con zumo de limón no se ve lo escrito, pero calentando el papel aparece la letra con un color moreno. Úsanse también los zumos de guinda, cebolla, ácido acético y ácido sulfúrico, los cuales, por el mismo procedimiento, dan al escrito los colores verduzco, negruzco, rojo bajo y rojo respectivamente. La disolución de sulfato de hierro empleada como tinta simpática, solo se vuelve visible mojando el papel en una solución de nuez de agallas concentrada.

Miel y leche brillantes.—La concha llamada folada puede servir para muchos experimentos entretenidos. Si en un litro de leche se echa una sola de tales conchas, el líquido sé vuelve transparente y luminoso, pero con luz muy brillante; si la folada se echa en miel, conserva ésta su propiedad luminosa durante un año ó más.

Aceite fosfórico.—Con seis partes de aceite común y una de fósforo calentadas en baño maría, se compone un aceite que vuelve luminosos á cuantos objetos se impregnen de ella.

Agua inflamable y explosiva.—Si en un vaso ordinario se le echa hasta la mitad agua clara, y luego un poco de fósforo de cal del tamaño de un

guisante, el fósforo se precipita al fondo del vaso en pedacitos microscópicos y eleva á la superficie del agua unas burbujas de gas, que al ponerse en contacto con el aire, se inflaman con luz brillante y estallan con estrépito. Cada burbuja que estalla forma un círculo horizontal de humo denso, que sube con movimiento ondulatorio y va ensanchándose á medida que se eleva.

Arbol de Diana.—Se ponen en un vaso de vidrio quince partes de mercurio, sobre las cuales se echan cincuenta partes de una solución que contenga ocho ó diez de nitrato de plata: al cabo de cierto tiempo aparecen algunas ramificaciones de un aspecto muy hermoso, que es lo que los físicos llaman el árbol de Diana.

Volcán mágico.—En una redoma de vidrio de cuello corto se echan y mezclan dos partes de nitrato de zinc y una de subacetato de cobalto; se calienta todo ello con una lámpara de alcohol, lo que hace que la mezcla se funda, adquiriendo sucesivamente los colores rosa, púrpura y azul, hasta que al fin se inflama, explota y arroja una materia verde y seca, enrollada como las hojas de te.

Volcán artificial.—Hágase una pasta con 30 libras de azufre en polvo, otras tantas de limaduras de hierro y la suficiente cantidad de agua; entiérrese la mezcla á 30 centímetros de profundidad, y al cabo de quince días se formará un pequeño volcán que arrojará cenizas y derribará cuanto se oponga á su explosión.

Jugar con fuego sin quemarse.—Friccionándose uno las manos con ácido sulfúrico extendido en

agua, ó bien con una solución de alumbre evaporada hasta que sea esponjosa, hará su piel insensible á la acción del calor y podrá jugar sin quemarse con carbones encendidos, ó con una barra de hierro calentada al rojo.

Transformación de rostros.—Echese en alcohol hidroclorato de sosa y azafrán, agítese, mójense en este líquido unas esponjas ó estopas, y préndaseles fuego. Intantáneamente la color de la piel del rostro de los reunidos aparecerá verde, salvo la de los labios, que tomará un color de aceituna muy pronunciado.

Todos estos juegos de *magia recreativa*, como ha podido observarse, están calcados en el uso de diferentes ingredientes químicos, y no tienen nada que ver con la lijereza de manos del operador ni con el compadrazgo de uno ó más de los reunidos. Otros juegos hay que tienen tanto de útiles como de recreativos y á veces de perniciosos, de los que no podemos dejar de ocuparnos, aunque sea á la lijera. Son los juegos de la *magia oral*. La palabra es daga damasquina ó bálsamo consolador, sol de irisados colores ó nube preñada de granizo. Dirigida hábilmente por un espíritu esclarecido, de recta conciencia y de modales delicados, nadie puede ponderar los bienes que es capaz de producir; dirigida de un modo solapado, por un espíritu astuto y de conciencia nada aprensiva, es más temible que el terremoto, más que el rayo, más que la peste. La Historia nos da testimonio de ello.

Antes de la batalla de Trasimeno, los cartagine-

ses estaban espantados por el número del ejército romano con quien tenían que habérselas, que era doble del suyo. Giscón se lo dijo á Aníbal, y éste respondió: *¿Y no habrá también algún Giscón?* Estas frases, pronunciadas con absoluta sangre fría y en tono de reproche, bastaron para animar á los cartagineses y darles el triunfo.

Conocidas son en España las proezas del general *No importa*.

A otro general le instaba su estado mayor á que se rindiese, vista la superioridad del número del enemigo. *Cuando hayamos vencido sabremos si es cierto lo que decís*, contestó; y esta frase, mezcla de confianza en el triunfo y de duda en lo que se le decía, reanimó á sus soldados, y pocos momentos después le daba la victoria.

En estos ejemplos se vé el valor que infunde la magia de la palabra, no por virtud de largos discursos, sino por el poder de oportunas frases.

Enrique VIII de Inglaterra, descontento de Francisco I de Francia, quiso enviarle por embajador á un obispo, con el propósito de que éste le espetase un discurso lleno de hiel, de orgullo y de amenaza. El obispo, conociendo lo peligroso de su misión, pidió al rey le relevase del cargo. «Nada temais, contestó Enrique VIII, pues si el rey de Francia os hiciese morir, derribaría las cabezas de muchos franceses que tengo en mi poder.» — «*Lo creo, pero de todas esas cabezas ninguna se adaptaría tan bien á mi busto como la que lleva*, — contestó el prelado; y esta chanza bastó para que el rey cambiara de parecer.

Nouchirevan, rey de Persia, había condenado á muerte á un paje, porque inadvertidamente le había echado encima un poco de salsa, al servirle la mesa. El paje, no viendo esperanza de perdón, derramó entonces toda la salsa sobre el impalcable rey, mientras le decía: «*Príncipe, deseo que mi muerte no manche vuestra reputación. Se os tiene por el más justo de todos los monarcas, y perderíais tan bello título si la posteridad supiera que por una levísima culpa, habíais condenado á muerte á uno de vuestros súbditos.*» El rey se avergonzó de su cólera y le hizo gracia.

Aquí se ve el poder mágico de la palabra desarmando á los tiranos con una simple chanzoneta.

Una mujer espartana, al ver volver cojo á su hijo de una batalla, le dijo: *A cada paso que des, recordarás tu valor y tu gloria;* frase que encierra á la par la grandeza del heroísmo y la sublimidad de la abnegación.

¿Y qué diremos de la eficacia de la palabra usada como sátira, como requiebro, como galanteo ó como reproche?

Un militar se jactaba delante de Cicerón de haber sido herido en el rostro en la última batalla á que asistió, y el tribuno objetóle: *Es lo que sucede cuando huyendo se mira atrás*. ¿Se quiere más acerbo reproche?

Dianino el tirano murió de alegría cuando se le participó que una comedia suya dada al público, había sido coronada. *A saber esto*—decían los atenienses—*le hubiéramos coronado veinte años antes*. ¿Cabe encubrir mejor el desprecio con el elogio?

«Era yo entonces inocente y pura...» — «*¡Tú!*» ¿Cómo hacer un epigrama más sangriento?

«Habeis tenido que aguardar un poco la silla que merecíais hace tiempo, pero no quería privarme tan pronto del placer de oíros», le dijo Luis XIV á Flechier al nombrarle obispo de Lavaux, y de este modo aumentó quilates al favor que le dispensaba.

«Siento no poder consentir á vuesta demanda, que me privaría del más bello fruto de la victoria» —contestó Condé á las damas de Vecel que le suplicaron las permitiese salir de la ciudad sitiada, y de este modo supo endulzar con un galanteo lo amargo de una negación.

«¿Qué diferencia hay entre yo y mi reloj?», preguntó la duquesa de Maine al cardenal Pelignac; y éste, con delicada galantería, contestó: «Vuestro reloj, señora, nos recuerda las horas; vos nos las haceis olvidar.»

Finalmente, puesto que de seguir por este derrotero podríamos llenar muchísimas páginas, he aquí un epigrama sangriento, y á la par, delicado, noble, conveniente y fiero:

Roberto, duque de Normandía, era célebre por su vivacidad, afabilidad, liberalidad y otras virtudes. Hallándose en Constantinopla, de paso para Tierra Santa, el emperador, deseoso de probarle, convidóle á comer con sus nobles en la gran sala del palacio imperial, y mandó que todos los asientos estuviesen ocupados antes de que llegasen los normandos, y que nadie se levantara por ellos. Llegado el duque con sus nobles ricamente vestidos, y obser-

vando que los asientos estaban ocupados y que nadie respondía á sus cumplidos, sin manifestar la más mínima sorpresa ni turbación, se dirigió á un extremo de la sala que estaba desocupado, se quitó la capa, doblóla con mucho donaire, la colocó en el suelo y sentóse sobre ella, imitándole su comitiva. Comió en aquella postura los manjares que le presentaron, dando muestras de la más perfecta satisfacción; y acabada la comida, levantóse el duque y sus nobles, despidiéronse con la mayor gracia, y salieron en cuerpo de la sala, dejando las capas en el suelo, aunque eran de gran valor. El emperador, que había admirado semejante comportamiento, quedó sorprendido del último rasgo y mandó á un cortesano á suplicar al duque y á los suyos que volviesen á recojer las capas. —«*Decid á vuestro amo,* le contestó el duque, *que los normandos no acostumbran llevarse los asientos de que se han servido en la comida.*»

Quizás debiéramos prolongar este capítulo explicando los juegos de cubiletes, la carta forzada, la botella mágica, el pájaro muerto y resucitado y otros por el estilo, producto todos ellos del escamoteo, del compadrazgo ó de la preparación de trampas é instrumentos; no lo hacemos, sin embargo, atendiendo á dos razones: la primera, porque dichos juegos se hallan difusamente detallados en otros libros que pueden adquirirse con poco esfuerzo; y la segunda, porque el objetivo que nos proponemos en este libro es mucho más serio, mucho más transcendental que el de fascinar al lector con

manipulaciones más ó menos habilidosas. Buscamos el fondo y no la forma.

III.

Objetivo de la Magia en nuestros tiempos.

Muchos hombres que pasan por serios, y si se quiere hasta por eminentes, se burlan de la Magia antigua, porque perseguía, dicen, dos imposibles: la *piedra filosofal*, esto es, convertir el polvo en oro, y la *panacea universal*, ó sea el remedio para toda clase de enfermedades. No ven los tales caballeros, —que por otra parte son muy dignos de respeto y hasta de consideración, y que merecen bien de las gentes por sus afanes en hacer progresar las ciencias y la filosofía;—no ven los tales caballeros, repetimos, que al apedrear de ese modo el tejado de los antiguos magos, apedrean de paso el tejado propio, y que las burlas y chanzonetas que contra aquéllos dirigen, se vuelven con igual furia contra ellos mismos. Nos explicaremos, y confiamos poder llevar el convencimiento al ánimo del lector.

Los antiguos magos aspiraban á descubrir la *piedra filosofal* y la *panacea universal*, es cierto; pero ¿aspira á otra cosa la Magia de nuestros días? ¿Tienen otro objetivo los físicos, los químicos, los matemáticos, los sociólogos, los políticos, los naturalistas, todos los sabios, en una palabra? No y mil veces no. La aspiración de todos es alcanzar la felicidad dignificando el trabajo y armonizando las mu-

tuas relaciones, ó en otras palabras, descubriendo la *piedra filosofal* y la *panacea universal.*

No nos explicamos, no podemos explicarnos como muchos, si no la generalidad de los sabios, que rechazan la Magia antigua por absurda en sus aspiraciones, admitan sin embargo *el tiempo es oro* de los ingleses y la *armonía social* de los economistas; y no nos explicamos esto, porque no creemos que tales señores admitan que *el tiempo es oro* sino en sentido metafórico, ni que la *armonía social* sea ni pueda ser una realidad objetiva sino hiperbólica. Y en este caso, ¿qué diferencia existe entre unos y otros, entre el ayer y el hoy de la Magia? Diferencia de palabras, solamente de palabras.

Al hablarnos un teúrgico de la transmutación por la cual quería llegar á descubrir la piedra filosofal, el oro, nos hablaba de la transformación del trabajo, de los afanes que debe sentir el hombre por llegar á dignificarse mediante la luz de la razón, de lo que debe constituir la aspiración suprema en el individuo, que no es otro que bastarse á sí propio por la inteligencia el sentimiento y la voluntad mancomunadas. No olvidemos que el oro era para él el más precioso de los metales, la imagen del sol, la imagen de la sabiduría, la imagen de Dios: luego claro está que al hablarnos de la piedra filosofal, nos hablaba de la sabiduría, y al decirnos que perseguía su descubrimiento para llegar á componer oro fundiendo lodo, nos decía que inquiriendo, analizando, depurando en el crisol del trabajo el lodo de su ignorancia, pretendía llegar á componer el oro, el estro, la luz de su inteligencia. Esta figura, precisa-

mente, es de las más claras é inconcusas que usaban en su lenguaje exotérico.

Y al hablarnos de la *panacea universal*, ¿nos hablan de otra cosa que del posible equilibrio armónico de las sociedades? Mil veces no. La salud del cuerpo no presupone la salud del alma, aunque mucho contribuya á ella; y tener sano el cuerpo, no es estar sano *de todas las enfermedades*. Más bien se puede uno dar por sano teniendo el cuerpo enfermo y la conciencia tranquila, que teniendo la conciencia intranquila y el cuerpo rebosando salud. Por esto el mago buscaba la panacea *universal*, no corporal, no regional, no nacional; por esto el mago no preparaba esa panacea con hierbas ni resinas, sino con obras y conjuros mágicos.

Yerran, pues, los que ven en esos dos símbolos exotéricos de la antigua Magia, lo que taxativamente expresan; como erraría el que pretendiera ver en el *tiempo*, que no tiene realidad objetiva, *el oro* que preconizan los hijos de la altiva Albión.

El tiempo es oro, sí, como la piedra filosofal lo es: pero uno y otra necesitan manipularse, zarandearse, destilarse gota á gota en la cucúrbita del trabajo: sin esto el oro no se produce. Tampoco se conseguirá la panacea universal ni la armonía sociológica sin partir de los principios y seguir los procedimientos que magos y economistas proponen, más bien los de aquéllos que los de éstos; y no se conseguirá, porque la armonía ha de ser el resultado de un trabajo íntimo, moral, de anihilación de la propia personalidad, que no se logra con producir mucho, gastar poco y almacenar lo sobrante; sino con pro-

ducir lo necesario, consumir lo preciso y ocupar las despensas con *afectos* en lugar *efectos*. Esto, que todavía no lo ve muy claro nuestra ciencia económica, lo vieron perfectamente aquellos que escribían: «Serás feliz cuando vibres al unísono de todos tus semejantes.»

Es, pues, cuestión de palabras, cuestión de formas, lo que separa el ayer y el hoy de la Magia: el objetivo es el mismo, los medios que se proponen para realizarlo también son los mismos. Sigamos la ruta: el sol de la verdad guía nuestros pasos, como guió á los reyes, á los magos, ó á los pastores al portal de Belem. Y adviértase que al hacer esta cita, aunque parezca que la duda fluctúa en nuestra mente cuanto á la condición de los guiados, no es así; creemos poseer el esoterismo de ella y nos conformamos á él, y no á la parte exotérica.

IV.

La Aspiración suprema.

En el festín de la inmortalidad tienen cabida todos los seres de recto corazón y de esclarecida inteligencia: apresurémonos á llegar á él.

Filósofos, moralistas, científicos, guerreros, eclesiásticos, potentados, reyes, mendigos, todos, todos estamos invitados á participar de los manjares de la vida eterna, todos tenemos reservado un asiento á la mesa de las inefables delicias. ¿Queremos ser comensales? Exhibamos nuestro título.

Somos muchos los que lo hemos perdido y necesitamos encontrarlo: la invitación es puramente personal y no consiente sustitutos. Además tiene que ir orlada con los episodios de nuestras obras, y si queda en blanco una sola de ellas, la invitación resulta nula. Apresurémonos, pues, á buscar el billete y reconstituir en él todas las escenas de nuestra vida. No nos avergüence lo pasado: la brisa perfumada de lo presente es lo bastante para barrer todo lo antipático de lo que fué y no es, de lo que se hizo y no se hace.

Así, sólo así conseguiremos sentarnos al banquete de la vida; así, sólo así nos haremos dignos de la inmortalidad.

¿Es otra cosa lo que perseguís, filósofos, moralistas, científicos, guerreros, cuanto sentís latir vuestras sienes y titilar vuestro corazón? No por cierto. La aspiración, la suprema aspiración de todos, del rico como del pobre, del sabio como del ignorante, del rey como del vasallo, es vivir en la memoria de los demás; pero vivir esplendentes de gloria, vivir irradiando felicidad. Este afán es ingénito en toda criatura, este deseo se concibe antes de la cuna y se conserva aún después del sepulcro. Todos buscamos la felicidad; todos queremos otorgar la que nos sobre á los demás. ¿Y no sería irrisorio que este innato deseo, esta suprema aspiración de todos los seres, no tuviera otra consistencia que las burbujas de jabón? ¡Imposible, imposible!

Hay un dato que nos debe hacer prever su consistencia, su realidad efectiva y afectiva. Este dato estriba en los poderes de que debieron estar poseí-

dos aquellos mártires del circo y de la hoguera que morían despedazados ó carbonizados con la sonrisa en los labios, la paz en el corazón y la frente erguida irradiando luz; este dato estriba en el valor, la abnegación y el plácido reposo con que la hermana de la caridad cruza los campos de batalla ó desafía á la muerte en los hospitales infectos; este dato estriba en el *eureka* de Arquímedes, en el *e pur si muove* de Galileo, en el *he hecho un mundo* de Ptolomeo, en el *¡aparta, no me borres estas figuras!* de Arquímedes; este hecho, en fin, estriba en la *felicidad de la desgracia* que resplandece en todos los iluminados, en todos los buenos, en todos los sabios, en todos los justos, en contraposición de la *desgracia de la felicidad* que se denota en todos los estultos, en todos los taimados, en todos los petulantes, en todos los injustos.

Tenemos, pues, trazado el camino. Anteriormente hemos expuesto el sitio á que conduce, bien que cubriéndole con algún misterioso velo, según el lugar y las circunstancias lo requerían; luego lo expondremos nuevamente, y esta vez será sin ninguna clase de celajes. Entre tanto, esparzamos nuestro espíritu con algo que nos sirva á la par de distracción y de preparación, y no olvidemos que la aspiración suprema de todos, absolutamente de todos, es llegar al banquete de la inmortalidad, para lo cual se requiere *saber*, *osar*, *querer* y *callar*.

LIBRO SEGUNDO

MAGIA AGORERA

I.

Grafología.

La grafología es una ciencia que tiene por objeto determinar las principales tendencias del carácter de un individuo, por la inspección de los escritos que haya trazado.

Como ciencia de observación no se presta á ningún género de fraudes; pero en cambio requiere de bastante perspicacia para no caer en el error.

Puede decirse de la escritura que es el gesto calcado, la fisionomía materializada é indeleble de aquel que ha transportado al papel sus ideas, y ya se sabe que el alma refleja siempre las suyas por medio del movimiento. Luego hay una base firme sobre la cual se apoya toda la grafología. ¡Ah, si supiéramos leer en el libro que tenemos siempre abierto ante los ojos!...

Los elementos de esta ciencia son los signos ortográficos, la contextura de las letras, las márgenes de los escritos y la contextura de las rúbricas.

Los *signos ortográficos* bien colocados, denotan orden y atención; los mal colocados, negligencia y distracción; los suprimidos, avaricia. Si el punto es redondo y claro, indica claridad de juicio y firmeza; si está apenas marcado, debilidad y timidez; si es contrahecho, sensualidad; si largo como una coma, vivacidad; y si es extremado en esté sentido, extravagancia. El que detrás de su firma no omita el punto, será desconfiado ó prudente, según lo marque más ó menos. Las comas, los interrogantes, las admiraciones, todos los signos ortográficos, en una palabra, obedecerán á las mismas reglas que las anteriores.

Los *tildes* de la *t* y la de *f* revelan principalmente los efectos de la voluntad. Los largos y delgados son testimonio de tenacidad; los finos y cortos de indecisión; los largos, rectos y más recios de una punta que otra, de violencia ó energía; los cortos y recios, de firmeza, de resolución; los que están por encima del palo de la *t* sin tocarla, de espíritu de dominación; los colocados muy por bajo de la coronación, de humildad, sumisión; los que cruzan el palo de abajo arriba y son gruesos, de despotismo; si son finos, de tacañería y astucia; los que cruzan el palo de arriba abajo, de tozudez; si están delante del palo sin tocarla, de un carácter decisivo, emprendedor; si están detrás, de espíritu tímido y retrógrado; si forman una *s* echada, de tenacidad; si carecen de él porque la *t* afecta la forma de un 8,

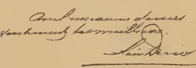
de fanfarronería; y, en fin, si el tilde es regular, sin floreos ni vientres, de inteligencia sólida y carácter templado y ordenado.

Los tildes de la *f* indican lo mismo que los de la *t*; pero en aquella letra hay que estudiar, además, los *vientres* y los *palos*, como en la *b*, la *p*, la *j*, la *g*, la *d*, etc. Cuando tales vientres son regulares denotan un carácter pacífico, dueño de sí; cuando son desordenados, raros y confusos, indican extravagancia y á veces locura; si son muy largos, imaginación excesiva, desarreglada y poco juiciosa; y si son muy cortos, falta de imaginación. Los palos largos que invadan las líneas superior é inferior testifican una imaginación ardiente, vivacidad en las ideas aunque sin sólida base; largos y finos, pero sin confundirse con las otras líneas, entusiasmo, exaltación, exageración; ni muy largos ni muy cortos, ni muy recios ni muy finos, dominio de sí propio, sabiduría y prudencia.

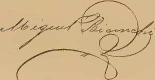
Las *márgenes* indican especialmente el gusto y la avaricia. Si son regulares testifican buen gusto; si irregulares, poca estética; si pequeñas, espíritu elevado pero frecuentemente poco cuidadoso; si muy anchas, vanidad; si anchas en toda su extensión, pero sólo en la margen izquierda y usando letra muy metida, avaricia instintiva bajo el hipócrita antifaz de la generosidad; si más anchas de abajo que de arriba, prodigalidad; y si regulares por ambos lados, sumisión á la etiqueta.

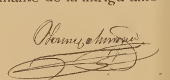
Las *rúbricas* son un elemento muy importante en grafología: cuasi podríamos decir que son el retrato del autor del autógrafo. Las rúbricas que se-

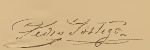
mejan un sable, revelan una inteligencia clara, decisiva, enérgica, y á veces agresiva; las fulminantes, imitando más ó menos bien los zig-zag del rayo, espíritu apasionado, ardiente, pronto y dispuesto siempre al ataque; las que forman caracol circunvalando al nombre, pulcritud, coquetería; las que aparentan un bucle acompañado de festones, espíritu flexible, diplomático, pobre de iniciativa y de imaginación, amante de la intriga amorosa y frecuentemente espíritu militar; las de un solo trazo recto ó anguloso, temperamento tranquilo, claridad de idea, genio pronto, espíritu flexible; las que aparentan la forma de una maza, despotismo, dureza, orgullo; las que parecen una araña por sus muchos garrapatos ó sus lí-

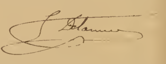












neas enrevesadas, espíritu comercial, frecuentemente dudosa moralidad; y, en fin, las rúbricas sencillas y cuidadosamente hechas, prudencia, desconfianza, elegancia, arte ó vulgaridad, según la forma, el esmero ó la afectación.

Llegamos al último elemento de estudio en grafología, á *la escritura*, que es, como si dijéramos, á la síntesis de todos los demás. Este elemento, de suyo muy complejo, lo es doblemente en España, donde, á pesar de haber un carácter tipo, el *cursivo* ó *Iturzaeta*, se ven tantas clases de letra, engendros híbridos del francés, del inglés y del alemán, como escritores ó escribientes hay. Esto nos obliga á no poder ocuparnos sino de los caracteres tipos y de las generalidades más ó menos notorias, dejando al cuidado de la práctica del grafólogo el poder determinar en cada caso en particular.

Los caracteres tipos son tres: el español, el inglés y el alemán. El primero, con su rigidez, elegancia y armonía, presenta los atractivos del amor, la liberalidad y la nobleza; el segundo, con su finura y corrección de líneas, da idea del orden, del orgullo y de la delicadeza; y el tercero, ó sea el alemán, aunque patoso y confuso, revela en esa misma confusión y pesadez el espíritu filosófico y el estro poético. Todas las demás letras participan en más ó en menos de estos tipos, y por lo mismo se hacen imposibles de clasificar. Además hay que distinguir dentro de cada carácter la rigidez, la sinuo-

sidad, el artificio, la arrogancia y la patosidad, derivados todos ellos del originario tipo, que á su vez constituyen un carácter propio.

Con estos elementos puede pasarse al examen de los escritos, teniendo en cuenta: 1.º Que es sumamente conveniente tener á la vista tres ó más autógrafos del mismo autor y establecer comparaciones entre ellos, pues no teniendo más que uno y no sabiendo el estado de ánimo en que se encontraría el autor cuando lo escribió, podría fácilmente incurrirse en deplorables errores; 2.º que debe sorprenderse en primer término el carácter general de la escritura, si es rígida ó no, si es ó no artificioso, etc., y pasar luego al examen de las letras, los signos ortográficos, los espaciados, las márgenes y la firma y rúbrica del autor; y 3.º que en las escrituras artificiosas y magistrales, cuando no son comunes, no se puede cifrar ningún cálculo.

Escritura rígida.

Escritura sinuosa.

Escritura artificiosa.

Escritura arrogante.

Y pasemos á las generalidades de que antes nos ocupábamos.

Escritura magistral, armoniosa á la vista, de formas correctas y desprovista en absoluto de floreos, indica *distinción*. Escritura magistral, pero menor en tamaño, çon grandes letras mayúsculas y minusculas de igual altura, regulares y bien espaciadas, firma sin rúbrica ó con ella muy discreta y elegante, indica *dignidad proviniente de la distinción*. La *delicadeza* se revela en la escritura por la forma elegante y esbelta de los trazos; y la *simplicidad*, por la ausencia absoluta de floreos inútiles y de rasgos supérfluos.

> *Las Santos no ecxisten*
> *Solo ecxiste Dios contodo lo*
> *creado Por el*

Escritura patosa.

Revélase la *bajeza* en una escritura vulgar, frecuentemente apiñada y sin originalidad ni regularidad; y la *tontería*, en las mayúsculas mal formadas y sin gusto, las minúsculas desiguales y desproporcionadas y el conjunto desagradable á la vista.

El *valor* da trazos claros y sin vacilación, palos recios y largos y rúbricas muy sencillas, generalmente una raya yendo de derecha á izquierda terminando en punta ó con una especie de media vuelta. La *firmeza*, que pertenece al mismo orden, da caracteres idénticos, con la sola diferencia de ser más gruesos. La *franqueza* se revela en la igualdad de las letras, algunas veces más gruesas al fin que al principio, y siempre por la claridad y limpieza. Y la *tenacidad*, último de los aspectos del va-

lor, presenta los mismos caracteres que los precedentes, adicionados solamente con la ligación de las palabras, con los tildes largos de las *tes* y con las *f* mayúsculas y minúsculas circunvaladas por sus tildes.

Valor.

Timidez. — Se reconoce en la escritura la timidez por la finura de las letras, por los

Firmeza.

tildes finos y largos, por las líneas turtuosas, frecuentemente hacia abajo, por la poca limpieza y porque carece de todo trazo redondo. La *prudencia*, que frecuen-

Tenacidad.

temente se deriva del temor, está caracterizada en los puntos colocados después de la firma, en los repetidos paréntesis, en los trazos casi rectos, y en que, por su desconfianza, suelen empezar

las palabras con letra grande y terminarlas con letra pequeña. Y el *disimulo*, finalmente, se revela en la letra pequeña, fina, casi imperceptible ó ilegible, mal indicada y frecuentemente compuesta sólo de garabatos que es preciso descifrar.

La *malevolencia* se trasluce en la escritura por la dureza y angulosidad de las letras, que son rectas ó echadas, pero que no carecen nunca de líneas caracoladas (indicio de carácter agresivo) ó de ganchos (signo de egoísmo). La *crueldad* presenta el mismo aspecto, con la sola adición de ser las letras patosas y muy espaciadas. Y la *quisquillosidad*, en fin, presenta generalmente el aspecto de un carácter de letra fina, puntiaguda y con los tildes de las *f* y las *t* tan pronto en alto como en bajo y diagonales.

Crueldad.

Quisquillosidad.

La *benevolencia* está caracterizada en la escritura por los palos de las *p*, *q*, *b* y *l* que son muy largos, frecuentemente curbos y nunca angulosos. Estos mismos indicios, cuanto á los palos y las curvas, los ofrece la *bondad*, y por ende, no cerrar las *aes* ni las *oes*, desechar todo floreo y frecuentemente no

Benevolencia.

enlazar las letras. Y la *sensibilidad*, como no es sino uno de los aspectos de la bondad, se revela por los mismos caracteres de ésta.

Los *caracteres alegres* tienen generalmente la letra inclinada y de ángulos romos, hacen los tildes de las *t* ó muy cortos ó angulosos, y rubrican con ondulaciones muy lijeras, aunque en corto número.

Los *críticos* y los *burlones* acostumbran unir todas las palabras por largos perfiles, y dan á todas las letras un aire anguloso.

Un escrito alicaído, desaliñado, anguloso en las líneas y con frecuentes interrupciones en la trabazón de las letras que constituyan las palabras, es prueba inconcusa de *tristeza de ánimo*.

La *coquetería*, como la *fatuidad* y el sobrado *aprecio de sí mismo*, se revela en el artificio de la

Intuición.

escritura, que suele ser muy perfilada, muy amanerada, muy delicada; sus rúbricas acostumbran ser sobradamente enrevesadas y fantásticas.

Deducción.

Imposible es equivocarse al contemplar un escrito, sobre si su autor posee ó no la facultad *intuitiva*: las letras están siempre yuxta-

puestas y sin trabazón entre sí, lo mismo que las palabras. La facultad *deductiva* se revela en la trabazón de las letras y las palabras y frecuentemente hasta de las frases, como si la pluma no se levantara jamás. En general, los hombres sensatos é ilustrados tienen la letra medio yuxtapuesta, medio unida, lo que revela el equilibrio de sus facultades. La letra de los *literatos*, de los *artistas* en general, tiene algo de la de los que poseen la facultad intuitiva y de la de los que poseen la facultad deductiva, y se caracteriza particularmente porque suelen hacer las letras mayúsculas imitando á las tipográficas. Y los hombres de *ciencia*, en fin, suelen tener, en general, letra fina, sencilla, clara, precisa y sin floreos de ningun género.

Es imposible soportar por
mas tiempo la vergonzosa conducta de las gentes sin pudor

Arte.

Sintetizando diremos:

Escritura encorbada.	Carácter afable.
Escritura gruesa.	Franqueza.
Escritura cursiva.	Afectuosidad.
Tildes débiles.	Voluntad débil.
Carencia de ángulos.	Altruísmo, olvido de sí mismo.
Escritura ancha y garrapateada.	Sensualidad.
Garabato entrante.	Egoismo.
Escritura de palos muy largos.	Pasión.
Márgenes enormes.	Prodigalidad.
Tildes y trazos muy altos y *ff* con perfiles caracolados.	Tozudez.
Aes y *oes* minúsculas abiertas.	Franqueza.
Finales de palabra rasgueados.	Disimulo.

Repetimos —porque es de absoluta necesidad tenerlo siempre presente—que sin tener á la vista tres ó más autógrafos de un mismo individuo, no es prudente, ni mucho menos, proceder á formular juicio. La razón salta á la vista. Si las tempestades del alma se reflejan en el rostro de aquel á quien azotan por contracciones musculares, alteraciones en la voz y en la mirada, y hasta por la decoloración del cabello, ¿qué no sucederá con el pulso, cuya normalidad es indispensable para que la escritura no sufra modificaciones? Todos sabemos que un disgusto nos aplana ó nos exalta, según su naturaleza, y que este aplanamiento ó exaltación se ve directa y proporcionalmente repercutido en el número é intensidad de nuestras pulsaciones: luego huelga todo otro testimonio para evidenciar que las tempestades del alma influyen directamente en la manera de escribir.

Pero estas tempestades no son constantes, y sería ilógico tomar lo anormal como tipo de lo normal. En los arrebatos de la indignación, cuántas veces, ¡ay! abdicamos de lo más noble y elevado que existe en nosotros, la razón, para colocarnos muy por bajo de los animales feroces. Pues si en tales momentos escribiéramos, y si el autógrafo aquel hubiera de servir á cualquier grafólogo para bosquejar nuestro retrato psíquico, calcúlese el concepto que le habríamos de merecer, y calcúlese el estigma que estamparía sobre nuestra frente.

No, la Grafología no puede admitir, no admite como elementos sobre que basar sus juicios, aquellos en que una causa cualquiera haya podido alte-

rar la tranquilidad del ánimo, y consecuentemente, la escritura. Sabe bien que tales oleadas volcánicas, si no son muy frecuentes, no alteran un carácter; que lo que hacen es irlo trabajando poco á poco, irlo modificando por grados; y á tan ínfimas minucias no puede descender.

Por esto recomienda, y nosotros con ella, que ya que no sea posible saber el estado de ánimo del que escribió en el momento en que lo hizo, se tengan á la vista, por lo menos, cuatro ó seis autógrafos del mismo individuo, á fin de poder establecer comparaciones entre ellos. Sólo con esta circunstancia podrá aproximarse á la verdad el juicio grafológico.

II.

Fisiognomía.

La Fisiognomía es una ciencia que tiene por objeto conocer á los hombres por sus rasgos fisiognómicos; ó en otras palabras: el arte de conocer al hombre interno por el hombre externo.

Como ciencia de observación no está expuesta á fraudes de ningún género, pero en cambio exige gran espíritu analítico para otorgar los apetecidos frutos.

Hombres de preclaro juicio han consagrado sus vigilias á esta rama de la ciencia agorera, y no hay época en la historia en que no vaya unido al estudio fisiognómico el nombre de una reconocida autoridad

en el mundo de las ciencias, de las letras ó de la filosofía. Sin embargo, á Lavater es á quien le cabe el honor de haber coordinado los principios, ó por mejor decir, de haber echado las bases de esta ciencia.

Considerándolo así, tomarémosle como mentor y expondremos sus preceptos.

En la fisiognomía hay dos campos de observación: las *partes blandas* y las *partes sólidas*. Estas son la frente, los planos de la nariz y los planos del mentón, y descubren las *facultades* del individuo; mientras que las partes blandas, ó sea la carne, la piel, las membranas, los cartílagos, etc., descubren los *hábitos* de su vida por la pureza, alteraciones, color, actitud, pliegues, etc. que ostenten.

Elemento indispensable para poder sacar fruto de la fisiognomía, es el tener muy en cuenta los caracteres particulares de las razas y sus usos y costumbres. El Dr. Foley ha advertido en las razas inferiores un parecido casi absoluto entre todos los individuos bajo el punto de vista físico, intelectual y moral; entre los salvajes todos son iguales de hecho y de derecho; los negros y los árabes ofrecen iguales rasgos, igual color, igual mímica, iguales facultades; los indios y los chinos se encuentran en el mismo caso. Por el contrario, las razas superiores están claramente diferenciadas, y en España es imposible hallar dos individuos completamente iguales. Esto no quiere decir que los hombres de cada raza, de cada país, de cada provincia y aun de cada localidad, no tengan fisiognomía propia: nadie confundirá un japonés con un inglés, un gallego con un anda-

luz; lo que quiere decir es que mientras los individuos de las razas superiores pueden ser estudiados uno á uno, los de las razas inferiores han de serlo en conjunto.

El sexo también debe ser tenido en cuenta. La mujer, por lo general, es de baja estatura, débil y linfática, y ofrece menos diferencias que no el hombre. Hay, eso sí, las consiguientes excepciones, pues no faltan Evas de mirada penetrante, rostro viril é inteligencia esclarecida, que se separan totalmente de las demás mujeres así en gustos como en rasgos fisiognómicos; y en cambio, hay hombres tan afeminados, que cuesta gran trabajo ver en ellos un descendiente de Adán.

Como regla general puede decirse que la igualdad física, moral é intelectual, caracteriza á los débiles y desaparece en los de mediano temple y en los fuertes é ilustrados.

Esto expuesto, pasemos á los signos particulares.

La frente.—Como hemos dicho ya, la frente es una de las partes sólidas que se refieren á las *facultades* del individuo, y ella en sí, á la inteligencia casi exclusivamente. Puede seguirse el desenvolvimiento de la inteligencia por el desenvolvimiento de la frente. Una frente baja, característica de las razas inferiores, indica un hombre de poca imaginación en quien predominan los instintos sobre la inteligencia *(a)*; faz poco ó nada rugosa, y frente estrecha, baja y echada hacia atrás, son la exageración de tales caracteres morales. Por el contrario, frente alta y espaciosa, es indicio de gran inteligencia, de

imaginación fértil y de potencia de atención consi-



(a) (b) (c)

derable *(b)*; cuanto más recta ó inclinada hacia adelante sea, tanta más importancia hay que dar á dichas facultades *(c)*. Frente alta y saliente hacia los dos ángulos de las sienes *(d)* revela gran imaginación, mucho ingenio, y es patrimonio de los grandes pintores, literatos y músicos; frente alta y saliente en el centro *(e)* implica inteligencia sintética y juicio sano; frente parecida á una pirámide invertida, esto es, estrecha de abajo y ancha de arriba *(f)*, revela astucia, hipocresía, marrullería; frente abultada sobre las cejas, espíritu satírico; frente elevada, casi recta pero poco ancha, franqueza, firmeza, nobleza, sin amaneramientos ni segundas intenciones; desenvolvimiento anormal de la frente con abultamiento de cejas, aptitudes para las matemáticas, para la astronomía y en general para



(d) (e) (f)

todas las ciencias exactas; frente estrecha y baja, carácter generalmente bueno, pero poco inteligente, bien que con probabilidades para crearse una reputación sólida; frente estrecha, aplanada y echada hacia atrás, instintos animales y dañinos, casi criminales, si no de hecho, de pensamiento.

Piel de la frente.—Se contrae, como ya hemos dicho, á los hábitos del individuo. Piel lisa y extendida sobre una frente plana, acusa un carácter puramente lijero, superficial, poco profundo; piel rugosa horizontal y paralelamente á las cejas, indican un pensador dotado de gran potencia de atención y reflexión; arrugas más próximas al nacimiento del pelo que á las cejas, revelan un carácter atrevido y desdeñoso; arrugas en la raíz de la nariz son señales de un hombre serio y reflexivo, pero, unidas á los demás signos, son, muchas veces, indicio de carácter colérico y vengativo.

Las cejas.—Hemos manifestado que las cejas salientes indican aptitudes para las ciencias en general, pero puede ser modificada esta apreciación por otros indicios y revelar la perseverancia ó la tozudez. Las cejas espesas son señal de fuerza, las poco espesas de debilidad, las lisas y abiertas de poca inteligencia, las aproximadas y salientes de espíritu emprendedor, las arqueadas de buen gusto y sentimiento estético, y las salientes y desparramadas de celos.

Los ojos.—Los ojos son el espejo del alma; pero son tan fugitivas las impresiones que de ellos se reciben, que es difícil poderlas apreciar. El ojo que mira frente á frente y sin rubor, acusa lealtad, fran-

queza y energía *(a)*; ojo pequeño y penetrante, re-

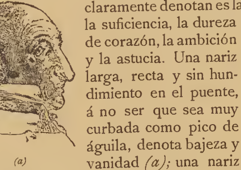

(a)


(b)


(c)

vela disimulo y mala intención *(b)*; ojo que rehuye la mirada, conciencia poco tranquila que teme se le descubra sus secretos *(c)*; ojo pequeño y redondo, delicadeza, vivacidad de espíritu; ojo hundido, dulzura, sensibilidad; ojo moreno, vivacidad intelectiva y genio activo; ojo claro, dulzura, timidez, poca reflexión y poca inteligencia. Además de estos signos, no hay nadie que desconozca al ojo del avaro, al del ladrón, al del asesino, ni al del lascivo: tienen expresión tan clara, que sería preciso estar ciegos para no verla y reconocerla.

La nariz.—Los planos de la nariz, si el lector tiene retentiva, recordará que se refieren á las facultades psíquicas. Lo que más claramente denotan es la vanidad, la suficiencia, la dureza de corazón, la ambición y la astucia. Una nariz larga, recta y sin hundimiento en el puente, á no ser que sea muy curbada como pico de águila, denota bajeza y vanidad *(a)*; una nariz corta, súbitamente redonda y algún tanto remanga-


(a) (b)

da, revela un carácter colérico *(b)*; la nariz corta, hundida de puente y ancha y remangada de ventanales, supone terquedad, celos, sensualidad y poca sagacidad, y si á esos señales se le agregan los de ojos pequeños y cejas encrespadas y salientes, reconócese al hombre de perversos instintos, amante de procesos y de pendencias; nariz mediana y áfilada, presagia generalmente viva sensibilidad, imaginación, entusiasmo, habilidad y aun astucia, mientras que si es corta, carnosa, pálida é hinchada, yendo acompañada de ojos azules en un sujeto más ó menos barbilampiño, revela poca energía y menos constancia y juicio; la nariz larga es indicio de ambición y gustos delicados, y si la corona una escotadura y una frente prominente, de firmeza de voluntad, de energía y de perseverancia; nadie deja de reconocer en la nariz de águila *(d)*, finalmente, al ambicioso, al usurero, ni en la nariz de cuervo *(e)* al egoísta sin corazón.



(*d*)



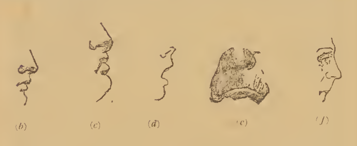
(*e*)

Los labios.—Es sabido que los labios carnosos indican sensualidad, gula y pereza *(a)*; los finos y correctamente dibujados, avaricia, inquietud; los delgados que afecten forma de sierra, energía, ambición *(b)*; los entreabiertos, con el superior levantado, orgullo, vanidad *(c)*; los delgados, cerrados y alicaídos de los extremos, frial-



(*a*)

dad, crueldad; el labio superior prominente, firmeza;



(b) (c) (d) (e) (f)

el labio desdeñoso, audacia, orgullo; la boca abierta, idiocia *(d)*; la boca cerrada alicaída, indecisión *(e)*; y la boca lejos de la nariz, egoísmo *(f)*.

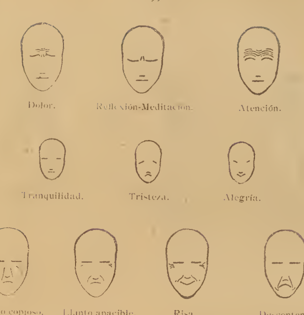
El mentón.—Un mentón ó barba cuadrada y saliente es indicio de fuerza y energía *(a)*; recta y cuadrada, de inteligencia sútil, amor y tranquilidad *(b)*; redonda, de benevolencia *(c)*; y puntiaguda, de astucia *(d)*. Los signos del mentón deben coordinarse



(a) (b) (c) (d)

con los restantes del rostro para sacar algún fruto de ellos.

En resumen, del rostro en conjunto podemos colegir las consecuencias siguientes:



La Fisiognomía atiende también mucho al porte y condición social del examinado, pues los mismos signos en uno ó en otro, modifican bastante el augurio. Como se comprenderá, no es posible dar al detalle los particulares de cada caso, máxime si se tiene en cuenta que una súbita impresión moral es suficiente para modificar un género de vida. En esta parte son iguales la Fisiognomía y la Sintomatología terapéutica: exponen exclusivamente los síntomas generales, dejando al cuidado del observador los particulares que puedan modificarlos. Y he aquí los *síntomas,* los caracteres que la Fisiognomía presenta como tipos:


Prodigalidad.


Laboriosidad.


Fatuidad.


Energía.


Astucia.


Irresolución.


Preocupación.

III.

Craneoscopia, Cefalometría y Frenología.

La Craneoscopia, la Cefalometría y la Frenología son tres ciencias aparentemente distintas, pero en realidad, fases de una sola y única ciencia. Pudiéramos compararlas con toda exactitud á la Anatomía, la Fisiología y la Zoología, puesto que la última comprende á las dos primeras, del mismo modo que la Frenología comprende á la Cefalometría y á la Craneoscopia.

Como ciencias de observación, las que nos ocupan no están expuestas á fraudes de ningún género; pero en cambio, sí pueden dar lugar á torcidas interpretaciones por impericia ó descuido de aquel que las practique.

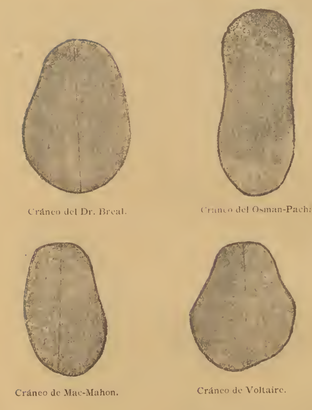
Estudian la configuración general y particular del cráneo, para deducir por ella la riqueza encefálica del examinado y el lugar donde prepondere dicha riqueza; coligiendo después de esto las aptitudes, gustos é inclinaciones del individuo y el modo más adecuado para estimular ó modificar sus tendencias.

Si, como no podemos por menos, admitimos el hecho inconcuso de que todo órgano que se ejercita se desarrolla, y todo aquel que no se ejercita se atrofía y anula; y si, por otra parte, admitimos que el cerebro, como está probado, es el órgano del alma, no podrá cabernos duda alguna de que el fundamento de la Craneoscopia, de la Cefalometría y

de la Frenología, es sólido, casi casi inconmovible, y por consecuencia de ello, que puede prestarse asenso á sus deducciones, máxime cuando están basadas en la experiencia.

Con efecto: Broca, entre otros, sostuvo ante la «Sociedad de Antropología» que el peso del encéfalo está en relación directa del peso del cuerpo y del desarrollo intelectual del individuo, y que corresponde á cada centímetro cúbico de cavidad craneana el coeficiente de 0'870 gramos de masa encefálica; y estos datos, llevados al terreno experimental, han confirmado en todas sus partes las deducciones del antropólogo, sentando como hecho inconcuso, según Lauret, que el encéfalo, tomado como unidad, es al peso del cuerpo, en los peces, como 1 es á 5668; en los reptiles, como 1 es á 1321; en las aves, como 1 es á 212; y en los mamíferos, como 1 es á 186. Repárese ahora en la gradación intelectual de estos ejemplares de la escala zoológica, y se verá sin gran esfuerzo la exactitud de las conclusiones.

Hay otro dato todavía que confirma lo que acabamos de decir, y este dato es el aspecto que presenta el cráneo. A primera vista nada parece más idéntico á una cavidad craneana que otra cavidad, siempre que ambas procedan de individuos de la misma especie. Sin embargo, no es así; y puede comprobarlo cualquiera con solo proveerse de un conformador de los que usan los sombrereros, é ir haciendo pruebas en distintos individuos. El cráneo presenta los más variados aspectos, desde la circunferencia casi perfecta hasta el de la suela de una alpargata. Hé aquí cuatro ejemplos:



Cráneo del Dr. Breal. Cráneo del Osman-Pacha.

Cráneo de Mac-Mahon. Cráneo de Voltaire.

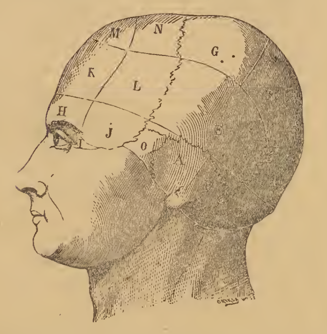
Á estas conformaciones, á estas figuras craneanas, han de corresponder forzosamente diferentes pesos de materia cerebral, y esto es lo que estudia la Craneoscopia y de esto es de lo que deduce las aptitudes é inclinaciones de los individuos.

La *Cefalometría* va un poco más allá, y partiendo de la misma base que la Craneoscopia, estudia en las protuberancias que presentan el frontal, los

temporales, los parietales y el occipital, lo que la Craneoscopia estudia solamente en el peso del encéfalo. Esta condición la coloca en un término medio entre su hermana inferior, la que acabamos de describir, y su hermana superior, que describiremos luego.

Harembert, el apóstol de la Cefalometría, presenta la organografía de ella de la manera siguiente:

Bajo los *temporales*, la *alimentividad* (A) y la



defensividad (B), ó sea el instinto del amor á la vida que nos mueve á alimentarnos y á prepararnos á la ofensiva ó á la defensiva, según las circunstancias.

Bajo el *occipital*, el *amor* (C) y la *simpatía* (D), ó sea el instinto del amor á los otros que nos mueve á la generación y al trato social.

Bajo los *parietales*, la *circunspección* (E), la *altivez* (F) y la *perseverancia* (G), ó sea el instinto del amor para con nosotros mismos, que nos mueve á ser prudentes rehuyendo el peligro, nos estimula despertando nuestra ambición, y nos da la energía ó carácter propio.

Bajo el *frontal* coloca las facultades y potencias, siendo H el órgano de la *configuración*, ó sea la memoria de las formas; I, la *memoria de los sonidos, palabras* y *ruidos;* J, la *armonía* ó facultad de asociar y completar las ideas; K, la *compenetración* y *comparación;* L, la *imaginación, suposición* é *indagación;* M, la *equidad*, ó sentido de lo justo é injusto; y N, el *respeto*, el *amor* á lo bello, á lo verdadero y á lo justo.

Finalmente, bajo el esfenoide O coloca *las sensaciones*, esto es, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

Nos detendríamos mucho más en la exposición y consecuencias que pueden deducirse de esta ciencia, si, como llevamos dicho, la Frenología, de la que pasamos á ocuparnos inmediatamente, no abarcara, y más al detalle, todo cuanto aquí nos inspiraría algunos comentarios.

Gall, que fué tan buen fisiólogo como excelente filósofo, propúsose «determinar las funciones del cerebro en general y las de sus diversos compartimentos en particular», persuadido como estaba de que todos los instintos y facultades son innatos en

el hombre, y de que la configuración privativa que presentaban los cráneos por él estudiados, obedecía al desenvolvimiento de algunos órganos, en íntima relación con las pasiones, gustos y aptitudes de los sujetos objeto de su observación. De aquí provino su sistema frenológico; sistema que, como se ve, no es producto del azar, ni siquiera de una pasajera impresión; sino que es hijo de la experiencia y está calcado en la fisiología del cerebro.

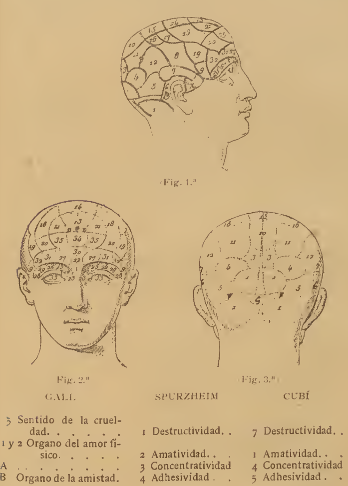
Un poco más tarde, en 1800, Spurzheim, discípulo y colaborador de Gall, modificó algún tanto el sistema de su maestro, simplificándole y haciéndole más asequible á todas las inteligencias y descartando en parte el lenguaje técnico que le diera el fundador; además, aumentó hasta 35 las 27 localizaciones de Gall.

Pasaron otros 43 años, y Cubí publicó su *Manual de Frenología, ó sea Filosofía del entendimiento humano fundada sobre la Fisiología del célebro*, y en este cuaderno de 96 páginas, las 27 localizaciones de Gall y las 35 de Spurzheim se hacían ascender á 43.

Otros autores, tales como Combe, Broussais, Vimont, Pietro Molosie, Flourens Bessieres, etc., se han ocupado también de la *Frenología;* pero ninguno de ellos ha dicho nada de particular que afecte al sistema ni que aumente ó disminuya el número de localizaciones, y por lo tanto, creemos supérfluo ocuparnos de sus escritos.

Por nuestra parte, ansiando informar al lector lo mejor que nos sea posible sin rebasar gran cosa de los límites que la condición de esta obra nos impo-

ne, adoptaremos como tipo la cabeza frenológica de Spurzheim, bien que dándole también las nomenclatura y equivalecencias de las de Gall y de Cubí. Es la siguiente:



(Fig. 1.ª

Fig. 2.ª

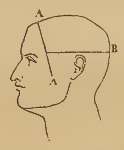
(Fig. 3.ª

GALL	SPURZHEIM	CUBÍ
5 Sentido de la crueldad.	1 Destructividad. .	7 Destructividad. .
1 y 2 Organo del amor físico.	2 Amatividad. . .	1 Amatividad. . .
A	3 Concentratividad	4 Concentratividad
B Organo de la amistad.	4 Adhesividad . .	5 Adhesividad . .

GALL	SPURZHEIM	CUBI
12 Sentido de las localidades	5 Habitatividad. .	3 Habitatividad. .
4 Organo del coraje. .	6 Combatividad. .	6 Acometividad. .
6 Sentido de la astucia.	7 Secretividad.. .	10 Secretividad.. .
7 Instinto de propiedad	8 Adquisividad. .	11 Adquisividad. .
. . . .	9 Constructividad.	12 Constructividad.
10 Circunspección. . .	10 Circunspección..	15 Circunspección..
8 Organo del amor á la autoridad. . . .	11 Aprobatividad. .	14 Aprobatividad. .
9 Sentido de la ambición, la vanidad y el amor á la gloria.	12 Estima de sí mismo.. . . .	13 Aprecio de sí mismo . . .
. . . .	13 Benevolencia. .	16 Benevolencia. .
26 Sentido de Dios. . .	14 Veneración. . .	17 Veneración. . .
27 Sentido de la firmeza.	15 Firmeza. . . .	18 Firmeza ó constancia. . . .
B	16 Concienciosidad.	19 Concienciosidad.
C	17 Esperanza. . .	20 Esperanza. . .
D	18 Maravillosidad. .	21 Maravillosidad. .
21 Sentido arquitectónico	19 Idealidad . . .	22 Idealidad . . .
22 Espíritu de causticidad.	20 Chistosidad.. .	24 Chistosidad. . .
25 Sentido de imitación.	21 Imitación. . .	25 Imitación. . .
13 Sentido de la memoria de las personas.	22 Individualidad. .	26 Individualidad. .
11 Sentido de la memoria de las cosas. .	23 Configuración. .	27 Configuración. .
G	24 Extensión. . .	28 Tamaño ó extensión. . . .
G	25 Peso ó resistencia.. . . .	29 Peso ó resistencia. . . . .
16 Sentido de los colores	26 Colorido. . . .	30 Colorido.. . .
12 Sentido de las localidades.	27 Localización.. .	31 Localidad. . .
I	28 Orden. . . .	33 Orden. . . .
18 Sentido de las relaciones numéricas. . .	29 Cálculo numérico.	32 Cálculo numérico. . . . .
K	30 Eventualidad. .	34 Eventualidad. .
. . . .	31 Tiempo. . . .	35 Tiempo ó duración. . . .
17 Sentido de los sonidos	32 Tonalidad. . .	36 Tonos. . . .
15 Sentido del lenguaje.	33 Lenguaje. . .	37 Lenguaje. . .
20 Sentido de la sagacidad comparativa. .	34 Comparación. .	38 Comparación. .
21 Sentido metafísico. .	35 Causalidad. . .	39 Causalidad ó lógica. . . .

GALL	SPURZHEIM	CUBÍ
10 Sentido de la previsión.	A Conservatividad.	9 Conservatividad.
. . . .	B Alimentividad. .	8 Alimentividad. .
23 Sentido del talento poético.	C	A Penetrabilidad. .
24 Sentido de la benevolencia.	D	B Suavidad.. . .
. . . .	E	C Tactibilidad. . .
. . . .	F	D Conyugabilidad .
. . . .	G	2 Filogenitura . .

Como se ve, se han determinado nueve órganos para otras tantas pasiones ó inclinaciones de la animalidad, doce para las pasiones ó inclinaciones afectivas, y catorce para las facultades intelectuales. Una línea tirada por encima del ojo hasta el segundo tercio del occipital (B en la figura), separa las facultades instintivas de las morales, radicando éstas en la parte superior y aquéllas en la inferior; y otra línea tirada desde la *benevolencia* hasta el esfenoides (A-A en la figura), señala el lugar reservado á las facultades intelectuales.



En todos estos órganos hay que considerar una escala de 10 grados, que Cubí los denomina: 1.°, Idiotismo; 2.°, mùy pequeño; 3.°, pequeño; 4.°, casi moderado; 5.°, moderado; 6.°, casi lleno; 7.°, lleno; 8.°, casi grande; 9.°, grande; y 10.°, muy grande. Pasando de este grado de la escala, el órgano se reputa demente ó pervertido, á consecuencia de su demasiado volumen. Se establece esta graduación comparando los órganos entre sí,

y el órgano tipo de una cabeza con su homogéneo de otra cabeza que ya conozca el examinador.

Al examinar prácticamente una cabeza para pronosticar su carácter y talento, debe primero determinarse el temperamento del individuo.

El temperamento *nervioso*, que se manifiesta por medio de un cabello muy delicado, músculos pequeños y bien torneados, cutis muy fino, rostro algo pálido y ojo brillante, tiende á producir grande actividad y susceptibilidad mental y corporal; el temperamento *sanguíneo*, que se revela por medio del cabello castaño, cutis claro y muy blanco, formas redondas y bien pronunciadas, rostro rubicundo y fresco, ojos azules y pulso rápido y fuerte, produce inquietud, desasosiego mental, deseo de movimiento corpóreo, y hace obrar con fervor, entusiasmo y exaltación á las propensiones; el temperamento *fibroso* ó *bilioso*, que se da á conocer por medio de formas atléticas, huesos, músculos y fibras fuertes, pelo y ojos negros, cutis moreno y facciones algo toscas y muy marcadas, produce fuerza de continuidad de acción, energía, aguante, fortaleza de cuerpo y de alma; y el temperamento *linfático*, finalmente, que se descubrirá por la abundancia y blandura de carnes, cutis pálido, ojos adormecidos, facciones poco expresivas y languidez de funciones corporales, causa atonía y entorpece la acción de las facultades físicas y mentales.

Conocido el temperamento debe formarse idea del tamaño general de la cabeza, midiendo de la cresta occipital á la individualidad (n.os 5 á 21 de la figura 1.a); de la concentratividad á la compara-

ción (n.os 3 á 34); del orificio auditivo á la cresta occipital (1 á 5), á la individualidad (1 á 21), á la comparación (1 á 34), á la benevolencia (1 á 13) y á la firmeza (1 á 15); de la destructividad á la destructividad (1 á 1, figura 3.a); de la secretividad á la secretividad (7 á 7); de la circunspección á la circunspección (10 á 10;) de la idealidad á la idealidad (19 á 19, fig. 2.a); y de la constructividad á la constructividad (9 á 9). Toda cabeza, sea cual fuere su temperamento ú otras circunstancias, que no mida 40 centímetros de circunferencia horizontal y 11'65 de circunferencia desde la individualidad á la cresta occipital, es idiota; toda cabeza que mida desde el orificio auditivo hasta la firmeza más de 20 centímetros, estando los órganos adyacentes bien desarrollados, es constante, moralmente enérgica y de gran alteza de miras; y toda cabeza que presente la frente alta, ancha y espaciosa, es muy inteligente. Las demás medidas han de deducirse por comparación con estas tres.

Otra circunstancia que debe tenerse en cuenta es la mutua preponderancia de los órganos antagónicos, preponderancia que sólo puede colegirse por comparación. Así, por ejemplo, los órganos *amatividad* (2), *conservatividad* (A), *circunspección* (10) y *concienciosidad* (16), son antagónicos, y según preponderen uno ú otro, ó dos de ellos, así el individuo será más ó menos lascivo, circunspecto ó concienzudo. Las modificaciones que estos antagonismos presentan son el escollo casi único de la Frenología, y tales escollos sólo pueden sortearse con el estudio y la práctica de muchos años.

La nomenclatura que hemos adoptado en la clasificación de los órganos, nos parece lo suficientemente clara para que tengamos que detenernos á desglosar lo que significan *amatividad*, *configuración*, *causalidad*, *lenguaje*, etc., etc. Esto, por otra parte, de nada le serviría al lector, porque diciéndole, por ejemplo, que quien tenga la *tonalidad* desarrollada será buen músico, no le diríamos lo matemáticamente exacto, ya que para ser buen músico se requiere, además, tener bien desarrollados los órganos *tiempo*, *peso*, *idealidad*, *imitación*, *armonía*, etc. Luego, bien se ve que el desglose de referencia, sería punto menos que inútil.

Sin embargo, no queremos pasar en silencio algunas combinaciones de órganos bien definidas que nos presenta Cubí en su *Sistema completo de Frenología*, y con las cuales se revelan buen número de tendencias, aptitudes y caracteres. Helas aquí:

Amable.—Una cabeza bastante bien desarrollada y activa, preponderando la benevolencia, veneración, concienciosidad y adhesividad.

Arrojado.—Cabeza llena, temperamento activo, con mucha acometividad, esperanza, firmeza, y aprecio de sí mismo y no mucha circunspección ni causalidad.

Asesino.—Exaltación de la destructividad con deprimida benevolencia, concienciosidad é idealidad.

Astuto.—Gran desarrollo de la secretividad con un buen desarrollo del intelecto.

Atolondrado ó aturdido.—Poca circunspección, secretividad y causalidad.

Audaz.—Cabeza bien desarrollada, temperamen-

to fibroso pronunciado, con combatividad, destructividad, aprecio de sí mismo, firmeza y esperanza. Deprimida la veneracion, concienciosidad y benevolencia aumentarían la audacia; pero esta organización constituiría un criminal.

Avaro.—Enfermedad de la adquisividad; tiende á ella gran adquisividad, circunspección y secretividad, con poca benevolencia, concienciosidad, idealidad y aprecio de sí mismo.

Blasfemo.—Mucha destructividad, poca veneración y temperamento activo.

Calumniador.—Adquisividad, aprobatividad, aprecio de sí mismo y secretividad.

Caprichoso.—Poca causalidad, poca firmeza, y poca concentratividad, y bastante idealidad, aprobatividad y adquisividad.

Cobarde.—Cabeza no muy grande, temperamento no muy activo, con poca acometividad, destructividad, aprecio de sí mismo y firmeza.

Codicioso.—Cabeza bastante grande y activa en la que preponderen la adquisividad, la circunspección y el aprecio de sí mismo.

Comunicativo ó *hablador.*—Cabeza regular, benevolencia, veneración y aprobatividad bien llenas, con poca secretividad, firmeza y aprecio de sí mismo.

Corruptible.—El órgano que ha de ser motivo de corrupción, grande. Si, por ejemplo, ha de dejarse corromper por dinero, grande adquisividad; si por mujeres, grande amatividad; si por amistades, grande adhesividad, acompañado de una cabeza en que las regiones basilar y lateral sean mayores que la coronal.

Crédulo.—Un intelecto perceptivo poco activo, poca secretividad, circunspección y causalidad, con mucha maravillosidad, esperanza y veneración.

Cruel ó *feroz.*—Destructividad exaltada no reprimida por la benevolencia, causalidad, circunspección ni concienciosidad.

Discreto.—Cabeza regular, temperamento activo y no deprimido ningún órgano.

Estafa.—Predominio de la secretividad y adquisividad con alguna constructividad y poca parte moral.

Falso.—Cabeza no muy grande, poca benevolencia, veneración y concienciosidad; bastante secretividad, adquisividad, aprobatividad, acometividad y aprecio de sí mismo.

Energía de carácter.—Cabeza grande en todas sus regiones.

Glotonería.—Exaltación de la alimentividad, sin que los otros órganos sean parte á ponerle freno.

Honradez.—Preponderancia decidida de la benevolencia y concienciosidad, con bastante firmeza, aprecio de sí mismo y acometividad.

Hipocresía.—La región moral supeditada á la secretividad, adquisividad, circunspección, aprobatividad y firmeza.

Generosidad.—Cabeza bastante grande, preponderando la benevolencia, veneración y justicia, con bastante desarrollo de la firmeza, aprecio de sí mismo y aprobatividad, y teniendo la secretividad, adquisividad y circunspección bajo el dominio de las altas funciones.

Latrocinio.—Exaltación de la adquisividad, con poca benevolencia y concienciosidad.

Liberalidad. — Benevolencia, concienciosidad, aprobatividad y causalidad, con no mucho aprecio de sí mismo, ni adquisividad.

Miedo.—Circunspección activa, con poca causalidad, aprecio de sí mismo y acometividad.

Moderación.—Cabeza proporcionada, preponderando la parte intelectual y moral.

Previsión.—Mucha causalidad y buen desarrollo intelectual.

Prudencia.—Mucha causalidad y circunspección, y bastante secretividad y buen intelecto.

Superstición.—Poco intelecto reflexivo, con buen desarrollo de la maravillosidad, veneración, esperanza é idealidad.

Terquedad.—Exaltación de la firmeza y poco intelecto reflexivo.

Tiranía.—Exaltación de la destructividad y acometividad, con mucho aprecio de sí mismo y firmeza y depresión de la benevolencia y concienciosidad.

ARTES Y OFICIOS.—*Abogado.*— Cabeza de buen tamaño, intelecto reflexivo muy bien desarrollado, preponderando la justicia y la benevolencia. Como juez, es preciso, además de lo dicho, que no tenga ningún órgano deprimido; como relator necesita de la eventualidad y la comparación; y como defensor de la oratoria.

Agrimensor.—Individualidad, forma, tamaño y localidad, con buen cálculo y orden.

Arquitecto.—Buen desarrollo de la constructividad, idealidad, tamaño, forma, número, orden, peso y localidad, todo ello reforzado por la causalidad y

comparación también grandes, para que las concepciones no carezcan de sello de grandeza.

Artes mecánicas.—Cabeza de tamaño regular, temperamento activo, constructividad, imitación é idealidad no defectuosas, y facultades perceptivas no deprimidas. Además de esto, el *carpintero* necesita del peso; el *tornero* del peso y la forma; el *zapatero* de la individualidad y la configuración; el *sastre* y el *modisto* de la individualidad, forma, localidad, orden y comparación, y de un temperamento nervioso ó nervioso sanguíneo, que producen el buen gusto y la destreza de dedos para componer, cortar y arreglar cosas delicadas. Esta última cualidad es indispensable á todo el que trabaje cosas finas, como el grabador, relojero, joyero, tipógrafo, etc., etc.

Catedrático.—Talento especial para la cátedra que desempeñe, con individualidad, eventualidad y comparación bien desarrolladas para poder producirse, amén de las condiciones morales que han de ser su ornato.

Clérigo.—Cabeza de buen tamaño, preponderando la parte intelectual y sobre todo la moral.

Comerciante.—Cabeza regular y temperamento activo, con la individualidad, eventualidad, comparación y causalidad bien desarrolladas. No debe carecer de adquisividad, secretividad ni circunspección, dominadas por los sentimientos morales.

Cómico.—Facultades perceptivas y morales, con imitación, secretividad, amatividad, benevolencia y chistosidad.

Escultor.—Constructividad, tamaño, forma é

idealidad bien desarrollados, y grande intelecto reflexivo.

Legislador.—Cabeza grande en que descuellen la parte intelectual y moral con la causalidad, y sobre todo, la justicia y benevolencia preponderantes.

Maestro de escuela.—Cabeza de buen tamaño y desarrollo en las tres regiones, preponderando la individualidad, eventualidad, comparación, benevolencia y circunspección.

Médico.—Cabeza de buen tamaño, temperamento activo en que prepondere el fibroso, individualidad, comparación y causalidad bien activas; secretividad, circunspección, firmeza y aprecio de sí mismo llenos; veneración, benevolencia y justicia preponderantes. El cirujano necesita, además, peso y destructividad.

Militar.—Para los grados superiores, cabeza activa, grande y moral, con la causalidad, secretividad y circunspección preponderantes, y el aprecio de sí mismo, la acometividad, la destructividad, la constructividad y el talento matemático (cálculo, tamaño, localidad, individualidad, orden y comparación) bien desarrollados; para los grados medios, cabeza de buen tamaño con benevolencia, justicia, acometividad, destructividad, veneración, firmeza, aprecio de sí mismo é intelecto bien llenos y activos; y para los grados inferiores, juventud, temperamento fibroso, cabeza de buen tamaño, benevolencia y facultades perceptivas, preponderando la firmeza, aprecio de sí mismo, acometividad, destructividad y veneración.

Músico.—Tonos, tiempo, peso, idealidad é imitación bien desarrollados.

Pintor.—Constructividad, forma, tamaño, colorido, individualidad, idealidad, imitación y secretividad; y si es paisajista, localidad; si de historia, causalidad y comparación; y si se dedica á diseños para fábricas, maravillosidad.

Naturalista.—Individualidad, forma y lenguaje grandemente desarrollados.

Y *oficinista.*—Poca acometividad y destructividad, temperamento no muy activo, cabeza no muy grande, intelecto perceptivo bien desarrollado, veneración, circunspección y secretividad llenas.

Terminaremos este capítulo con una aclaración. Hay quien supone que la *Frenología* es fatalista, puesto que presenta como causa eficiente de las aptitudes, gustos é inclinaciones de los individuos, el desarrollo de tales ó cuales órganos. «Las facultades, según Gall, son innatas; de esas facultades se hace depender todo el modo de ser del hombre: luego no es éste responsable de ninguno de sus actos, puesto que no hace otro que responder á las facultades innatas que posee.» Así se explican los sujetos á que venimos aludiendo, y su raciocinio tiene todas las apariencias de lógico; pero una observación, sólo una, basta y sobra para derrumbar su aparatoso edificio. Ningún frenólogo ha dicho que la *voluntad*, que es una potencia de primer orden, la mayor entre todas las potencias, tenga órgano determinado; sino que todos sostienen que esta facultad impera sobre el conjunto de los órganos, determinando en cada uno de ellos su exaltación ó su

atrofía. Luego, no hay que decir ni una palabra más para desechar el carácter fatalista que á la *Frenología* podría atribuírsele.

IV.

Don profético y doble vista.

Recibe el nombre de *don profético* la predisposición natural para vaticinar lo futuro de que están dotados determinados seres. Esta predisposición va unida generalmente á rasgos personales característicos, y tales rasgos es lo único que podemos consignar en este sitio, para que luego, en el primer capítulo del libro que sigue, podamos explicarnos en qué estriba el don de la profecía.

Lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos, los profetas han sido seres algún tanto desemejantes de los demás por sus hábitos, por sus costumbres, por su idiosincrasia especial. Tomando por tipo de comparación al hombre reputado de *buen juicio*, el profeta es un desequilibrado, un visionario, un loco pacífico.

Estriba su locura en vivir en un mundo diferente del que llamamos real, en abstenerse y hasta repeler los gustos y comodidades que proporciona una holgada posición, y en preferir el retiro ó la concentración en sí mismo al comercio con las gentes, y sobre todo al bullicio y algazara de los festivales.

Semejante á una planta exótica, se considera extraño aún dentro de su propia casa y familia, siente

la nostalgia del proscripto por un algo superior que presiente, y sufre y se conduele casi de continuo, dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa.

Mientras las muchedumbres buscan afanosas el aspecto jovial de la vida, él se engolfa en el aspecto serio y triste de la misma; sustituye la hilaridad por la reflexión, deja la holganza por el trabajo, emplea la sentencia por el chiste y recorre á pie y meditabundo lo que los demás en coche y solazándose.

Es parco y casto, es humilde y enérgico, es sufrido y atrevido. Nota discordante en todo concierto social, llora donde otros ríen y goza donde otros lloran. Generalmente es el Jeremías de toda fiesta.

Ni ante reyes, ni ante magnates, ni ante turbas desenfrenadas doblega su cerviz; se crece en el peligro y se agiganta ante la amenaza; es la voz apocalíptica que retumba en los espacios con ecos d trueno.

En resumen: el profeta, el verdadero profeta, es algo así como una perenne amenaza contra toda disipación, contra toda frivolidad, contra todo encono; es algo así como un machete de doble filo colocado en el centro de la mesa de un festín báquico; es algo así como un abismo abierto en medio de un salón de baile.

Sus profecías están en consonancia con su manera de ser. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Zacarías, Jesús, Apolonio de Tiana, Swedenborg, Cazotte... ninguno predijo bienes, ninguno alentó la frivolidad ni mucho menos la malicia; todos exclamaron *¡Jerusalén, Jerusalén: ¡Mira que caminas á tu perdición!*

La *doble vista* es otro don poco común que poseen determinados sujetos. Muchos confunden esta facultad con la profética por la similitud que ofrecen algunos de sus fenómenos; pero nosotros no podemos conformarnos con ese parecer, más que por nada, porque en el vidente no son generales los caracteres típicos que en el profeta hemos reconocido.

Merece el nombre de clarividente el que en un estado al parecer normal, ve á través de los cuerpos opacos y á distancias más ó menos remotas. Esto le facilita, como se concibe fácilmente, poder predecir hechos que el que carece de esa facultad, ha de esperar á conocerlos á que se pongan al alcance de su potencia perceptiva. De aquí la similitud que tienen algunos de los fenómenos por él presentados á los presentados por los profetas. Hay, empero, una diferencia capital entre los vaticinios de aquél y los de éstos, y esta diferencia estriba en que mientras el vidente sólo vaticina, hasta cierto punto, los hechos concretos y particulares del individuo con quien se ponga en relación, el profeta, que parece estar en relación con todo un pueblo ó con toda una humanidad, vaticina el porvenir de estas entidades.

Hay quien pretende que los verdaderos clarividentes lo son por *naturaleza*, más claro, por haber nacido dotados de un poder tan extraordinario en su órgano visual, que para él no son obstáculo los cuerpos opacos contra los cuales se estrellan las miradas de los demás hombres. No diremos que sí ni que no: la Fisiología contemporánea es todavía demasiado pobre para poder sentar en su nombre

conclusiones categóricas; y cuando se sabe que en el reino animal hay seres que perciben la *luz de las sombras,* que ven más allá de los rayos del aspectro ultrarojo y ultravioleta, negar ó afirmar que el ojo del hombre pueda tener una conformación parecida, es, por lo menos, exceso temerario. Así, al menos, lo conceptuamos nosotros.

Hemos semi indicado nuestras dudas respecto á la normalidad del clarividente en ejercicio. Las fundamos en que en todos los casos, en todos, precisa el tal ponerse en relación con el sujeto ó la cosa que debe detallar, bien sea objetiva, bien subjetivamente. ¿Queréis que os examine vuestros órganos internos? Pues necesitaréis hallaros en su presencia, ó bien darle un objeto que os haya pertenecido, para que, por su mediación, él llegue subjetivamente hasta vosotros. ¿Queréis saber noticias de un amigo ausente? Pues dadle una carta de las que hayais recibido de ese amigo, y él, sin moverse de vuestra presencia, estando hablando con vosotros, irá á buscar á ese amigo y os detallará lo que haga en aquel preciso instante. Este es el hecho real, escueto, comprobable y comprobado.

V.

Abmaterialización, ubicuidad.

Acabamos de decir que si al clarividente se le dá una carta—y aquí agregamos ú otro objeto cualquiera—de un amigo que se halle ausente, con el

encargo de que nos dé noticias de él, no tardaremos en recibir las noticias apetecidas, sin que el clarividente se haya separado de nosotros, ni haya dejado de conversar siquiera. Esto no se explica, esto no puede explicarse sin la *abmaterialización*, ó en otras palabras, sin que del clarividente se desprenda algo que vaya en busca del sujeto requerido, le halle, tome en registro lo que hace y se reintegre al cuerpo para referir por su mediación lo que haya presenciado. ¿Es así como sucede? Aunque está próximo, no ha llegado todavía el momento de que acabemos de rasgar el velo que oculta este particular. Por el momento, concretémonos á exponer hechos.

La historia sagrada, lo mismo que la profana, da testimonio de numerosos casos de abmaterialización total ó ubicuidad, esto es, de hallarse presente un mismo sujeto en dos parajes diferentes y en idéntico momento histórico. San Antonio de Padua, San Ambrosio, San Alfonso M.ª de Ligorio, Apolonio de Tiana, y otros, fueron sujetos que gozaron en alto grado de esta facultad; para ellos no solamente era cosa familiar abmaterializarse, si que además dotaban á su cuerpo físico y á su fantasma de los mismos poderes psico-físicos, dando lugar á que cuantos les veían y atendían, no supieran distinguir lo carnal de lo extracarnal, suponiendo que extracarnal sea el fantasma.

Abmaterializaciones más parciales, ubicuidades meramente subjetivas, se conocen á granel. La «Sociedad de Investigaciones Psíquicas,» de Londres, ha conseguido reunir más de 1000 casos perfecta-

mente comprobados; todos, ó casi todos, si repasamos nuestra memoria, podemos apercibirnos de que entre nuestros recuerdos, hay algún hecho de los llamados *telepáticos* (de *tele*, lejos y *pathos*, impresión); y si nos esforzamos un poco, si sabemos abstraernos y querer, hasta es fácil que podamos conseguir abmaterializarnos más ó menos y producir ese mismo fenómeno cerca de la personalidad que hayamos designado. Resulta, por consiguiente, que este hecho, aunque transcendental en sus aspectos superiores, es relativamente fácil y sencillo en sus aspectos rudimentarios; y resulta también, y esto es lo único que nos proponíamos consignar en este lugar, que la abmaterialización en cualquiera de sus fases, y la ubicuidad, son elementos muy preciosos dentro de la Magia agorera.

Y llegamos, lector, al pie del tabernáculo, á la gradería del ara santa. Si tus intentos no son puros, retírate, no prosigas: te lo aconsejamos por tu bien; si te anima sólo el deseo de ser útil á tus semejantes y alcanzar la victoria sobre tí mismo, acompáñanos hasta el fin.

LIBRO TERCERO

¡HÁGASE LA LUZ!

I.

Lo físico y lo suprafísico.

Vivimos rodeados de ficciones. Cuanto ven nuestros ojos, cuanto palpan nuestras manos, cuanto hiere nuestro tímpano auricular, todo es ficción, todo es engaño. La realidad huye de nuestros sentidos como la sombra de la luz. Nos separa un abismo del conocimiento de las cosas, aun de aquellas con las cuales nos consideramos más familiarizados. Somos, como dijo Jesús, ciegos con ojos y sordos con oídos.

Las ciencias de nuestro siglo, en su plausible anhelo de saber, han llegado bastante lejos con sus investigaciones positivas, y sin embargo, se han quedado á la mitad de la jornada. No es esto lo malo: lo malo es que no pueden pasar de allí á no cambiar de sendero. La física, la química, la biología, la astronomía, todas las ciencias, en una palabra,

pueden llegar, y llegan, siquiera sea por inducción, hasta el punto matemático en lo infinitamente pequeño, y hasta lo infinito inextenso en lo infinitamente grande; pero después de esto, con lo que creen abarcarlo todo en el orden de lo abstracto, limitan sus fronteras al átomo en físico-química, á la mónera en biología, á la nebulosa de materia cósmica en astronomía, á la unidad en matemáticas, etc., etc., y creen que en tales elementos está el origen substancial de su respectiva especialidad. No le pregunteis á la físico-química qué es el átomo: lo desconoce en absoluto: le fué preciso imaginarlo para darse cuenta de los fenómenos de atracción y repulsión que le presentaban los átomos, *no el átomo*, y le dió ser ideal; no le pregunteis á la biología qué es la vida de la mónera: lo desconoce tan completamente como la física al átomo, sabe solamente que en el núcleo del archiplasón la descubre por primera vez, y por eso la refiere á él; no le pregunteis á la astronomía qué es la materia cósmica de la nebulosa: os dirá solamente que de la conglomeración de ella salen los mundos y los soles, pero no podrá deciros de qué se compone sino usando el lenguaje de los físico-químicos; no le pregunteis á las matemáticas, en fin, qué es su unidad: se halla tan á obscuras respecto á este extremo, como sus otras hermanas en conocimientos positivos. Las ciencias se detienen donde se detiene el poder humano para conocer por análisis y síntesis el mundo en que vive, los elementos de que dispone, las fuerzas que domeña; pero fuera de ello... ¿qué queda fuera de ello?

Algunos espíritus esclarecidos, por intuición ó

por inducción ó deducción, han imaginado y proclamado para cuanto tiene ser, un sólo principio esencial con infinitos modos manifestativos. ¡El espíritu! ¡La fuerza! He aquí, para ellos, el orígen sin orígen de toda la creación, fijémonos bien, de toda la creación; no del Creador, á quien unos suponen diluído, si vale la frase, en toda la esencia, y otros, los que conceptuamos más lógicos, como unidad sintética, de dos esencias naturalmente simples, distintas, necesarias y complementarias, constituyendo una lo infinitamente perfecto, Dios, y otra lo infinitamente perfectible en la que lo perfecto se realiza y por la que la creación es, el *no ser* de Dios. Repetimos que esta concepción es la que estimamos más acertada; pero no por esto la discutiremos frente á frente de su antagónica; nos bàsta, al objeto que perseguimos, saber que hay quien ha imaginado que el origen sin origen de cuanto es, lo constituye la fuerza, el espíritu, y que la materia, los cuerpos todos, no son sino la forma, el modo como el espíritu se revela.

¿Es esto exacto? ¿Presenta, al menos, caracteres de verosimilitud? Lo que nos es posible averiguar, nos testifica que sí. Todo cuerpo puede reducirse á sus elementos primordiales, puede subdividirse hasta la molécula, más aún, hasta el átomo; pero en el átomo, como en la molécula, actúan ya dos fuerzas, la atractiva y la repulsiva, por las cuales los átomos se forman: luego queda fuera de duda que las fuerzas son anteriores á la materia. Y ¿qué son las fuerzas atractiva y repulsiva? ¿Cómo pueden concebirse en la substancia? La fórmula que rige para los

cuerpos constituídos, ¿regirá también para el elemento constituyente? «Dos moléculas, decimos, se atraen en razón directa de su masa é inversa del cuadrado de las distancias.» ¿Qué masa ni qué distancia puede haber en la esencia universal? Positivamente en la esencia universal no se conciben ni masa ni distancia; pero sí se conciben gérmenes potenciales naturalmente simples, completos é independientes, poseyendo la perfección en cuanto esencia, é infinitas propiedades latentes que desarrollar. De otro modo no podrían existir en la creación unidades esenciales efectivas, y el espíritu, como la materia, serían un compuesto de partículas iguales ó desemejantes, cuya unidad afectiva sería tan inestable como la de cualquiera cuerpo. Y concibiendo en la esencia la simplicidad de los gérmenes potenciales, su indivisibilidad y sus infinitas propiedades latentes que desarrollar, se concibe ya todo lo restante de la creación: la *esencia* es el *espíritu*, es la *fuerza* en su natural *actividad*, que tiene forzosamente que manifestarse por el *movimiento*, ya propio de los gérmenes potenciales, ya provocado de unos á otros por la acción del contacto ó el impulso; este *movimiento* origina las acciones *centrípeta* y *centrífuga*, que no son fuerzas esenciales, sino *modos* de la fuerza única, y origina también la *masa* y la *distancia*, efectos de la atracción y la repulsión; dentro de la *atracción* y de la *repulsión* hay *grados*, y esto es causa de las diferentes densidades ó manifestaciones de la esencia; pero como en la *esencia* hay propiedades latentes que desarrollar, y estas propiedades sólo se realizan mediante la circunscrip-

ción, la individualización, la particularización en seres completos, entificados y simples, síguese de ello que la *actividad* de la esencia, tendiendo á su desarrollo, va particularizándose hasta constituir el *espíritu uno,* simple, activo, sensciente, inteligente y volitivo por sí, el espíritu que conocemos por la Psicología. Se ve, pues, que metafísicamente considerado, igual ley rige á los cuerpos constituídos que al elemento constituyente. ¿Y cómo no, si la *unidad en la variedad* es la única y absoluta ley suprema?

Separándonos del orden metafísico para penetrar de nuevo en el físico que nos rodea, veamos si los hechos corroboran nuestras inducciones.

No hay ningún cuerpo, nos dice la físico-química, que por compacto é inerte que parezca, no esté en constante vibración, en perpetuo movimiento. ¿Quién le da ese movimiento? Las fuerzas centrípeta y centrífuga, mejor dicho, los modos de la fuerza única, que tienden, de una parte, á la agrupación, y de otra, á la individualización, al desarrollo de las propiedades latentes de la esencia.

Esos mismos cuerpos, continúa la fisico-química, *en su estado de pureza,* cristalizan en una forma geométrica perfecta de cualquiera de los seis tipos: cubo, romboedro, los dos prismas rectos y los dos oblicuos, y tienen sus polos positivo y negativo y su magnetismo ecuatorial ó diamagnetismo, esto es, tienen un polo que atrae, otro polo que rechaza, y una zona ecuatorial que es neutra. ¿Cómo? ¿A qué pueden deberse esos caracteres distintivos de los cristales, sino á las propiedades de la esencia en determinado período de desarrollo, puesto que ya

busca una forma perfecta de manifestación y se revela con dos determinaciones antagónicas?

Toda materia, prosiguen las mismas ciencias, puede llevarse al estado de pureza cristalográfica, apresurando su depuración por medio de ácidos y de reactivos químicos que separan poco á poco las substancias que no le son afines;—las substancias que corporalizan á la esencia, decimos nosotros; las substancias que son el lastre legítimo y obligado del espíritu, cuando éste no ha alcanzado el grado de depuración que le convierte en uno, simple é indivisible.

Todo cuerpo, en fin, sin ser tocado, sin ser sometido á la acción del fuego, ni á la de la electricidad, ni á la de ningún otro disolvente, puede reducirse á polvo con sólo dirigir sobre su masa de una manera sostenida, el número de vibraciones á que responda (1)—y este efecto patentiza de una vez para siempre, que la agrupación molecular, más aún, la agrupación atómica, responde sóla y exclusivamente á la afinidad del ritmo vibratorio de las partículas indivisibles de la esencia; así como su desequilibrio rítmico, su inarmonía ó disonancia, da por resultado la disgregación, la particularización, la simplificación de esas mismas partículas, acelerando en ellas su actividad intrínseca.

Tenemos, pues, que la físico-química, en lo que tiene de más transcendental, no sólo no se opone á nuestras inducciones metafísicas, sino que las con-

(1) Sabido es que las vibraciones agudas arrancadas á las cuerdas de un violín, pueden llegar á rajar una campana; y no ha de darse el primer caso en que las vibraciones de un órgano, hayan roto los cristales de los ventanales del templo.

firma y avalora. Igual acontece con la mecánica. Esta nos dice que la fuerza no se crea ni se pierde; que sólo se transforma: nosotros decimos que de la fuerza increada proceden todas las manifestaciones del mundo orgánico é inorgánico, que no son otro que expresiones diferenciales de esa misma fuerza por virtud del grado de actividad que haya desarrollado; y que esa misma fuerza, al involucionar de lo abstracto á lo concreto para producir cuerpos, y al evolucionar de lo concreto á lo abstracto para producir espíritus senscientes, inteligentes y volitivos, no ha variado, no ha modificado en nada *su ser*, perfecto por sí, sino su *modo de ser*, perfectible á lo infinito. Más concreto: al igual que la mecánica, sostenemos que la fuerza no se crea ni se pierde, que sólo se transforma en manifestación progresiva.

Resumamos: Sólo existe un elemento generador de todos los seres y de todas las cosas: *la esencia*.

Este elemento posee una sola propiedad: *la fuerza*.

Esta fuerza tiene dos modos manifestativos: la *atracción* y la *repulsión*.

Por la atracción se *corporaliza* la esencia.

Por la repulsión se *simplifica* é *individualiza*.

En ambos modos hay *infinitos grados* que proporcionan *infinitas fórmulas de combinación* é *infinitos efectos manifestativos*.

Pero cada efecto manifestativo, como cada fórmula de combinación, no es más que *el símbolo, la expresión* de un grado de desarrollo de la potencialidad de la esencia, nunca la esencia en sí, que

ésta no pierde sus propiedades de fuerza al *corporalizarse* por la atracción ni al *individualizarse* por la repulsión.

La *materia,* esencialmente considerada, es como el frío y los colores: *carece de realidad.*

La *fuerza,* accidentalmente considerada, es como el calor ó la luz: necesita un *no ser, un símbolo* que la revele.

Luego la *física,* propiamente dicha, es un *símbolo* de la metafísica.

Luego la *metafísica,* en lo abstracto como en lo concreto, es el alma y vida de la física.

II.

Lo mental y lo moral.

La *inteligencia* es uno de los *símbolos,* una de las *expresiones* con que la esencia ya individualizada, ya simplificada después de haber pasado por todos los grados de la *involución,* irradia, exterioriza los progresos que ha conseguido en el camino de la *evolución* que tiene que recorrer. Otra *expresión,* otro *símbolo* de ese mismo progreso, es la *moralidad.*

Precede á lo *mental* y á lo *moral,* lo *sensacional.* La *sensación* debe de ser, es, si no está equivocada la inducción, la primera entre las infinitas propiedades de la esencia que adquiere su desarrollo. No decimos que llegue á la perfección; decimos que se desarrolla. Desde el momento que entraran en co-

lisión las partículas dinámicas de la esencia, desde el momento que se sintieran atraídas ó repelidas entre sí, la *sensación* tuvo que empezar á desarrollarse, la *sensación* tuvo que empezar á despertar sus actividades latentes y á darles conciencia propia. Es, pues, de todo punto inconcuso, que lo *sensacional* precede á lo *mental* y á lo *moral*, á quienes engendra como la unidad engendra á la cantidad.

No puede existir cantidad sin unidades, como no puede existir saber sin experiencia. La experiencia es un hecho sensacional: sabemos que 2 + 2 hacen 4, después de haberlo sensacionalmente experimentado; sabemos que el azúcar es dulce y el ajenjo amargo, cuando nuestro paladar ha adquirido sensacionalmente la experiencia de tales sabores. Así sucede con todo lo demás. Luego también podemos considerar como un hecho incontrovertible, que *lo sensacional* engendra *lo mental*.

Y si lo mental es engendrado por lo sensacional, lo *moral* es engendrado por lo *mental*. Ciertamente se puede ser sabio sin ser bueno, pero no se puede ser bueno de verdad sin ser sabio al propio tiempo. «Una fe ilimitada unida á la anihilación de las atracciones sensuales, al ayuno, á la plegaria y á la meditación constante, tiene, sin duda, aspiraciones ardientes á la bondad, á una vida recta y ejemplar, y logra abrir las puertas de oro para dar paso al neófito más humilde; pero yo os aseguro que ese neófito no estará en la asamblea sino como simple visitante, como ser negativo, admitido en la comunidad por razón de sus plegarias y de sus sú-

plicas. Esto no será obstáculo, sin embargo, para que goce de los agasajos espirituales del mundo suprasensible. Pero el hombre de ciencia que á la vez posee la bondad, entra por las puertas de oro por derecho propio, porque entra en su casa; es un ser positivo que puede mandar, dirigir y ser uno de los verdaderos agentes del Todopoderoso para la ejecución de las leyes evolutivas.» Así se hace la apología de la bondad en los libros esotéricos de la iniciación mágica.

Hay, pues, que procurar el desarrollo mental, para que á su vez engendre un desarrollo moral consciente y acrisolado; con ello no haremos otro que seguir el curso evolutivo de la esencia, aprovecharnos de sus enseñanzas.

Las ventajas de este procedimiento son fáciles de comprender. No hay sensación que no pueda producirnos una percepción y un nuevo conocimiento. Si los aprovecháramos todos, si supiéramos aprovechar siquiera una mínima parte de ellos, ¿estaríamos tan á obscuras como estamos en cuanto se relaciona con lo ultrafísico? Todo en el universo, desde la esencia no corporalizada á las gigantescas moles de los mundos y de los sistemas sidéreos, vibra en un tono particular, aunque transitivo, de la infinita gama que comprende la potencialidad esencial; nuestra naturaleza inmanente, nuestra verdadera naturaleza, vibra también con tres tonalidades distintas dentro de esa misma gama, respondiendo respectivamente á la sensación, á la percepción y á la espiritualización; la tonalidad *sensación* comprende en nosotros infinitos semitonos que nos pasan desaper-

cibidos, y que de tomarlos en registro, constituirían la base de nuestros conocimientos, hoy meramente hipotéticos, respecto á la formación de la materia, sus leyes cristalográficas, sus principios activos y pasivos, todo lo infra-corporal, en una palabra; idénticamente, si nos aprovecháramos de todos los semitonos de la *perceptividad*, sabríamos distinguir la esencia del accidente, la causa del efecto, y compenetraríamos vastas extensiones de lo maravilloso supracorpóreo; y la tonalidad *espiritual*, finalmente, en sus infinitos modos ó semitonos vibratorios, nos daría poder activo para obrar sobre los tonos inferiores, colocándonos en el caso de poder ordenar el *¡hágase!* de muchas cosas. En esto, como en todo, el más sojuzga al menos.

Nada de esto ha podido conseguir la generalidad de los hombres; de ninguno de estos poderes, con todo y ser tan naturales, se ha sabido aprovechar. ¿Por qué causa? Por ignorancia. Le ha pasado, le está pasando lo que al estudiante desaplicado, que aunque asiste á cátedra y oye las explicaciones del profesor, no para mientes en ellas, y sale de allí tan ignorante, tan aturdido como entró. De nada han servido para él las explicaciones ni las pruebas experimentales hechas en su presencia; de nada han servido, de nada sirven á la humanidad las explicaciones y las pruebas que el profesor naturaleza le ha dado y está dando continuamente: continúa tan ciega, tan obtusa como si ninguna lección hubiera recibido.

Este es el desarrollo mental que en primer término debemos procurar; desarrollo mental verdadera-

mente positivo, porque se basa en la esencia y naturaleza de las cosas, porque se basa en la realidad objetiva y subjetiva de cuanto es. Partiendo de él, todas las ciencias naturales y exactas nos serán sumamente fáciles, casi casi familiares, y sólo tendremos que aprender la técnica de las mismas; no partiendo de él, además de habernos de esforzar mucho, muchísimo para asimilarnos los conocimientos de tales ciencias, nos quedaremos á la mitad de la jornada, no penetraremos poco ni mucho en su esoterismo.

¿Cómo conseguiremos nuestro desarrollo mental en la forma que llevamos expuesta? Ya lo hemos dicho: asistiendo atentos á la cátedra del profesor naturaleza, procurando que no se nos pase ninguna sensación sin que para nosotros se convierta en percepción. La *observación*, el *juicio* y el *raciocinio* con sus auxiliares, son las facultades que debemos tener en vela constantemente.

Esto nos dará hecha la moralidad positiva, la verdadera moralidad. Quien conoce en toda su plenitud los efectos de una causa, va en pos de ellos ó los rechaza de una manera libérrima y con absoluta independencia. Obra bien ó mal, recta ó torcidamente; pero obra con conocimiento cabal de lo que hace, y se labra, por consecuencia de ello, justas y legítimas alabanzas ó reproches. Su proceder es el termómetro fiel de su moralidad: no tendrá más ni menos grados de ella que los que acuse en cada acción. No sucede lo mismo con quienes carecen de tales conocimientos. Estos pueden obrar bien ó mal sin saber lo que hacen ni cómo lo hacen. Su mora-

lidad es negativa, como hemos dicho anteriormente, porque no se basa en el discernimiento, sino en el impulso sensacional, que puede tener tanto de afectivo y legítimo como de ilegítimo y aparatoso.

El oro y el oropel se confunden frecuentemente.

III.

Fuerzas ocultas y poderes psíquicos.

Acabamos de decir que todo en el universo son modos de vibración, y por consecuencia de ello, las fuerzas ocultas y los poderes psíquicos no pueden ser otra cosa que modos de vibración también.

Hace aproximadamente medio siglo que los físicos sostenían aún la multiplicidad de fuerzas, atribuyéndolas á fluidos de diferentes densidades. No estaban en absoluto fuera de lo cierto, puesto que su miopía no les permitía ver más allá, y lo que estaba al alcance de su potencia visual, era eso, y no otra cosa. También hay en nuestros tiempos muchas gentes que distinguen los colores por lo que afectan á su retina, y que creen de buena fe que el azul es esencialmente distinto del verde, del amarillo, del anaranjado, etc. Pero los físicos, mediante un estudio más minucioso, han llegado á reconocer la unidad esencial de las fuerzas y su correlación y transformación, lo que explican por la teoría dinámica; del mismo modo que las gentes ilustradas, saben ya que el color rojo, por ejemplo, no se diferencia del violáceo sino en que el rayo de luz que produce el pri-

mero, vibra 224 billones de veces menos en un segundo de tiempo que no el rayo de luz que produce el segundo, y que tiene, en cambio una longitud mayor en sus ondas de 197 millonésimas de milímetro.

Hay, pues, certeza absoluta de que atracción, repulsión, densidad, liquefacción, calor, luz, electricidad y magnetismo, son modos vibratorios de la esencia ó substancia única, cuya propiedad es la fuerza, y cuya manifestación el movimiento. Luego las *fuerzas ocultas*, los agentes especiales de que el mago ha de valerse en sus operaciones teúrgicas, serán también lo que el magnetismo, lo que la electricidad, lo que la luz, lo que el calor, etc.: modos vibratorios, sólo modos vibratorios de la fuerza universal.

¿Están al alcance del hombre esos modos vibratorios? ¿Puede manejarlos á su antojo?

No responderemos afirmativamente en un sentido absoluto, porque tanto equivaldría á proclamar que el hombre posee ya la plenitud de sus poderes psíquicos; sí responderemos afirmativamente en un sentido relativo, porque relativamente también es cierto que ha desarrollado ya algunos poderes de su ser inmortal.

Negar lo que acabamos de decir, sólo pueden hacerlo los de roma inteligencia. Valiéndose de aparatos más ó menos ingeniosos, de disolventes y de reactivos, el hombre ha logrado transformar el calor en luz, en electricidad, en magnetismo; ha logrado integrar y desintegrar la materia; ha logrado acortar las distancias, anular el tiempo y poblar el antes

para él vacío espacio; ha logrado, en fin, compenetrar á través de los intersticios atómicos y fijar las huellas de lo invisible é impalpable. Este es el primer efecto activo de sus poderes psíquicos. Algunos, muy pocos, han ido un poco más allá en el camino de sus desenvolvimientos: han obrado directamente sobre la fuerza, y la han dominado en unos cuantos de sus aspectos inferiores. Los fenómenos psíquicos logrados son testimonio de ello, y estos fenómenos representan el nuncio, el heraldo de lo que puede conseguirse insiguiendo por ese mismo derrotero. ¿Cómo seguir por él? Conociendo primero la naturaleza de nuestros poderes psíquicos.

Los místicos de todas las religiones han supuesto á sus santos, á sus iniciados superiores, ó á sus rabinos, rodeados de cierta aureola de luz, que era la que les hacía venerables á sus ojos. No una, sino tres aureolas más ó menos claras y distintas son las que nos rodean á todos los seres. La primera aureola, la que está en la base de las otras dos, junto al cuerpo físico, es de la propia naturaleza de éste, ó poco menos; es la *fuerza nerviosa* de los fisiólogos, el *cuerpo astral* de los ocultistas, el *cuerpo celeste* de los gnósticos, el *periespíritu* de los espiritistas. Procede de las vibraciones repulsivas de la esencia corporalizada, de la actividad esencial tendiendo á particularizarse, y por esto es la prime-



ra que recoje las sensaciones para transformarlas en percepciones y la que sirve de vehículo á la inteligencia para obrar sobre la materia. La segunda aureola, la que descansa sobre la precedente y sirve de base á la tercera, es la aureola mental ó intelectual, y procede de las vibraciones rítmicas del espíritu, de la esencia ya individualizada, ya simplificada, á la que sirve de motivo de objetivación la aureola física, irradiándole su poder activo para obrar sobre la materia, y de motivo de subjetivación la tercera aureola, á la que refiere todas sus tendencias y aspiraciones sublimes. Y esta tercera aureola, la aureola espiritual, es la resultante ética de las dos precedentes, y está representada por vibraciones rítmicas mucho más rápidas, mucho más armónicas, y consecuentemente mucho más luminosas y potenciales que las de las aureolas física y mental, emanadas del espíritu, de la substancia individualizada, que no solo es ya sensciente y consciente, si que también toma parte más ó menos activa en el concierto de las fuerzas creadoras, porque ama.

Se nos ofrece aquí la oportunidad de manifestar que los fakires de la India pretenden tener tan desarrollados sus poderes psíquicos, que pueden, á su voluntad, hacer germinar una semilla ó constituir un cuerpo con los elementos del Akasa, en menos tiempo que el que cualquiera narrador invertiría en describir el fenómeno. Jacolliot, en su obra *Le Spiritisme dans le monde,* relata que un fakir llamado Covindassami, hizo germinar una semilla en cosa de media hora. Casos parecidos se leen en las obras *Souvenir d'un voyage dans la Tartarie et le*

Thibet, del P. Huc, y *L'Asia,* del P. Bartolí, y el viajero italiano Sr. Pascarella, refirió un hecho semejante en el número 197 del *Capitán Fracassa:* «Me presentó—dijo—una almendra indicándome que hiciera en la cáscara una señal para reconocerla, y apenas la hube dado, la enterró ante mi vista en una maceta que ya tenía; y así dispuesta, colocó la maceta debajo de aquella campana (formada con



un chal viejo). Entonces él, la mujer y los hijos, entonaron una monótona cantinela acompañada con movimientos lentísimos de todo el cuerpo, y repitiendo la palabra *¡dolú! ¡dolú!..* alzando y bajando la voz. Estaba á pocos pasos de distancia y seguía con curiosidad operación tan extraña. Al poco rato, el fakir saca la maceta de la campana, mete los dedos en la tierra de aquélla y me enseña la almendra para que la reconociera yo. En efecto, era la misma, pero ya hendida y en germinación... Vueltas las cosas como estaban al principio y transcurridos algunos minutos, *dolú! dolú! dolú!..* Abrí enteramente los ojos llenos de estupor. La yema de la almendra había llegado en su crecimiento á flor

de tierra con hojuelas desplegadas.—*Dolú! dolú! dolú!..* y la planta había crecido diez centímetros.—*Dolú! dolú! dolú!..* y el arbolito creciera el doble y echara ya ramas y hojas... *dolú! dolú! dolú!..* y casi dudé del testimonio de mis ojos cuando la almendra adquirió tal altura y desarrollo de copa, que el chal puesto al rededor de las varillas de bambú, no pudo contenerlo.»

Reanudando nuestro interrumpido discurso, agregaremos que ni que decir tiene que las zonas de irradiación de estas tres auras, varían á lo infinito; así como juzgamos ocioso agregar que la zona de irradiación espiritual, apenas si se destaca en la generalidad de los seres; que la de irradiación mental, aunque más pronunciada, tampoco alcanza los límites que debiera; y que la única zona que comunmente está más desarrollada, es la zona sensacional, y quizás habláramos más apropiadamente de ella llamándola pasional. Esta zona es la que ha logrado exteriorizarse por completo en diferentes sujetos, la que perciben los sensitivos, la que impresiona los imanes, y la que ha dejado sus huellas en la arcilla, en la parafina y en el cliché fotográfico. Y advirtamos aquí una cosa, advirtamos que todos los sensitivos declaran ver esta aura de color azul-índigo á la derecha y amarillo-anaranjado á la izquierda, esto es, vibrando entre 628 y 663 billones de veces en un segundo de tiempo en el polo positivo, ó sea el lado derecho, y entre 511 y 540 billones de veces en igual período de tiempo en el polo negativo ó lado izquierdo; todo lo cual da en cierto modo la razón á los que suponen que el ló-

bulo ó hemisferio cerebral izquierdo preside á las funciones orgánicas del lado derecho del individuo, y viceversa, el hemisferio derecho las del izquierdo, radicando en este último hemisferio las localizaciones cerebrales negativas de las positivas que radican en el hemisferio ó lóbulo izquierdo. Otra observación hay que hacer también en esto de los colores del aura física: la de que los sensitivos notan diferencias entre una acción enérgica é iracunda y otra acción tranquila y desapasionada del mismo género, por ejemplo: el soplo caliente (+) es de un azul grisáceo (583 á 628 billones de vibraciones en un segundo) y el soplo frío (—) es amarillo claro (540 á 560 billones de íd. en íd.)

No nos detenemos más en este género de consideraciones, primero, por no estar suficientemente comprobadas las observaciones de los sensitivos, y segundo, y esto es lo capital, porque de lo que nos resta que exponer, podrá colegir el lector sin ningún esfuerzo cuanto por nuestra parte aquí omitamos.

El hecho cierto, inconcuso, es que la vibración de las auras se hace tanto más rápida, tanto más luminosa y armónica, cuanto más se ajusten á sus respectivas misiones, cuanto más se purifiquen; y que la irradiación de las mismas alcanza una zona tanto mayor, cuanto más depuradas sean. He aquí explicado por qué no somos todos sensitivos, inteligentes ni buenos: nuestras respectivas auras no han salido aún del período de gestación, ó están en los albores de su alumbramiento; el día que lleguen (y llegarán) á un alto grado de desarrollo, á la puber-

tad siquiera, aquel día se habrá transformado el mundo. Dos motivos tenemos para pensar así: uno que pudiéramos llamar del orden mecánico; otro que es del orden moral. ¿Qué diferencia hay entre el ciego que camina sin guía por entre escollos, y el que dotado de buena vista recorre el mismo derrotero? Pues esa misma diferencia hay entre los que caminamos á ciegas por entre la vorágine de vibraciones que por todas partes nos envuelven, y los que ya ven, ó por lo menos ya presienten esas vibraciones.

Hemos dicho que teníamos dos motivos, uno de índole mecánica, otro de índole moral, para pensar que ha de transformarse el mundo el día en que la mayoría de los seres hayan logrado desarrollar un poco sus auras. Nos explicaremos.

Hechos repetidamente probados son los de que una sola mirada, una sola palabra, un solo gesto, ó simplemente la presencia de ánimo de un individuo, ha bastado para calmar la excitación de un populacho amotinado, para desalojar una asamblea tumultuosa, para concitar ó apaciguar los odios de las multitudes. ¿Cómo se explicaría esto si no fuera por el ascendiente moral, y por la imposición de un ritmo vibratorio sobre los otros ritmos.? Hay más todavía. Seguramente, lector, en varias ocasiones has sorprendido en una mirada, en un ademán, ó en la indiferencia del sujeto con quien has estado hablando, la antítesis de lo que te decía ó su confirmación palmaria; seguramente te has sentido también atraído ó repelido por determinadas personas á quienes nunca tuviste ocasión de hablar y que es fácil fuera

aquella la primera vez que te salían al paso; y seguramente, en fin, has notado en tí mismo que una resolución adaptada después de madura reflexión, te facilitaba en un ciento por ciento la ejecución del propósito que te proponías, mientras que la irresolución ó desconfianza en el éxito del mismo, amontonaba escollos en su camino: pues todo esto no se explica, no puede explicarse de otro modo que por la vibración de los auras, que en los dos primeros casos, al chocar con las tuyas, se compenetraron por su afinidad ó se repelieron por su discordancia; y en el caso último, cuando la reflexión madura contribuye de una manera prodigiosa á la ejecución del plan, es porque precedentemente ese plan ha sido vitalizado y ejecutado en idea por tu potencia psíquica, mientras que cuando la irresolución y desconfianza amontonan escollos contra él, es porque esa misma potencia psíquica ha dejado de vibrar en el debido diapasón, no ha vitalizado conforme á la idea.

En resumen: las fuerzas ocultas que obran en la naturaleza no son otro que los diversos grados de potencialidad de la esencia revelándose por sus símbolos atracción y repulsión; y los poderes psíquicos del hombre, esas mismas atracción y repulsión en sus superiores aspectos sensacional, intelectual y espiritual. Calcula, lector discreto, lo que éstos pueden producir cuando los dirija una mente serena y esclarecida y un corazón inconmovible y justo.

LIBRO CUARTO

ACCIÓN DEL VERBO

I.

Preparación personal del operador.

Ya sabemos lo que son las fuerzas ocultas; ya sabemos también lo que son los poderes psíquicos, y hasta podemos conjeturar la acción de los unos sobre las otras con poco que nos detengamos á reflexionar. Pero aquí se impone un peréntesis, una voz de alerta. Jugar con los poderes psíquicos es jugar con un rewolver cargado, y ¡ay del imprudente que se atreva á jugar con él desconociendo su mecanismo, ó bien, conociéndolo, no usando de la debida cautela! Indefectiblemente será víctima de su atolondramiento.

Hemos hablado de las auras ó aureolas física, mental y moral ó espiritual, y hemos dicho que la tercera emanaba de la resultante ética de la segunda y ésta de la depuración de la primera; hemos dicho también que la depuración de las tres auras se

lograba mediante un ritmo vibratorio acelerado, más sutil, por aquello de que á mayor vibración corresponde más actividad, más energía, más luz; y hemos dicho, finalmente, que en esto, como en todo, fuerza mayor sojuzga á menor. Aconsejamos al que intente operar no olvide nunca las transcritas conclusiones, y le invitamos encarecidamente á que prosiga atendiendo nuestros desinteresados consejos.

La electricidad es una fuerza incoercible, y no obstante se la encadena con un alambre conductor y se la anula con un cristal ó con un capullo de seda; bien dirigida, sirve para comunicarnos de polo á polo, para alumbrar nuestras calles, para mover nuestras máquinas, para una porción de cosas todas ellas muy útiles, muy buenas: mal dirigida, no sirve para otra cosa que para sembrar la desolación y la muerte. ¿Qué, pues, hace falta para utilizar con provecho la electricidad, y aun para contrarrestrar sus devastadores efectos? Ser un buen electricista; estar dotado de pericia y celo. Pues esto mismo hace falta para ser un buen operador dentro del psiquismo, para ser un buen obrero de la Teurgia.

Antes de ahora hemos hablado del poder del *dinamo,* ó sea la voluntad, y antes de ahora hemos hecho también un llamamiento al *conductor* y á los *aisladores,* ó sean la inteligencia, la justicia y el amor. No tenemos porque repetir lo que sería redundancia; basta que lo recordemos. Pero al recordarlo debemos consignar una vez más, que hemos puesto y que estamos poniendo en manos del lector un puñal de doble filo, y que del uso á que lo

consagre, no solo será él el único responsable, si que además puede sobrevenirle una locura, una hiperescitación nerviosa, ó un remordimiento permanente.

¿Medios preventivos contra toda clase de peligros? Muy pocos y muy sencillos: no utilizar sus poderes psíquicos para otra cosa que para el bien de la generalidad; no buscar gloria, ni honores, ni beneficios de ninguna clase; no rehuir jamás hacer el bien por el bien mismo. A esto se reduce todo, salvo, como se comprende, el conocimiento de lo que lleva entre manos.

Réstanos demostrar que no exageramos poco ni mucho al predecir funestas consecuencias á todo aquel que haga mal uso de sus poderes psíquicos. Para ello tendremos que esforzarnos poca cosa. Considere el lector que para que pueda influir sobre el aura física, mental ó moral de otro ser, ó para que pueda sojuzgar á las fuerzas ocultas, tiene que imprimir á su aura respectiva, mediante un esfuerzo de su voluntad, una vibración mayor y sostenida que aquella que sea normal ó extranormal en el sujeto ú objeto influído; y que esta vibración, á no ser regulada por una inteligencia esclarecida y una moralidad á toda prueba, y domeñada á la vez por una voluntad potente é impasible, puede convertirse en lo normal de su ser, que, por lo mismo que estará fuera de lo real que le pertenezca, será la locura en lo mental, la hiperestesia en lo físico y el desequilibrio en lo moral.

Con esto completamos lo que respecto á la preparación personal del operador consideramos de

conciencia deber decir, después de lo que en la primera parte expusimos ya á propósito del mismo asunto.

II.

Los sujetos.

Reciben en psiquismo el nombre de sujetos ó pacientes, aquellos seres ó cosas en quienes recaiga la acción de la voluntad del operante.

Los antiguos conocieron ya el alcance de esta acción, puesto que, como oportunamente vimos, la refirieron á los talismanes, á los amuletos y á los cuatro elementos agua, aire, tierra y fuego, por lo que se refiere á las cosas; y por lo que se refiere á los seres, la dirigieron más principalmente á los animales domésticos y al hombre.

Hoy se utilizan con especialidad, entre los sujetos animados, el hombre, y entre los inanimados, el agua, la cera, el papel y los medicamentos. Con uno y otros se han hecho experimentos curiosísimos; con uno y otros se hubiera llegado á la evidencia de lo que venimos predicando en los libros precedentes, si los investigadores de nuestro siglo, inficionados por el legítimo recelo que supieron esparcir los hombres de la Enciclopedia, no se hubieran detenido siempre en la superficie, en el cascarón de lo que motivaba sus ensayos.

Ello es que mal que pese á todos los escepticismos, mal que pese á todos los dogmas científicos y

religiosos, y mal que pese á la ignorancia supersticiosa ó supina, los sujetos animados ó inanimados responden á la acción del verbo del operador, y rinden frutos en consonancia con los poderes psíquicos que se les infunden.

Nada tenemos que decir del agua, de la cera, del papel, etc., por más que haya sensitivos que afirmen (y nosotros lo creamos) que tales cuerpos sufren notorias modificaciones en el sabor, en el color y en el peso por virtud de la fuerza néurica de que el operador les impregna. Esta afirmación no está todavía lo suficientemente probada para que pueda sentarse sobre ella un principio doctrinal; y con todo, sí puede asegurarse que indudablemente se impregnan de algo, aun cuando el análisis químico no lo ponga de manifiesto; pues de otro modo no se explicarían los fenómenos que producen y que nos ocuparán más adelante.

El sujeto animado, hombre ó mujer, merece le dediquemos algunas líneas. De hecho todos somos sujetos, porque todos podemos convertirnos en pacientes de una voluntad y poderes psíquicos superiores á los nuestros; pero los sujetos mejores, aquellos con quienes la experimentación se ha llevado en el día á su grado máximo, son seres desequilibrados, seres muy nerviosos, seres que padecen ó han padecido de histero-epilepsia. Parece ser que en ellos se ofrece campo abonado á la pronta germinación de la semilla que se les quiera echar; parece ser que son materia inflamable dispuesta á producir llama á la menor elevación de temperatura. Esto se explica perfectamente con nuestra teoría de

las vibraciones. El aura física de tales seres está en perpetua sobrescitación, y como no otra cosa se necesita para producir los fenómenos apetecidos, basta la voz de mando del operador para que el ritmo se acelere un poco más y se presente la crisis magnética ó hipnótica. La fascinación y la sujestión no hay apenas necesidad de provocarla, porque ese es, ó punto menos, el estado corriente de los histéricos.

Se ha observado, y esto concuerda también con nuestras teorías, que entre sujeto y operador, para que los fenómenos se produzcan más completa y nítidamente, es preciso que exista cierta corriente afín ó simpática, lo que raras veces se consigue desde el primer momento. De aquí la necesidad de repetidos ensayos, cada vez con mayor éxito, que deben preceder á toda sesión experimental definitiva. En tales ensayos el sujeto se va entregando á discreción á la voluntad del operador, hasta que por fin pierde en absoluto el dominio sobre sí mismo y queda prendido en la red que aquél le tiende, sea por la mirada, sea por la palabra, por el ademán ó simplemente con el pensamiento.

Finalmente, queda tan supeditado el sujeto á la voluntad del operante, que éste, y sólo éste, es el que puede disponer de él á su arbitrio, manejarle como si fuera un instrumento, utilizarle en cierto modo como si fuera una cosa. Hay que hacer, empero, una salvedad: la de que el sujeto no haya llegado á tan elevado grado de la hipnosis ó de la magnetización, que rompa las amarras que le sujetan á su hipnotizador y se declare independiente y aún en rebeldía. En este caso es él quien señorea, porque

sus auras han adquirido mayor ritmo vibratorio que no las de aquel que, exaltándole, le impuso sumisión y vasallaje.

Para concluir diremos que una voluntad decidida es dique poderosísimo contra todo ataque á nuestra libertad consciente, ora provenga ese ataque del orden físico, como si proviene del ultrafísico.

III.

Sugestión y fascinación.

En la base de los fenómenos psíquicos están la *sujestión* y la *fascinación*. Casi podría decirse sin hipérbole que constituyen la vida entera del individuo.

Fascinar es prender á uno en las redes tendidas por la apostura, la mirada, los modales, la palabra, el talento, etc., etc.; y sugestionar, es inculcar en otro las ideas propias, por la palabra, el escrito, el contacto, ó cualquiera otro medio ó procedimiento. Se ve, por consecuencia, que no hay ni puede haber otra cosa más corriente en el comercio ordinario, que la sugestión y la fascinación.

Pero no es de la sugestión ni de la fascinación comunes de las que aquí tenemos que ocuparnos, sino de la sugestión extranormal, de la fascinación supraordinaria, de esas sugestión y fascinación que anulan nuestra propia conciencia y nos imponen la conciencia ó los caprichos de un extraño.

Dirigíos á un ser cualquiera y empezadle á decir,

por ejemplo, que hace frío; decídselo cuatro ó seis veces, cada vez en tono más imperativo y con el decidido propósito de imponerle esa idea; y si advertís que haceis mella en él, proseguid en la misma sugestión hasta que le veais tiritar. Ya en este estado, que os dará la prueba de que es accesible á la sujestión, podeis imponerle la idea que os acomode: hacedle pasar repentinamente del frío al calor, á un calor de treinta y tantos grados, y sudará copiosamente; hacedle ver que se avecina una tormenta y que vais á empaparos en agua, y buscará por todas partes donde refugiarse; decidle que graniza con furia y que el granizo os lastima en la cabeza, el cuerpo ó las piernas, y asentirá en ello quejándose y llevando sus manos donde imaginariamente se crea herido; sospechad, en fin, que una chispa eléctrica puede privarle de sentidos, y rodará por tierra aletargado. En Copenhague murió un sujeto de terror sujestivo. Era un criminal condenado á muerte, y la Academia de Medicina, ansiando experimentar en él los efectos de la sujestión, le desnudó, le vendó de ojos, le sentó en una silla, y le impuso la idea de que iban á abrirle cuatro sangrías: dos en los brazos y dos en las piernas. Picáronle seguidamente de una manera muy superficial en los puntos indicados, al par que abrieron cuatro grifos de agua para que el hilillo de ella que caía sobre las respectivas pilas hiciera el consiguiente ruido, y el sugestionado, á pesar de no haberle salido de las picaduras ni una sola gota de sangre, tuvo un síncope, fué invadido por frío sudor, perdió la cabeza y murió en medio de grandes convulsiones.

Parecida á la sujestión es la fascinación, sólo que en ésta se opera primeramente por la mirada. Presentad ante la de un sensitivo un objeto brillante, á la manera como se presentan los espejuelos para cazar alondras, y pronto le vereis caer fascinado. Esto se consigue también por la mirada, el ademán, la voz melíflua, la música, etc., etc., como hemos dicho precedentemente. Una vez conseguida la fascinación podeis hacerle ver lo que os acomode: una serpiente rastreando á sus pies y aprisionándole, una paloma ó un águila volando, un campo de batalla, un baile, la personalidad de sus padres en cualquiera persona ó en el vacío, todo, en fin, lo que se os ocurra.

Otros grados más elevados así de la sujestión como de la fascinación, producen la hiperestesia de su sensibilidad; y aumentando todavía esos grados, se llega al sonambulismo lúcido. De estas dos fases nos ocuparemos más adelante.

Finalmente, se emerge ó libra de la sujestión y de la fascinación por la sola voluntad del operador, y en todo caso, soplando al sujeto enérgicamente entre ceja y ceja.

No nos detendremos á inquirir la causa eficiente de ambas series de fenómenos, porque luego, como síntesis del libro, expondremos á manera de teoría general la que consideramos explica satisfactoriamente todos los hechos de lo que no titubeamos en calificar de *acción del verbo.*

IV.

Hipnotismo y Magnetismo.

El Hipnotismo, más que otra cosa, es el salvo conducto de que se ha provisto el Magnetismo para poder penetrar en las Academias. Pocas ciencias experimentales han tenido que guardar tan larga antesala como él, para recabar de los altos dignatarios en el culto de Minerva la clementísima merced de que le prestaran atención; pocas ciencias se han visto tan vejadas, tan escarnecidas, tan calumniadas y menospreciadas como el Magnetismo (1),

---

(1) Una prueba de lo que decimos nos la da Cullere en los siguientes párrafos, que tomamos del primer capítulo de su obra *Magnetismo é Hipnotismo:*

"El magnetismo animal es un conjunto de procedimientos destinados á producir sobre el cuerpo humano fenómenos insólitos, explicables sólo por una doctrina particular. Por lo extraño de sus prácticas, lo vago de su sistema, lo incierto de sus efectos posibles y lo maravilloso de sus supuestos resultados, el magnetismo animal se acerca más á las ciencias ocultas que á la ciencia positiva. Pero así como de las primeras han ido saliendo poco á poco los más nobles conocimientos del espíritu humano, así del magnetismo animal se han apartado en nuestros días algunas nociones reales, precisas y accesibles á la comprobación de nuestros sentidos y de nuestro juicio, y que se han designado bajo el nombre de hipnotismo.

"El hipnotismo es el grupo de fenómenos nerviosos que se producen en un individuo sometido á diversos procedimientos, cuyo resultado es paralizar ciertas regiones del cerebro y excitar otras. Es una especie de sueño más ó menos profundo y más ó menos acompañado de caracteres especiales que permiten dividirle en diversos períodos, durante los cuales el sujeto reacciona de diferente manera...

"El magnetismo animal produce los mismos fenómenos, ó perturbaciones del mismo orden. Pero, además, tiene la pretensión de determinar otros mucho más extraordinarios. Ciertos sujetos, sumidos en el sueño magnético, tienen la facultad de conocer el pasado y el porvenir, de leer en el pensamiento, de ver á través de las paredes y en el espacio, de leer por la nuca y el estómago, de descubrir la naturaleza de las enfermedades y remedios apropiados, y así por el estilo.

"A principios de este siglo hubo una sonámbula magnética en Wurtemberg, que veía en el ojo derecho del hombre la imagen de un segundo él. En una burbuja de jabón veía las personas ausentes y los acontecimientos venideros. Leía palabras colocadas sobre su estómago, *distinguia* sus órganos interiores y los de los demás, hacia profecías y anunciaba la muerte de sus parientes. A más, conocía las enfermedades é indicaba los remedios que en

no obstante ser sus hechos de los que se demuestran, como el movimiento, andando, y no obstante haberse reconocido desde tiempo inmemorial, el Magnetismo terrestre. Es posible que no pecáramos de suspicaces si atribuyéramos esta enemiga á la errónea noción que del universo han tenido y tienen aún bastantes de nuestros académicos, y al apego que casi todos demuestran por conservar íntegro el legado que recibieron de sus predecesores. Sea ó no por esto, ello es que el Magnetismo no penetró en las Academias hasta que se presentó como Hipnotismo. No discutamos palabras y vayamos al asunto.

El Dr. Braid definía el Hipnotismo diciendo de él que «es un estado particular del sistema nervioso determinado por maniobras artificiales.» Al doc-

---

cada caso convenian; por la aplicación de la mano sobre el vientre expulsaba la solitaria, y por medio de un amuleto de hojas de laurel curaba las enfermedades mentales. Estando ella mala, se prescribió polvos de verrugas de caballo, y se puso bien. Con siete pases magnéticos quitaba los dolores de pecho; para los dolores de cabeza hacia tres veces siete pases, y para los de las otras partes del cuerpo, siete veces siete. Para las demás enfermedades le bastaban tres palabras cabalísticas que inscribia sobre un amuleto. En fin, y esta es la mayor de las maravillas, veía tan claramente el alma humana, que describia su forma y su color.

"Semejantes prodigios los produce un agente no menos maravilloso designado con el nombre de *Fluido magnético*, el cual se escapa del cuerpo del hombre y éste tiene el poder de dirigir ya por maniobras exteriores ó ya por solo el poder de la voluntad; porque, dice un discípulo de Mesmer, el alma puede obrar mediatamente sobre el fluido magnético vivificante, y, por su propia voluntad, determinarle á dirigirse hacia tal ó cual parte del cuerpo por el pensamiento y la atención.

"Sorprendentes dones. El magnetizador que los tiene en su mano, aunque no sea más que de vez en cuando, porque se advierte que no son lúcidos todos los sonámbulos magnétieos, no tendría más que abrirla para trastornar el mundo, realizar el sueño de los titanes y hacer de la humanidad una sociedad de dioses. Y sin embargo, no lo hacen, ni lo han hecho ninguno de euantos han sostenido semejantes pretensiones, porque las manifestaciones hipnótieas y las ilusiones magnéticas son tan antiguas como el mundo."

A estos párrafos, que, como se vé, están saturados de fina sátira, Cullere agrega otros de no menos piadosas intenciones. Por ejemplo: trata de los videntes y sensitivos, y dice: "En cuanto á su facultad de ver al alma humana, ¿cómo dudarlo? "Las almas, dicen, no tienen sombra; su forma es grisácea; sus ropas son las que llevaron en este mundo, pero grises como ellas." Esta definición es tan clara y concluyente que no queda otro remedio que admitirla..."

tor Richet no le pareció lo necesariamente completa esta definición, y emitió la suya considerando al Hipnotismo como «el conjunto de estados particulares del sistema nervioso determinados por maniobras artificiales.» Es preciso convenir que la definición de Richet es más cierta que la de Braid por lo que se refiere á la totalidad de los fenómenos, puesto que desde la leve pesadez de párpados en el sujeto hasta el sonambulismo lúcido, hay una escala innumerable de grados que nadie puede determinar. No es tan feliz por lo que se refiere al origen atribuído á los fenómenos, pues mientras la escuela de la Salpêtrière, y con ella muchos hipnotizadores, opinan como Braid y como Richet, la escuela de Nancy y sus partidarios, que no son pocos por cierto, ven solamente en los fenómenos la potencia de la sujestión, es decir, la exteriorización de la voluntad del operador sobre el sujeto en quien experimenta, ó la auto-sugestión de este último. Ambas escuelas aduçen las razones que corroboran su tesis, y ambas escuelas presentan mil fenómenos que proclaman su criterio. ¿Pueden tener ambas razón? En nuestro concepto, sí. Ni una ni otra han llevado sus estudios á donde en rigor debieran haberlos llevado, y como sólo se atienen á la parte fenoménica que se les presenta por delante, juzgan de ella con el único criterio que les es posible: con el criterio de una observación deficiente.

Pasemos por alto tamañas deficiencias, y prosigamos esta sucinta exposición.

Se produce el estado hipnótico por varios procedimientos; uno de ellos es fijando la mirada. Se

le ordena al sujeto que mire fijamente á los ojos del hipnotizador, y éste á su vez hace lo propio respecto á los ojos del sujeto. Cuando el último empieza á parpadear, á bostezar, á lacrimear, á cerrar finalmente los ojos, el hipnotizador le aplica los pulgares sobre los párpados, hace un poco de presión sobre los glóbulos oculares del paciente, y acaba por ordenarle que duerma. Generalmente no tarda en presentarse en la boca del sujeto un poco de espuma: es indicio de que ya duerme.

Braid empleaba otro procedimiento; el del objeto brillante. Oigamos sus propias frases: «Tómese un objeto brillante cualquiera (habitualmente uso mi porta-lancetas) entre el pulgar, el índice y el medio de la mano izquierda; manténgasele á la distancia de 25 á 45 centímetros de los ojos, en una posición tal, por encima de la frente, que sea preciso el mayor esfuerzo posible de los ojos y de los párpados para que el sujeto mire fijamente el objeto.»

La escuela de la Salpêtrière modificó un poco el procedimiento de Braid, puesto que en lugar de tener el objeto brillante á una distancia mayor ó menor del sujeto, ella preconiza se le coloque entre los ojos mismos, en el nacimiento de la nariz; la convergencia forzada es mayor, la fatiga más pronta y el sueño más rápido.

Las impresiones tactiles débiles, la frotación en ciertas regiones del cuerpo, lijeras percusiones, voces ó cantos monótonos, el dolor, el terror, el placer súbito, etc., etc., son igualmente somníferos. Richet ha descubierto que una lijera frotación en el vértice, les produce á las histéricas la fase sonambúlica.

Consecuente con sus teorías, la escuela de Nancy provoca con la sujestión el hipnotismo. Empieza por sentar cómodamente á los sujetos; les ruega que no piensen en nada ó que concentren su atención sobre tal ó cual objeto, y, finalmente, acaba por sugestionarles del siguiente modo: «Vais á sentir pesadez en los párpados; una gran fatiga en los ojos; ya entornais los párpados; la vista se os pone confusa; cerrais los ojos; teneis los párpados pegados y no los podeis abrir; la necesidad de dormir se os hace cada vez mayor; no podeis resistir más; dormid.»

Todos estos procedimientos y otros varios que omitimos, conducen á los sujetos á ese estado especial cuya nosología es difícil por no decir imposible de determinar; luego veremos los fenómenos que durante el mismo se producen.

El Magnetismo, como ya llevamos dicho, es el mismo Hipnotismo cubierto con distinto ropaje. Cuantos hechos se consiguen con el segundo, se consiguen también con el primero; cuantas fases diferenciales se presentan en aquél, se presentan también en éste. Hay, empero, una diferencia muy notoria, aunque la aludida diferencia no estribe en lo substancial, sino en lo accidental ó de procedimiento. No nos referimos al modo cómo se inmerge en la hipnosis ó en el Magnetismo; nos referimos al modo como uno y otro se aplican á la terapéutica. Las particularidades de esta cuestión nos servirán de tema para un capítulo especial; las generalidades estriban en que mientras con el Magnetismo puede operarse á distancia, con el Hipnotismo es condición precisa el que se opere de presencia.

Otra variante, pero esta no es de rigor, la presenta el *modus operandi*. Hemos visto los múltiples que en Hipnotismo se utilizan; en Magnetismo no hay más que uno, ó un par de ellos á lo sumo: las corrientes magnéticas y la intención ó voluntad. Se da el nombre de corrientes magnéticas al contacto que el magnetizador establece con el sujeto para ponerse en relación con él, y á los pases longitudinales, transversales, rápidos ó acumuladores que el primero da al segundo para cargarle, descargarle ó equilibrarle el fluido en todo ó parte del cuerpo.



Algunos autores dan reglas precisas, matemáticas, para llevar á cabo todas y cada una de estas operaciones: tantos minutos de corriente acumuladora para tal cosa, tantos de corriente transversal para tal otra, cuantos de pases longitudinales para la de más allá, y así sucesivamente. Esto, en nuestro concepto, y este concepto es engendrado por la propia experiencia, equivale á supeditar el verbo al tiempo, cuando éste es el que debe de estar supeditado al verbo. Otros autores recurren al auxilio del imán y de los plastrones vitalizados, que es lo mismo que recurrir á unas tenacillas para apresar con ellas lo que se puede apresar más pronto, más cómoda y más enérgicamente con las manos. Finalmente, los pases ó corrientes magnéticas hay quien

dice que deben hacerse con las manos aconcavadas, otros con las manos planas, éstos sin tocar al paciente, aquéllos rozándole y aun friccionándole suavemente, etc., etc.; nosotros creemos que el fondo es todo y la forma nada; pero no dejamos de reconocer la parte de magia sugestiva que en sí tiene cada forma, y nos abstenemos por ello de inclinarnos por ninguna de las opiniones. Será la mejor la que produzca más buenos resultados en cada caso.

V.

Los fenómenos.

Todo lo que hasta aquí llevamos dicho y todo lo que nos falta que decir hasta terminar el libro, se contrae exclusivamente al psiquismo fenomenal; de ningún modo al psiquismo terapéutico, ni mucho menos al transcendental ó ético. Estas dos últimas fases se excluyen por sí mismas de la primera.

Bajo el punto de vista que decimos, Magnetismo, Hipnotismo, Sujestión y Fascinación, son cuatro nombres distintos y un solo hecho verdadero. Pueden presentar en su origen distintas fases ó aspectos, como los afluentes de un canal que en último término se utilice para dar movimiento á una fábrica; pero esos varios aspectos carecen de significación y valor positivo, puesto que lo único que de ellos se aprovecha es el caudal que aportan al acervo común, que es el que más tarde se convertirá en energía hidráulica para dar vida y movimiento

á enseres por sí mismos pasivos, pero activos, y aún conscientes, bajo la dirección del hombre y el impulso de la fuerza de gravedad transformada en caballos de vapor ó en wolts dinámicos.

Es tanto más exacto nuestro símil cuanto que todos los experimentadores han comprobado, lo mismo en el Hipnotismo que en el Magnetismo, Sugestión, y Fascinación, cuatro estados típicos, clásicos pudiéramos decir, que son: credibilidad, catalepsia, letargia y sonambulismo. Estos cuatro estados ofrecen la particularidad de ser completamente idénticos en todos los sujetos, sea cualquiera el procedimiento que les haya conducido á ellos, y de abarcar también la serie de fenómenos que á cada uno de los mismos se ha referido. Por añadidura, y esto es lo que más recalca nuestra tesis, se ha observado que aun variando de procedimiento con un mismo sujeto, se obtienen siempre los mismos resultados.

Hemos dicho, y debemos rectificar en parte, que un mismo estado es completamente idéntico en todos los sujetos, sea cualquiera el procedimiento que les haya conducido á él. Esto no es verdad en absoluto. Cada sujeto ofrece particularidades propias, algo así como especialidades, que en vano se intentaría provocarlas en los otros. Si se nos pregunta á qué es debido, contestaremos preguntando á nuestra vez que á qué es debido que dos buenos músicos, dos violinistas, por ejemplo, no den, aunque lo intenten, absolutamente idéntica interpretación á una misma nota. El buen juicio indica que la aptitud de cada cual, debe conocerse en algo. Hecha abstrac-

ción de esta minucia, queda en pie lo aseverado como regla general.

Descendiendo á los detalles, pasamos á dar idea de los cuatro estados clásicos.

a Credibilidad.

Generalmente se da el nombre de *sonambulismo* á lo que nosotros, insiguiendo la opinión de personalidades competentes, llamamos *credibilidad*. Fúndanse los autores que proponen esta enmienda, en que habiendo en los fenómenos psíquicos dos clases de sonambulismo, el que se presenta al iniciarse los primeros estados extra normales del sujeto, y el que constituye lo que pudiéramos decir cimera de los fenómenos, no basta el aditamento ó adjetivo de *lúcido* que se le aplica al último para evitar se le confunda con el primero, máxime cuando es muy corriente suprimir tal aditamento en las reseñas de las experiencias, bien sea por obviar repeticiones, bien por cualquiera otro motivo. Además, dicen, el estado de *credibilidad* es condición previa, casi casi indispensable en los sujetos; y como el nombre nada prejuzga, y como, llámesele como se quiera, este estado no ofrece otras particularidades que las peculiares á la inmersión en otra fase ó aspecto de la hipnosis ó del magnetismo, donde verdaderamente se presentan los fenómenos dignos de estudiarse, juzgamos que ningún inconveniente debe oponerse á que se adopte este nombre, máxime cuando con él quedan perfectamente deslindados los campos de uno y otro sonambulismo. De no ser así, y apuran-

do la materia, no vemos por qué se han admitido las otras fases clásicas, puesto que todas ellas son grados diferenciales de un sonambulismo único.

b) Catalepsia.

«El rasgo más culminante del estado cataléptico, dice Charcot, es la inmovilidad. El sujeto, aunque se le coloque de pie en una actitud forzada, se mantiene en perfecto equilibrio y parece como petrificado. Sus ojos están abiertos, su mirada fija y su fisonomía impasible.» Por la inmovilidad de los párpados corren las lágrimas por las megillas del sujeto; su respiración se va haciendo menos profunda y menos frecuente; los miembros que le dobla ó le levante el operador, no ofrecen la menor resistencia y se conservan en la posición que se les deje, por violenta que sea; la excitación de los tendones de los músculos y de los nervios no determina ni reflejos ni contracturas musculares; y aun cuando la piel ofrece una insensibilidad absoluta, los sentidos conservan cierto grado de impresionabilidad, que, por sujestión, pueden convertir al cataléptico en estatua animada, y hacerle ejecutar varios movimientos más ó menos



complejos. Abandonado el sujeto á sí mismo, vuelve á su inmovilidad primitiva.

c) Letargia.

Se presenta generalmente la letargia con un poco de espumarajo en los labios del sujeto, y con un abandono general en todos sus miembros, que se desploman inertes á lo largo de su cuerpo. Sus globos oculares se ofrecen convulsos, vueltos hacia arriba y más ó menos ocultos por la oclusión de los párpados: No tiene abolida por completo la actividad sensorial, pero su anestesia es tan grande, que todas las excitaciones son punto menos que estériles. «Lo que caracteriza este estado—dice Cullerre—es la exaltación de la irritabilidad en la médula espinal, revelada por la exageración de los reflejos tendinosos y el fenómeno descrito por Charcot y Richet bajo el nombre de *hiperescitabilidad neuromuscular*.»

Consiste este fenómeno, en que si se percute el tendón de un músculo, «se produce instantáneamente una contractura de un músculo que levanta la parte del miembro á que aquel pertenece. A veces hay *difusión del reflejo*, y el choche del tendón da lugar á contracciones reflejas en los miembros de uno de los dos lados del cuerpo. Al mismo tiempo presenta la contracción muscular una forma inusitada. se prolonga como en el tétanos, y se convierte en una especie de contractura de corta duración. Hay casos en que dicha contractura se hace permanente. Tan pronto afecta á un miembro como á una mitad

del cuerpo ó al cuerpo entero.» También puede obtenerse la contractura por la fricción prolongada en los tendones ó sobando las fibras musculares:

d) Sonambulismo.

Psicológicamente considerado, este estado es el más importante de los cuatro que constituyen la serie de los clásicos ó tipos; pero examinado físicamente, no presenta caracteres tan marcados como cualquiera de los estados anteriores.

En el sueño sonambúlico los ojos del sujeto están cerrados, medio cerrados ó abiertos, aunque esto último sea la excepción de la regla, sus párpados se agitan con frecuentes extremecimientos; existe en él revolución muscular en grado mucho menor que en la letargia; no se le nota hiperexcitabilidad neuro-muscular, pero si se le excita los tegumentos, por leve que sea la excitación, se presenta una rigidez que difiere de la hiperexcitabilidad muscular de la letargia, en que no cede, como ésta, á la excitación de los músculos antagónicos, y sí se desvanece bajo la misma excitación que la provocó; y



difiere asimismo de hiperexcitabilidad de la catalepsia, en que el miembro puesto en estado rígido, ofrece marcada resistencia á cambiar de posición; tiene los tegumentos afectados de analgesia; «pero ciertas formas de la sensibilidad de la piel, el sentido muscular y los sentidos especiales, sufren una hiperexcitabilidad considerables que permite producir por sugestión fenómenos automáticos sumamente complejos y variados. *(Cullerre.)*

Desaparece el sueño sonambúlico cuando se hace presión sobre los ojos del sujeto, quien pasa entonces á la fase letárgica. Por el contrario, si se le abren por completo los párpados, el sujeto entra en catalepsia.

Tales son los cuatro estados típicos que en sí abarcan todos los fenómenos psico-físicos que se observan en Hipnotismo, Magnetismo, Sugestión y Fascinación. Ahora vamos á ver las particularidades que presentan.

I. *Anestesia é hiperestesia.*

Desde el momento en que el sujeto entra en el segundo estado típico, se presentan en él los fenómenos de anestesia é hiperestesia. Se le puede anestesiar un pie, un brazo, una mano, una megilla, etc, y no percibirá con ellos ninguna sensación; podeis pincharle, pellizcarle, aplicarle una brasa (1):

(1) En un periódico de Bombay apareció la siguiente descripción de la "Fiesta del fuego", celebrada en Benares en Abril del corriente año (1899): "Recientemente tuve ocasión de asistir á una extraña ceremonia que produjo la más grande emoción entre los espectadores: la procesión del fuego

para él será como si no le hicierais nada. Por el contrario, si en lugar de la anestesia provocais la hiperestesia, será sensible, no solamente al contacto, si que al pensamiento ó intención que formuleis. Pensais, por ejemplo, producirle un estigma en el brazo, en la pierna ó en el carrillo, y en el momento el estigma se presenta; pensais quemarle en un pié ó en la nariz, y el dolor de la quemadura le hará exhalar un



de los sacerdotes de la divinidad Chiva, cuya esposa, Cali, es la diosa de la peste. Como en un grupo de europeos se conservaba con muestras de duda acerca de los prodigios que los susodichos sacerdotes realizan, uno de nuestros amigos indios nos prometió darnos una prueba de la verdad de tales prodigios, que consisten, nos dijo, en pasar á través del fuego sin quemarse.

"En virtud de la promesa, nos reunimos una noche en el jardín de uno de tales sacerdotes. En una grande pradera que se extendía frente á la puerta de la quinta, se había abierto un hoyo de 4 pies de ancho por 20 de largo, y se había rellenado de gruesos troncos de árbol, por cierto muy secos, según pudo persuadirse hasta el más incrédulo. Sobre esta pira se echó, á nuestra presencia, una capa espesa de ascuas encendidas, é inmediatamente el calor de la fogata se hizo tan intenso que hubimos de retirarnos á una distancia de 10 pies.

"Entre un tropel de devotos indios hallábase confundido nuestro círculo, que se componía de damas y caballeros de distinción, tales como Richardson, profesor de química, Neatley y Pascal, doctores en Medicina, y otros.

"El murmullo que se produjo entre nuestros acompañantes á eso de las siete, nos previno que se acercaba ya el cortejo. En efecto: delante de todos iba el gran sacerdote, llevando un machete en la mano; le seguían otros dos sacerdotes, y tras éstos un tercero, que llevaba un ídolo encerrado en una urna primorosamente esculpida y ricamente exornada.

"Al llegar á nosotros me comunicó el gran sacerdote—un venerable anciano—que sus dos compañeros iban á penetrar en la hornaza seguidos de cuantos indios tuvieran verdadera fe, y que saldrían de ella completamente sanos y salvos.

"Principió entonces un increíble espectáculo. Mientras el anciano gran sacerdote empleaba diferentes fórmulas de conjuros, los otros dos sacerdotes hacían contorsiones y tomaban posturas extrañas. Echóse en la hornaza algunas nueces de cocotero, y tras ellas, en medio de una gritería infernal,

¡ay! (1). Téngase muy presente lo que decimos, porque habremos de recordarlo más adelante.

II. *Amnesia é hipermnesia.*

Del mismo modo que se abule la sensibilidad, se abule la memoria; y del mismo modo que se exalta aquélla, se aguza ésta. Lo corriente es que el sujeto vaya perdiendo la memoria desde el segundo estado; pero el operante puede hacérsela perder por completo, ó, á la inversa, hiperescitársela hasta un límite desconocido. «No os acordareis de nada», se le dice al sujeto, y no se acuerda siquiera de su nombre. «Os acordareis de todo», y se acuerda aun de los más mínimos detalles. Dentro de la serie de fenómenos mneumónicos que presentan los sujetos,

---

se precipitaron los dos sacerdotes. Vímosles danzar y pasearse á lo largo y á lo ancho de aquel colosal brasero, cuyas ascuas removían con sus pies, cuya llama lamía todo su cuerpo y del que se escapaban abundantes chispas que nos retenían á respetuosa distancia. Durante este tiempo no cesaron los cánticos de la multitud, los gritos de las mujeres ni los conjuros del gran sacerdote. De entre los asistentes salió un indio, luego otro, luego un tercero, más tarde 10, 50, 100, que se precipitaron en la hornaza como antes lo hicieron los sacerdotes. Con el corazón acongojado hubimos de advertir entre los tales, á niños de cuatro y cinco años. Uno de los de nuestro grupo se precipitó también en el fuego, donde le vimos pasear tranquila y lentamente. Al volver á nuestro lado nos dijo que la impresión que había sentido era semejante á la que sentiría cualquiera al andar por sobre arena caliente.

(1) El Dr. Bernheim, después de dormir á un sujeto, le colocó en el brazo derecho un trozo de papel de Albespeyres de un decímetro cuadrado, y de viva voz le hizo la sujestión de que el revulsivo no produciría efecto alguno en el brazo en que estaba aplicado y sí en el otro en que no había nada. A la mañana siguiente, término fijado por el hipnotizador, levantó el cáustico y debajo de él no había ni una lijera tinta rosada; en cambio en la región análoga del otro brazo en que no se aplicó el papel de Albespeyres, apareció la piel roja y llena de fictenas.

Ochorowictz llevó el experimento mucho más lejos, puesto que sólo por sugestión mental y á distancia alcanzó los mismos resultados en una sujeto á quien estaba tratando.

Bourro y Burot dijéronle á un sujeto: "Esta noche á las cuatro te quedarás dormido, y sangrarás por las líneas (imaginarias) que acabo de trazar en tus brazos;" y el sujeto, llegada la hora, se durmió y sangró.

(Véanse *Le Grande Histeria*, de Berjon; *Raport Medical sur Louise Lateau*, de Warlomont, *La suggestión*, de Bernheim, etc.)

hay curiosidades muy dignas de advertirse. Por ejemplo: se le impone la idea de que se acuerde de todo menos de cómo se llama, y así resulta; se le impone la idea de que se acuerde también de cómo se llama, pero que no sepa pronunciar su nombre, y en vano se esforzará pòr pronunciarlo; y así por este estilo con cuanto se quiera que recuerde ú olvide. Tales afasias pueden contraerse á la memoria auditiva de las palabras habladas, á la memoria visual de las palabras escritas, y á la memoria motriz de unas y otras, total ó parcialmente.

«Durante una sesión de hipnotización, dice monsieur Hack Tuke (1), quiso un joven pronunciar cuando menos su nombre propio estando bajo la influencia del Magnetizador Hansen, que le prohibió hacerlo. A pesar de sus muchos y prolongados es-

"Alguien, notoriamente escéptico, apuntó la idea de si los indígenas tendrían la piel de los pies muy gruesa é insensible, y el Dr. Pascal, previo examen, declaró que la estimaba perfectamente normal. Conviene añadir que los pies de los que se pasearon por entre las llamas, no presentaban señal alguna de quemadura.

"Media hora, poco más ó menos, emplearon los sacerdotes en esta extraña ceremonia; luego abandonaron el jardín y la muchedumbre se dispersó.

"El Dr. Richardson, muchos otros caballeros y yo nos aproximamos al brasero; pero el calor era aún tan vivo, que tuvimos que retirarnos, llevándonos la convicción de que aquel fuego era un fuego real.

"Nadie, entre nosotros, puede darse una explicación satisfactoria de lo que ha visto; pero nadie duda tampoco de la realidad de este hecho.

"Indudablemente los indios poseen el conocimiento de ciertas fuerzas de la naturaleza, de las que los europeos no hemos sospechado siquiera la existencia."

No son sólo los sacerdotes y creyentes indios los que gozan de tal inmunidad, á lo que parece disfrutan también de ella, si hemos de creer á distintos viajeros, algunos naturales de las islas Fidji, y en Europa y América se han conocido algunos médiums que en estado de *trance* han presentado los mismos fenómenos. Entre estos últimos merece citarse á Mr. Daniel Dunglas Home, de quien se dice:

"Tal vez el hecho mejor comprobado y más extraordinario referente á la mediumnidad de Mr. Home, es el llamado "la prueba del fuego". En estado sonambúlico toma un carbón enrojecido y lo lleva en su mano, recorriendo todo el cuarto, presentándoselo á todos los asistentes para que se convenzan de que en realidad es una brasa. Este hecho fué presenciado por Mr. H. D. Jencken, Lord Lindsay, Lord Adare, Miss Duglas, Mr. S. C. Hall y otros

(1) *Le corps et l'esprit; action du moral et de l'imagination sur le physique.*

fuerzos y de los ridículos gestos que hizo, no pudo pronunciar más que la primera letra, B: todo lo demás fueron gesticulaciones.» «Uno de los sujetos del Dr. Bernheim, sumido en sonambulismo lijero, recibía todas las sugestiones que quería hacerle. Le hacía también berrear; le mandaba que escribiera su nombre, sugiriéndole que no podría escribir las consonantes, y escribía *ee;* que no podría escribir las vocales, y escribía *B r n m.* En este sujeto eran instantáneas las alucinaciones de los sentidos.» (1) «Absorbiendo todo mi tiempo el tratamiento de Mme. M..., había descuidado algunos negocios, de manera que ese día estaba un poco apurado por una cuestión de dinero. El tratamiento era gratuíto, y yo no quería que Mme. M... se enterase en lo más mínimo de mi apuro. No pudiendo

---

muchos; pero lo más extraordinario es que estando en ese estado él puede comunicar su facultad á otras personas. Así, en una ocasión colocó en la cabeza de S. C. Hall un trozo de carbón incandescente, sin que este señor se quemara, lo cual presenciaron Lord Lindsay y otras cuantas personas: la Srta. Hall, en una carta dirigida al conde de Dunraven publicada en el *Spiritual Magazine* (1870, p. 178) dice lo siguiente:

"Mr. Hall estaba sentado frente á mí, ví á Mr. Home colocarse á la espalda de la silla en que estaba sentado este señor: permaneció así cosa de medio minuto y después le colocó en la cabeza un trozo de carbón ardiendo. Me he maravillado sin espantarme de los fenómenos de esta clase que he presenciado, pero esta vez no fué así; uno de los presentes dijo: "se quema V.", á lo que contestó Mr. Hall: "Siento calor, pero no me quemo." Home se había alejado un poco, pero volvió al lugar en que antes estaba, siempre en estado sonambúlico; se sonreía y manifestaba estar muy complacido. Entonces procedió á levantar los blancos cabellos de Mr. Hall y cubrió con ellos el carbón enrojecido, formando una especie de pirámide: la brasa se veía brillar entre el pelo."

"Examinada después la cabeza de Mr. Hall, se vió que ni la piel ni los cabellos habían sufrido en lo más mínimo; algunas personas tocaron la brasa y la sintieron quemante. Lord Lindsay y Miss Duglas tomaron los carbones ardiendo con sus manos, y dijeron que los sentian más bien frios que calientes, con la particularidad de que otras personas al tocarlos se quemaban, y aun sucedió que cuando el Lord y aquella señorita se los acercaban á la cara, los sentían quemantes. Las mismas personas testificaron que Mr. Home se colocó unas brasas sobre su chaleco sin que se quemara el tejido de éste; que puso la cara en medio del fuego de manera que las llamas pasaban entre sus cabellos, sin que éstos ni siquiera se chamuscaran. La misma facultad de resistir al fuego le fué comunicada á objetos inanimados. El Sr. H.

(1) Cullerre, *Magnetisme et Hypnotisme.*

abandonarla á causa de la gravedad de su estado (tenía todavía accesos de manía de suicidio), mi pensamiento volvía á cada instante sobre tan enojoso asunto. —Converso con la enferma en tono de broma, pero probablemente mi voz denunció mi inquietud, y en un momento dado veo que adivina mi pensamiento. De pronto deja de hablar y queda pensativa. Una larga observación me permite adivinar á mi vez la idea que la preocupa.—Después de haber reflexionado, ella debía decirse interiormente. Está apurado, es preciso ayudarle, pero si me despierta lo olvidaré todo... ¿Cómo hacer?...—Busca y halla un medio. Se quita una sortija (como acostumbraba hacer cuando quería acordarse de algo) y su semblante denunció la decidida intención de no olvidar el significado de ese acto.—«No hay que pensar en eso», le dije.—«Si, quiero pensar en ello, no me lo impedireis», y trataba de distraerse para desvirtuar mi acción.—Algunos minutos después, teniendo su mano, le ordeno mentalmente que olvide

Nisbet, de Glasgow (*Human Nature,* Febrero 1870), dice que en su propia casa el mes de Enero de 1870 Mr. Home colocó un carbón ardiendo en las manos de una señorita y de un caballero, quienes sólo sintieron calor; en seguida puso la misma brasa sobre un periódico doblado que se quemó formando un agujero en los ocho dobleces; tomó entonces otra brasa y la puso sobre el mismo periódico paseándolo por la sala por espacio de tres minutos; se examinó enseguida el papel y se vió que no había sufrido la menor quemadura. Lord Lindsay declara más adelante que en ocho ocasiones Mr. Home le ha colocado en las manos carbones ardiendo sin que se haya quemado; es de notar que este Lord es de los pocos nobles que se dedican á trabajos científicos, por consiguiente su testimonio es de bastante valor. Mr. W. A. Harrison (*Spiritualist,* Marzo, 15 de 1870) vió á Home tomar un carbón incandescente que cubría la palma de su mano, pues su longitud era de seis á siete pulgadas, caminar con él alrededor de la pieza; las paredes se iluminaban con su luz rogiza, y cuando Home volvió á la mesa, los que estaban sentados á su alrededor sintieron perfectamente calor en la cara; el experimento duró cinco minutos. Estos fenómenos se han verificado multitud de veces en presencia de numerosos testigos; la realidad de estos hechos no puede ponerse en duda, y son inexplicables por las leyes conocidas de la fisiología y de la física."—(ALFREDO R. WALLACE, *Defensa del Espiritualismo moderno,* pags. 261 y siguientes.)

su proyecto.—«No me quiteis este pensamiento, me dice retirando violentamente su mano; oh! qué poca compasión teneis!... ¿En qué pensaba hace un momento? Yo quería acordarme de una cosa... ya no sé nada».—Pocos momentos después percibí un nuevo trabajo interior que su semblante traicionaba. El sueño era menos profundo, vuelve de nuevo á su idea y trata otra vez de esquivar mi influencia, pidiendo que la despierte lo más lentamente posible *para evitar un ataque*.—La despierto poco á poco, sugiriéndole la alegría al despertar.—Una vez repuesta se queda pensativa, y frotándose la frente, dice:—«Me parece que debía acordarme de alguna cosa... pero no sé. (Examina varias veces su sortija.) No, no me acuerdo de nada...»—Al día siguiente la dormí de nuevo. Al momento volvióle el recuerdo de su intención, y trató nuevamente de grabarla en su memoria. Halla para ello un nuevo medio: pronuncia una frase que no podía ser comprendida por mí, pero que recordada al despertar, debía suscitarle el recuerdo del proyecto que acariciaba. Luego se tapó los oídos y se puso á torarear para evadir mi influencia.—Le ordeno mentalmente el olvido y la despierto con lentitud; ella se creía triunfante.—Ya en estado normal, le repito la frase mnotécnica.—«¿qué quiere decir eso?, me contestó; no comprendo nada» (1).

He aquí tres casos que comprueban en absoluto lo precedentemente dicho.

1) Ochorowictz, *La suggestión mentale*.

III. *Cambio de personalidad.*

El cambio de personalidad es uno de los fenómenos más curiosos que se presentan entre los de psicofísica que venimos exponiendo. A un sujeto se le dice que es un obispo, un general, una vieja harapienta, una niña, un emperador, un asesino, un juez ó un médico, y la expresión, las aptitudes y los ademanes se conforman *in continenti* en cada caso á la nueva personalidad que tiene que representar. Y no es esto sólo lo que se transforma, si que se transforman también con ello sus conocimientos literarios, su estilo epistolar, su grafología, etc. Lombroso ha estudiado repetidos casos de esta naturaleza, y dice en uno de sus folletos: «Como se ve, la sujestión ha cambiado el sexo y las condiciones más diversas, la ortografía y el tipo caligráfico, y en lo escrito revélase además el carácter de un niño, de una mujer joven, de un vieja, de un campesino, de un militar. Es curioso que un estudiante que se cree un bandido, asuma el tipo tan íntimamente, que hasta se manifieste en la energía de las *tt* y en el grosor de los trazos, dato ya asignado por mí á los criminales» (1).

IV. *Hemisonambulismo, hemiletargia, hemicatalepsia.*

No menos curiosos que los cambios de personalidad son los fenómenos de hemiletargia, hemicatalepsia y hemisonambulismo. En ellos el sujeto se pre-

(1) *Studi sull'ipnotismo.*

senta con dos aspectos diferentes, y á veces los más opuestos entre sí. Se diría que, como el Jano mitológico, poseía cara doble, ó mejor, que su cuerpo podía servir de albergue á dos diferentes espíritus. «Cuando en un sujeto cataléptico ó sonambúlico, bajo la influencia de una alucinación—dice Richet (1) —determinamos la hemiletargia por la oclusión de uno de los ojos, la alucinación continúa, importando poco el que la hemiletargia sea producida á derecha ó izquierda.» Este mismo resultado demostró Braid que se obtenía por el soplo. Y Descourtis, externo del profesor Charcot, fué el primero que probó la concomitancia en el mismo sujeto, de la hemiletargia y de la hemicatalepsia, dando por resultado que una mitad del paciente presentara resolución completa de los órganos, sideración intensa, sueño profundo, analgesia, flacidez, convulsión ocular y parpadeo; y la otra mitad, mirada fija sin parpadeo, inmovilidad, lacrimeo, anestesia, rigidez, etc. En estas condiciones el sujeto hipnótico puede presentar sorpresas: reflejar con la mitad derecha de su cuerpo, por ejemplo, la alegría, y con la mitad izquierda, el dolor; ser en una mitad un general, y en la otra mitad, una bailarina; olfatear en un mismo frasco de agua clara, por un lado de nariz, esencia de rosas, y por el otro lado, asfétida; y así sucesivamente.

V. *Trasposición de los sentidos.*

También es notable este fenómeno. A un buen

(1) *Etudes cliniques sur la Grande Hysterie ou histero-epilepsie.*

sujeto hipnotizado ó magnetizado—que ya hemos dicho que era igual—se le coloca un reloj en el occipucio, por ejemplo, y dice sin titubear la posición que ocupan sus saetas; se le tapan las narices y se le aproxima una materia olorosa á las plantas de los pies ó de las manos, y reconoce su olor; se vierten sobre sus muslos ó sobre sus omóplatos unas gotas de agua almibarada ó ajenjada, y os dice su gusto, etc. «Nuestra enferma no solamente oía con la planta de la mano—dice M. Rostau (1)—sino que la hemos visto leer sin el concurso de los ojos, con la sola extremidad de los dedos, que movía con rapidez por encima de la página que quería leer, y, *sin tocarla*, como para multiplicar las superficies sensibles, leer, digo, una página entera de una novela á la moda.»

De estos casos se conocen muchos.

VI. *Exteriorización de la sensibilidad.*

Entre los diferentes investigadores que han hecho objeto de sus vigilias la exteriorización de la sensibilidad, ninguno ha llegado tan lejos ni logrado tan ópimos frutos como el coronel M. Alberto de Rochas. Este señor, en su obra *Los estados profundos de la hipnosis*, se expresa de la siguiente manera: «Desde el momento que se magnetiza á un sujeto, la sensibilidad desaparece en él de la superficie de la piel. Este es un hecho conocido desde hace mucho tiempo; pero lo que generalmente se ignora, es

(1) *Dictionaire des Sciences Médiques.*

que dicha sensibilidad se exterioriza, formando en torno del cuerpo del sujeto una capa sensible separada de la piel por algunos centímetros. Si el magnetizador ú otra persona cualquiera pellizca, pincha ó acaricia la hiel del sujeto, éste no siente nada; pero si el magnetizador hace las mismas operaciones en la capa sensible, el sujeto experimenta las correspondientes sensaciones. Además está probado que á medida que la hiposis se hace más profunda, se forma una serie de capas análogas y equidistantes, en las que la sensibilidad decrece á medida que se alejan del cuerpo.»

En corroboración de esta tesis, M. Rochas presenta un gran número de experiencias, todas ellas á cual más concluyente; nosotros nos concretaremos á reproducir un par ó tres.

«En mis primeras experiencias, hechas durante el invierno de 1891, tenía por costumbre, después de cada sesión, arrojar por la ventana de mi gabinete los líquidos que había sensibilizado. Esto mismo hice también una noche que estaba helando con el líquido que había sensibilizado aquella tarde. La sensibilidad procedía de dos sujetos con quienes había operado y que debían volver al día siguiente, pero que no volvieron. A los dos días se me presentó uno poco menos que arrastrándose y con aspecto cadavérico. Me dijo que tanto él como su compañero, habían sido presa de cólicos violentos en la noche que siguió á la experiencia, que no podían entrar en calor por más empeño que en ello ponían, y que estaban helados hasta la médula de los huesos.

. . . .

«Sensibilicé una disolución saturada de hiposulfato de soda colocándola en la zona del brazo de L... dormido y exteriorizado. El sujeto despertó; un ayudante mío determinó la cristalización de la disolución, y en el mismo instante el brazo de L... se contrajo, haciéndole experimentar dolores violentísimos. Tenía previsto este efecto, pero no así el que se produjo doce días después. Hundí la punta de un puñal en el recipiente que contenía el hiposulfato cristalizado, y en el mismo momento oí un grito agudo en la pieza vecina. En ella estaba L... hablando con otras personas é ignorando lo que yo hacía. Había sentido el golpe, probablemente en el brazo; pero como entonces no me ocupaba de la localización de las sensaciones, no pensé en preguntárselo.»

. . . .

«Ensayé si la cera gozaría como el agua de la propiedad de almacenar la sensibilidad, y me persuadí de que sí la poseía, por cierto en alto grado, lo mismo que el cocrem y el terciopelo.—Una pequeña estatua, confeccionada con cera de modelar y sensibilizada durante algunos instantes á presencia de un sujeto exteriorizado, transmitía al tal sujeto los pinchazos que yo daba en aquélla, hacia la parte superior del cuerpo si le picaba en la cabeza, y hacia la parte inferior si le picaba en los pies.—Quise entonces localizar exactamente la sensibilidad, y fijé en la cabeza de la estatua un mechón de cabellos cortados de la nuca del sujeto durante su sueño.—M. X... se llevó la estatua así preparada á otra estancia separada de mi despacho, donde ni el sujeto ni yo podíamos verle; desperté al paciente, quien,

sin abandonar su asiento, se puso á conversar con los reunidos; pero de pronto se volvió bruscamente llevando su mano al cogote, y preguntó riendo quién era el que le tiraba del cabello. En aquel preciso instante M. X..., siguiendo mis instrucciones, había arrancado el pelo de la estatua.»

De estos experimentos y otros muchos que omitimos, deduce M. Rochas algunas conclusiones que no son del caso exponer aquí, y por consecuencia de ello, terminaremos el parágrafo consignando que la exteriorización de la sensibilidad, está confirmada en absoluto.

VII. *Exteriorización de la perceptividad.*

No podría concebirse la transmisión del pensamiento sin la exteriorización de la perceptividad: son dos fenómenos que se completan. Tampoco podría concebirse la lucidez sonambúlica, ni la trasposición de los sentidos, ni la acción de los medicamentos á distancia, ni otra porción de cosas de las que nos hemos ocupado y nos ocuparemos en lo sucesivo, sin la exteriorización de que tratamos. Un par de ejemplos corroborarán esta tesis.

El conde de Marincourt quiso cerciorarse del poder perceptivo de las sonámbulas, y retrotrajo á su mente la escena de un festín al que había asistido muchos años antes y en el cual predominaba la figura de un hombre ébrio. «No dije á la sonámbula ni una palabra —prosigue textualmente—pero traté de dar en mi espíritu á esa visión del pasado la claridad luminosa de una fotografía.—«Oh! qué cara

tan estrafalaria! ¡Qué nariz, que nariz, Dios mío!» —exclamó la vidente después de algunos instantes; y su risa convulsiva era tan franca y comunicativa, que los circunstantes, aun no sabiendo de que se trataba, tomaron parte en la hilaridad. Esta vez tuve que declararme plenamente convencido, porque después de la explosión de risa que acabo de referir, la sonámbula detalló el cuadro tal como yo lo reconstituía en mi mente» (1).

«Una velada teníamos en casa dos sonámbulas y en una casa vecina se daba un baile. Apenas preludió la orquesta, una de ellas se agitó; después escuchó el sonido de los instrumentos. Bien pronto la segunda sonámbula escuchó también, y ambas comprendieron que era un baile.

»—¿Quiéren ustedes verlo?—les dije.

»—Ciertamente...

»Y en el acto las dos jóvenes soltaron la carcajada y empezaron á burlarse de las actitudes de los bailarines y los trajes de las bailarinas.

—»Ved esas señoritas con sus trajes azules, qué graciosamente bailan, y su padre danza con la desposada... ¡Ah! esta señora no es corta de genio; se queja de que su vaso de agua no está bastante dulce, y pide azúcar... ¡oh! y este buen hombre pequeñito, qué singular frac rojo... En nuestra vida habíamos visto espectáculo más agradable y más curioso.

»Dos personas de las presentes, dudando que la visión fuese real, se dirigieron á la sala del baile y se quedaron estupefactos viendo á las señoritas

(1) Gregory, *Letters on mesmerisme and clairvoyance.*

con trajes azules, el hombrecillo del frac rojo, y el baile de la desposada que las jóvenes habían nombrado» (1).

A estos dos casos, que en sí compendían la perceptividad mental, la visual y la auditiva, puede agregar el que nos lea todos los de trasposición de los sentidos.

VIII. *Exteriorización de la fuerza motriz.*

M. Rochas, el celebrado psicólogo de quien dijimos era el experimentador que más ópimos frutos había conseguido en la exteriorización de la sensibilidad, es también quien en la exteriorización de la fuerza motriz ha llevado sus experiencias á donde pocos han llegado. No haremos mención de ninguno de sus experimentos en este sentido, concretándonos á recomendar su obra *Exterioritatión de la motilité* (2), donde los expone; pero en cambio citaremos á la ligera algunos de los realizados por Crookes, Pelletier, Mac-Nab y la «Sociedad Dialéctica de Londres.

Helos aquí.

Habla la «Sociedad Dialéctica», y dice:

. . . .

«Tienen lugar movimientos de cuerpos pesados, sin artificio mecánico de ningún género, ni ejercicio

(1) Dr. Charpignon, citado por Delanne en *El Espiritismo ante la Ciencia.*

(2) De esta obra tenemos en español una esmerada traducción debida á la pericia del Dr. D. Víctor Melcior y Farré, quien la ha enriquecido con algunas notas de experiencias propias y un prólogo del Dr. Sánchez Herrero. De venta en casa del traductor, Diputación, 185, Barcelona. Precio, 6 ptas.

de fuerza muscular alguna de parte de los circunstantes, y á menudo sin contacto ni proximidad de persona alguna.

. . . .

Las circunstancias en que estos fenómenos se verifican son invariables, y es de notarse que parece necesaria la presencia de ciertas personas para su producción, y que la de otras es generalmente desfavorable; pero esta circunstancia no parece depender de la fe ó de la incredulidad en los fenómenos.

. . . .

En ciertas disposiciciones de cuerpo ó de espíritu en que se encuentran muchas personas presentes, se produce una fuerza suficiente para poner en movimiento objetos pesados sin el empleo de ningún esfuerzo muscular, sin contacto ni conexión material de ninguna clase entre dichos objetos y el cuerpo de alguna persona presente.

. . . .

La fuerza en cuestión está frecuentemente dirigida por una inteligencia.»

L'Initiatión de Julio de 1891 se encarga de referirnos algunos experimentos de M. Pelletier, en esta forma:

Se situó encima de una mesa un recipiente con agua; varios sensitivos pasaban sus manos á la distancia de 5 ó 10 centímetros de la superficie, evitando el menor contacto con el mueble. Al poco rato el líquido empezó á dar sacudidas, según ocurre cuando un pez salta fuera del agua. Todos los concurrentes estaban inmóviles, quedando persuadidos de que era preciso golpear con fuerza en el suelo para

conseguir un efecto análogo al mencionado. El movimiento impreso al agua por medio del soplo, da lugar á ondas que no tienen este carácter de impulsión brusca. . . . .

. . . .

Más tarde situamos sobre el velador dos portalápiz, uno de plata bastante pesado, y otro de aluminio muy ligero. Los sensitivos permanecían sentados en frente de la mesa sin tocarla, y á los pocos minutos dió el porta-lápiz de aluminio diferentes vueltas sobre sí mismo, inclinándose tan pronto en un sentido como en otro. Un porta-plumas de madera ordinaria y una caja redonda de tres centímetros de diámetro, fueron trasladados por la fuerza invisible desde un borde de la mesa hasta el opuesto.

. . . .

Sentados los sensitivos alrededor de un velador construído con madera de encina y que pesaba 10 kilógramos, apoyaron sus manos encima con objeto de saturarlo, y á los pocos minutos las levantaron á la altura de 10 centímetros. En tal situación, y completamente aislados de la mesa, ésta se elevó algunos centímetros, volviendo enseguida á descender.»

. . . .

«M. Horace Pelletier hace colocar los sujetos de pie, con los brazos en el aire y unidos por las manos. Un experimentador cualquiera penetra bajo esta especie de palio humano, y permanece igualmente de pie; pero al cabo de 5 ó 10 minutos, vacila, siente atracción que aumenta más y más, pierde el equilibrio, y al fin, como si fuese levantado por los hombros y la cabeza, queda suspendido en el aire y

vuelve á caer al cabo de algunos segundos.» —(Costet, *La Paix Universelle.)*

De los experimentos de Mac-Nab tomamos solamente los tres párrafos que siguen:

«Un día fué desenvainado un sable de caballería que estaba en un rincón de la estancia, y se encontró luego á mis pies; en otra ocasión fué una campanilla...

Otro día fué levantada la cama á la altura de 50 centímetros, permaneciendo suspendida durante medio minuto, con la particularidad de que el sujeto y yo estábamos sentados en ella.

En casi todas las sesiones, el velador se eleva y queda suspendido en el aire durante mucho tiempo...»

Finalmente, de William Crookes, el ilustre químico inglés, tomaremos no más que algunos párrafos de entre los innumerables interesantísimos que constituyen su obra *Nuevos experimentos sobre la fuerza psíquica*. Son los siguientes:

«... Antes de construir aparatos especiales para estos experimentos, había visto en cinco ocasiones distintas objetos cuyo peso variaba entre 25 y 100 libras, ser momentáneamente influídos de tal manera, que yo y otras personas presentes sólo con dificultad los podíamos levantar del suelo. Deseando establecer de un modo positivo si era debido esto á un hecho psíquico, ó si era simplemente la influencia de la imaginación la que hacía variar el poder de nuestra propia fuerza, puse á prueba los fenómenos con una máquina de pesar, en dos distintas circunstancias que tuve ocasión de encontrarme con

M. Home (el sujeto) en casa de un amigo. En el primer caso el aumento de peso fué generalmente de 8 libras para pesos de 36, 48 y 46 libras, cuyos experimentos se hicieron sucesivamente y fueron comprobados con el mayor rigor. En el segundo caso, que tuvo lugar quince días más tarde y en presencia de otros observadores, encontré, en tres experimentos sucesivos hechos en condiciones variadas, el aumento de peso de 8 libras para pesos de 23, 43 y 27 libras...

Mi amigo el profesor Boutlerow me entera de que durante el invierno último probó hacer experimentos parecidos á los que aquí detallo, y con resultados todavía más interesantes. Siendo de 100 libras la tensión normal del dinamómetro, llevósela hasta 150 libras, estando las manos de M. Home puestas en contacto con el aparato de un modo tal, que cualquier esfuerzo suyo más bien habría disminuído que aumentado la tensión.

El conde de Gasparín... consideraba como un hecho plenamente establecido por sus experimentos, que la voluntad, en ciertas condiciones del organismo, puede obrar á distancia sobre la materia inerte, y la mayor parte de su libro está consagrada á establecer las leyes y condiciones bajo las cuales se manifiesta esta acción.»

. . . .

Consideramos que, con lo que antecede, queda plenamente demostrado el extremo que comprende este parágrafo.

IX. *Abmaterialización.*

Se da el nombre de abmaterialización al desprendimiento del cuerpo psíquico de los sujetos, tanto si ese desprendimiento es parcial como si es total. Reichembach, Durville, Iodko, Luys, Godard, Rochas y otros muchos psicólogos, han comprobado hasta la evidencia la realidad de este fenómeno; algunos de ellos, como Rochas, Iodko y Luys, han logrado fotografiarle; otros, como Aksakoff, Schiaparelli, du Prel, Brofferio, Gerosa, Zoëllner y Ermacora, han conseguido conservar sus huellas sobre papel ahumado, barro ó parafina; y muchos, muchísimos, le han visto.

El magnetizador Sewis envió á su casa el doble de un sujeto á quien magnetizaba por primera vez, le hizo describir lo que en ella veía y le incitó á tocar á una de las personas que en aquel momento estaban en la casa. Una comisión de experimentadores comprobó la exacta realización de todo esto.—(*Espiritualist,* t. I, pág. 97.) Mr. Aksakof obtuvo en una misma placa el retrato de Herod, el sujeto, y de su doble ó cuerpo psíquico, perfectamente distintos entre sí (1). El Dr. Baraduc refiere el desdoblamiento de M. Istrati, provocado por este último á voluntad tantas cuantas veces se lo ha pedido (2). El conde de Rochas y el Dr. Barlemond han obtenido simultáneamente la fotografía del cuerpo y del doble de Nadard, separados entre sí durante algunos minutos (3).

(1) *Animisme et Spiritisme,* pág. 78.
(2) *L'âme humaine, ses mouvements et ses lumières,* pág. 122.
(3) *Revue Spirite,* noviembre de 1894.

Terminaremos copiando al Dr. Otero Acevedo (*Los Fantasmas*, pág. 40): «El 28 de Febrero, á las cuatro de la tarde, duermo á S., y le indico que vea lo que pasa en mi casa; que vaya después á Santigo (Galicia) y que me diga si ve á mi amigo D. Ramón del Valle y qué hace; que luego se despierte y refiera cuanto haya visto, como si lo hubiera soñado. Al poco rato se despierta y me dice que en mis habitaciones no hay nadie.

Debo advertir que yo pensaba que estuviese mi hermano, porque á las cuatro vuelve del Museo de Pinturas para tomar te. No ha habido, pues, sujestión mental. Mi hermano me dijo que, aprovechando lo hermoso del día, se había ido con un amigo á pasear.

S... continúa diciendo que vió á D. Ramón del Valle en la calle del Preguntoiro, en Santiago, mirando el escaparate de un comercio. Me da detalles del traje que viste mi amigo, y que no puedo confirmar, porque á una carta que le escribo pidiéndole datos, responde que no recuerda nada al respecto.

Repito las experiencias, y convencido de que el resultado no puede atribuirse al acaso ni á la sujestión mental, realizo otra serie, de la que tomo dos.

El 8 de Marzo de 1890 escribo una carta á mi amigo D. Ramón del Valle, que vivía en Santiago (hállase hoy en Madrid, Pelayo, 8), y le digo en ella que el día 11—siguiente al en que recibiría mi carta—tome nota de cuanto haga de *tres* á *cuatro* de la tarde, y lo mismo de *nueve* á *diez* de la noche, saliéndose de su vida normal, si bien le parece, y variándola á su antojo. No le indiqué lo que me pro-

ponía, y él ignoraba por completo que yo hiciese experiencias de clarividencia. Le encargué que me escribiera haciéndome un relato minucioso de sus ocupaciones en el día y horas indicados.

El día 11, á las tres de la tarde, dormí á S... y le ordené que buscara á Ramón Valle; que mirara lo que hacía; si conversaba con alguien, y que se fijara en las personas con quien estaba.

Despierto S..., me dice que Ramón estaba con su amigo A. P., en cuya casa había comido, y que se hallaba allí la familia del Sr. V.; que vestía de levita y sombrero de copa; que hablaba, entre otras cosas, de su próximo viaje á Madrid, viaje que pensaba hacer con unos maragatos...

Tomé nota de todo, y por la noche, á las nueve, dormí á S...; le desperté á las nueve y cincuenta, y me dijo que Valle estaba en el casino, jugando al *monte*, de pié, á la derecha del banquero, y que perdía; que su traje era distinto al de por la mañana, vistiendo ahora chaqueta y sombrero felpudo de alas anchas; que cerca de mi amigo estaban Ramon V..., Joaquín S..., Ramón P... y Rafael M...

Creí que la experiencia no tendría valor alguno, porque yo sabía que de las tres á las cuatro de la tarde Valle recibía lección de esgrima, á que es muy aficionado, y por otra parte, ignoraba que jugase. Sin embargo, y á pesar de mis dudas, le escribí refiriéndole los detalles que me diera S... y preguntándole si en ellos había algo de cierto. Esta carta se cruzó en el camino con la que él me escribía, que yo recibí el 14, y que dice así:

«*Santiago 11 —III—90.*

»Querido amigo: cumplo tu encargo. Hoy de tres á cuatro, contra toda costumbre, pues es la hora de *scherma,* me encontraba en casa de P..., donde he comido en compañía de S... y de la familia V... Hablamos de mil cosas; de una beata á quien, según Consuelo, hace el amor S...; de mi viaje á Madrid y de sí pensaba hacerlo con maragatos... Hablamos de mis amores, y...

»Por la noche jugué en el casino con V..., M..., S... y P..., que no apuntó una sola *mota* en toda la noche. He perdido bastante.

»Recuerdos á Pepe. Te abraza tu amigo,—R. Valle.»

El 18 recibí esta otra:

«*Santiago 15—III—90.*

«Mi querido amigo:

. . . .

»Es pasmoso lo que me dices, y más que por otra cosa, por la riqueza de detalles que acompañan al relato. Efectivamente, cuando jugaba en el Casino, estuve de pie, cosa que ocurre á menudo cuando se llega tarde; y lo que es más, estuve á la derecha del banquero, que me llevó muy buenos cuartos. En mi carta anterior no te dije nada de esto, porque, francamente, no me había fijado en tales menudencias, y mucho menos en detallarte mi indumentaria, que era tal como me indicas en tu carta.

. . . .

»Excuso decirte que me tienes á tus órdenes, y

más si piensas continuar en tus *brujerías*, porque, aparte de lo que me divierten, ¡quién sabe si tendré que recurrir á ellas para saber lo que pasa en cierto *castillo encantado*.

. . . .

«Tuyo,—R. VALLE.»

X. *Telepatía, telecinesia, telefanía y teleplastia.*

Los fenómenos que van á ocuparnos son consecuencia inmediata y lógica de la potencia del espíritu para exteriorizar su sensibilidad, su perceptividad, su fuerza motriz y su sensorio común. Podríamos prescindir de tratar de ellos puesto que implícitamente lo hemos hecho ya en parágrafos anteriores; pero considerando que al lector ha de serle



grato que no omitamos nada de cuanto pueda servir para ilustrarle, nos detendremos algunos minutos en la exposición de cada una de estas modalidades psíquicas.

a) *Telepatía* (de *tele*, lejos, y *pathos*, impresión.) —Reciben este nombre toda clase de impresiones transmitidas á distancia. Véase un caso entre los muchos que pudiéramos citar:

«Una noche, serían las once, me hallaba en mi aposento sentado en la cama, fumando un tabaco, en espera de que me venciera el sueño. De pronto se me ocurrió una idea: ¿No podría yo hacerme ver á distancia lejana en este momento? Ensayemos. Ahuyenté de mi cerebro todo pensamiento, y con la imaginación fija en un solo punto, me trasladé á Papantla, entré en una casa que muy bien conocía, y acercándome á la cabecera de la cama de una joven, sacudí su almohada para que la joven despertara, y figurándomela ya despierta, le dije mentalmente así: «C... aquí me tienes; vine á visitaros; saludarás á tu mamá, á tus hermanas, y á mi hija, cuando te levantes mañana; para que no dudes de mi venida voy á dejarte un recuerdo.» Al decir esto me propuse darle un pellizco sobre el brazo derecho, y para medir la intensidad del esfuerzo, apreté entre mi pulgar é índice el tabaco que yo conservaba en la boca, sin perder de vista el brazo de la joven. Hecho esto alejé de este punto el pensamiento, y con poca esperanza en el éxito de este nuevo ensayo, sólo cuidé de apuntar la fecha, la hora y lo que hice. Pasaron algunas semanas, y al recibir carta de mi amada hija, encontré el párrafo siguiente:

«Papá, dice C... que no pierde la esperanza de verte algún día y devolverte muchos pellizcos.» Por el momento creí que era una humorada de mi hija y no hice gran mérito; pero al contestar la carta se me ocurrió preguntar á mi hija por qué me decía eso C..., pues todavía no caía yo en la cuenta. A vuelta de correo recibí la contestación cuyo contenido me dejó abismado. Decía así: «Estábamos todos dormidos en la misma cámara que tu conoces; de repente C... llamó á su mamá con insistencia, diciéndole: Mire V., aquí está su compadre, acaba de llegar. Y enseguida dió un fuerte grito. Tu comadre, enojada por despertarla tan bruscamente, reconvino á C..., preguntándole si estaba loca; C... insistía acusando tu presencia y quejándose por el dolor que le causó un pellizco que tu le diste. Entonces tu comadre encendió la vela para ver si era cierto, y no viendo á nadie, dijo á su hija que era una embustera; pero al día siguiente todos pudimos ver el morado en el brazo de C...—Horacio Catucci (*Lux ex Tenebris*, de Veracruz.

b) Telecinesia, ó lo que es lo mismo, desplazamiento de objetos á distancia.

Dice Rochas en su *Exteriorisatión de la Motilité:*

«Una noche se me ocurrió la idea de dejar sobre la mesa un pequeño herófono y una diminuta caja de música. Al cabo de breves minutos de espera, el herófono empezó á tocar, dando vueltas sobre nuestras cabezas. Palpando encima de la mesa, nos aseguramos de que el instrumento había desaparecido. Pocos momentos después apareció en el mis-

mo sitio, oyéndose un ruido sordo, como si manosearan el herófono, subsiguiéndole otro ruido parecido al de un cuerpo sólido que cayera de plano sobre el pavimento. Breves segundos después se oía un ronquido sordo como si partiese del instrumento. Iluminamos la habitación sin que los encargados de vigilar á la médium abandonasen su puesto, y contemplamos, á un metro de distancia, el disco de cartón agujereado que determina en el herófono el aire musical. Dando vueltas al manubrio del órgano obtuvimos los sonidos monótonos que antes habían llamado nuestra atención. La cajita de música fué objeto de una manifestación análoga. Volteó al rededor de la mesa, dejando oir los sonidos argentinos de un aire escocés y opoyándose de vez en cuando en la frente de los concurrrentes.»

El párrafo que acabamos de transcribir pertenece á la serie de los que emplea el Dr. Siemiradski para relatar las experiencias que se hicieron en Roma con la sujeto Eusapia Palladino, durante los años 1893 y 1894.

c) Telefanía, esto es, apariciones á distancia.

Atendamos á un caso que refiere sir Gilbert Elliot en la importante *Review of Reviews:*

«Una noche estuve en el Club del Ateneo. A eso de las diez y media consulté conmigo mismo si debía permanecer allí ó recogerme á mi casa, según costumbre. Largo tiempo invertí en esta deliberación íntima, y por fin, resolví quedarme. A media noche fuí á dormir al hotel Jenni Street.

A las diez de la mañana siguiente me hallaba almorzando en el club, cuando una mujer, muy con-

movida, se acercó á mí y me dijo que una cosa muy extraordinaria había pasado en mi casa á las diez y media de la noche anterior. Interroguéle sobresaltado qué había sido ello, y me contestó que al irse á retirar mi señora, me vió penetrar en el zaguán de la casa y dejar apoyado mi paraguas en la puerta interior, como si quisiera desembarazarme de él para abrir ó llamar; pero viendo al cabo de un rato que ni abría ni llamaba, salió á ver qué hacía, y no encontrándome, me llamó en vano varias veces. Creyó mi señora que habría sido juguete de una ilusión óptica, y se retiró á su dormitorio sin pensar más en el asunto; pero á la mañana siguiente volvieron á renacer sus dudas. Penetró la sirvienta en el dormitorio llevándonos el desayuno, y al decirle mi esposa que yo no había dormido en casa aquella noche, le contestó: «¡Oh, sí, mi señora! Yo le he visto entrar; traía su paraguas en la mano y lo recostó contra la puerta, sin duda para poder abrir.» Estas declaraciones de la sirvienta, corroborando la visión de su esposa—siguió diciéndome la mujer—han puesto en gran perplejidad á ésta, que espera con ansia su regreso.

No me detuve ni un instante, más por el deseo de comprobar el fenómeno que por el de calmar las ansias que acababan de enunciarme. Quedé convencido de lo primero.

Declaro no haberme dado cuenta de este viaje inconsciente, que por lo que se ve, tuvo lugar mientras yo deliberaba conmigo mismo si debía ó no recogerme á mi casa.»

d. *Teleplastía*, ú objetivaciones plásticas á distancia, con manifestaciones inteligentes.

«Un caballero llamado Wilson y habitante en Toronto (EE. UU.) se durmió en su despacho y soñó que se encontraba en Hamilton, población situada á 40 millas inglesas al oeste de Toronto. Hizo lo que tenía que hacer por la población, y se dirigió á la casa de una amiga suya llamada D... Llamó en la puerta y una criada que salió á abrirle, le participó que la señora había salido. Wilson penetró en la casa, pidióle á la fámula un vaso de agua, encargó á la sirviente que saludase en su nombre á la señora y se fué. Al despertar el Sr. Wilson se apercibió de que había dormido 40 minutos.

Algunos días más tarde la señora G..., que habita en Toronto, recibió carta de la señora D..., de Hamilton, y en ella le decía que el Sr. Wilson había estado en su casa, había bebido un vaso de agua y se había marchado sin dignarse volver, lo que le había contrariado, pues tenía grandes deseos de verle. Pensando en su sueño el Sr. Wilson, quiso saber si inconscientemente había hecho el viaje que se le atribuía, y al efecto encargó á la señora G... escribiera á la señora D... suplicándole no hablara á los criados del incidente ocurrido, para ver si por azar le reconocían entre otros. A los pocos días llegó el Sr. Wilson con varios de sus amigos á la casa de la señora D..., y apenas penetró en ella, dos criadas le reconocieron diciendo: «Este es el caballero que bebió el vaso de agua y dejó recados para V.» (1)

(1) Dr. Britter, *Man and his relations*.

Acabamos de ver en estos ejemplos lo que dijimos más arriba, es á saber: que los fenómenos telepáticos, telefánicos, teleplásticos y telecinésicos, no son sino modalidades de la exteriorización del cuerpo psíquico, con las propiedades en él reconocidas.

XI. *Acción de los medicamentos á distancia.*

Tampoco tiene explicación esta nueva clase de fenómenos, á no referirla á la exteriorización de la perceptividad y de la sensibilidad de los sujetos.



Bourro y Burot, dos médicos de Rochefort, descubrieron por coincidencia la acción de los medicamentos á distancia, estando, en 1885, haciendo ensayos de metaloterapia; desde aquella fecha hasta nuestros días, pocos son los psicólogos experimentadores que no hayan comprobado por sí mismos esos fenómenos sorprendentes.

No podemos detenernos á relatar uno á uno los

casos ensayados, porque, de hacerlo, tendríamos materia suficiente para ocupar bastantes páginas; nos concretaremos á dar una síntesis de algunos de los efectos conocidos, y esta síntesis le bastará al lector seguramente, para convenir con nosotros en que se impone, como llevamos dicho, la exteriorización de la sensibilidad y de la perceptividad en los sujetos, si de algún modo queremos explicarnos la razón de ser de la acción á distancia de las substancias medicamentosas.

Es general para hipnotizados y neurópatas, que la aproximación á algunos centímetros de su cuerpo de todo objeto aurífero ó mercurial, les produzca quemazón; que el opio les de sueño con respiración amplia y regular y pulso normal; que la morfina les produzca sueño rápido con contracciones pupilares; que la atropina les despierte y devuelva á sus pupilas las dimensiones ordinarias; que el jaborandí les provoque sudor y salivación con gusto azucarado; que la ipecacuana les dé náuseas, salivación y vómitos; que la nuez vómica les acarree convulsiones y contracciones tónicas; que el alcohol, si es de vino, les produzca una borrachera alegre, y si es de semillas, una borrachera triste; que el amoniaco les despeje la borrachera; que el laurel-cerezo les suma en éxtasis religioso, con rostro beatífico, sentimientos piadosos y visiones celestes; que la raíz de valeriana les aporte la ilusión de considerarse gatos; que, en fin, el alcánfor y el agua de azahar les produzca efectos calmantes, la esencia de almendras amargas exaltación religiosa, los venenos y anestésicos iguales resultados que si los ingurgitasen, y así sucesi-

vamente con las restantes substancias que se ha experimentado, que son en número de ochenta y seis.

Esto le movió á decir al Dr. Brouardel, decano de la facultad de medicina de París, que tales experiencias habían puesto de relieve un grave peligro. «Cada uno de nosotros—dijo—puede ser acusado de haber procurado la muerte á uno de sus conciudadanos, sin que le sea posible poder probar su inocencia. Hay aquí una cuestión de responsabilidad social, y evidentemente ningún sabio está en condiciones de poder resolver el problema sin haber repetido las experiencias y otras muchas que se agrupan en torno de ellas.»

Se ha querido explicar la acción de los medicamentos á distancia por la sujestión hipnótica y por el sentido de la olfación en los pacientes. Ninguna de ambas explicaciones ha podido subsistir, cuanto á la primera, por haberse dado muchos casos en que los mismos operadores ignoraban el contenido de los frascos que acercaban á los sujetos, y por lo tanto, no cabía la sujestión; y respecto á la segunda, por tratarse en gran número de ensayos de substancias que no son volátiles.

No queda en pie, por lo tanto, más que la teoría de la sensibilidad exteriorizada, y como esta teoría ha merecido el *exequator* de la experiencia, nos parece lo más lógico admitirla como inconcusa.

VI.

Hipnotización y magnetización á distancia y á plazo fijo.

Se había creído durante bastante tiempo que la hipnotización y la magnetización sólo podían producirse de presencia y para el preciso momento en que se estuviera operando; hoy se sabe de una manera positiva que tanto una como otra pueden producirse á distancia y á plazo fijo, importando poco que este último sea para después de unas horas, de unos días ó de unos meses. Tampoco la distancia parece que sea óbice, sobre todo si se trata de un buen operador y de un buen sujeto.

Ríese la *ilustrada insensatez* de lo que las muchedumbres llaman *mal de ojo*, *hechicería*, *gettatura* ó *mal dado;* después de lo que llevamos expuesto y de lo que más adelante conocerá el lector, esa risa tiene, por lo menos, bastante de presunción y no poco de imprudencia.

Se abmaterializan ó desdoblan las individualidades; se exterioriza la sensibilidad, se exterioriza la fuerza motriz, y se exterioriza la perceptividad; las substancias medicamentosas ejercen su acción á distancia y con efectos tan activos como si se engurgitasen; cabe la magnetización y la hipnotización con las manifestaciones que le son propias á plazo fijo y á distancias considerables; y como si todo lo dicho no bastara para ver claramente la posibilidad

de ser del *mal de ojo* que nos ocupa, consta ya de una manera positiva, que entre la Teurgia y la Goecia no existe otra línea divisoria que la voluntad y la conciencia del operador. ¿Es, pues, legítima la mofa de los sabios *á la violeta* á quienes aludimos más arriba? (1)

Podrá objetársenos que para magnetizar ó hipnotizar, se requieren determinadas condiciones. Es verdad; se requieren estas condiciones interin la relación entre sujeto y operador no esté lo suficientemente establecida; pero una vez conseguida esa relación, ¿no es el sujeto un verdadero autómata para aquel que le ha dominado? Y si lo es, ¿no queda con ello evidenciado lo que venimos sosteniendo?

Todavía habrá quien dude de las aseveraciones que preceden, y nos juzgará fanáticos, ó tal vez alienados. Hablen otros por nosotros, y atiéndase á sus razones.

«M. Botey hizo la sujestión á una enferma de que tendría sus reglas en el transcurso de 48 horas, y de resultas se produjo en ella, que estaba muy lejos de su época menstrual, tal congestión en el

(1) *Papus* refiere en su *Traité élémentaire de Magie práctique* (páginas 184 y sig.), que un oficial ruso, víctima de la obsesión de una persona encarnada, hendió con su sable la cabeza de la aparición que motivava sus trastornos, y que al día siguiente murió la mujer causante de los fenómenos á consecuencia de la herida recibida en su cuerpo fluídico.

En los Archivos Judiciarios de Inglaterra, según Dasier *(L'Humanité posthume*, págs. 64 y sig.), consta que una tal Juana Brooks, desdoblándose, causaba males á quienes quería. Habiendo elejido por víctima á un niño, éste desmejoraba rápidamente sin que nadie pudiera darse cuenta de los motivos. En una ocasión dijo el pequeño enfermo: "Juana Brooks, que está ahí, es quien me causa la enfermedad que padezco." A estas palabras se levantó uno de los que le cuidaban, tomó un cuchillo y descargó con él un tajo en el vacío; pero este tajo, según el enfermo, había herido en una mano al fantasma. Fueron entonces á casa de la hechicera, y comprobaron que, en efecto, estaba herida en una mano.

En otro proceso consta que en idénticas condiciones fué herida en una pierna la hechicera Juliana Cox por la joven á quien la primera había elegido por víctima.

útero, que al día siguiente se presentó una abundante leucorrea, que no persistió felizmente.

»También es fácil sugerir deseos ó necesidades imaginarias, cuya satisfacción se impone imperiosamente al despertar; si se sugiere á una hipnótica que, una vez despierta, tendrá hambre ó sed, ó una necesidad de cualquier otro género que satisfacer, se la verá inmediatamente que salga del estado sonámbulo lanzarse con verdadera hambre sobre los alimentos y las bebidas ó marcharse con cierta vergüenza sin poder disimular un malestar creciente, si por cualquier pretexto se la procura detener.» (1)

«El Dr. Liébeault sugirió á una señora, no histérica, que al despertarse no viera al Dr. Bernheim, que presenciaba el experimento; que dicho señor se habría marchado dejando el sombrero, y que ella se lo pondría á la cabeza y se lo llevaría así á casa. Una vez despierta, dicho profesor se puso delante de ella y le dijo: «¿Dónde está M. Bernheim?»; y ella contestó: «Se ha marchado; allí está su sombrero.» A pesar de hacer cuanto pudo para que se le reconociera, no logró conseguirlo; por más que estuviera presente no existía para ella. Por último, cuando se marchó, cogió el sombrero y se lo puso en la cabeza, y así lo hubiera llevado hasta casa de M. Bernheim, si el Dr. Liébeault no le hubiese mandado lo contrario. (2)

Dice M. Botey que á la sirvienta de una casa donde acostumbraba comer cada quince días, le sugirió en una ocasión que cuando volviera en la

(1) Cullerre, *Magnetismo é Hipnotismo*.
(2) Richet, *L'home et l'intelligence*.

quincena siguiente, le recibiera á pescozones. Y en efecto, al llegar el día fijado, la criada se precipitó sobre él y le descargó tal lluvia de golpes, que confiesa no haberle quedado ganas de repetir el experimento (1).

«A una señora sonambulizada le dice M. Liégeois: «De aquí á cuatro días ireis á casa de la Sra. S..., á quien encontrareis en el comedor, os dirigireis al armario y os tomareis una copita de licor, y luego os burlareis de su niña, que os parecerá ridículamente vestida.» Al despertarse no conservó el menor recuerdo de tal sujestión. El día y á la hora marcados ejecutó puntualmente todos los actos que se la habían ordenado, y estalló de risa al ver la niña de su amiga, á quien vió vestida de colorado con un gorro verde, cuando en realidad tenía un traje gris» (2).

«El Dr. Dusard, citado por Ochorowictz, dice que teniendo en cura á M. J., le daba todos los días, antes de marcharse, la orden de dormir hasta el siguiente día á una hora determinada. Una vez, dice, me fuí olvidando esta precaución; ya estaba á 700 metros de distancia cuando recordé mi falta. No pudiendo volver, pensé que tal vez una orden formulada á pesar de la distancia sería sentida, puesto que á la distancia de un metro ó dos una orden mental era ejecutada. En consecuencia formulé la orden *de dormir hasta el día siguiente á las ocho* y proseguí mi camino. Al otro día, llego á las siete y media y la enferma dormía.—¿Cómo se

(1) Bottey, *Magnetisme animal*.
(2) Richet, *L'home et l' intelligence*.

entiende que esté V. durmiendo todavía?—Señor, obedezco sus órdenes.—Se equivoca V., me fuí sin ordenarle nada.—Es cierto, pero cinco minutos después, *he oído perfectamente que me decíais que durmiera hasta las ocho.*» Temiéndose que tal fenómeno fuera efecto de la costumbre, ordenó á la enferma que durmiera hasta que recibiese la orden de despertar. «Durante el día, habiendo tenido un momento libre, resolví completar la experiencia. Salgo de mi casa (7 kilómetros de distancia) dando orden de que despierte. Llego y encuentro despierta á la enferma; los padres, por recomendación mía, habían anotado la hora exacta en que despertó. Era rigurosamente la misma en que yo había dado la orden. Esta experiencia, varias veces repetida en diferentes horas, ha tenido siempre el mismo resultado» (1).

. . . .

Es inútil que amontonemos más ejemplos. Los que preceden deben bastarnos, por una parte, para darnos la evidencia de la tesis que venimos sosteniendo; y por otra parte, para que pensemos con el detenimiento que es debido cuánto importa á la moral social el que cada uno sepa conservar su independencia y su libertad consciente.

Una vez más se refleja en todo esto lo que sostenían los antiguos magos: que es preciso saber, osar, querer y callar para mantenerse en el fiel de la balanza y señorear sobre sí mismo y sobre todos los elementos.

---

1 Senillosa, *Concordancia del Espiritismo con la Ciencia.*

VII.

Auto-sujestión, auto-fascinación y auto-magnetización.

Uno de los más altos grados de la iniciación esotérica en la ciencia de Hermes, consistía en fusionar en un mismo sujeto á magnetizador y magnetizado, es decir, en desarrollar los poderes psíquicos de los teúrgicos hasta el extremo de que pudieran auto-sujestionarse, auto-fascinarse y auto-magnetizarse á voluntad y con plena conciencia, para gozar de los beneficios que tales estados proporcionan. Una vez adquirido esto pasaban á ser maestros y se les consideraba coautores en la obra de la realización.

Por poco erudito que sea el que nos lea, no habrá dejado de pasar su vista por algún libro, revista ó folleto en que se hablara de los fakires, de los mahatmas y de los yoguis, á quienes se atribuyen poderes tan extraordinarios como los de hacer germinar una semilla y crecer y aun florecer un arbusto en pocos minutos; los de poder ser enterrados en vida por espacio de seis ó más meses, y volver á la plenitud de la existencia corporal cuando llega el momento de desenterrarles; los de poder formar cuerpos tomando los elementos constituyentes del akasa en su lenguaje oriental y del éter en nuestro lenguaje occidental; los de poder trasladarse de uno á otro confin, y hacerse visibles ó invisibles en él, según les plazca, y así sucesivamente.

Nuestra ciencia positiva ve en todo esto hipérboles de la imaginación é imposibles en el terreno de los hechos prácticos; nosotros no afirmamos que sea real todo lo que se nos dice, pero sí creemos que pueda ser. El proceso genésico de los fenómenos que llevamos descritos en los capítulos precedentes, nos conducen de la mano y paso á paso á tal extremo de credibilidad.

La auto-sujestión es un fenómeno tan general como la sujestión, y ya vimos en su lugar que éste ultimo, en sus aspectos inferiores, constituía la base del comercio ordinario. Nos auto-sujestionamos todos cuando nos encariñamos con una idea, sea la que fuere, y pretendemos que ella nos sirva de fundamento y piedra de toque para todas las demás; nos auto-sujestionamos cuando nos consideramos capaces para el ejercicio de tal ó cual función, siquiera carezcamos por completo de los conocimientos que parecen indispensables para la realización de la misma; nos auto-sujestionamos estando enfermos con la confianza, la seguridad de un inmediato alivio y curación, estando sanos con el propósito de procurarnos un bienestar y felicidad mayor, estando nadando en la abundancia con el temor de perder nuestra fortuna ó con el orgullo de creernos los primeros, y estando en la desgracia y en la miseria, con la esperanza de salir de tan precario estado ó con la monoidea de la desesperación que nos conduce al suicidio.

La auto-fascinación es no menos general que la auto-sujestión, y más general que la fascinación de que ya tenemos hablado. Nos auto-fascinamos no so-

lamente viendo, sino imaginándonos ver aquello que nos causa deleite, terror, amor, aversión, cólera, piedad, melancolía, etc., etc., y esta auto-fascinación nos coloca en una tensión de espíritu que nos exalta ó nos aletarga, igual que en la auto-sujestión, pero que felizmente no pasa de allí en la mayoría de los casos, dejándonos al borde mismo del precipicio. Al borde mismo del precipicio, sí; porque si diéramos algunos pasos más insiguiendo el derrotero, caeríamos en los estados más profundos, en la letargia, en la catalepsia, en el sonambulismo, y dada nuestra penuria en desarrollo psíquico, no sabríamos salir de ellos.

Pero, ya lo hemos dicho: lo que para nosotros constituye un precipicio, una sima sin fondo, no es el fenómeno en sí, sino nuestra indigencia psíquica, nuestra incapacidad para sabernos aprovechar de él, de esos estados de conciencia y de senciencia que se consideran y son patológicos á los ojos de la fisiología, pero que resultan de abmaterialización y de positiva actividad en el plano ó planos donde el espíritu no está tan sujeto á trabas como en este mundo. Somos pobres de espíritu, no en el sentido de aquellos á quienes auguraba el Cristo la bienaventuranza, sino en el de los otros de quienes dijo que teniendo ojos no veían y teniendo oído no entendían.

Ya se sabe que lo menos es tipo de comparación de los más, como la fealdad lo es de la belleza y la sombra de la luz. Si, pues, en nosotros tenemos el tipo de comparación de los fenómenos psíquicos que nos vienen ocupando, ¿podremos en

buena lógica negar rotundamente que en otros existan esos mismos tipos de comparación mucho más desarrollados? Y si no podemos negar esto, ¿podremos negar sus consecuencias? Hé aquí los fundamentos de nuestra credibilidad.

Por otra parte, no escasean tampoco los testimonios *positivos* de esos poderes psíquicos.

El Dr. Torralba, á quien la Inquisición condenó á sus tormentos, vió desde Valladolid el saqueo de Roma, y esto fué la causa de su suplicio; Cardán caía en éxtasis cuando quería, y en tal estado se trasladaba á los lugares donde previamente había designado; el proceso de Francisca Fontaine es otro testimonio de levitación y de traslación de uno á otro lugar; San Antonio de Padua, San Francisco de Asis y muchos más varones venerados por la Iglesia católica, merecieron ser canonizados por sus fenómenos de ubicuidad, de éxtasis religioso y de transfiguración; hemos visto en nuestros días extraordinarios casos de sueño cataléptico, como el de Margarita Boyenval, de Thenelles, que está sumida en él desde el 22 de Mayo de 1882 (1), como el de la condenada á muerte de Stokolmo, que hace quince años la dejó dormida un profesor de medicina que ya ha muerto y ahora nadie se atreve á despertarla, y como el del joven zapatero del Hotel de Dieu á quien en 1894 estaba asistiendo el Dr. Lepine; y por si todo esto fuera poco, tenemos los casos de telepatía, teleplastía y telecinesia que

(1) Ignoramos la suerte que haya podido caberle á esta mujer, pues desde fines de Noviembre de 1894 no hemos vuelto á saber nada de ella.

son tan múltiples y concluyentes, que no pueden dejar lugar á ningún género de duda.

Hay, pues, testimonios morales y testimonios materiales que corroboran nuestra tesis, y la cuestión queda reducida por virtud de ellos á saber cómo los magos pueden ponerse y se ponían antaño en condiciones de poder utilizar semejantes poderes psíquicos. Respecto á este extremo, invitamos al lector á que repase nuevamente los capítulos que llevamos consagrados á la preparación personal del mago, tanto en la primera como en la segunda parte de esta obra, y que por ende, se fije bien en lo que decimos á propósito de los espejos mágicos. Es todo cuanto sobre el particular sabemos y podemos manifestar.

VIII.

Animismo y Espiritismo.

Los fenómenos comprendidos en el capítulo V son exclusivamente anímicos, esto es, originarios del hombre vivo; pero se producen esos mismos fenómenos por inteligencias que no viven de nuestra vida corpórea, por las almas de los que fueron en éste ú otro mundo, y á esos fenómenos se les da el nombre de espiritistas.

Al tratar en el libro primero de la *necromancia*, manifestamos que las relaciones entre *vivos* y *difuntos* eran un hecho plenamente confirmado por toda clase de pruebas. Añadiremos aquí, refirién-

donos á lo mismo, que la levitación, la ubicuidad, el sonambulismo, la psicografía, la tiptología, todos los hechos, en fin, que hemos visto tenían lugar en el Hipnotismo y en el Magnetismo, ofrecen también sus similares en el Espiritismo, con la particularidad de ser los de este último orden mucho más complejos, mucho más precisos y mucho más transcendentales que los del orden primero.

No nos detendremos á detallar estos fenómenos como nos detuvimos á detallar los del hipno-mag-



netismo: sería repetir las mismas palabras y los mismos hechos, con las solas variantes de trocar la palabra *sujeto* por la de *médium* y la palabra *operador* por la de *espíritu*. Esto es lo único que distingue, al menos en apariencia, los hechos espiritistas de los hechos animistas, y por ser tan leve la zona divisoria entre ambos campos fenomenales,

precisa confesar que frecuentemente se han confundido y se han presentado como uno sólo.

Hay, sin embargo, en la fenomenología espírita, detalles concluyentes que le dan carácter propio. Citemos algunos casos.

El barón de S... se entretenía una noche en hacer mover un velador; éste le manifestó por golpes que era el espíritu de su padre el que se comunicaba, y para probárselo, le dió muchos datos de hechos pasados, le describió algunos cajones secretos que había en un armario y de cuya existencia ni aun sospechaba el barón, le dijo los objetos que encontraría en ellos, y le enseñó, finalmente, el mecanismo á que obedecían; todo lo cual resultó completamente exacto.

Luis Michel era un mozo de Var que casi no sabía escribir y en su condición de médium, compuso la *Cle de la Vie*, obra monumental de cosmología y cosmogonía, cuyas ideas filosóficas eran nuevas por aquel entonces.

Eugenio Nus reproduce en su obra *Cosas del otro mundo* las definiciones que dió un espíritu por medio del velador á las palabras que le propusieron, y que son admirables por lo brusco, instantáneo, y conciso y completo de su desarrollo, ya que no hubo reflexión ni preparación para ninguna de ellas y todas las frases se ciñeron á doce palabras (1).

---

(1) He aquí algunas de dichas definiciones:
Infinito: "Abstracción ideal, por encima y por debajo de cuanto conciben los sentidos."
Física: "Conocimiento de las fuerzas productoras del organismo y vida de los mundos."
Química: "Estudio de las propiedades de la materia en lo simple y compuesto."

El Dr. Thomsom obtuvo la fotografía de su madre, á quien él no conoció por haber muerto pocos días después de haberle dado á luz.

Aksakoff y Crookes han obtenido fotografías de espíritus materializados, que no solamente han referido su historia, comprobada más tarde plenamente, sino que también cuantas veces se han presentado, otras tantas han acusado la misma identidad.



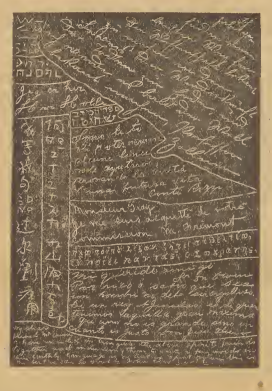
Zoëllner, Wallace, Aksakoff, Crookes y otros muchos, han presenciado aportes, materializaciones y disgregaciones de cuerpos, el paso de la materia á través de la materia y la anulación de los efectos tósigos en muchas substancias venenosas, la de los efectos explosivos en la pólvora y la dinamita, (1)

Armonia: "Equilibrio perfecto del todo con las partes y de éstas entre sí."
Corazón: "Expontaneidad del sentimiento en los actos, en las ideas, en su expresión."
Imaginación: "Fuente de deseos: lo real idealizado por sentimiento exacto de lo bello."

(1) "Después de algunos meses de experiencias con el médium J. y de haber éste demostrado con múltiples manifestaciones que su poder medianímico se extendia lo mismo á la comunicación inteligente que al desarrollo de fenómenos de orden físico, el guía invisible de las sesiones nos anunció

y la de los efectos candentes en el hierro sometido á ignición y en los carbones enrojecidos. (1)

La escritura puramente mecánica entre dos piza-



rras gemelas la han obtenido diferentes experimentadores con infinidad de médiums. Merecen cono-

que deseaba darnos una prueba evidente del poder que dimana del mundo espiritual, á cuyo efecto, anularía la fuerza expansiva de la pólvora. Nos
(1) Véase la nota de la página 268.

cerse los requisitos y precauciones que tomaron Zoëllner, Wallace y Aksakoff para ponerse al abrigo de toda superchería, cuando, con Slade y Eglinton, intentaron esta clase de fenómenos.

La novela póstuma de Carlos Díkens fué concluída por un aprendiz de herrero, incapaz de concebir una sola frase, y, según dictamen de eminentes críticos, nadie distinguirá donde terminó el autor de estampar sus pensamientos y donde empezó su amanuense á escribir al dictado.

Por este estilo podríamos continuar hasta llenar bastantes páginas; pero bastan los ejemplos precedentes para dejar demostrado que entre la fenomenología espiritista y la fenomenología anímica, además de las diferencias generales que más arriba consignamos, están las diferencias particulares de acusar

---

aconseja construyamos en sitio apartado de la ciudad algún barreno, y prácticamente se harán las demostraciones.

Provistos de un paquete de pólvora que se adquirió en la acreditada casa Tarruella y Berch, nos dirigimos á la vecina población de Moncada, y al llegar allí, elegimos como laboratorio de experiencias, la cima del montículo en donde yacen las ruinas del que fué castillo de la noble familia que da nombre á esta población. El grupo de observadores lo constituían cinco personas. Todos estábamos dispuestos á trabajar y estudiar de buena fe, aunque sometiendo las experiencias á la más rigurosa investigación. Hablando con franqueza, diré: que considerábamos bastante difícil que el guía invisible saliese airoso en su promesa.

Primeramente se construyeron sobre dura roca, dos barrenos de treinta centímetros de profundidad por dos de diámetro, dirigidos por persona entendida en esta clase de trabajos. La carga de cada uno de dichos barrenos consistió, en seis centímetros cúbicos de pólvora perfectamente atacada con el polvo procedente del hoyo. Encendimos la mecha y nos retiramos á la distancia de unos veinte pasos. Al breve rato se dejó oir una trepidación sorda, indicio de que la substancia explosiva se había inflamado.

Nos dirigimos al sitio de las experiencias, quedando sorprendidos al ver que la explosión no había arrancado la menor piedra, ni resquebrajado la roca ni el terreno inmediato.

Seguidamente construímos un nuevo barreno, cargándolo con ocho centímetros cúbicos de pólvora, y esta vez la detonación fué como la de un disparo de escopeta, sin arrancar piedra alguna ni agrietar el terreno limítrofe.

Por comunicación escrita que nos dió el invisible valiéndose del médium, dijo, que ya teníamos realizada la promesa, faltando únicamente comprobar si la pólvora era excelente y los barrenos estaban bien fabricados, á cuyo fin nos invita á cargar de nuevo el segundo hoyo, participándonos que esta

siempre la primera la existencia de un ser extra-carnal, inteligente, sensitivo y volitivo por sí y totalmente ajeno á su médium y á los reunidos, cosa que no acontece ni puede acontecer en los fenómenos hipno-magnéticos, porque estos reflejan en todos los casos la voluntad é inteligencia del sujeto, ó bien la voluntad é inteligencia del operador.

Que hay espíritus, y que tales espíritus pueden comunicarse, huelga por entero que lo digamos después de citar el *exequator* abrumador y aplastante de los hechos. Sin embargo, queremos raciocinar un poco, no para demostrar su posibilidad, sino para ver de darnos cuenta de su ser.

Según nuestra teoría, que en el fondo es la misma teoría de los antiguos magos, el espíritu no es otra cosa que una partícula de la esencia universal ya individualizada en unidad simple, completa, sens-

vez se realizaría una explosión *formal*. Efectivamente, á los pocos segundos de haber encendido la mecha, percibimos una intensa detonación acompañada de un levantamiento de cascotes de piedra y considerable masa de tierra, que fueron proyectados á más de tres metros sobre el nivel del suelo. Reconocido el terreno debidamente, encontramos varias grietas esquirlas, y muchas piedras arrancadas.

Estas experiencias tuvieron lugar el día 10 de Mayo de 1893, á las tres de la tarde.

Un sentimiento de curiosidad nos impulsó á preguntar si también surtirían efecto estas experiencias utilizando la dinamita, contestando el guía, que de igual manera aniquilarían la dinamita que la melinita.

Puestos de acuerdo me dirigí á casa Tarruella y Berch, y adquirí dos paquetes de dinamita, de la que se emplea en las canteras.

Allí mismo compré los indispenoables pistones y mecha.

Reunido de nuevo el grupo en Moncada el día 17 de Mayo de 1893, construímos un hoyo de cuarenta y cinco centímetros de profundidad por dos de diámetro, empleando en la carga ciento veinte gramos de dinamita. A los breves segundos de encender la mecha, se produjo una pequeña detonación semejante á la de un disparo de fusil, pero el agujero en que se depositó la carga, así como el terreno inmediato, estaban intactos.

Se prepara un nuevo barreno en idénticas condiciones, y sucede lo mismo de antes.

No había para qué insistir ante pruebas tan convincentes, so pena de declararse imbécil de solemnidad.

Termino haciendo constar que el químico invisible nos participó que podían haber evitado aquella detonación, pero que no lo hicieron, porque así anunciaban la conclusión del experimento."—(V. Melcior, *Exteriorización de la Motilidad,* páginas 236 y 237, nota.)

ciente, inteligente y volitiva, con un caudal de conocimientos propios adquiridos mediante el desarrollo de algunas de sus propiedades, y con una aspiración perenne de mayor felicidad, que sabe ó supone ha de conseguir desenvolviendo más y más sus propiedades y realizándose en su esencia. Este espíritu, esta partícula dinámica, es imperecedera, puesto que resulta axiomático que nada se crea ni se pierde; y es asimismo inmutable en cuanto á ser, puesto que la esencia ó naturaleza de las cosas, sean éstas las que fueren, no puede variar sin dejar de ser las cosas. Tenemos, pues, que el espíritu es inmortal, y por ende, que es activo, volitivo, sensciente y pensante por sí y en todos los momentos de su ser, desde el instante mismo en que desarrolló la porción suficiente de su potencialidad para constituirse en uno y simple, esto es, desde el instante en que generalmente le denominamos espíritu.

La materia, sea orgánica ó inorgánica, no es en nuestra teoría sino el símbolo, la expresión de la fuerza ó espíritu universal en sus infinitos grados de desenvolvimiento activo, siempre menores á los que se requiere para la entificación ó simplificación de las partículas dinámicas, y por consecuencia de ello, está sometida á la acción del espíritu y le sirve de instrumento, desenvolviendo así sus propiedades latentes que poco á poco la irán disociando y conduciendo á su fin, á la entificación.

Mientras llega este momento, las partículas dinámicas conjuntas revelan su potencialidad como fuerzas atractiva y repulsiva en toda clase de cuerpos; pero á tales fuerzas, ó mejor, á tales modalidades

de la fuerza, el espíritu uno puede oponer y opone el verbo de su voluntad traducido en ritmo vibratorio, y con él puede modificar y modifica, no ya solamente su corporalización, si que los efectos consecuentes á ella. Prueba de lo que decimos, las aleaciones y combinaciones que á cada momento se efectúan en los laboratorios químicos y en todas partes.

Y estas aleaciones y combinaciones que hace el *hombre vivo*, ¿no podrá hacerlas asimismo el *hombre muerto*? Recordemos que el espíritu es inmortal; recordemos que la materia no es más que el símbolo de la fuerza ó espíritu no entificado; y recordemos que la corporalización, la agrupación atómica, no depende sino del movimiento rítmico de las partículas dinámicas. Este recuerdo nos dará hecha la contestación apetecida.

IX.

Sintesis.

Las frases con que terminamos el capítulo precedente encierran de hecho la única teoría que consideramos capaz de poder explicar la producción de toda clase de fenómenos, sean éstos mentales, morales ó físicos, y consecuentemente, los que nos han ocupado en el decurso de este libro cuarto.

En el universo todo es vibración, todo movimiento. Desde la lejana y al parecer solitaria estrella que en las serenas noches de Diciembre nos envía su titilante luz á través de los espacios inconmensu-

rables, hasta el levísimo polvo de oro que la pintada mariposa deja en nuestros dedos al aprisionarla por las alas; desde el gigantesco Himalaya cuya corpulencia aterra hasta el imperceptible grano de polvo que se levanta en nubes de las calzadas y caminos; y desde el levísimo infusorio que nace, crece, se reproduce y muere en un décimo de segundo, hasta el colosal paquidermo que vive centurias y ya al nacer es una masa orgánica de las mayores del reino zoológico de nuestro globo; todo lo que existe en *cielos* y *tierra*, todo, incluso el alma, responde á una vibración, á una nota de esa gama infinita que se llama armonía, y que se traduce en bondad, verdad y belleza absolutas en las partes y el conjunto, en la manifestación y en la esencia.

Parece contradicción, parece hipérbole cuando menos lo que acabamos de decir, y sin embargo, no son ni contradicción ni hipérbole. En la forma como en el fondo, en las partes como en el conjunto, lo repetimos, la trilogía de *lo real*, verdad, bondad y belleza, se manifiesta absoluta, totalmente absoluta, respondiendo á una vibración particular de esa infinita gama á la que se llama armonía sidérea.

Tomemos un cristal. Sea cualquiera el tipo que elijamos, su agrupación atómica responderá á determinado ritmo vibratorio y nos presentará su bondad, su verdad y su belleza particulares, pero completas, absolutas, en su propiedad, su peso y su forma. En vano trataremos de buscar otro cristal idéntico al primero en donde la vibración rítmica no responda al mismo número ni la agrupación atómica al mismo peso: uno y otro determinarán distinta forma,

distinta masa y distinta propiedad, y consecuentemente, otra bondad, otra verdad y otra belleza completas, absolutas para el nuevo tipo, pero nunca una bondad, una verdad ni una belleza mayor ó menor para el primer cristal examinado.

Tal orden de consideraciones es aplicable por igual á cuantos seres y cosas componen la naruraleza físico-química y la naturaleza físico-biológica; y por lo que concierne al hombre, y aún á los animales, en su doble aspecto físico y psíquico, no queda menoscabada en lo más mínimo la misma ley reguladora, ya que de ella y sólo de ella depende la manifestación progresiva de la esencia. Nos explicaremos, puesto que de esta explicación depende, no la virtualidad, pero sí la comprensión de la virtualidad de nuestra teoría.

Repitamos una vez más lo que para nosotros y para cuantos hayan saludado las ciencias físico-psíquicas, es ya una verdad que no admite réplica, una verdad que ha pasado á la categoría de postulado: *Todo en el universo es movimiento*. Partiendo de esta base, y afianzados por la físico-química que así lo comprueba y enseña, acabamos de asegurar que todo cuerpo responde á una fórmula de combinación, originada por un ritmo particular de la esencia una, cuya propiedad es la fuerza y cuyos modos manifestativos son infinitos, como infinitos son también los grados de potencialidad que tiene que desarrollar. Esto nos explica la variedad de formas en la unidad de substancia, como nos explica también esa cadena misteriosa de la existencia, cuyo primer eslabón, para nosotros, es el átomo involucionando

de lo abstracto á lo concreto y originando los eslabones sucesivos que se llaman moléculas y cuerpos minerales, y vegetales y animales, para luego evolucionar de lo concreto á lo abstracto produciendo esa otra serie de eslabones que se llaman espíritus vegetal, animal y hominal con todas sus series de desenvolvimientos sencientes, instintuales, conscientes y volitivos á lo infiinito. Cada eslabón corresponde á un ritmo, y por lo mismo á un modo de ser y de manifestarse; pero estos modos de ser y manifestarse y aquel ritmo no se deben al azar, no son atrabiliarios: se deben al desarrollo gradativo de la potencialidad de la esencia, que bien sea por impulso propio en ella connatural, bien por solicitación de unas partículas dinámicas con otras, ó bien por la selección á que le lleve sus experiencias adquiridas por el trabajo, la conflagración, la lucha, acaba al fin por individualizarse, por convertirse en entidades simples, sencientes, volitivas y determinativas, que son las que llamamos espíritus.

Todos sabemos que el aire atmosférico es una mezcla de oxígeno (20'93 °/₀) y nitrógeno (79'07 °/₀), con algo de vapor acuoso, ácido carbónico, nitrato y carbonato amónicos, etc., etc. Este gas, en su estado de reposo denominado *calma*, recorre solamente 1'34 metros por segundo de tiempo, velocidad más que sobrada para que pueda aducirse como uno de los testimonios en pro de nuestra teoría de que en la naturaleza nada hay en reposo absoluto; pero en su mayor estado de actividad hasta el presente medida, cuando el aire toma el nombre de *huracán*, recorre cuarenta metros en el mismo

espacio de tiempo. Entre ambos extremos de la escala están la *tempestad* con 33'5 metros, el *galeno entero* con 29, el *galeno fuerte* con 25, el *galeno fresco* con 21'5, el *galeno moderado* con 17'9, la *brisa fuerte* con 15'2, la *brisa fresca* con 12'5, la *brisa moderada* con 10'3, la *brisa suave* con 8'1, la *brisa ligera* con 5'82, y el *viento suave* con 3'6. Y bien; ¿cual es la causa de estos diferentes vientos ó más propiamente hablando, de estas varias manifestaciones de un solo viento? Su vibración atómica, sólo su vibración atómica (1). «Cuando una porción de la superficie terrestre se calienta mucho, el aire en contacto con ella se calienta, también y disminuyendo su densidad (acelerando su vibración), *sube á las regiones superiores,* produciendo un vacío que hace se precipiten hacia el mismo otras capas más frías (de menor vibración) de las regiones circunvecinas.» También la condensación brusca de una masa con-

---

(1) "Se ha calculado que á la presión barométrica de 760 milímetros el número medio de choques entre las moléculas gaseosas sería:
1.° Para el oxígeno, por segundo, 2,065 millones.
2.° Para el aire, por ídem, 4,700 ídem.
3.° Para el ázoe, por ídem, 4,760 ídem.
4.° Para el hidrógeno, por ídem, 9,480 ídem.
Si la presión barométrica fuera cien mil veces menor, es decir, igual á 0m0076, vacío que producen apenas las mejores máquinas pneumáticas, el espacio á recorrer sería cien mil veces mayor, esto es, casi igual á un centímetro, y el número de choques no pasaría de 4,700 por segundo."—(Jouffret, *Introductión á la théorie de l' energie,* pág. 67.)
La velocidad media de que están dotadas los moléculas—velocidad constante para un mismo gas,—es, según diferentes sabios, á la temperatura del hielo fundente (0°) y á la presión barométrica de 760 mm, la de

461 metros por segundo para las de oxígeno;
481 íd. por íd. para las de aire;
492 íd. por íd. para las de ázoe; y
1848 íd. por íd. para las de hidrógeno.

La velocidad de las moléculas es tanto más grande cuanto más ligero es el gas, ó en otras palabras, cuanto menos materia contiene en la misma unidad de volumen; por lo tanto, "si en un tubo cerrado se hace el vacío tan perfecto como sea posible, y si se obliga á las moléculas que queden á moverse en línea recta por medio de la electricidad, se obtendrá el estado radiante descubierto por Crookes."—(Delceveau, *La Matiére.* Véase también la *Théorie mécanique de la chaleur,* de Briot.)

siderable de vapor deja un vacío, y el aire de las regiones inmediatas afluye á él en forma de corrientes, llamadas de *aspiración*, por antítesis de las anteriores, que son de *insuflación*.

Nos hemos permitido este pequeño entre paréntesis físico, porque nos ha parecido que con él se nos facilitaba la explicación de nuestra teoría, si sabíamos tomarle como símbolo. En el gas atmosférico queremos ver á la substancia una; sus modos de manifestarse los equiparamos á los modos de manifestarse de la esencia, y los motivos determinantes de las corrientes aéreas los vemos asimismo en los motivos determinantes de la evolución de la esencia. *Aspiración* é *insuflación* son los dos modos generales con que el aire revela su ser, *involución* y *evolución* son los dos modos, también generales, en que se revela la esencia. Por la *aspiración*, el gas atmosférico *se condensa* y produce corrientes que pudieramos llamar centrípetas; por la *involución*, la esencia *se corporaliza* y produce efectos del orden meramente mecánico; por la *insuflación*, el gas *se rarifica* y produce las corrientes repulsivas que pudiéramos llamar centrífugas: por la *evolución*, la esencia *se espiritualiza* y produce los efectos conscientes y libres que determinan la simplicidad. Cada viento, esto es, cada modo de manifestarse del gas atmosférico, responde á un ritmo vibratorio de su masa y produce efectos dinámicos distintos; cada cuerpo y cada ser vivo responde también á un ritmo vibratorio de la esencia, y se determina por sus efectos conscientes ó mecánicos. Finalmente, el gas rarificado asciende á las capas superio-

res de la atmósfera, rechazando y venciendo la resistencia de las capas más condensadas que se precipitan contra él; y la esencia ya espiritualizada asciende á las regiones de las ideas, rechazando y venciendo el empuje grosero y aplastante de la materia que trata de esclavizarle.

Este es el símil, y nos parece que con él queda presentada nuestra teoría de una manera lo suficientemente clara para ser fácilmente comprendida. Trataremos ahora de adaptarla á la materia de este libro.

Desde la fascinación al sonambulismo lúcido, y desde la sujestión mental á la teleplastía, hemos podido observar en todos los fenómenos cierta gradación, cierto orden seriario que congruía positivamente con el grado de abmaterialización del sujeto y con el esfuerzo sujestivo ó magnético realizado por el operador. Ambas cosas nos ponen en el caso de poder presumir que rije para los fenómenos anímicos la misma ley rítmica que para los desenvolvimientos de la esencia. A mayor vibración hemos visto que correspondía más fuerza y menos materia: á mayor abmaterialización notamos también que se operan fenómenos más precisos, más transcendentales y más lúcidos; cuanto más densa es la masa, menos energía revela y más esfuerzo se necesita para imprimirle movimiento: cuanto menos educado está el sujeto, menos importantes son los fenómenos que ofrece y mayor cantidad de energía hipno-magnética consume antes de ponerse en estado de trance; un buen sujeto es un sensitivo que aprecia vibraciones que se escapan á los sentidos de la generali-

dad: los dos estados en que la substancia físicamente considerada se revela más activa, la electricidad y la luz, son también aquellos en que más se sensibiliza...

Todo esto podrá parecer meramente hipotético, meramente conjetural; pero ahondemos un poco en el examen, y la hipótesis irá alcanzando el valor de la certeza.

Para hipnotizar ó magnetizar sabemos ya que se necesitan dos factores: el sujeto, meramente pasivo en un principio, y el operador, que obtendrá mayores éxitos cuanto más activo sepa ser. La actividad del magnetizador no hace falta que se exteriorice con ademanes, que se objetive con fórmulas: basta, y aun es mejor, que quede subjetivada en su atención y que la sature el verbo de su voluntad (1). ¿Y qué

---

(1) Para darnos idea de la potencia de ésta, oigamos lo que nos dice Hak Tuke *(Le Corps et l'Esprit)*:

"Un miembro distinguido de la "Sociedad Real," de Londres, M. Fox, podía, por un esfuerzo de voluntad, aumentar el número de sus pulsaciones, en diez á veinte por minuto. Yo mismo hice la experiencia. En el espacio de dos minutos, las pulsaciones que en un principio eran normales, se elevaron de 63 á 82."

El mismo autor cita los casos de letargia voluntaria que se provocaba el coronel Townsend, en un todo idénticos á los que se refiere de los fakirs que se entierran en vida. Oigámosle:

"El pulso del coronel) estaba, dice el Dr. Chaine, bien marcado aunque débil y filiforme; el corazón latía normalmente. El coronel se echó de espaldas y permaneció quieto algunos instantes; yo noté que su pulso se debilitaba gradualmente, hasta que llegó á no advertirse, no obstante la más minuciosa atención. El Dr. Baynard, por su parte, no podía percibir el menor movimiento en el pecho, y el Dr. Skrine no vió la menor señal de vaho producida por el aliento sobre el espejo brillante que tenía aplicado ante la boca del coronel; cada uno de nosotros examinamos á nuestra vez el pulso, el corazón y la respiración del sujeto, y á pesar de la más severa y rigurosa pesquisa, no pudimos descubrir el más leve signo de vida. Ibamos á retirarnos convencidos de que el coronel había muerto, cuando un ligero movimiento de su cuerpo nos contuvo. Poco á poco volvió el coronel á la vida. Esta letargia duró como cosa de media hora."

Después de estos casos y de los que en su lugar correspondiente hemos citado respecto á la acción de la voluntad á distancia, casi deberíamos omitir ningún otro testimonio; pero no queremos pasar en silencio lo que nos refiere el magnetizador Ricard. Dice:

"Una mañana en que discurría por el hermoso paseo de Peyron, en Montpelier, vinieron algunas nubes á obscurecer la pureza del cielo, y bonancible lluvia empezó á descargar sobre los árboles de aquel lugur encantador, otor-

hace el magnetizador, qué hacemos todos cuando concentramos nuestra atención sobre una idea ú objeto cualquiera, y cuando sostenida y enérgicamente queremos algo? Sencillamente acelerar el ritmo vibratorio de nuestro sensorio, de nuestra aureola física, que se traduce en fuerza físico-motora para nuestro organismo y para aquel objeto á quien haya de influir, si sus efectos han de ser dinámicos, ó se traduce en un aumento de actividad mental, si su objetivo no es otro que la observación, el recuerdo, el juicio y el raciocinio. Sobre este extremo no cabe duda alguna después de los experimentos de los doctores Forcault y Claudio Bernad acerca de la producción del calórico animal; pues se sabe ya de una manera positiva que todo trabajo psíquico ó físico produce un aumento de calor proporcional en la parte correspondiente del cerebro.

Es, pues, cuestión punto menos que indudable la de que el agente hipno-magnético no es otro que la aceleración rítmica del aura física del magnetizador influenciando sobre su homogénea en el sujeto y produciéndole, primero, la relajación, valga la frase, de los lazos que unen sus naturalezas psíquica y fí-

---

gándoles verdor y frescura. *Ensayé* dar á las nubes que tenía sobre mi cabeza una impulsión viva en la dirección que seguían al objeto de librarme de su rociada. El azar quiso quc al cabo de algunos minutos *cesase de llover en el sitio en que me hallaba*, mientras las nubes *continuaban descargando sobre lo restante del paseo*. ¿No es singular este azar?"

Sí, singular es, y más si admitimos como cierto lo que dice haber visto en Hinterland del Camaroon (Africa) el viajero Lautradielta. Según cste señor, vió en dicho lugar á dos *artifices de lluvias*, los cuales, merccd á determinados actos de *encantamiento* consistentes en dar vueltas en rededor de un círculo, salmodiar un canto bárbaro y espolvorear el aire con no se sabe qué polvo, hasta que uno de ellos cayó en convulsiones epilépticas, lograron formar una nube en un punto del zenit, condensarla, atraerla, y por fin resolverla en lluvia torrencial al principio durante tres cuartos de hora y bonancible después durante dos días.—(Véase la *Revue Spirite*, Mayo de 1899, página 284).

sica, lo que lleva equiparado la inconsciencia personal y los estados letárgico y cataléptico; y después, la abmaterialización, el desprendimiento más ó menos completo de su entidad consciente, lo que origina los fenómenos transcendentales de clarividencia, clariaudiencia, materialización, sonambulismo lúcido, ubicuidad, &. &.

Otro testimonio en favor de esta tesis es el hecho probado de que los sujetos, como los médiums, reclaman el concurso de los asistentes á las experiencias para la producción de los fenómenos transcendentales; y al reclamar este concurso, no es que reclamen una acción directa sobre la mesa que ha de mover ó sobre el teclado del piano que ha de producir una sonata, sino que reclaman la atención, el impulso de la voluntad de todos, para, por su influjo, vibrar ellos más aceleradamente y poderse abmaterializar mejor.

Y por último, las telepatías, las teleplastías, los aportes, el paso de la materia á través de la materia, la escritura directa y otros fenómenos, exigen imperiosamente del ritmo vibratorio para poderse concebir. ¿Cómo explicarnos que un cuerpo compacto, y más que compacto, vivo, penetre en un lugar herméticamente cerrado, sin que sufran detrimento ninguna de las partes que concurren al fenómeno? ¿Cómo explicamos que una médium encerrada en una jaula de hierro de mallas tan espesas que apenas si pasa por ellas la hoja de una espátuta (1), pueda salir de allí sin desperfecto

(1) Experiencias de M. H. G. Newton con los médiums Sra. Roberts y Sr. Vosart.

alguno de la jaula y sin que se le abra la puerta? Esto no se explica, esto no puede explicarse sin la aceleración del ritmo vibratorio llevado hasta el extremo, si no de la fluidificación absoluta de la materia, sí al menos al de la gasificación de los torbellinos estudiada por Helmoltz y W. Thomsom.

En resumen: la inducción filosófica como la prueba experimental, congruyen, de una parte, en admitir la unidad en la substancia, y de otra, en considerar todas las formas y todas las fuerzas del universo, como grados de desarrollo de la potencialidad ingénita en la esencia revelado por el único medio en ella posible: por la vibración.

LIBRO QUINTO

MAGIA TERAPÉUTICA

I.

Preliminar.

Ni podemos ni debemos hacer de nuestro libro un tratado de patología. Debemos, sí, dar somera idea de cómo se interpretaba la medicina en la antigüedad y cómo se interpreta hoy; cosas ambas que nos ponen en un verdadero apuro, lo confesamos, porque ninguna materia nos parece más difícil de sintetizar que aquella que se contrae á la ciencia de Hipócrates y de Galeno.

En Hermetismo todos los cuerpos se componían de *azufre, mercurio* y *sal*. El *azufre* lo estimaban como el aceite ó resina de los cuerpos, como el principio generador interno que contenía en sí el foco nutritivo y conservador de la vida. Veían en el *mercurio* un licor puro y simple, un vapor húmedo, el germen que contenía el espíritu de la vida y ocurría como causa eficiente á la conservación del organismo. Y en la *sal*, finalmente, consideraban la

forma, el aspecto sensible del cuerpo, y el punto de conjunción del espíritu y de la materia, esto es, del azufre y del mercurio. Esta concepción la llevaron también á la terapéutica, y decían que del equilibrio ó desequilibrio de los tres componentes dependía la salud ó el estar enfermos. «Cuando el *azufre* sufre alteración en el organismo humano por exceso de inflamación, calienta los principales miembros internos, á saber, el corazón, el hígado, los riñones y el cerebro, engendrando las enfermedades cálidas y agudas, como son: fiebres, pleuresias, pestes, epilepsias, manías, frenesíes, todas las enfermedades sulfurosas. Si es la *sal* la que se disuelve por un accidente cualquiera, produce las enfermedades llamadas saladas, como son: catarros, apoplegía, hidropesía, disentería, diarrea, etc.; la sal, colando poco á poco del cuerpo y privando de su concurso á la sangre y á la carne, engendra las úlceras, los pólipos, los chancros, las fístulas, la lepra, todo cuanto proviene de la corrupción de la carne. El *mercurio* no se altera por sí mismo; pero cuando la sal y el azufre se han corrompido, originan excrementos venenosos que el organismo debilitado no puede expulsar y él los absorbe, llevándolos á las partes cóncavas del organismo, á las junturas, á las venas, á las arterias, á los huesos, á la médula, etc., las cuales partes, impregnadas con tales humores, son presa de graves enfermedades, tales como la viruela, los cálculos, el mal de piedra, la sciática, la parálisis y todas las afecciones mercuriales, en una palabra.»

Aun agregaban á lo que precede las relaciones

entre los planetas, los principales miembros del organismo y los metales, según vimos ya en la primera parte de esta obra; y decían, además, que á las enfermedades del corazón, del cerebro, del hígado, del pulmón, del bazo, del riñon y de la hiel, convenían especial y respectivamente los preparados ó *elixires* de oro, plata, mercurio, estaño, plomo, cobre y hierro.

En esto, como en todo, la moderna ciencia no ha sabido conocer el esoterismo del símbolo, y por más que constantemente se le hablaba de la medicina *spagírica* y del *Oro potable* ó *Elixir de larga vida*, no paró mientes en la *fórmula de preparación* de tal *elixir* y lo desechó en absoluto, buscando en la botánica y en la química farmacéutica nuevos preparados con que hacer frente y contrarrestar todas las dolencias.

No nos engolfaremos en el inextricable laberinto porque ha pasado y está pasando la medicina: en la conciencia de todos está que camina casi sin rumbo cierto; tampoco nos pararemos á considerar si es mejor el sistema alopático que el homeopático, ó el dosimétrico, ó el hidroterápico, ó el sincrético, etc.: quédense tales disquisiciones para los eruditos en la materia. Por nuestra parte confesamos estar de acuerdo en un todo con la antigua doctrina *spagírica*, de la que la electro-homeopatía no es sino una imperfecta caricatura exotérica, aun cuando se basa, como aquélla, en el *similia similibus curantur*.

II.

Esoterismo spagirico.

La idea del ternario se refleja en el esoterismo spagírico como se revela en cuanto se contrae á ciencias ocultas. Hablar del mercurio, del azufre y de la sal de los filósofos, es hablar de los principios activo, pasivo y neutro; es hablar de la inteligencia, el sentimiento y la voluntad; es hablar de la fuerza, la materia y la acción; es hablar de la luz, la sombra y la penumbra; es hablar, en una palabra, de ese triple aspecto que los iniciados reconocían en toda objetivación de la esencia. En vano trataríamos de buscar en lo material de aquellos dos metales básicos y en la sal por ellos compuesta, la razón de ser de la doctrica spagírica que nos ocupa, en vano daríamos la sal para curar las enfermedades saladas, el azufre para curar las enfermedades sulfurosas y el mercurio para curar las mercuriales: «la masa compacta de los metales, ó sus componentes en polvo ó en píldoras, no os producirán ningún provecho; antes por el contrario, pueden originaros graves perjuicios, si, como es lo más probable, vuestro estómago no los puede digerir.» Así decían los hermetistas y así repetimos nosotros.

Si el lector ha parado mientes en las ideas emitidas en el capítulo anterior, recordará que en él se dice que todos los cuerpos se componen de las mismas substancias, es decir, de mercurio, azufre y sal.

Esto es químicamente inexacto; pero no lo es spagíricamente, puesto que todos los cuerpos se componen de masa, peso y forma, de fuerza, materia y movimiento, y de otras trilogías físicas ó metafísicas, que son las ideas á que se refieren los símbolos esotéricos de la Alta Magia.

Se da el nombre de spagírico á lo transcendental, á lo metafísico; y se procede en alquimia spagíricamente separando lo espeso de lo sutil, lo puro de lo impuro. Esta separación no puede operarse por medio de ningún ácido ni de ningún corrosivo: ha de ser por medios puramente dinámicos, por vibraciones ó corrientes magnéticas sumamente rápidas y armoniosas. Un corazón atribulado, una mente preocupada y una voluntad irresoluta, no pueden producir *oro potable,* porque el oro sólo se pone en condiciones de asimilación cuando se ha fundido en el Huevo de la gran obra, de la obra de la transmutación personal del operador, bajo la acción fundente de la hornaza del Athanor, que es la hornaza de la prueba, del sufrimiento, de la ilustración y del amor. El alquimista spagírico ha de hallarse en el fiel de la balanza, en la luz inmóvil; no siendo así, imposible es que produzca *óro potable,* imposible que produzca *elexir de larga vida.*

Las propiedades del oro potable obran directamente sobre el corazón purificándole de toda clase de escorias. Teniendo el corazón sano se tiene sano todo el organismo, porque, como dijo el Cristo, «de lo que sale del corazón es de lo que provienen todos los odios, todas las enemistades, todas las impurezas, todas las prevaricaciones, todas las infamias.»

Este es el motivo por el cual el *oro* es el medicamento entre todos los medicamentos; no el *oro* en pan, en píldoras ni amonedado, sino el oro spagíricamente reducido á sus tres elementos *mercurio* ó principio activo = INTELIGENCIA, *azufre* ó principio pasivo = SENTIMIENTO, y *sal* ó principio neutro emanado de la efusión del *mercurio* y el *azufre* = VOLUNTAD INTELIGENTE, voluntad esclarecida, lógica, justa inflexible, inmutable. Recuérdese que el oro es imagen del sol, imagen de Dios, la de la luz; de la inteligencia y de la pureza de vida.

De todos los demás metales y piedras preciosas, así como de los animales y vegetales, se pueden extraer spagíricamente otro elíxires, otras aguas dinamizadas y *otros aceites que convienen á las enfermedades psico-físicas.* Para interpretar este pasaje no hace falta otra zosa sino que el lector retrotraiga á su memoria lo que en la obra mágica representan los planetas, los metales y las piedras preciosas. Si así lo hace recordará que llevamos dicho que la plata y la selenita son símbolos de la luna, están consagrados á Grabiel, y este genio es el que preside las obras de adivinación; que el hierro y la amatista corresponden á Marte, están consagrados á Samaël y este es el genio que preside las obras de castigo; que el mercurio y la ágata representan á Mercurio, están dedicados á Rafael y éste es el genio de las especulaciones científicas y comerciales; etc., etc. Pues bien: *si spagíricamente se extrae el elixir de la plata, del hierro, del mercurio...* ó más claro, *si se obra con verdadera rectitud, con completa pureza de intenciones y hechos en las operaciones*

mercantiles, justicieras, amorasas, etc., etc., ¿no es verdad que de todo, absolutamente de todo, puede extraerse el agua *dinamizada*, esto es, un tónico eficacísimo, ó el *aceite aurífero*, un reconstituyente precioso, ó el *elixir de larga vida*, un preservativo sin igual para toda clase de dolencias así del alma como del cuerpo?

He aquí, pues, lo que en su sentido mítico significa la doctrina spagírica aplicada á la terapéutica.

III.

El spagirismo moderno.

Hemos dicho que la electro-homeopatía, y podemos agregar que la seroterapia, no son sino imperfectas caricaturas exotéricas de la doctrina spagírica, bien que se basen, como ésta, en el *similia similibus curantur;* acabamos de ver cómo interpretaban el *similia similibus* en hermetismo, lo que de paso ha dejado á descubierto la enorme diferencia que hay entre dar el oro en polvo ó en pan, á darlo en sus elementos puros *mercurio, azufre* y *sal;* y hemos dicho también, en apariencia incidentalmente, que la operación spagírica de extraer del oro su virtualidad medicamentosa, sólo podía hacerse por corrientes magnéticas sumamente rápidas y armoniosas. Esto nos conduce como de la mano á tratar del spagirismo moderno, en nuestro lenguaje corriente *hipno-magnetismo*.

Que el hipno-magnetismo es un poderosísimo

agente terapéutico, que es una verdadera panacea universal, no tenemos para qué decirlo. Si tal fuera nuestro propósito, podríamos escribir un volumen mucho mayor que el presente, sin tener que ocuparnos de otra cosa que de detallar las curas por tal procedimiento realizadas; curas verdaderamente prodigiosas, verdaderamente imposibles para cualquier otro procedimiento (1).

Tampoco estimamos necesario detenernos gran cosa en inquirir la ley, nótese bien, la ley á que obedecen las curas hipno-magnéticas. Después de la materia que ha sido objeto del libro precedente, y des-

---

(1) Aun poniéndonos en contradicción con el propósito que acabamos de formular, vamos á transcribir el siguiente hecho, que nos relata su propio autor:

"Hace ya años fuí mordido por un gato, que en el mismo día murió de hidrofobia. Al principio presté poca atención á esta circunstancia, que no turbó poco ni mucho mi imaginación ni mi sistema nervioso; pero, pasados tres meses del accidente, sentí una mañana un vivo dolor en el brazo, y al propio tiempo, mucha sed. Pedí un vaso de agua. En el momento en que iba á aproximarlo á los labios, experimenté en la garganta un espasmo violento. En el momento adquirí la terrible convicción de que iba á ser atacado de hidrofobia á consecuencia de la mordedura del gato, y durante una hora fuí presa de indescriptible angustia: la idea de una muerte tan terrible me era intolerable. El dolor que empecé á sentir en la mano se propagó al codo, luego á la espalda y tendía á propagarse á todo el cuerpo; consideré que toda asistencia facultativa era inútil y creí debía disponerme á morir.

"Al fin me puse á reflexionar sobre mi situación. Puedo ó no puedo morir, me dije; si he de morir, sufriré la suerte que otros han sufrido antes que yo y que otros sufrirán aun después de mi muerte, y por lo tanto, es preciso que afronte el peligro con valor; y si queda alguna esperanza de salvación, ésta no puede ser otra que la de afianzar mis resoluciones, batir al mal á la descubierta y ejercer esfuerzos enérgicos sobre mi espíritu. Por consecuencia, comprendiendo lo necesario que es el ejercicio intelectual y físico á un tiempo, tomaré mi escopeta y me iré de caza, á pesar de este maldito é insufrible dolor.

Lo hice como lo pensé. No encontré á mi paso ni una sola pieza, pero, á pesar de ello, anduve toda la tarde, *ejerciendo, á cada paso que daba, un vigoroso esfuerzo de voluntad contra el mal.*

Al volver á mi domicilio estaba realmente mejor; á la hora de cenar pude comer y beber como de ordinario. Al siguiente día el dolor había retrocedido hasta el codo, á los dos días retrocedió hasta la muñeca, al tercer día ya no tenia dolor. Hablé de este hecho con el Dr. Kinglake, quien me dijo que, á su modo de ver, había tenido ciertamente un ataque de hidrofobia que hubiera podido serme fatal á no haber reaccionado enérgicamente contra ella por mi esfuerzo de voluntad."—(Andrés Cross, *Mémoires.)*

También Edward Irwing, según Hack Tuke *(Thelife of Edward Irwing)*, se curó también por un esfuerzo de voluntad, de un ataque de cólera que padeció durante la epidemia de 1832.

pués de lo que acerca del spagirismo acabamos de decir, resulta claro como la luz del sol que el agente terapéutico que entra en ejercicio en las operaciones hipno-magnéticas, no es otro que las auras superfísicas del magnetizador influenciando sobre las homogéneas ó solamente sobre la física del operado, restableciendo en ellas el equilibrio y tonalizándolas y vigorizándolas para proseguir en él.

Pero si no hemos de ocuparnos ni de inquirir la ley del hipno-magnetismo aplicado á la terapéutica, ni de las curas que con este procedimiento se han conseguido y se pueden conseguir, sí debemos, sí tenemos que ocuparnos de su exoterismo y de su esoterismo, que, aunque extraño parezca, también en esto hay su fondo y su forma, su esencia y su caricato.

Magnetizadores é hipnotizadores hay que tratan del procedimiento como si se tratara de globulillos dosimétricos ó de píldoras de Brandel. Tantos pases transversales para tal enfermedad, tantos pases longitudinales para tal otra, cinco minutos de imposición de la mano derecha sobre el epigastrio y tres de la mano izquierda sobre el occipucio para cual afección, dos soplos calientes para tonalizar, siete soplos fríos para excitar, media hora de sujestión para liberar del tifus, cinco minutos para curar una emicrania, tres segundos para hacer desaparecer una pleuresia, etc., etc. Los que tal hacen son los electro-homeópatas del hipno-magnetismo: dan el oro en pan, en polvo y en píldoras: no lo dan spagíricamente, no lo dan en esencia.

El verdadero hipno-magnetizador es aquel que no se contrae á fórmula ninguna, sino que *quiere* y

sabe querer. Ni el tiempo, ni el espacio, ni la estación, ni nada es óbice al spagirismo magnético. Este procede de las vibraciones del aura moral, va impregnado de la quintiesencia del sentimiento y de la inteligencia, y forzosamente ha de tonalizar allí donde se le reciba como debe ser recibido; cuando no, equilibrará, por lo menos, el ritmo físico, siquiera este ritmo no perdure mucho más de lo que perdure su influjo sobre él.

Que es cierto cuanto acabamos de decir, puede colegirse perfectamente de los experimentos hechos acerca de la exteriorización de la perceptividad, de la sensibilidad y de la fuerza motriz, y acerca también de la hipno-magnetización á distancia y á plazo fijo y de la acción de los medicamentos sin contacto. Y adviértase, para dar mayor valor á nuestra doctrina, que en estos experimentos se daba el oro con toda su masa, mientras que en lo que nosotros exponemos sólo se da en *substractum*, en esencia.

Hay, empero, circunstancias en que se impone el exoterismo, no precisamente reglado en la proporción y condiciones de que hemos hecho mérito más arriba, sino en una forma objetiva, cualquiera que ella sea: cuando se trata, por ejemplo, de magnetizar á distancia. En este caso es bueno que el sujeto á quien se magnetiza tenga ante sí un símbolo cualquiera de la magnetización de que es objeto, y para llenar este fin, se utilizan con éxito irrefragable el agua, el papel, la cera, una porción de substancias, mejor dicho, toda clase de substancias. Idénticamente procedían los magos antiguos, sirviéndose al efecto de los talismanes y amuletos.

Otra de las circunstancias que aconsejan el uso de algún exoterismo,—no podemos decir cuál, sino el que la prudencia indique al operador,—es cuando se trata de gentes sumamente indoctas, y por lo mismo, sumamente maliciosas. Para las tales es preciso algo que les entre por los ojos ya que no puede entrarles por la razón, y si ese algo les falta, el procedimiento no solo resulta nulo, sino contraproducente en absoluto (1).

En resumen: el spagirismo moderno, como el antiguo, es el sólo que cura; pero cura á los que están preparados para recibirle, á los que tienen fe y comprenden su valor. A los que carecen de estas cualidades, es preciso darles el *oro en polvo*, ó por lo menos en agua cristalina tomada de cualquiera fuente.

IV.

Hipno-magnetismo inconsciente.

Generalmente se acoje con sonrisa desdeñosa ese magnetismo inconsciente que practican las muche-

(1) Recordamos á este propósito que un amigo nuestro, bastante buen magnetizador, fué á tratar á una enferma de un padecimiento sumamente leve, un simple dolor de cabeza; y no habiendo hecho con ella ninguna otra cosa que darle unos pases, dejó tan descontenta á la paciente y á sus allegados, que éstos no tuvieron siquiera la prudencia de recatarse ni aquélla obtuvo alivio ninguno, por el contrario, se sintió cada vez más molestada por el dolor. Llamado de nuevo nuestro amigo para que recetase algo, tomó del arroyo un guijarro, lo envolvió cuidadosamente en un papel, hizo que la enferma se acostara, y colocándole el guijarro bajo la almohada, ponderó la eficacia medicamentosa de la substancia contenida en el envoltorio, agregando que no se separaría de la cabecera hasta ver los efectos, que producía, cuyos efectos no se harían esperar más de dos minutos. "Es este remedio tan heroico, agregó, que casi estoy seguro de que antes de un minuto habrá desaparecido por completo ese molesto dolor, para que no lo vuelva V. á tener nunca, ó por lo menos en mucho tiempo." Y así fué: antes de un minuto nuestro amigo pudo retirarse, llevando consigo el guijarro, dejando á la paciente completamente buena y á la familia contenta y engañada (?).

dumbres, tan pobres de instrucción y de conocimientos científicos como ricas de buena fe y de nobilísimos sentimientos.

Los curanderos y los saludadores son para los médicos, salvo honrosas excepciones, lo que el grajo para el canario, lo que el gusano de luz para el sol. No pueden transigir, no transigen los segundos con que los primeros puedan curar una erisipela persignándola, con que puedan hacer desaparecer una enfermedad eruptiva con el soplo, con que puedan cicatrizar una herida con el *pater noster*. Ignoran el poder de la voluntad, ignoran la maravillosa acción del verbo. Para ellos no hay otros remedios que los heroicos, siquiera esa heroicidad quede muchas veces mal parada produciendo resultados contraproducentes ó antitéticos á los prescritos poco menos que de real orden. Son dogmáticos y ordenancistas en todo: en sintomatología, en nosología y en terapéutica. A tal enfermedad tal específico ó tal récipe: fuera de esto nada es cierto, nada probable, nada digno de atención siquiera.

Se comprenderá que hablamos solamente de los doctores en Medicina sobradamente pagados de su título y su ciencia; nunca de los modestos y estudiosos descendientes de Escolapio, que ejerciendo su profesión como debe de ejercerse, como un sagrado sacerdocio, ni se desdeñan de atender á las ob-observaciones de la experiencia, ni se consideran infalibles. Tampoco incluímos entre los curanderos y saludadores á los intrusos, á los pseudo médicos, á los que con deliberada intención y pleno conocimiento de causa, por lo que respecta á sus particulares fi-

nes, administran brebajes y drogas medicamentosas como si administraran azucarillos ó compotas. No, éstos no son los saludadores y curanderos que merecen nuestros respetos; éstos no son aquellas gentes sencillas y buenas, que si carecen de instrucción, no caren de sentimientos nobilísimos. Hay tanta diferencia entre unos y otros como la hay entre la luz y la sombra, como la hay entre lo que eleva y lo que humilla. Los saludadores y curanderos á que nosotros aludimos son aquellos á quienes el Cristo dijo que temiendo fe y buenas obras, harían los prodigios que él hacía. Y los hacen. ¿Cómo nó, si el verbo de su voluntad, puro y sin mácula, es el oro spagírico, el oro potable, el elexir de larga vida que hace un momento nos ocupaba? ¿Cómo no, si su aura moral, sobreponiéndose á la mental y física, vibra con vibraciones de acendrado cariño, con vibraciones de verdad, bondad y belleza?

Los médicos modestos y estudiosos, los verdaderos sacerdotes de la iglesia de Galeno, hánse convencido ya de que para practicar la Terapéutica con verdadero fruto, no hace falta estudiar la Nosología, sino la Antropognosia; no hace falta mirar exclusivamente á la enfermedad, sino particular y detenidamente al enfermo. Cada ser es un arcano, cada ser es un enigma, cada ser es un tratado de patología viva. Ni basta tampoco estudiar el hombre físico y al hombre moral; es preciso estudiar de paso al hombre social; es preciso tener en cuenta el medio en que vive, las sujestiones que recibe, la fascinación que en él produce cuanto le rodea; es preciso, en una palabra, estudiar al hombre en su tri-

ple aspecto moral, mental y social. Entonces es cuando se comprende la inferioridad de la Farmacopea comparada con la Antropiatría; entonces es cuando se ve que la medicina del hombre, la medicina spagírica, es, y no puede por menos de ser, mil veces superior á la medicina de todas las substancias minerales, vegetales ó animales.

Repitámoslo: los curanderos y saludadores, al rezar, soplar ó persignar á los enfermos con el propósito de curarles, obran spagíricamente sobre sus auras moral, mental ó física, y con el verbo de su voluntad, restablecen en ellas el ritmo vibratorio, que es lo que en todos los casos constituye la salud. Esto mismo es lo que hacen los magnetizadores, y esto es también lo que puede hacer cualquiera persona de buena voluntad.

El fondo es todo y la forma nada.

V.

Magnetismo del imán.

Fundándose en la polaridad humana de que ya hemos hecho mérito en otro lugar, algunos magnetizadores sostienen la eficacia de los imanes para el tratamiento de toda clase de enfermedades.

No negamos, ni mucho menos, que el imán ejerza relativa influencia sobre el aura física del sujeto á quien se aplique, pues tanto valdría que negáramos la doctrina que queda expuesta en la página 225 y siguientes de esta obra; pero si afirmamos

nuestra convicción de que las láminas magnéticas, los plastrones y las barras que se confeccionan á los fines antedichos, son el oro en pan, en polvo ó en píldoras de nuestro antepenúltimo capítulo.

Durville tiene confeccionadas cuatro clases de láminas magnéticas, que sirven, cada una, para determinado número de afecciones: ni más ni menos que el jarabe Leigel, las píldoras Blancard ó cualquiera otro específico. La lámina número 1 cura los calambres de los escritores y de los pianistas, y las afecciones de los brazos, de las piernas, de los pies y de los órganos genitales; la lámina n.º 2 es contra las afecciones de las piernas, de la garganta y de la laringe; la lámina n.º 3 combate los zumbidos, la sordera, la emicrania, la sciática, los dolores de dientes y muelas, las neuralgias, el insomnio, los dolores de cabeza y todas las afecciones del cerebro, incluso las mentales; y la lámina n.º 4, en fin, hace desaparecer las afecciones de los riñones, de los pulmones, del hígado, del corazón, del bazo, del estómago, del intestino, de la vegiga, de la matriz, de los ovarios y de la médula espinal. Como se ve, poseyendo estas cuatro láminas se posee un verdadero *cúralo todo*, y sin embargo, no responden á cuantas necesidades se presentan—hay casos, el autor lo dice, en que precisa confeccionar láminas *ad hoc* para la afección que se trata de combatir, pues las cuatro de surtido, no difieren entre sí sino por su forma y su tamaño.

Esta declaración de Durville hace honor á su sinceridad y corrobora el juicio que nos merecen toda clase de preparados de industria con etiqueta mag-

nética: son oro en pan, en polvo ó en píldoras, y nada más.

Los magnetizadores que utilizan el imán no han podido formular todavía la ley de su acción sobre el cuerpo humano: saben sí, que es inversa á la de los imanes entre sí, que los polos de un mismo nombre excitan y los contrarios calman; pero no saben nada más. Si el lector recuerda la teoría que expusimos en el libro IV de esta segunda parte, podrá explicarse la ley que los magnetizadores no se explican.

Para terminar—puesto que no nos proponemos hacer una minuciosa análisis del magnetismo mineral aplicado á la terapéutica,—diremos que juzgamos útil, en algunas circunstancias, utilizar su influjo, no ya solamente por lo que en sí tenga de eficaz, sino como mero símbolo al que se refiera la acción del verbo del operador. Será en estos casos, lo que el agua, lo que la cera, lo que el papel, lo que el guijarro de que hicimos mérito en la cita de la página 256.

CONCLUSIÓN

Ha terminado nuestra labor en el presente tomo, y con ella juzgamos haber cumplido un deber de conciencia y de humanidad.

Apena al ánimo en nuestra época contemplar la formidable brecha que en todos los corazones ha producido el indiferentismo de una parte y el materialismo grosero de otra. Apenas se encuentra un alma que aspire á otra cosa que á su bienestar particular, siquiera ese bienestar redunde en perjuicio de otro ó de otros; apenas se encuentran unos ojos que se levanten del suelo para contemplar con deliquio amoroso las maravillas sidéreas; apenas se ve una frente que recapacite sobre los transcendentales problemas metafísicos. El hoy, lo presente, lo que llena los ojos y las manos, lo que colma la vanidad y los apetitos, lo que nos hace ser envidiosos y envidiados por la apariencia, por el brillo, por el holocausto, esto, esto es lo que nos preocupa á la generalidad, sin parar mientes en que obrando así caminamos á nuestra perdición, labramos nuestra ruína, que es labrar la perdición y ruína de la sociedad, más aún, de la humanidad entera.

El filósofo, el moralista, el que ajeno á todo prejuicio tiende una mirada sintética sobre el modo de ser social, no deja de ver en lo presente una consecuencia legítima de lo pasado, y no deja de comprender que se impone una reacción franca, viril, genuínamente espiritualista, no solo para atajar y cohonestar el caos que por todas partes nos rodea,

si que para descubrir y señalar seguro puerto á la humanidad que boga á merced de las olas de la indiferencia y de la negación. Ese puerto, ese refugio salvador no puede estar cimentado sobre la movediza arena de la fe de las pasadas edades, ni sobre los carcomidos sillares del personalismo: aquélla nos trajo la incredulidad presente, éste nos ha dado las desazones, el afeminamiento y la sórdida avaricia que todos deploramos. No sirven, no, para puerto salvador, quienes tan pocas y tan contraproducentes garantías pueden presentar. En cambio sí sirve, y no solo sirve, si que es lo único inmanente y duradero, el verdadero espiritualismo; ese espiritualismo que se afianza en la experiencia y se remonta inductivamente hasta el origen sin origen, hasta las fuentes de todo ser; ese espiritualismo que en épocas remotas se reservó para los iniciados, que luego fué mal comprendido y explicado á las muchedumbres, que provocó más tarde, por aferrarse á lo exotérico, los conflictos sangrientos entre la religión y la ciencia, y que hoy, resurgiendo de sí mismo, abandonando los solitarios recintos donde permanecía oculto, se presenta á las multitudes sin velos ni misterios y les dice como Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; seguidme.*

Sí, este es el puerto, el único puerto salvador para la humanidad; y lo es, porque está cimentado sobre roca viva, sobre la piedra cuadrangular, sobre la piedra filosófica de los antiguos magos, sobre esa piedra que se compone de ciencia, amor, acción y aspiración, sobre esa piedra, en fin que abarca lo físico y lo metafísico, lo mental y lo moral.

Llamar la atención del público sobre el susodicho espiritualismo; convertirnos en cierto modo en sus heraldos, ó por lo menos en mensajeros de sus heraldos; elevar nuestra voz, tonante ó débil, persuasiva ó no persuasiva, predicando lo que entendemos fué y es el espiritualismo uno, sincrético y racional, como no puede menos de ser lo que es originario de la realidad absoluta, esto, y no otra cosa, es cuanto nos hemos propuesto con las páginas que preceden. ¿Lo hemos conseguido? ¿lo conseguiremos? Ni lo sabemos, ni nos importa averiguarlo. Hemos cumplido un dictado de nuestra conciencia y esperamos tranquilos el curso de los sucesos. No imploramos gracia para nuestro trabajo porque somos adoradores de la justicia; no aspiramos á recompensa porque tenemos ya la que en justicia nos corresponde.

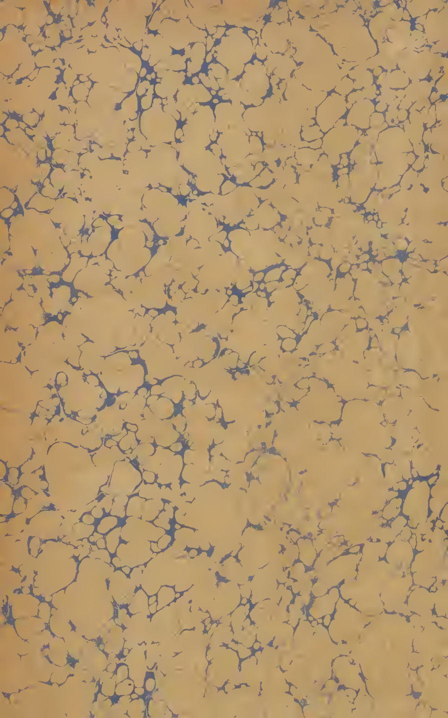
Que cada cual vea en nuestra obra lo que su conciencia lo determine.

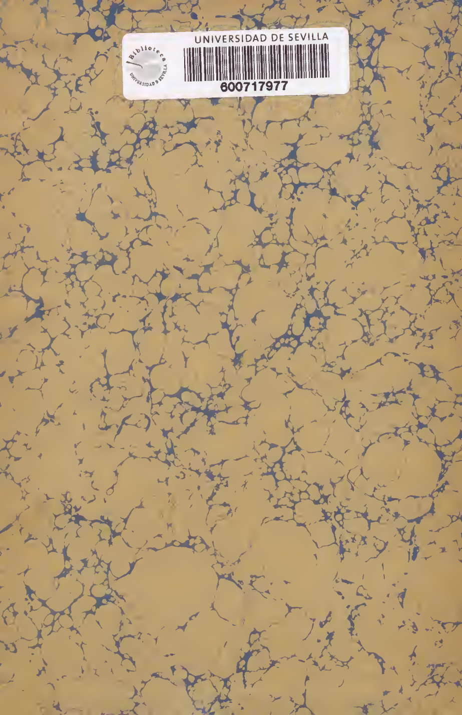
FIN

ÍNDICE

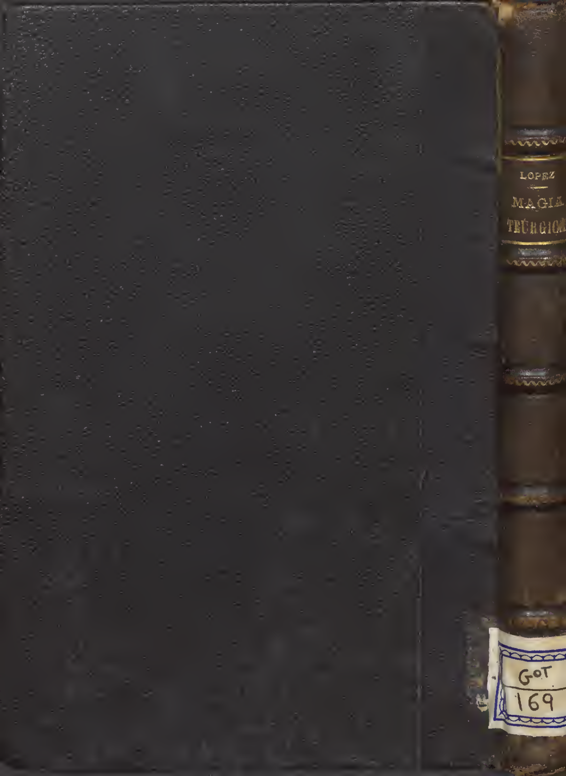
PRIMERA PARTE

LA MAGIA EN LA ANTIGÜEDAD





UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600717977


LOPEZ
MAGIA
TEURGICA